

JULIE KLASSEN
UN INVIERNO JUNTO AL MAR
Libros de seda



Julie Klassen ama todo lo que tiene que ver con Jane —Jane Eyre y Jane Austen—. Licenciada por la Universidad de Illinois, trabajó en el mundo editorial durante dieciséis años y ahora se dedica a escribir a tiempo completo. Tres de sus libros: *La institutriz silenciosa*, *En la casa del guarda* y *Fairbourne Hall* han ganado el Premio Christy a la mejor novela histórica. El secreto de *Pembrooke Park* ganó el Premio Minnesota a la mejor historia de ficción. Julie ha ganado también el Premio Midwest y el Christian Retailing Best y ha resultado finalista en los RITA y en los ACFW's Carol. Ha escrito también una trilogía, *Historias de Ivy Hill*, compuesta por *La posadera de Ivy Hill*, *Las damas de Ivy Cottage* y *La novia de Ivy Green*, y nos sigue deleitando con nuevas historias como *El profesor de baile*, *El puente a Belle Island*, *Donde se ocultan las mariposas*, *La costa de los naufragios* o *Las sombras de Swanford Abbey*. En la actualidad está escribiendo una nueva serie, *En las costas de Devonshire*, cuyos dos primeros libros ya están publicados: *Un hotel junto al mar* y *Un invierno junto al mar*. Ella y su marido tienen dos hijos y viven en las afueras de St. Paul, Minnesota.



Ser escritora es el sueño de Emily Summers, lo que quiere de verdad… Hasta que el pasado se presenta en Sea View y sus convicciones se tambalean. ¿Qué camino tomará?

Cuando los duques de Kent alquilan el vecino Woolbrook Cottage para pasar el invierno, las hermanas Summers reciben el encargo de hospedar a tres miembros del personal de los duques en su hotel. Pronto, no obstante, se darán cuenta de que a los tres hombres les acompañan secretos y de que, además, quizá el amor haya llegado a su hogar.

Entretanto, Emily Summers, que sueña con convertirse en escritora, presenta un manuscrito en una editorial local. Pero el desencanto la invade cuando el editor lo rechaza. Sin embargo, un apuesto competidor le promete que tomará en cuenta su novela si primero escribe para él una guía de Sidmouth. Así las cosas, Emily se pondrá manos a la obra con la ayuda del apuesto secretario del duque. Sin embargo, nada resultará fácil cuando, de repente, alguien del pasado aparezca en Sea View y… ¿Qué hará? ¿Seguirá persiguiendo sus sueños literarios?

Julie Klassen

Un invierno junto al mar



Un invierno junto al mar, libro 2 de la serie *En las costas de Devonshire*

Título original: *A Winter by the Sea. On Devonshire Shores 2*

Estación de Chamartín s/n, 1ª planta

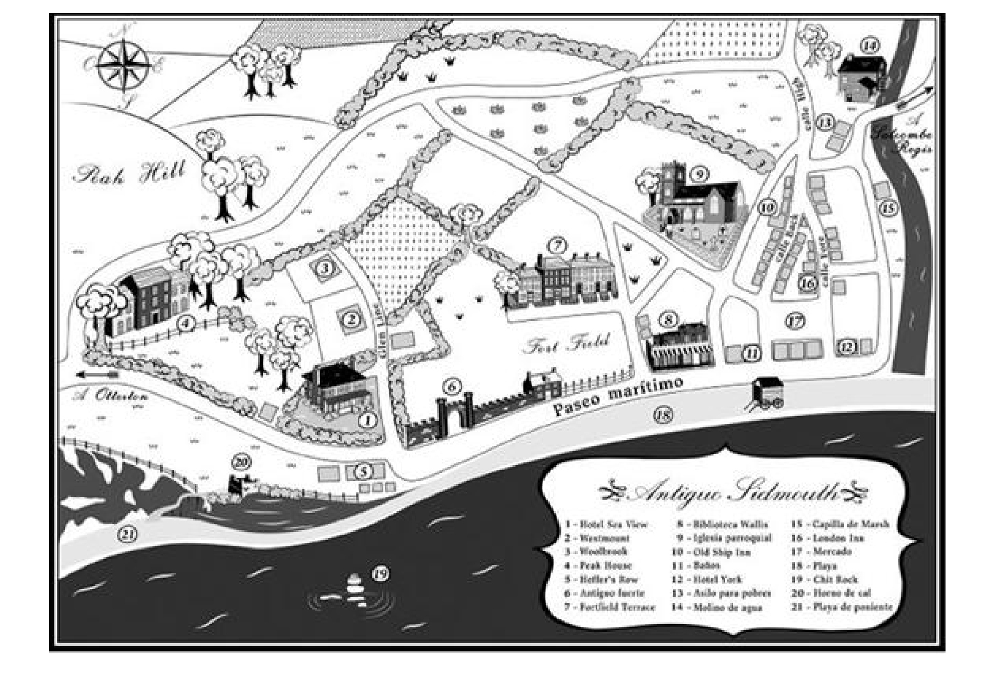
28036 Madrid

www.librosdeseda.com
www.facebook.com/librosdeseda
@librosdeseda
info@librosdeseda.com

Diseño de cubierta: Gemma Martínez Viura Maquetación: Rasgo Audaz
Conversión en epub: Álvaro López López
Imagen de la cubierta: © Malgorzata Maj/Arcangel Images (mujer con abrigo); J.T. Photography/Shutterstock (casa); DEWI-Stockphotos/Shutterstock (playa nevada)
Primera edición digital: abril de 2024

ISBN: 978-84-19386-46-5

A Nigel Hyman y a todos los trabajadores y voluntarios del museo de Sidmouth, por mostrarse tan generosos y serviciales en la investigación y la revisión de las novelas de esta saga.



Peak Hill
A Otterton
Glen Lane
Fort Field
Paseo marítimo
A Salcombe Regis
Antiguo Sidmouth
1 - Hotel Sea View
2 - Westmount
3 - Woolbrook
4 - Peak House
5 - Heffer's Row
6 - Antiguo fuerte
7 - Fortfield Terrace
8 - Biblioteca Wallis
9 - Iglesia parroquial
10 - Old Ship Inn
11 - Baños
12 - Hotel York
13 - Asilo para pobres
14 - Molino de agua
15 - Capilla de Marsh
16 - London Inn
17 - Mercado
18 - Playa
19 - Chit Rock
20 - Horno de cal
21 - Playa de poniente

«Todavía sigo bañándome [en el mar] a pesar de la severidad del clima, las heladas y la nieve, lo cual considero bastante valiente por mi parte».

ELIZA DE FEUILLIDE
(prima de Jane Austen)

«Deberían contar con un secretario ingenioso que redacte sus despachos en caso de que ustedes mismos no estén cualificados para hacerlo. Este caballero podría llegar a sacarlos de un apuro».

FRANCIS GROSE,
Consejos a los oficiales del ejército británico

«Continúa haciendo con tu pluma lo que en otros tiempos se hacía con la espada».

THOMAS JEFFERSON,
carta a Thomas Paine

Capítulo 1

«Muchos de los que llevan espada al cinto tienen miedo de la pluma».

WILLIAM SHAKESPEARE,
Hamlet

Octubre, 1819

Si una pluma era más fuerte que una espada, como afirmaba Shakespeare, entonces también tenía que ser más poderosa que una aguja.

Emily Summers reflexionaba sobre ello sentada en el salón, mientras escribía en un cuaderno. A su alrededor, su madre y sus hermanas cosían todas juntas mientras tomaban el té y mantenían una agradable conversación. Incluso Viola, su hermana melliza, que había contraído matrimonio recientemente, había venido desde Westmount con su bolsa de labores para unirse a ellas. Solo su hermana mayor, Claire, estaba ausente.

A Emily no le gustaba coser y, a excepción de un dechado[1] infantil que había completado años atrás, evitaba siempre que podía la tarea. La única de su familia menos hábil con la aguja que ella era la menor de las hermanas, Georgiana, de dieciséis años, que estaba inclinaba sobre un pedazo de tela y una maraña de hilos que se suponía que debía convertirse en su dechado. Su madre les exigía que terminaran al menos uno, pues insistía en que todas las jóvenes debían dominar el bordado.

Viendo la suerte de nido de pájaros que estaba haciendo Georgie, todo lleno de hilos enredados, Emily no tenía muy claro que las aspiraciones de su madre fueran a llegar a buen puerto. Tampoco es que el que había bordado ella en su momento hubiera sido mucho mejor. Su madre ni siquiera se había molestado en enmarcarlo como había hecho con los de las demás. El de Viola y el de Sarah seguían

colgados en su habitación aún hoy en día. Aunque es cierto que Emily no tenía ni idea de adónde había ido a parar el de Claire.

A pesar de la acogedora charla que la envolvía y del té caliente que se estaba tomando, Emily sintió que se le formaba un nudo frío en el pecho. Era señal de que se había percatado de que faltaba algo o alguien… o más concretamente, de que echaba de menos a dos personas.

Se detuvo a reflexionar sobre lo que sentía. Hacía tiempo que deseaba tres cosas en la vida: reencontrarse con su hermana mayor, regresar a May Hill y casarse con Charles Parker, y convertirse en una escritora publicada. Aunque dudaba mucho de que alguna de esas tres cosas llegara a suceder. Claire vivía exiliada en Escocia tras una fuga que había resultado un desastre y Charles, el vecino al que Emily siempre había amado, le había roto el corazón al romper lazos con su familia ante el riesgo de que estallara el escándalo. Sin embargo, el más inalcanzable de sus objetivos parecía el último.

Emily dejó escapar un suspiro y tachó unas cuantas líneas más de la novela que intentaba escribir. Se sentía como el dechado de Georgiana: hecha un lío.

Dándose por vencida, devolvió la pluma al soporte, dejó el cuaderno a un lado y tomó un libro. Había empezado a leer una nueva obra que el señor Wallis había publicado recientemente. Se titulaba *Paisajes de la costa sur de Devonshire; con vistas panorámicas de los lugares de baño de moda: Sidmouth, Budleigh Salterton, Exmouth, Dawlish, Teignmouth y Torquay.*[2] Emily no alcanzaba a entender por qué los autores insistían en poner títulos tan largos.

No había estado en todas las localidades mencionadas en el libro, pero las descripciones despertaban su interés y esperaba poder visitarlas algún día.

Al pensar en viajar, su pensamiento voló hacia su hermana melliza.

—¿Has hecho algún progreso en convencer al mayor para hacer un viaje de novios? —le preguntó.

Viola se encogió de hombros como restándole importancia al asunto y mantuvo la mirada fija en la nueva camisa que estaba cosiendo para su marido.

—Jack no tiene ganas de viajar. No por ahora, al menos. Ya ha tenido bastante con el viaje a la India y con la vuelta. —Se volvió hacia su hermana mayor—. ¿Me pasas las tijeras, por favor?

Sarah hizo una pausa en su bordado para hacer lo que le pedía.

Viola cortó un hilo y luego dirigió la mirada hacia el volumen que Emily tenía en el regazo.

—¿Qué tal el nuevo libro del señor Wallis?

—Interesante. Aunque el resultado habría sido mucho mejor si lo hubieran revisado a conciencia. Me han llamado la atención varias

repeticiones y en algunos fragmentos faltan palabras.

Viola asintió.

—Sé que ya te lo he dicho otras veces, pero deberías ofrecerle tus servicios como correctora.

—Dudo que apreciara mi intromisión —repuso Emily—. No todo el mundo admira mi capacidad para señalar los errores de los demás. —Y le guiñó un ojo a Viola, que siempre había sido el blanco de las críticas de Emily. Por suerte, su relación había mejorado durante el último año.

—Tal vez si conociera tu talento, también estaría dispuesto a publicar tu novela… Bueno, si alguna vez la terminas, claro.

Emily ladeó la cabeza y escrutó el rostro de su hermana.

—¿Por qué tanta prisa por encontrarme un empleo? Apenas tengo tiempo libre.

Georgiana tomó la palabra.

—Es lo justo. Después de todo, tú le encontraste un empleo a Vi cuando pusiste ese anuncio sin que ella lo supiera.

—Tenéis que admitir que salió bastante bien —se defendió Emily.

Su melliza levantó la vista de la aguja con un ligero rubor en las mejillas y una sonrisita en los labios que apenas se esforzó en disimular.

—Desde luego que sí.

Viola había nacido con labio leporino. Aunque aquel defecto se había corregido tras varias operaciones, le había quedado una cicatriz vertical que bajaba desde el orificio la nariz hasta la boca y tenía el labio superior un poco más corto, si bien ambos detalles eran prácticamente imperceptibles. Aun así, Viola siempre había evitado el contacto con toda persona ajena a la familia y casi había vivido como si fuera una reclusa. A regañadientes, había empezado a leer para inválidos después de que su hermana publicara aquel anuncio. Gracias a ello, había conocido a su futuro marido, había entablado una estrecha amistad con una mujer que vivía en el asilo para pobres y su vida había dado un giro muy positivo.

¿Cambiaría también la vida de Emily si conseguía un nuevo empleo?

—Puedo hablar con él por ti, si quieres —se ofreció Viola—. Para devolverte el favor.

—No, gracias. Puedo hablar yo misma con el señor Wallis… si así lo decido. No sé si tendré tiempo de corregir para él con todas las responsabilidades que ya tengo.

A su lado, la señora Summers refunfuñaba mientras se esforzaba en volver a pasar el hilo por el diminuto ojo de la aguja, luego levantó la vista y las miró por encima de sus gafas de medialuna.

—En realidad, este podría ser un buen momento. Las cosas se han

tranquilizado ahora que ha llegado el otoño. Es cierto que algunas personas vienen a pasar aquí el invierno, pero es poco probable que tengamos mucho ajetreo durante los meses más fríos, especialmente en Navidad.

—Me lo pensaré —resolvió Emily y volvió a sumirse en su libro.

Tras unos minutos de agradable silencio, sonó la aldaba de la puerta principal. Sin perder ni un segundo, Georgiana dejó a un lado sus labores para ir a abrir, a pesar de que la criada, Jessie, lo habría hecho si le hubiera dado la oportunidad.

Un momento más tarde, su amiga y antigua dama de compañía irrumpió en el salón visiblemente nerviosa. Georgiana se apresuró a entrar tras ella.

—¡Traigo noticias asombrosas! —proclamó Fran Stirling—. Estaba deseando contárselas. Ni se lo imaginan. ¡Van a tener vecinos de la realeza!

—¿Vecinos de la realeza? ¿Además de Viola, quiere decir? —bromeó Emily.

—Sí, aún más. ¿Se lo pueden creer?

La señora Summers se enderezó en su asiento.

—No puede tratarse del príncipe regente… No cuando dispone del pabellón real de Brighton.[3]

—No. —Fran luchó por contener una sonrisa impaciente—. Se trata de uno de sus hermanos. El duque de Kent, su esposa y su hijita, que no es más que un bebé. Por no hablar de todo un séquito de sirvientes.

—¿Y dónde se alojarán? —preguntó Sarah. A continuación dio unos golpecitos con la mano en una butaca a su lado indicándole a Fran que tomara asiento junto a ella.

—En Woolbrook Cottage.[4]

—¡No! —exclamó Viola—. Eso está justo al lado de nuestra casa.

Fran asintió, con la mirada chispeante.

—El general Baynes se la ha arrendado durante el invierno, aunque se supone que es un secreto.

—Entonces, ¿cómo se ha enterado? —preguntó Sarah, no muy sorprendida en realidad, pues la señorita Stirling parecía conocer a todos en el pueblo y se enteraba de las últimas novedades mucho antes que ellas.

—El general contrató al señor Farrant para llevar a cabo algunas reparaciones en la propiedad antes de que llegaran Sus Altezas Reales.

—Ah —exclamó Sarah con una sonrisa—. Usted siempre conoce a la persona adecuada…

La señora Summers meneó la cabeza, pensativa.

—Y nosotras creyendo que sería un invierno de lo más tranquilo…

Al día siguiente, mientras Sarah y Emily recogían el comedor después del almuerzo, alguien llamó a la puerta principal con tres golpes secos.

Sarah y su hermana cruzaron una mirada y se dirigieron a toda prisa a la sala de estar para recibir a los inesperados visitantes. Su madre y Georgiana se unieron a ellas justo cuando Jessie hacía pasar a dos desconocidos de gran estatura a la sala donde ellas se encontraban.

La joven doncella, con los ojos muy abiertos y miedosos, anunció con voz temblorosa:

—El capitán… algo y… ¡Oh, se me ha olvidado! —chilló antes de darse la vuelta y salir corriendo de la habitación.

El mayor de los recién llegados, que rondaría los treinta años, la siguió con la mirada con el ceño fruncido.

—¿La muchacha es débil mental?

A Sarah se le encendieron las mejillas de vergüenza e indignación, pero logró responder con calma.

—Ni mucho menos. Es solo que es muy impresionable.

—Ah. —El hombre pareció tomarse las palabras de Sarah como un cumplido y cuadró los anchos hombros que tenía todavía más. Vestía de paisano, pero poseía un autoritario porte militar y una expresión severa.

Luego le lanzó una mirada al hombre que lo acompañaba, que era casi igual de alto que él, pero más joven. Y este obedeció la orden silenciosa y completó las presentaciones con una voz grave y elocuente.

—Este es el capitán John Conroy, escudero real[5] del duque de Kent y Strathearn. Y yo soy James Thomson, el secretario privado.

Ambos hombres se inclinaron ante ellas con elegancia.

La señora Summers les correspondió con una inclinación de cabeza, mientras Emily hacía una reverencia, sin despegar la mirada del apuesto rostro del más joven. Unos instantes más tarde, Georgiana se incorporó atropelladamente y siguió el ejemplo de Emily, aunque con mucha menos gracia.

Sarah entrelazó las manos para ocultar su nerviosismo.

—Soy la señorita Sarah Summers. Esta es mi madre, la señora Summers, y estas son mis hermanas. ¿En qué podemos ayudarles, caballeros?

Con una enérgica inclinación de cabeza, el capitán respondió:

—A la duquesa de Kent le conviene un clima más suave para su salud. Por consiguiente, Su Alteza Real y yo hemos decidido que Sidmouth puede ser una maravillosa residencia invernal.

—Ya lo sabemos —soltó Georgiana.

El hombre frunció el ceño y clavó en ella una mirada desconfiada.

—¿Quién se lo ha dicho? La noticia aún no se ha hecho pública.

—Yo… Bueno, nuestra…

Sarah apretó la mano de Georgie para frenarla, pues no quería causarle ningún problema a la señorita Stirling.

—Es normal. Las buenas noticias vuelan —dijo el secretario, tratando claramente de suavizar las cosas—. Puede que lo haya mencionado el general Baynes, o el agente de la propiedad o incluso alguno de los comerciantes que hemos contactado.

—Desde luego —dijo Sarah—. Estamos muy emocionadas.

—Es un honor para todos nosotros —añadió su madre.

El capitán resopló antes de proseguir:

—Sus Altezas Reales residirán en Woolbrook Cottage con tantos asistentes como el edificio pueda albergar, que por desgracia no son todos. El duque viaja con un amplio séquito de sirvientes, consejeros, etcétera, etcétera. También hemos alquilado una casa en Fortfield Terrace para el personal de mayor categoría, pero necesitamos alojamiento para algunos más. Tenemos entendido que ustedes regentan aquí una especie de pensión.

—Así es —concordó la señora Summers—, aunque preferimos el término «casa de huéspedes».

Él hizo caso omiso.

—¿Cuántas habitaciones tienen disponibles?

Todos miraron a Sarah.

—Contamos con seis habitaciones a disposición de los huéspedes —explicó ella—. Siete, si tenemos en cuenta un pequeño cuarto contiguo. Ahora mismo, tres de ellas están ocupadas, pero a finales de mes estarán libres todas menos una.

Entre los huéspedes actuales se encontraban el señor y la señora Johnson, que compartían una de las habitaciones, mientras que sus hijos gemelos dormían en el cuarto contiguo. La familia planeaba quedarse con ellos hasta octubre. Su otro huésped era el señor Hornbeam, pero, por el momento, no parecía tener previsto marcharse.

—¿Para cuándo necesitarían alojamiento? —les preguntó a los hombres.

—Hasta diciembre no nos hará falta.

—¿Les gustaría ver las habitaciones?

El capitán Conroy declinó la invitación con la mano.

—No hace falta. Estoy seguro de que serán suficientes para el personal de menor categoría. Lo primordial es la proximidad a Woolbrook. Calculo que necesitaremos tres o cuatro habitaciones.

—¿Y las fechas concretas?

—Todavía están por determinar. El señor Thomson le escribirá y la informará de todos los detalles pertinentes una vez que se ultimen los preparativos.

Sarah dudó. ¿Tenían que reservar cuatro habitaciones sin fecha de llegada concreta? Se sintió tentada a protestar, a decirles que no podían comprometerse a guardarles las habitaciones si no les garantizaban unas fechas, pero la fiera expresión del rostro del capitán Conroy la desanimó.

Además, como había señalado su madre, las cosas se habían tranquilizado y quedaban muy pocos huéspedes. No podían permitirse el lujo de poner en peligro la posibilidad de tener tres o cuatro habitaciones ocupadas durante todo el invierno.

—Está bien —concluyó finalmente Sarah—. Quedamos a la espera de sus instrucciones.

---

1 N. de la Trad.: Un dechado o muestrario es un paño con distintas muestras de costura o bordados que se hace al aprender a coser.

2 N. de la Trad: *Scenery on the Southern Coast of Devonshire; Comprising Picturesque Views, at or near the Fashionable Watering Places: Sidmouth, Budleigh Salterton, Exmouth, Dawlish, Teignmouth y Torquay*, escrito por H. Haseler, ilustrado por H. Cornish, editado por J. Wallis y publicado en 1819. La obra recoge una selección de los principales lugares de baño de la costa sur de Devonshire y cada descripción va acompañada de un grabado al aguatinta.

3 N. de la Trad.: El Brighton Pavilion («pabellón de Brighton»), también conocido como Royal Pavilion («pabellón real») es una antigua residencia real construida en el siglo XIX como retiro a orillas del mar para Jorge IV de Inglaterra, entonces aún príncipe regente.

4 N. de la Trad.: El edificio original, King's Cottage, era un humilde caserío con algunos edificios anexos, construido en 1700 por un tal señor King. En 1817, el general Baynes adquirió la propiedad, amplió los terrenos y remodeló el edificio principal. Durante la estancia del duque que se relata en la novela, la propiedad se llamaba Woolbrook Cottage o Woolbrook Glen. Más tarde, en 1883 lo convirtieron en una pensión. Desde 1938 el establecimiento se llama The Royal Glen Hotel.

5 N. de la Trad.: Históricamente, el término *equerry* aludía al encargado de los caballos de una persona de alto rango en la sociedad británica, una suerte de palafrenero en alta consideración. En la actualidad, alude al asistente personal del soberano o de un miembro cercano de la familia real.

Capítulo 2

«John Wallis, propietario de una de las bibliotecas, no desaprovechaba la oportunidad de poder añadir el adjetivo “real” a su establecimiento».

NIGEL HYMAN,
Sidmouth’s Royal Connections

Con las palabras de Viola resonando en su cabeza, Emily se encaminó a la biblioteca del señor Wallis para hablar con su dueño, respetado editor y librero local.

El hombre, de unos cuarenta años y viudo, era de complexión menuda, llevaba gafas y tenía un rostro delgado que denotaba inteligencia. Las mujeres solteras acudían en masa a su biblioteca, pero Emily nunca lo había visto mostrar el menor interés romántico por ninguna de ellas. Parecía tener la atención firmemente puesta en sus dos hijos y en sus numerosos proyectos editoriales.

Mientras otras mujeres alababan sus historias sobre visitantes célebres, Emily siempre había estado más interesada en los autores a los que Wallis había conocido a lo largo de los años. Durante los doce meses que las Summers llevaban viviendo en Sidmouth, Emily y el señor Wallis habían disfrutado de muchas conversaciones sobre libros y escritores. Seguramente él se había dado cuenta de lo leída que era. ¿Llevaría razón Viola? ¿Estaría él dispuesto a permitirle revisar sus futuras obras, tal vez corrigiendo las galeradas cuando llegaran de la imprenta? De ser así, ella estaría encantada de ganar algo de dinero mientras aprendía todo lo que podía sobre el mundo editorial.

Cuando llegó al establecimiento, Emily entró con paso vacilante. El tintineo de la puerta de la biblioteca normalmente le producía un estremecimiento de placer, pero hoy no fue así. Estaba demasiado nerviosa.

Una vez dentro, echó un vistazo al escritorio y se asomó por entre las estanterías de juegos, mapas y periódicos. Sin embargo, no vio ni al señor Wallis ni a su empleado. En cambio, vio al mayor de los dos hijos adolescentes del bibliotecario sentado en un taburete, balanceando ociosamente los pies.

Tal vez el señor Wallis había subido a por algo a la planta de arriba y volvería en cualquier momento. Se acercó al muchacho.

—Buenos días. ¿Está por aquí tu padre?

—No, señorita. Ha quedado con alguien en el Hotel York. Yo tengo que quedarme aquí y vigilar la caja.

—Ya veo. ¿Y volverá pronto?

—No lo sé.

—De acuerdo. Ánimo con el trabajo. Lo estás haciendo muy bien.

Se despidió del muchacho con una sonrisa y salió del establecimiento. Se preguntó con quién estaría reunido el señor Wallis: ¿con otro escritor célebre, tal vez? La mera idea de que así fuera le levantó el ánimo.

Prosiguió su camino hacia el este por el paseo marítimo, en dirección al gran hotel que había frente al mar. Un poco más allá se encontraba la otra biblioteca de Sidmouth, en la que Emily nunca había entrado. Las arcas de su familia no alcanzaban para pagar la cuota de dos bibliotecas circulantes.[6]

Cuando entró en el vestíbulo del Hotel York, no vio a nadie, pero se guio por el murmullo de unas voces hasta llegar a una puerta entreabierta frente al mostrador de recepción. La habitación al otro lado parecía una salita privada, con las paredes forradas de papel de color crema y azul, muebles de maderas nobles tapizados y un reloj de pared de caja larga. Ahí estaba el señor Wallis, hablando con otros tres hombres, y sobre una mesa ante ellos, dos largos grabados.

Frente a la figura menuda y el aspecto erudito del señor Wallis, los otros tres caballeros hacían gala de una buena estatura y un porte masculino y erguido. Emily reconoció a los dos más altos porque habían estado en Sea View: el imponente capitán Conroy y el apuesto secretario privado del duque. Entonces dirigió la mirada hacia el tercer hombre, de mayor edad, al que todos parecían prestar atención. Le resultaba vagamente familiar, con aquella complexión robusta, la calva y las gruesas patillas en forma de L. Entonces cayó en la cuenta: no se trataba de ningún escritor célebre, sino del mismísimo príncipe Eduardo, duque de Kent.

Emily había visto retratos del exmilitar en los periódicos, aunque la mayoría de las veces eran caricaturas más bien poco favorecedoras.

—Alteza Real —dijo el señor Wallis—, permítame hacerle entrega de este grabado del elogiado paisaje de Sidmouth que he encargado al famoso artista Hubert Cornish.

El príncipe mostró su clara aprobación y contestó amablemente:

—Será un placer mostrárselo a mi esposa.

Siguieron hablando, y pocos minutos después concluyó la reunión. El capitán Conroy fue el primero en volverse hacia la puerta. Emily se apartó apresuradamente, pero no fue lo bastante rápida como para evitar que él reparara en su presencia y expresara su clara desaprobación con sus ojos negros.

Conforme los tres visitantes abandonaban la sala y se dirigían afuera, el secretario privado del duque la miró y la saludó con una leve inclinación de cabeza.

El señor Wallis fue el último en salir. Estaba exultante y exhausto a la vez. Se detuvo al verla.

—Ah, señorita Summers.

—Qué augusta compañía tiene —dijo ella.

—¿Sabe quién era?

—Eso creo.

—No debería decir nada. No por el momento.

—Si se refiere al hecho de que ciertos miembros de la realeza van a venir de visita Sidmouth, ya estoy al tanto. Al menos en parte —le confió ella.

—¿Ah, sí? —La miró perplejo desde detrás de sus pequeñas lentes rectangulares—. ¿Y cómo es que está al tanto de esa información?

—Resulta que algunos empleados se alojarán en Sea View.

—Ah, ya veo.

Emily señaló la habitación de la que acababan de salir.

—¿Y cómo se las ha arreglado para concertar semejante reunión?

Él se aproximó a ella y le comentó lo siguiente en voz baja, con semblante animado:

—Me alegro de que sepa quién ha venido, porque creo que si no lo cuento, reviento. Cuando el general Baynes me comentó en confianza que cierta persona vendría de visita a Sidmouth para tantear algunas propiedades, tuve la audacia de escribir a Su Alteza Real para invitarla a que se reuniera aquí conmigo, y así poder obsequiarle con un grabado de Sidmouth. Nada me ha impresionado nunca tanto como que su secretario me contestara aceptando la invitación. ¡Menudo privilegio!

—Bien hecho —lo elogió ella.

En ese mismo instante, Emily decidió que aquel no era el mejor momento para comentarle los errores que había encontrado en su última publicación.

En lugar de eso, salió con él del hotel en silencio. En el paseo marítimo, Emily miró hacia la playa y vio a un hombre en la orilla que solo llevaba encima una toalla enrollada a la cintura. No pudo evitar soltar un grito ahogado.

El hombre semidesnudo fue a por un largo batín de flores que había dejado en una roca, se lo puso y se ajustó los puños ribeteados de terciopelo.

Emprendió la marcha hacia ellos. Llevaba la bata entreabierta; el cinturón suelto, ondulando a su paso; y la parte central del pecho, al descubierto.

El señor Wallis se volvió para ver qué había llamado la atención de Emily y frunció el ceño.

—Pero será fantoche… —murmuró.

Al hombre le caía el cabello oscuro y rizado sobre la frente. Unas patillas largas y muy angulosas le enmarcaban un rostro que, aunque no era atractivo, resultaba interesante, con aquella nariz casi aguileña, cuya parte central descendía hacia los labios.

Mientras él se acercaba hasta donde ellos se encontraban, el señor Wallis le dedicó a Emily una sonrisa irónica.

—Ah. Wallis. Tendría que haberse metido conmigo. No hay nada más refrescante que un vigorizante chapuzón en el mar. El choque térmico con el agua fría hace que la sangre se retire momentáneamente de la piel y que luego vuelva de inmediato a la superficie. —Se golpeó el pecho con el puño—. Ahora todo mi cuerpo resplandece de energía y vitalidad. En cambio, usted… —Recorrió la enjuta figura de Wallis con una mirada muy significativa, pero dejó la frase a medias.

Sin mostrar el menor pudor por su desnudez, le dedicó a Emily una leve inclinación de cabeza y un cortés «Señorita», y pasó de largo.

Ella se volvió y lo observó continuar con su camino por el paseo marítimo.

—¿Quién es? —preguntó, incómoda.

El señor Wallis frunció el ceño de nuevo.

—La competencia.

jjj

Cuando Emily regresó a Sea View unos minutos más tarde, oyó la voz cantarina del señor Gwilt en el salón y se imaginó que probablemente estaba entreteniendo de nuevo a los gemelos de los Johnson.

Cada vez que Emily veía a aquellos niños de diez años, se acordaba de su hermana melliza, aunque los pequeños se parecían mucho más entre ellos de lo que ella y Viola se habían parecido nunca. Su hermana tenía el cabello castaño rojizo y los ojos de color avellana, mientras que el pelo y los iris de Emily eran de color castaño oscuro. Viola también era un poco más pequeña, aunque ocupaba una gran parte del corazón de Emily. Ahora que su hermana se había casado y vivía con su marido, echaba de menos su presencia diaria. Por suerte, Westmount estaba a un corto paseo de Sea View, y las dos se visitaban

a menudo.

El señor Gwilt había sido un huésped más el verano pasado, pero se había quedado con ellas, asumiendo a tiempo parcial las responsabilidades de contable y de ayudante de Lowen, el criado de las Summers, que cada vez se encontraba más frágil. Viudo, de unos cincuenta años, el señor Gwilt era un galés de baja estatura y carácter afable que siempre se mostraba amable con todo el mundo. No obstante, tenía una peculiaridad. Había llegado a Sea View con un acompañante que no dejaba indiferente a nadie: un loro enjaulado que conservaba un vívido aspecto gracias a los esfuerzos de un amigo taxidermista. Además, el hombre tenía la inquietante costumbre de hablar de su compañero emplumado e incluso de dirigirse a él como si todavía estuviera vivo.

Aunque al principio se había mostrado un poco suspicaz con él, Emily había acabado tomándole cariño a aquel hombre, sobre todo después de enterarse de que había pasado mucho tiempo cuidando de su esposa, que había perdido la memoria y el habla. Durante aquellos años de aislamiento silencioso, el señor Gwilt había empezado a hablar con *Parry* para mitigar la soledad. Y había conservado el hábito incluso después de que el ave hubiera muerto.

Esa costumbre había disminuido en los últimos meses conforme el señor Gwilt se iba encontrando cada vez más a gusto, integrándose en el servicio y convirtiéndose casi en uno más de la familia. Todavía mencionaba a *Parry* a menudo, pero consciente de que el animal ya no estaba vivo.

Cuando le habían ofrecido continuar su estancia como empleado, Sarah había insistido en que debía dejar al loro en la habitación que le habían dado en el sótano junto a la de Lowen y la cocinera.

No obstante, había hecho una excepción cuando la señora Johnson le había contado cuánto disfrutaban sus hijos de las aventuras de *Parry* que él inventaba para entretener a los niños durante los días de lluvia. Cuando los pequeños le habían preguntado si podían ver al loro, Sarah había cedido, pero solo durante la estancia de los Johnson, le había recordado.

Volviendo al presente, Emily se detuvo junto a la puerta abierta del salón y aguzó el oído. Desde allí, veía al loro en la percha de la jaula, sobre la mesita auxiliar, y al señor Gwilt en la butaca que había justo al lado. Los pequeños se habían arrodillado ante la mesa y contemplaban maravillados la colorida criatura.

—Cuando no era más grande que un pajarillo, *Parry* soñaba con ver mundo —les contaba el señor Gwilt—. Quería ser famoso, oh sí, así que se despidió de su isla natal y se marchó volando en busca de su destino. *Parry* voló y voló, pero por muy lejos que fuera, no encontraba tierra. Al final estaba tan cansado que tuvo que volver a

casa.

»Entonces, un día, un barco atracó en la bahía. Los marineros se hicieron a la mar en unos botes y se acercaron remando a la isla en busca de fruta fresca y agua. El líder de aquel grupo de hombres tentó a *Parry* con un pedazo de mango para ver si se acercaba, entonces, cuando lo hizo, lo capturó y lo metió en una jaula. *Parry* estaba convencido de que su vida se terminaba ahí. Pronto desaparecería y ¡el mundo ya no se acordaría de él!

Emily lo escuchó con interés hasta que la señora Johnson apareció en el salón para decirles a los niños que era hora de vestirse para la cena. Los dos protestaron, pero el señor Gwilt les aseguró que continuaría con el relato en otra ocasión.

Él y Emily siguieron con la mirada al trío mientras se alejaba, y luego ella le preguntó:

—¿Ha pensado alguna vez en sentarse a escribir las aventuras de *Parry*? A juzgar por lo bien que las han recibido los Johnson, creo que podrían convertirse en un maravilloso libro infantil.

—No, mi niña. Me las voy inventando sobre la marcha, oh sí. No podría escribirlas. Soy un hombre de números, no de letras.

—Yo podría ayudarle.

—Oh, vamos. Usted ya tiene demasiadas cosas que hacer.

—No, ni mucho menos. Me encantaría. Y creo que a usted también.

—Bueno, supongo que podríamos intentarlo, cuando no me necesiten en otra parte.

—¡Excelente! —respondió Emily. Ese día no había conseguido avanzar en sus propias aspiraciones, pero la idea de ayudar a otra persona le levantó el ánimo.

Empezaron esa misma tarde.

---

6 N. de la Trad.: Hasta que en 1850 se promulgó en Reino Unido una ley que establecía la creación de bibliotecas municipales, era normal que los escasos establecimientos de este tipo tuvieran fondos privados. Las bibliotecas circulantes subsistían gracias a las donaciones y a las cuotas que los miembros abonaban para poder llevarse los libros a casa.

Capítulo 3

«¡Oh, que el gozo se eche tan pronto a perder!
¡O que una dicha tan dulce como un beso no pueda durar para siempre!»

BEN JONSON,
«*The Kiss*»[7]

Algunas semanas más tarde, Emily se encontraba a solas en el dormitorio que compartía con Sarah intentando componer una nueva escena para su novela.

Al cabo de un tiempo, se detuvo a releer la última línea que había escrito, lanzó un gruñido de disgusto y la tachó. Intentaba construir una escena romántica entre los protagonistas y describir su primer beso. No se sentía capacitada. ¿Cómo iba a describir experiencias y sensaciones que desconocía?

Y es que a Emily nunca la habían besado. No románticamente. El beso de una madre no contaba.

Charles Parker había estado a punto de hacerlo una vez; al menos, eso le había parecido a ella antes de que los interrumpieran. Sin embargo, no estaba segura de que fuera buena idea tratar de recordar aquella ocasión en detalle, cuando hacerlo le dolería, habida cuenta de cómo él se había distanciado de ella poco después.

En lugar de eso, con la esperanza de encontrar inspiración, sacó un cuaderno en el que anotaba frases románticas de novelas y poemas. Hojeó algunas páginas y leyó parte de un poema de Ben Jonson que había copiado.

«Tan azucarado, tan fundente, tan suave, tan delicioso
[…]
Oh, mi último aliento preferiría exhalar,
si tuviera el gusto de probar otro igual;

sería mi deseo
morirme dando un beso»[8]

«Azucarado, fundente, suave y delicioso» sonaba bien, pero ¿morirse dando un beso? Le parecía un poco extremo.

Emily suspiró y cerró el cuaderno.

Tal vez debería visitar la biblioteca circulante y buscar una nueva novela romántica o un libro de poesía con el que «documentarse». Le encantaba leer y, para su desgracia, era una actividad mucho más sencilla y placentera que el arduo trabajo de escribir.

Así pues, esa misma tarde Emily volvió a recorrer el paseo marítimo en dirección al establecimiento del señor Wallis. Justo entonces dos mujeres salieron a la terraza delantera cubierta por un toldo y se pusieron a hablar.

—Hoy estaba de un humor extraño.

—Estoy de acuerdo, normalmente suele ser más amable.

—Y yo que me he puesto mi sombrero nuevo. —La mujer resopló con desdén—. En fin… ¡Oh! Espero que vengas a la fiesta que doy esta noche. He contratado a una pitonisa para que nos entretenga leyéndonos la buenaventura. Es una vieja bruja espeluznante. Va a ser de lo más divertido.

A Emily aquella propuesta le parecía más horrible que entretenida, pero conforme las mujeres se fueron alejando, la preocupación por el señor Wallis pronto se fue imponiendo a los demás pensamientos. ¿Habría ocurrido algo malo que justificara ese «humor extraño»? ¿Se encontraría mal?

Empujó la puerta de la biblioteca y entró. Lo vio repantigado en la silla junto a su escritorio.

—Buenos días, señor Wallis.

Pese a que normalmente hacía gala de unos modales impecables, el propietario no se levantó ante la presencia de una mujer. Sus ojos claros, tras las gafas, apuntaban hacia ella, pero tenía la mirada perdida.

Entonces parpadeó.

—Ah, señorita Summers. No se imagina lo que ha pasado.

—Nada malo, espero.

—Todo lo contrario. Es demasiado bueno. No tengo palabras.

—¡Cuéntemelo!

El señor Wallis se inclinó sobre el escritorio y empezó:

—¿Se acuerda de que el mes pasado Su Alteza Real, el duque de Kent, vino al pueblo en busca de una propiedad a su gusto? ¿Recuerda que le hice entrega de un grabado de una vista panorámica de Sidmouth?

Ella asintió.

—Por supuesto.

—Acabo de recibir una carta. ¡Del palacio de Kensington, ni más ni menos! Tengo el increíble honor de haber sido nombrado «Librero de Sus Altezas Reales». Mi querida señorita Summers… —Le tembló la voz—. Este es el momento de mayor orgullo de mi vida. —Él miraba maravillado a algún punto más allá del hombro de Emily—. Es consciente de lo que eso significa, ¿verdad? El príncipe Eduardo ha apadrinado mi establecimiento. Ahora cuento con el patrocinio real, así que puede pasar a llamarse con pleno derecho «”Real” biblioteca». ¿No le parece extraordinario?

—¡Oh, señor Wallis! Me alegro mucho por usted.

Él asintió y de pronto su mirada perdida se volvió dura.

—A ver si supera esto ese jovenzuelo advenedizo...

jjj

Poco después, Emily salió de la biblioteca de Wallis con el libro que acababa de tomar prestado entre los brazos.

Ensimismada como iba, no se dio cuenta de que alguien se le acercaba de frente hasta que casi lo tuvo encima. Cuando vio quién era, se sobresaltó y dejó caer el libro con un grito ahogado.

Allí estaba el hombre al que había visto con solo una toalla y un batín encima la última vez que se habían encontrado. El «jovenzuelo advenedizo», precisamente: el extravagante competidor del señor Wallis.

Ahora llevaba el atuendo propio de un caballero, aunque mucho más colorido que el que acostumbraba a ponerse la mayoría: vestía una levita burdeos sobre un chaleco de flores.

—Permítame. —Se agachó para recoger el libro del suelo de tierra compactada del paseo marítimo. Mientras se incorporaba, pasó una mano por la cubierta para sacudirle el polvo y leyó el título en el lomo —. Excelente elección. Admiro su gusto por la poesía… —Entonces miró hacia la puerta por la que ella acababa de salir y enseguida volvió a dirigirle la mirada—. Pero no su elección de biblioteca.

Ella lo miró boquiabierta, sintiéndose cohibida de un modo inexplicable e incluso un poco avergonzada.

—Aunque —añadió él, con una media sonrisa— si así es como trata los libros, quizá debiera sentirme aliviado de que frecuente el establecimiento de Wallis.

Emily sintió una punzada de culpabilidad y tragó saliva.

—Yo… normalmente tengo más cuidado.

Le pareció que los ojos verdes azulados de él le devolvían un brillo divertido y se dio cuenta de que solo estaba bromeando.

—Me alivia oír eso —repuso y se despidió con una reverencia—. Que tenga un buen día, señorita Summers.

Y tras decir eso, se dio media vuelta y se marchó.

Ella se quedó mirándolo mientras él proseguía su camino por el paseo marítimo, saludando a las damas con las que se cruzaba con una leve inclinación de sombrero. Emily supuso que se habrían visto alguna que otra vez por el pueblo, pero estaba segura de que nunca los habían presentado. Desde luego, el señor Wallis no se había dignado hacerlo.

Entonces, ¿cómo es que él sabía su nombre?

jjj

Sarah estaba sentada ante el costurero en el salón, bordando florecillas en un estuche de agujas. El mueble, con forma de mesa, tenía varios compartimentos para los útiles de costura, y la bolsa de seda suspendida debajo contenía diversas telas.

Mientras cosía, sus pensamientos volaron hacia Callum Henshall. El recuerdo la pilló desprevenida. Aquel escocés con talento para la música y su hijastra habían sido sus primeros huéspedes la primavera pasada. Cuando se marcharon, él quedó en su recuerdo… y le dejó el corazón dividido entre el deber y el deseo.

Sarah dejó el bordado sobre su regazo y abrió uno de los compartimentos del costurero. Con cuidado, sacó un cardo —con su bulbo espinoso y la flor seca—, el emblema de Escocia. En su memoria, el apuesto rostro del señor Henshall resplandecía mientras la miraba con admiración, cariño y cierta tristeza. Sarah permaneció inmóvil durante un buen rato, sumida en sus recuerdos e invadida por la nostalgia.

Georgiana entró en el salón con una carta en la mano.

—Effie ha vuelto a escribir. ¿Te acuerdas de ella?

Sarah la miró, sobresaltada, con las orejas ligeramente encendidas, como si la hubieran sorprendido haciendo algo malo. Se alegró de que su hermana pequeña no pudiera adivinarle el pensamiento.

Sarah volvió a deslizar el cardo dentro del compartimento y contestó:

—Claro que me acuerdo de Effie.

Georgiana se había hecho amiga de la muchacha durante su estancia, y Sarah se había encariñado tanto con ella como con el señor Henshall. De hecho, aquel amable y atractivo viudo ocupaba sus pensamientos más a menudo de lo que debería.

—Te menciona en la carta —le anunció Georgie, dejando la misiva sobre la mesa, ante ella.

Georgiana se dio la vuelta para marcharse, y Sarah se fijó en que iba vestida para salir. Llevaba sombrero, una chaquetilla *spencer*[9] y botas de media caña.

—¿Adónde vas?

—A jugar al críquet en Fort Field.

—¿Quién más participa?

Georgiana se encogió de hombros.

—Billy Hook, el aprendiz, estará allí. Y con suerte vendrán también algunos más.

—¿Alguna otra muchacha?

Otro encogimiento de hombros.

—Hannah ha prometido que vendría, aunque dudo que juegue. Viene sobre todo a mirarlos a ellos.

—Bueno, me alegro de que tu amiga vaya a estar contigo. Pasáoslo bien.

Al llegar a Sidmouth, su madre había insistido en que sus hijas se acompañaran unas a otras cuando salieran a pasear y a hacer recados en la parte este del pueblo, pero, después de un año allí, la señora Summers ya no era tan estricta con sus normas. Las Summers confiaban en sus vecinos y se sentían seguras en aquel lugar. Además, el prado donde jugarían estaba a un corto paseo de Sea View.

Cuando Georgie se hubo marchado, Sarah leyó por encima la carta que Effie había escrito con su estilo juvenil y parlanchín hasta que dio con las líneas en que la mencionaba.

> *Por favor, saluda a Sarah de mi parte y dile que pienso en ella al menos una vez al mes. Ella ya sabrá a qué me refiero.*

Una sonrisa brotó de los labios de Sarah al recordar que había tenido que explicarle a aquella muchacha algunas cuestiones relacionadas con el hecho de ser mujer, pero su sonrisa se esfumó en cuanto se dio cuenta de que eso era todo.

En cartas anteriores, Effie había hecho referencia de alguna manera a que su padrastro también le enviaba saludos, pero no esta vez. Puede que el señor Henshall se hubiera olvidado de ella. O había conocido a alguien. ¿Y por qué no iba a hacerlo? Después de todo, ella había desalentado sus avances, incluso cuando él le había preguntado si podía cartearse con ella directamente.

«Es lo mejor», se dijo a sí misma.

Aunque su corazón no opinaba lo mismo.

jjj

La cena de esa noche estaba transcurriendo en un ambiente de una informalidad de lo más refrescante, pensó Sarah, mientras contemplaba a su familia dispuesta en torno a la mesa. Los Johnson se habían marchado y el único huésped que seguía alojado en Sea View era Simon Hornbeam.

El señor Hornbeam ya llevaba varios meses con ellas. Era un hombre entrañable de unos sesenta años que se había convertido en uno más de la familia, casi como un simpático abuelito. Había alargado su estancia como huésped —su situación económica era más acomodada que la del señor Gwilt— después de que su hijo, ya crecidito, no se hubiera reunido con él en Sidmouth. Además, el hombre se había reencontrado en el pueblo con una antigua conocida, la señorita Reed, lo que probablemente explicaba por qué su estancia se estaba prolongando tanto.

Ya estaban dando cuenta del almuerzo, cuando Emily tomó la palabra:

—Me pregunto por qué vendrá el duque de Kent a Sidmouth… sobre todo en esta época del año. No creo que Woolbrook Cottage pueda compararse con el palacio de Kensington.

—El capitán comentó que buscaban un clima más suave para la salud de la duquesa, ¿recuerdas? —apuntó Sarah.

—Puede que esa sea la razón oficial —dijo el señor Hornbeam—, pero seguro que no es la única.

Todos se volvieron hacia él. El anciano había sido secretario adjunto de la Cámara de los Comunes hasta que le había comenzado a fallar la vista. Todavía tenía a numerosos conocidos en el Parlamento británico y sabía mucho más que los demás acerca del gobierno y la familia real.

Ladeó la cabeza pensativo, casi como si fuera consciente de ser el centro de todas las miradas, y se ajustó las lentes oscuras.

—No creo que sea ningún secreto lo que voy a comentar —prosiguió—. De hecho, es de sobra sabido en los círculos políticos que el príncipe Eduardo está endeudado. En mi humilde opinión, creo que es un hombre listo y culto, pero siempre ha gastado muy por encima de sus posibilidades. Un comité de Londres, formado entre otros por su administrador, le aconsejó que economizara, así que viene aquí sobre todo para reducir gastos.

—Conque —repuso la señora Summers— no somos las únicas que tenemos que hacer ajustes en nuestro estilo de vida debido a limitaciones económicas.

—Pues no. Están en muy buena compañía. De lo más augusta, de hecho.

—Sé que debería saberlo —dijo Emily—, pero ¿qué posición ocupa el duque en la línea de sucesión?

—Es el cuarto —respondió el señor Hornbeam—, pero hace tiempo que se le considera el más fuerte y sano de sus hermanos. Todo parece indicar que acabará siendo rey algún día y, de ser así, su hija sería la siguiente en la línea de sucesión.

—¿Qué es lo que les ocurre a sus hermanos mayores?

Él meneó la cabeza.

—No tienen herederos legítimos. Desde la muerte de la hija del príncipe regente, los demás hijos del rey han estado compitiendo por engendrar un heredero legítimo que asegure la sucesión. El príncipe Eduardo ha sido el primero en lograrlo. Cabe la posibilidad de que su hermano mayor, el duque de Clarence, todavía tenga descendencia, pero si no fuera así, parece que su nueva vecinita podría acabar siendo la futura reina de Inglaterra.

—Cielos —murmuró Sarah—. En ese caso, será mejor que nos comportemos lo mejor que podamos cuando lleguen.

---

7 N. de la Trad.: Del original en inglés: «*Oh, that joy so soon should waste! Or so sweet a bliss As a kiss/ Might not for ever last!*», de Benjamin Jonson (1572 – 1637). Este dramaturgo, poeta y actor inglés del Renacimiento compuso diversos poemas líricos y obras de teatro satíricas, algunas de las cuales las representó la compañía de teatro de Shakespeare, con el que se sabe que mantenía largas discusiones y puede que cierta rivalidad.

8 N. de la Trad: Del original en inglés: «So sugared, so melting, so soft, so delicious… *O, rather than it would I smother,* Were I to taste such another; *It should be my wishing* That I might die kissing», del mismo poema que abre el capítulo.

9 N. de la Trad.: El *spencer* o juboncito es una chaquetilla corta y de manga larga, con la forma de un frac sin faldones. Solían llevarla las mujeres del siglo XIX como prenda de abrigo, ya que su talle corto se adaptaba a las hechuras de los vestidos de estilo imperio o regencia, propios de la época.

Capítulo 4

«La comitiva del duque arribó a Woolbrook Cottage en Nochebuena. Cuando llegaron hacía un frío terrible».

DEIRDRE MURPHY,
The Young Victoria

Diciembre, 1819

Como los trabajadores del duque podían llegar a Sea View en cualquier momento, la familia Summers optó por celebrar la Navidad con sencillez. Su situación económica seguía siendo delicada, así que también decidieron que solo se harían regalos caseros, algo que hubieran cosido o hecho ellas mismas. Esto dejaba a Emily y a Georgiana en clara desventaja.

Emily resolvió que le compondría un poema a cada una y se lo escribiría en una tarjeta. Para ello recurrió a sus languidecientes acuarelas.

Georgiana, sin embargo, no tenía ni idea de qué podía regalarles.

—No hace falta que hagas nada, Georgie —le dijo Sarah—. Tampoco es obligatorio.

—¡No voy a ser la única que no haga regalos!

—Ya se te ocurrirá algo —le aseguró su madre—. Algún detallito.

Celebraron el día de San Nicolás[10] el seis de diciembre y después intercambiaron sus modestos regalos: estuches de agujas bordados, pañuelos, aromáticos popurrís que Sarah había hecho con flores secas y los alegres poemas de Emily, con versos como «Para Sarah, nuestro faro. Trabajas muy duro y nosotras lo apreciamos…»

Una vez abiertos los regalos, la señora Summers se levantó y les dio las gracias a todas.

—¡Eh, todavía falto yo! —Georgie se puso de pie de un salto y

comenzó a repartirles unas cuartillas con unos bordes torcidos dibujados a mano y la palabra «Certificado» en la parte superior.

—Os he hecho un certificado a cada una que podéis canjear por un servicio.

—Una idea excelente —la felicitó Sarah.

La señora Summers leyó el suyo y sonrió.

—«Vale para un paseo largo, seguido de un masaje de pies». Es perfecto.

Sarah leyó el suyo a continuación:

—«Vale para ayudarte tamizando harina, moliendo azúcar y lavando la loza después de hacer repostería». —Hizo un gesto afirmativo con la cabeza—. Aceptaré encantada tu oferta.

—La mía es la mejor —se jactó Emily, agitando la suya en el aire—. «Vale de un solo uso para limpiar el retrete». —Se volvió hacia su melliza—. ¿Qué pone la tuya, Vi?

—Es un vale por una hora de lectura a la señora Denby en mi lugar.

Emily soltó un bufido haciéndose la ofendida.

—¡Eso es un privilegio, no un favor!

Georgie dejó escapar una risita.

—¡Lo sé!

Viola miró a su hermana menor con aprobación.

—Aun así nada me haría más feliz que verte pasar tiempo con la señora Denby. Gracias, Georgiana.

jjj

Al día siguiente, mientras Emily ayudaba a Jessie a recoger la mesa después del desayuno, se fijó en un colgante que la criada llevaba al cuello: una crucecita de madera que pendía de una sencilla cadena. La cruz estaba ricamente tallada y pulida. A Emily no le costó imaginarse qué apuesto pescador podía haberla hecho, ya que a menudo había visto a Tom Cordey ponerse a tallar después de un día de pesca. También había visto cómo Jessie sonreía y se sonrojaba cada vez que estaba cerca de él.

—Eso es nuevo, ¿no? —le preguntó Emily—. ¿Te lo ha regalado Tom?

—Sí, señorita. —Jessie bajó la cabeza mientras se le subían los colores.

—Es muy bonito.

—Sí, a mí también me lo parece.

No era habitual que nevara en Sidmouth, pero ese año la nieve cayó rápida y copiosamente, transformando el paseo marítimo en un camino blanco que crujía al pisar, enmarcando los escaparates de las tiendas, adornando las ramas de los árboles con azúcar glas y envolviendo en un manto blanco todas las lápidas del cementerio.

Incluso las laderas de las colinas de Peak y Salcombe acabaron cubiertas de blanco.

El padre y el hermano del mayor vinieron a Westmount para pasar las fiestas, y los Hutton invitaron a las Summers para una cena anticipada en Nochebuena, así que las damas se pusieron sus capas más abrigadas y recorrieron el camino cubierto de nieve para acompañarlos. El amigo del mayor, el señor Sagar, también se unió a la celebración.

Más tarde, cuando las mujeres regresaron a Sea View, encontraron al señor Gwilt y a Lowen decorando la puerta principal con ramitas de pino, acebo y hiedra.

—¡Qué grata sorpresa! —exclamó Sarah, risueña.

Las demás coincidieron con ella y alabaron el trabajo de los dos hombres.

—Ha *sío* idea de Gwilt —reconoció Lowen, señalando con la cabeza al hombre más joven.

El señor Gwilt puso una mano sobre el hombro encorvado del anciano.

—Y no podría haberlo hecho sin usted. —Se volvió hacia las mujeres y añadió—: Queremos que luzca lo mejor posible para nuestros destacados visitantes, ¿no es así?

—Desde luego que sí.

En ese momento, el sonido de unos cascos y el tintineo de unos arreos llamaron su atención. Varios coches de caballos surgieron por Glen Lane con las luces de los carruajes encendidas.

—Hablando del rey de Roma… —susurró Emily.

jjj

Todos se apresuraron a entrar, donde los esperaba un ambiente mucho más cálido. Se agolparon junto a las ventanas de la biblioteca para ver pasar la caravana con las ruedas de los carruajes cubiertas de nieve: dos coches de camino, un carruaje más grande y un faetón, tirados por un variado conjunto de caballos.

—Qué horror tener que viajar durante una noche tan fría, en plena tormenta de nieve —dijo Sarah.

Emily asintió.

—Y en plena Navidad.

—¡Mirad! Hay una jaula de pájaros en ese carruaje —señaló Georgie—. Pobrecillos, deben de estar helándose.

—¿Veis a la duquesa? —preguntó Emily, estirando el cuello.

La señora Summers entrecerró los ojos para aguzar la vista.

—No sabría decirte.

—¡Eh! No tenemos tiempo para quedarnos aquí mirando embobadas —las reprendió Sarah—. Nuestros nuevos huéspedes

podrían llegar en cualquier momento. Rápido, quitaos la ropa de calle. ¡Vaya! Voy a tener que fregar el suelo, lo hemos mojado con las botas.

—Ya me ocupo yo, señorita Sarah —la tranquilizó el señor Gwilt—. Usted vaya a prepararse.

—Sí, querida. Arréglate el pelo —le indicó su madre—. El viento te lo ha alborotado y se te han soltado de las horquillas.

—¿Por qué estoy tan nerviosa? —preguntó Georgie.

—Yo también lo estoy —coincidió Emily, dejando a un lado su manguito de piel y desabrochándose el manto.

—Vamos, vamos —instó Sarah—. No podemos estar todas revoloteando como palomas asustadas cuando lleguen. Venga. Venga.

Se dispersaron, apresurándose en guardar sus cosas, retocar su aspecto y prepararse para recibir a los empleados del duque que iban a alojarse con ellas.

Cuando poco después llamaron a la puerta, Emily estuvo a punto de ir corriendo a abrir, pero Sarah la sujetó del brazo y le susurró: —Deja que vaya Jessie. Al menos finjamos cierta distinción.

—En ese caso, será mejor que me esfume —comentó Georgiana con una media sonrisa.

—No es necesario que todas los abrumemos con nuestra presencia —opinó su madre—. Yo esperaré en el salón. Llamadme si os puedo ayudar en algo.

Emily siguió a Sarah hasta la biblioteca reconvertida en despacho y se quedó de pie, junto a su hermana, mientras esta se sentaba en el escritorio, encendía la lámpara y abría el libro de registro por la siguiente hoja en blanco.

Jessie hizo pasar a tres hombres con el ala del sombrero y los hombros cubiertos de nieve.

El que encabezaba la fila era el señor Thomson, el secretario privado que había acompañado al capitán Conroy en su primera visita a Sea View.

Tal y como recordaba Emily, era alto, moreno y tenía los ojos oscuros, la nariz fina y aristocrática, y una complexión esbelta y atlética. Tendría entre veinte y treinta años, y necesitaba un afeitado —la barba incipiente que le oscurecía el apuesto rostro hacía que pareciera un poco mayor de lo que era—.

—Señor Thomson, es un placer volver a verle —le dio la bienvenida Sarah.

Él le correspondió con una inclinación.

—Señorita Summers.

Entonces se volvió hacia Emily y la saludó con otra inclinación de cabeza, luego se detuvo a mirarla un instante antes de desviar la vista de forma repentina.

Sarah colocó el registro en la parte más alta del escritorio de la

biblioteca y lo giró hacia él.

Él dejó una maleta y un estuche largo y estrecho en el suelo, y firmó con elegantes trazos: «Señor James Thomson».

—Le vamos a dar una habitación con vistas al mar —le anunció, entregándole la llave de la habitación llamada «Arce», que había sido el dormitorio de Emily antes de que abrieran la casa de huéspedes.

—«Con vistas» suena excelente. Se lo agradezco.

—Si no le importa esperar aquí un momento mientras reparto el resto de las llaves, luego ya les comentaré a todos los horarios de las comidas y demás.

—Por supuesto —repuso él, haciéndose a un lado.

—Pero, Sarah… —intervino Emily—. No hay necesidad de hacer esperar al señor Thomson. Yo puedo acompañarlo a su habitación y explicarle los horarios de las comidas y todo eso. Después de habértelo oído decir tantas veces, me lo sé de memoria —aseguró con una sonrisa encantadora, mirando primero al hombre y luego a su hermana.

—Muy bien, Emily —le respondió Sarah, forzando una sonrisa.

Haciendo caso omiso de la actitud molesta de su hermana, Emily volvió a mirar al caballero alto y de buen ver, tomó una palmatoria con una vela e hizo un gesto hacia la puerta para que la acompañara.

—¿Vamos?

—Sí, por favor.

Ella lo miró de reojo, temiendo entrever en su rostro algún atisbo de insinuación, pero mantenía una expresión seria e inescrutable.

El señor Gwilt se ofreció a llevarle la maleta.

—Gracias —respondió el señor Thomson, entregándosela con una cortés inclinación de cabeza.

Emily abrió la marcha escaleras arriba.

—Espero que disfrute de su estancia en Sidmouth, aunque dudo que pueda competir con Londres. ¿Cuánto tiempo ha estado allí?

—Unos ocho meses. Antes de eso estábamos en Alemania, donde el duque tenía su residencia antes de que regresara a Inglaterra —¿En Alemania? Fascinante.

—Sí, Baviera es preciosa.

—¿Habla usted alemán?

—Lo suficiente para desenvolverme.

—Impresionante.

Al subir las escaleras, Emily giró a la izquierda y sintió que se le formaba un extraño nudo en el pecho a medida que se acercaban a la primera habitación. Allí se había alojado el señor Stanley durante su estancia. Aquel joven parecía sentir admiración por ella, pero más tarde Emily se había enterado de que estaba prometido con otra. Apartó esos pensamientos de su mente mientras abría la puerta de su

antiguo dormitorio y conducía al señor Thomson al interior.

La habitación tenía grandes ventanales con vistas al mar, así como un cómodo vestidor.

Él echó un vistazo a la estancia.

—Qué bonita.

Luego le ofreció al señor Gwilt una moneda por llevarle la bolsa. Este vaciló y miró a Emily, indeciso. Todavía se estaba acostumbrando a algunos aspectos de su trabajo. Ella le hizo un gesto afirmativo con la cabeza para animarlo y él aceptó la propina.

—Gracias, señor —dijo el señor Gwilt y se apresuró en bajar a ayudar a los demás huéspedes.

Emily se quedó un poco más.

—¿Puedo preguntarle qué hace un secretario privado?

—Tomar notas, responder cartas y clasificar la correspondencia. Además, yo también me encargo de supervisar las causas benéficas, de revisar las numerosas solicitudes de patrocinio que recibe Su Alteza Real. Esa parte es la que más me interesa.

—Pues sí que suena interesante —comentó Emily, pensando que a Viola eso le parecería mucho más que meramente interesante. Y añadió—: Espero que no lamente que lo hayan enviado a Sea View. Supongo que habría preferido quedarse en Woolbrook o incluso en Fortfield Terrace con el resto del personal de mayor categoría.

—Ni mucho menos —replicó él—. De hecho, me ofrecí voluntario para alojarme aquí.

—¿Ah, sí? ¿Por qué?

Él la miró fijamente a los ojos y luego desvió la mirada.

—Tenía mis razones.

Ella se preguntó cuáles serían esas razones y se dijo a sí misma que no debía sentirse halagada. Ya la habían obnubilado antes con palabras bonitas.

Emily se dio cuenta de que el impulso de coquetear con un hombre atractivo seguía ahí, pero, con cierto esfuerzo, consiguió reprimirlo. Esta vez tendría más cuidado. No quería que volvieran a hacerle daño.

jjj

En el despacho, Sarah recibió con una sonrisa a otro hombre de cabello oscuro cuando este se acercó al escritorio. Tenía la nariz ancha, la piel aceitunada y los ojos de color avellana. Era un poco mayor que el señor Thomson, tal vez anduviera en los treintaipocos.

Se presentó como Antoine Bernardi, ayudante de cocinero y chef pastelero, y escribió su nombre en el registro con una intrincada floritura.

La mención a su profesión captó la atención de Sarah. Aunque no tenía muy claro cómo reaccionaría su madre al hecho de tener a un

cocinero como huésped en Sea View. Decidió que se referiría a él como chef pastelero del duque, que sonaba más pomposo.

—¿A usted también le gustaría tener vistas al mar? —le preguntó.

—Sería más conveniente una habitación cerca de las cocinas.

Sarah lo miró sorprendida.

—Señor Bernardi, usted está aquí en calidad de huésped. No esperamos que ayude en la cocina.

Él se encogió de hombros.

—Es la costumbre.

¿Se refería a que estaba acostumbrado a dormir cerca de las cocinas o que ayudar en las cocinas era una costumbre que pretendía mantener mientras residía en Sea View? Lo más probable es que tuviera que salir temprano todas las mañanas para ayudar al jefe de cocina de Woolbrook y quedarse allí hasta la hora de la cena. Al menos eso esperaba Sarah, que decidió pasar por alto el comentario y le entregó las llaves de la habitación «Sauce».

Él se hizo a un lado, revelando la presencia de un tercer hombre, que sostenía un baúl de madera de algo más de un metro de largo con bandas de hierro y una cerradura con candado. Encima cargaba con otro maletín y una maleta más pequeña. Por su postura encorvada y la visible tensión de la musculatura del cuello que se podía entrever por encima de la corbata, lo que llevaba debía de ser muy pesado.

—¡Oh! —exclamó Sarah—. Déjelo en el suelo. Parece muy pesado.

—Lo es.

Resollando, dejó lo que llevaba sobre el escritorio y se oyó un «clonc» metálico.

Su rostro había desaparecido tras una mata de cabello pelirrojo mientras firmaba el registro con un garabato apresurado.

Sarah intentó descifrar lo que había escrito.

—¿Señor… «Deering»?

—«During». Selwyn During.

—Ah. Bienvenido, señor During.

Él preguntó atropelladamente:

—¿Todas las habitaciones tienen cerraduras resistentes? Confío en que me asignará una habitación que se pueda cerrar con total seguridad.

Sarah parpadeó, algo desconcertada, y luego se apresuró a tranquilizarle.

—Todas nuestras habitaciones tienen cerraduras nuevas. —Decidió enseguida que no le daría el dormitorio con el cuartito contiguo, ya que la puerta entre ambas estancias solo contaba con el tradicional pestillo—. ¿Alguna otra preferencia que deba conocer? ¿Le gustaría tener vistas al mar o al campo, o quizá una habitación más tranquila en la parte trasera de la casa?

—Preferiría una habitación tranquila, alejada de las demás —respondió—. Y a la que no se pueda acceder desde ninguna ventana de la planta baja.

El señor Bernardi puso los ojos en blanco.

—Muy bien. La habitación «Roble» está en la planta de arriba, en la esquina trasera de la casa. Es una de las más grandes.

Iba a entregarle la llave, pero se lo pensó mejor: lo último que necesitaba aquel hombre era llevar más cosas.

Después de explicarles los horarios de las comidas y de descanso, Sarah se levantó para enseñarles sus habitaciones.

El señor Gwilt los estaba esperando en el vestíbulo. Echó un vistazo al equipaje del señor During y se ofreció a ayudarle con su animado acento galés: —¿Se lo llevo, señor? Parece pesar mucho.

During se lo pensó mientras estudiaba su rostro con recelo.

—¿Quién es usted?

—Robert Gwilt, señor.

—El señor Gwilt nos ayuda en casa —explicó Sarah, sorprendida por su desconfianza. ¿Acaso no era una práctica habitual en posadas y hoteles ayudar a los huéspedes con su equipaje? ¿Qué había en aquel baúl?

El señor During enderezó sus estrechos hombros e hinchó el pecho, flaco.

—Ah. Le agradezco el ofrecimiento, buen hombre, pero debo tener este baúl a mi cuidado. Es mi responsabilidad.

—Pero a mí sí puede ayudarme —dijo el señor Bernardi, entregándole su maleta con una sonrisa amistosa.

—Con mucho gusto, señor. —El señor Gwilt tomó la maleta que le tendía y extendió la mano libre hacia el bolso que el cocinero llevaba en la otra mano—. ¿Esa también?

—No, gracias. —Bernardi levantó el bolso del que sobresalían un largo mortero de madera y varios mangos más de otros utensilios—. Prefiero tener siempre cerca mis útiles de trabajo.

—Hace muy bien, señor.

—Perfecto. Por aquí, caballeros —indicó Sarah antes de subir el largo tramo de escaleras hasta la planta superior, donde se encontraban los dormitorios.

Una vez en el rellano, giró a la izquierda y les señaló dónde se encontraba el retrete antes de pasar por delante de la habitación del señor Thomson.

Al llegar a la habitación contigua, Sarah tuvo que contener el impulso de tocar la puerta con los dedos. Allí se había alojado el señor Henshall y no había día que pasara por delante y no se acordara de él. En su honor, habían bautizado la habitación con el nombre de «Pino del norte».[11]

Sarah instaló al señor Bernardi en la habitación «Sauce», que hacía esquina. Solo tenía una vista parcial del mar, pero se encontraba junto a las escaleras traseras, por si realmente iba en serio cuando decía que quería estar cerca de la cocina.

Por último, guio al señor During a la habitación que tenían en el rincón más alejado, más allá del armario de la ropa blanca y de las escaleras traseras. En su momento había sido el dormitorio de su padre y era también la estancia más apartada.

Abrió la puerta y lo condujo al interior.

—¿Qué le parece?

El hombre echó un vistazo a su alrededor y dejó el baúl sobre una cómoda con otro «clonc» metálico. Sarah se estremeció, asumiendo que habría dejado marcas en la superficie de madera pulida.

El señor During se volvió hacia la puerta.

—Disculpe. ¿Me da…?

Ella le entregó la llave y se hizo a un lado para que él pudiera comprobar el funcionamiento de la cerradura. Luego, sin mirarla a los ojos, asintió.

—Sí, con esto bastará. ¿Quién más tiene llaves de esta habitación?

—Nosotras tenemos otra llave para entrar a limpiar cuando los huéspedes se ausentan.

—¿Y dónde se guarda esa llave?

—En un cajón del escritorio del despacho.

—Mmm… Tendré que pensármelo.

Sarah lo miró con cierta preocupación.

—Bueno, avíseme si necesita algo más.

Él asintió, con expresión todavía seria. Seguramente no tendría más de treinta años, pero parecía mayor, además de taciturno y distraído, y Sarah se preguntó si alguna vez se divertiría.

Acababa de salir de la habitación cuando oyó que el señor During echaba la llave. Miró hacia atrás, sorprendida, antes de continuar su camino.

El señor Bernardi estaba de pie en el pasillo, cruzado de brazos y apoyado con actitud despreocupada en el marco de la puerta.

—No le haga caso a During. Se cree que su puesto es muy importante.

—¿Por qué? ¿Cuáles son sus obligaciones para con el duque y la duquesa?

—Poner la mesa y encargarse de la vajilla.

Sarah lo miró ligeramente alarmada.

—¿Ese era el baúl de la vajilla real? Dígame que ese pobre hombre no va cargando por ahí con cincuenta servicios.

Bernardi negó con la cabeza.

—Woolbrook está totalmente equipada. Ese baúl contiene objetos

de carácter más ceremonial: candelabros de plata, condecoraciones al valor que el duque ha ido recibiendo a lo largo de su carrera militar… Ese tipo de cosas.

Sarah volvió la vista hacia atrás, hacia la puerta cerrada.

—Pues sí que se toma en serio su responsabilidad.

Bernardi se encogió de hombros.

—Pues sí, pero es insufrible.

Sarah sintió curiosidad, pero decidió que era mejor no andar chismorreando sobre uno de sus huéspedes.

—Si no necesita nada más, lo veré por la mañana en el desayuno. Ah, como mañana es Navidad, iremos a la iglesia, por si quiere acompañarnos.

—No, gracias —respondió sin rodeos.

—Oh. Bien. Como quiera.

Sarah se alejó, sintiéndose algo incómoda al pensar en sus nuevos inquilinos. ¿Por qué parecía que siempre recibían más huéspedes masculinos de la cuenta? Se preguntó si estarían casados o solteros, pero luego desechó ese pensamiento diciéndose a sí misma que esa era una cuestión que carecía de toda relevancia.

jjj

A la mañana siguiente, la señora Summers, Sarah y sus hermanas fueron juntas a la iglesia, acompañadas del señor Hornbeam. Allí se encontraron a Viola y al mayor, junto con su hermano y su padre, y la señora Denby, del asilo para pobres, que estaba sentada, con una manta de felpa sobre las piernas, en la silla de ruedas que el generoso mayor Hutton le había regalado.

La familia saludó a amigos y a vecinos, y respondió a las preguntas que les formularon a propósito de sus nuevos huéspedes. Estaba claro que se había corrido la voz sobre los visitantes reales de Sidmouth.

Después del oficio religioso, regresaron a Sea View para ayudar a la señora Besley a terminar de preparar su sencilla cena de Navidad.

Una vez que se hubo quitado y guardado la pelliza, la capota y los guantes, Sarah bajó con su sencillo vestido de día de manga larga. Descendió al sótano por las escaleras traseras y se detuvo para tomar el delantal del colgador y ponérselo.

Echó un vistazo a la cocina principal y vio a Lowen adobando dos pollos y a la señora Besley ajetreada junto a los fogones. Sarah se dirigió hacia el cuarto de trabajo, más pequeño, que utilizaba como sala de repostería y despensa.[12] Al entrar, se detuvo bruscamente, boquiabierta.

Antoine Bernardi estaba junto a la mesa, trabajando, como si aquellos fueran sus dominios.

—¿Qué está haciendo, señor Bernardi? —le preguntó ella, con la

voz más crispada de lo que pretendía.

Él extendió los brazos.

—Como ve preparo platos para el duque.

El pastelero señaló las ramas de acebo con brillantes bayas rojas que había hecho con pasta de azúcar y las bolas cubiertas de glaseado verde y decoradas con pequeñas manzanas y naranjas de mazapán que imitaban los adornos colgantes de muérdago.[13]

—¿Por qué aquí? —preguntó ella—. ¿Por qué no en la cocina de Woolbrook?

—Porque allí hoy hace demasiado calor y hay mucho ajetreo. Están asando todo tipo de carne para la cena: pavo, ternera, ganso… Puede que hasta una cabeza de jabalí. Necesitaba un sitio más tranquilo y fresco para hacer estos dulces especiales. Después de todo, es Navidad.

Y así era. Ese recordatorio hizo que Sarah se mordiera la lengua y se tragara el ácido comentario que había estado a punto de hacerle.

Él se volvió hacia el aparador, sobre el que enfriaban varias tartas grandes recubiertas con tiras de masa entrecruzadas.

—También he hecho tartas de membrillo. ¿Qué clase de Navidad sería si no hubiera algo hecho de membrillo? He preparado una de más para ustedes.

Levantó la tarta y se la acercó para que la examinara. A pesar de su enfado, Sarah no pudo evitar inclinarse a inspirar su aroma. Olía divinamente: a fruta agridulce y a masa hojaldrada.

—Mmm. Gra-gracias. Qué considerado.

Él le sostuvo la mirada.

—Feliz Navidad, señorita Summers.

Sarah consiguió devolverle una pálida sonrisa.

—Feliz Navidad, señor Bernardi.

Decidió posponer cualquier protesta acerca del uso de las cocinas hasta después de las fiestas.

Después de ayudar un rato a la señora Besley, Sarah subió al comedor. El señor During entró cuando ella estaba poniendo la mesa.

—Señorita Summers, debo ir a Woolbrook Cottage a poner una mesa de celebración para el duque, la duquesa y sus invitados. —Levantó el asa del gran maletín de cuero con el que había llegado; por lo visto, el baúl de la vajilla y su maleta personal, más pequeña, seguían en su habitación—. He cerrado la puerta y me llevo la llave. —Se palpó el bolsillo—. Pero no me siento seguro marchándome de aquí con la incertidumbre de qué será de esa segunda llave. ¿No hay ninguna caja fuerte en la que pueda usted guardarla para que yo me quede más tranquilo?

Sarah colocó el último tenedor y se incorporó.

—Tenemos un cofre que utilizamos para guardar los pagos y el efectivo para gastos menores, ese tipo de cosas. ¿Le parece bien?

—¿Puedo verlo?

Por alguna razón, la pregunta la inquietó. Tras un momento de vacilación, se dirigió al escritorio de la biblioteca reconvertida en despacho, sacó el cofre del cajón lateral y lo dejó sobre el escritorio para que él lo viera.

—¿Y quién tiene la llave de este cofre?

—Yo. Aunque en las contadas ocasiones en las que salgo de casa, se la dejo a mi madre.

—Ya veo.

Sarah introdujo la llave extra de la habitación «Roble» en el cofre y lo cerró.

—Gracias. Eso añade una capa más de protección, aunque quizá no toda la que uno desearía.

De mala gana, se dio la vuelta para irse y Sarah lo acompañó hasta el vestíbulo.

—¿Cuánto tiempo estará fuera?

—Oh, calculo que dos o tres horas.

—Estoy segura de que podremos mantener la llave de repuesto a buen recaudo durante ese tiempo.

—Sí, sí. Al fin y al cabo, tampoco hay mucha gente que sepa que tengo aquí el baúl. Lo más probable es que den por sentado que cualquier objeto de valor estará donde reside Su Alteza Real. Sin duda me preocupo demasiado. —Se volvió hacia Sarah, de nuevo con la cara tensa—. Señorita Summers… ¿sus doncellas son de confianza? El baúl está cerrado con llave, pero aun así…

—Sí, señor During, respondo por todas ellas.

—Bien, bien. Odio preguntar, pero en mi posición nunca se es lo suficientemente cuidadoso.

—¿Lleva mucho tiempo en el cargo? —le preguntó Sarah amablemente, estudiando el semblante inquieto de su interlocutor.

Él negó con la cabeza.

—Me encargo de poner la mesa desde hace varios años, pero la responsabilidad de cuidar de la vajilla me la han asignado recientemente y estoy firmemente decidido a cumplir con el cargo que me han confiado.

—Comprendo.

Cuando la conversación llegaba a su fin, el señor Thomson bajó las escaleras a paso tranquilo. Los dos hombres se saludaron con un gesto de cabeza mientras el señor During se marchaba.

El señor Thomson lo siguió con la mirada.

—Es un poco… —comenzó—. Se lo toma todo demasiado en serio, lo sé. Le han prometido un aumento acorde a su nueva responsabilidad y, como dedica la mayor parte de su sueldo a mantener a su madre y a sus hermanas, le vendrían muy bien esas

ganancias adicionales. Ellas dependen de él.

—Ya veo. Eso habla muy bien del señor During.

—Sí, creo que tiene un alma noble, aunque también es cierto que su comportamiento puede ser bastante desagradable a veces.

Sarah asintió y luego preguntó:

—¿Cenará con nosotros esta noche, señor Thomson?

En su rostro se dibujó una mueca de sorpresa.

—Le agradezco la invitación, pero no quisiera entrometerme en su celebración familiar.

—Nos encantaría que nos acompañara.

Él dudó durante un instante.

—Me han dicho que podría unirme a la cena para el personal de mayor categoría en Fortfield Terrace.

—Ah. En ese caso, lo entiendo.

—Creo que debo asistir —se explicó él—, aunque la idea no me apasiona. Aun así, quiero conservar el favor del general Wetherall.

—¿Y el del capitán Conroy? —preguntó ella.

Él hizo una mueca.

—Eso está fuera de mi alcance.

jjj

Poco después, la familia se reunió para la cena de Nochebuena. Simon Hornbeam se sumó a ellas, así como su amiga la señorita Reed, del asilo para pobres, que desde el verano pasado era mucho más agradable.

Cuando todos se sentaron, la señora Summers le pidió al señor Hornbeam que bendijera la mesa, a lo que él accedió amablemente.

Habían invitado al señor Gwilt a sentarse con ellos, pero él había declinado cortésmente la invitación, aduciendo que comería con la señora Besley y Lowen abajo, como solía hacer desde que había pasado a formar parte del servicio.

Sarah se preguntó cómo estaría pasando Claire las navidades en Edimburgo. Teniendo en cuenta la fama de estricta y severa que tenía su tía abuela, supuso que aquella mujer no aprobaría una celebración alegre. Con toda probabilidad, Claire tendría que soportar un largo y sombrío oficio religioso, un menú simplón y la ausencia de toda actividad recreativa o de entretenimiento.

Sarah rezó en silencio por su hermana mayor mientras procedían a dar cuenta de la comida.

Degustaron el sabroso pastel de Navidad relleno de carne de pichón, de pato y carne picada, y decorado con frutas y hojas hechas con la propia masa. También comieron pollo asado y pudin de patatas, seguido del tradicional pudin de ciruelas y de la tarta de membrillo del señor Bernardi. Demasiado para una cena «sencilla».

—La señora Besley se ha superado a sí misma —comentó la señora Summers llevándose otro pedazo de tarta a la boca.

—Estoy de acuerdo —coincidió Sarah—. Sin embargo, fue el señor Bernardi quien hizo la tarta de membrillo… La misma que estarán comiendo ahora mismo Sus Altezas Reales.

—Oh, vaya, somos unos privilegiados.

—En efecto. Está deliciosa —apreció la señorita Reed.

Sarah se abstuvo de hacer más comentarios.

Más tarde, mientras recogían la mesa, oyó que alguien cerraba la puerta principal de un portazo. Salió del comedor a tiempo para ver al señor During subiendo las escaleras de dos en dos, con el maletín en la mano y nieve en el sombrero y en los hombros. Probablemente tendría prisa por confirmar que el preciado baúl de la vajilla seguía a buen recaudo.

Al recordar lo que el señor Thomson le había contado sobre la madre y las hermanas de aquel hombre, Sarah se compadeció de él.

Bajó al sótano y llenó un plato con los restos de la cena, por si no habían invitado al señor During a cenar con el personal de mayor categoría, como sí había sido el caso del señor Thomson. Dudaba que alguien encargado de poner la mesa fuera considerado «personal de mayor categoría», por muy guardián de la vajilla que fuera.

Subió el plato rebosante por las escaleras traseras y llamó a la puerta de la habitación «Roble».

—¿Sí? ¿Quién es? —respondió sorprendida una voz masculina.

—La señorita Summers.

Un momento más tarde, se oyó cómo el señor During daba la vuelta a la llave y la puerta se entreabrió unos centímetros. Él la miró con unos desconfiados ojos azules y cuando hubo confirmado que se trataba de ella, abrió más la puerta.

—¿Ocurre algo? —preguntó—. No ha desaparecido la llave de repuesto, ¿verdad?

—No, no. Todo va bien. Me preguntaba si tendría hambre.

Levantó el plato para ofrecérselo.

Él se lo quedó mirando.

—La verdad es que sí que tengo hambre. Con la emoción se me ha olvidado comer algo.

No era de extrañar que estuviera tan delgado.

—Entonces, aquí tiene. Pastel de Navidad, pollo asado, patatas, pudin de ciruelas, ah, y una porción de la tarta de membrillo que ha hecho el señor Bernardi. Me temo que no ha quedado mucha. A todos nos pareció demasiado deliciosa como para resistirnos.

Él tomó el plato.

—Gracias, señorita Summers. Es muy amable.

—Imagino que esto debe de ser muy diferente de las cenas de

Navidad a las que está acostumbrado.

—La verdad es que no mucho —dijo, encogiéndose de hombros—. Llevo casi cuatro años al servicio del duque —en Bruselas, en Alemania, en Londres y ahora aquí— y las fiestas son casi siempre lo mismo: días de trabajo. A veces con un brindis de celebración en la sala de los criados o con uno o dos chelines extra el Día de San Esteban.[14] Pero antes de eso, sí. Las navidades con mi madre y mis hermanas eran ocasiones muy alegres.

—Debe de echarlas de menos.

Al señor During se le empañaron los ojos.

—Sí, así es.

—Bueno, espero que disfrute de la comida. Avíseme si necesita algo más.

El señor During asintió, aunque seguía con la mirada perdida, y ella supo, sin necesidad de preguntar, que el hombre estaba recordando otras navidades mucho más alegres que esa.

---

10 N. de la Trad.: Esta celebración, que tuvo su origen en la Edad Media y todavía se mantiene en algunos países de Europa central y oriental, conmemora la figura de San Nicolás, un obispo del siglo IV, patrón de los niños, que acabó inspirando la figura de Papá Noel.

11 N. de la Trad.: Al pino silvestre (*Pinus sylvestris)*, conocido como pino del norte por su distribución geográfica, los británicos también lo llaman *Scotch pine* o *Scots pine* ('escocés' o 'de los escoceses').

12 N. de la Trad.: Muchos castillos y mansiones europeas contaban desde la Edad Media con una sala específica anexa a la cocina para elaborar pan y dulces, así como un espacio conocido como *still room*, derivado de *distillery room,* que era una suerte de antecocina en parte laboratorio, en parte enfermería y en parte cocina. En ella se preparaban remedios naturales, tinturas, aceites esenciales, cosméticos y productos de limpieza; se hacían mermeladas y confituras; se conservaban tartas y pasteles; e incluso se fermentaba cerveza o vino y se destilaban licores.

13 N. de la Trad.: Estos arreglos navideños hechos a base de ramilletes de muérdago y acebo y otras plantas y arbustos perennes se conocen como *kissing balls*. El nombre se debe a su forma esférica y a la superstición asociada al muérdago, en teoría originada entre los sirvientes ingleses a finales del siglo XVII, de que da mala suerte rechazar un beso en su presencia.

14 N. de la Trad.: El 26 de diciembre, Día de San Esteban, es tradición en Reino Unido y en otras naciones vinculadas al imperio británico realizar donaciones y regalos a los pobres. La costumbre se remonta a la Edad Media, cuando, después de los fastos de Navidad, las clases nobles daban el aguinaldo a la servidumbre. También está documentado que en el siglo XVII los criados tenían permitido salir al día siguiente a Navidad para visitar a sus familias y muchos señores entregaban a sus trabajadores una caja con las sobras del banquete, de ahí el nombre de la festividad: *Boxing day.*

Capítulo 5

«Funestos presagios se cernían sobre la futura felicidad de esta familia real».

DEIRDRE MURPHY,
The Young Victoria

Emily había sido muy consciente de la ausencia de su melliza durante todo el día. Nunca habían pasado las navidades separadas. Como el suegro y el cuñado de su hermana habían venido a pasar las fiestas en el pueblo, Viola había organizado una cena de Navidad en su honor en Westmount.

Pero el día siguiente era San Esteban y Emily pasó parte de él con su hermana. Aquella tarde acompañó a Viola por el paseo marítimo, cuando llevó a la señora Denby de vuelta al asilo para pobres después de haber almorzado juntas.

Afortunadamente, ya habían pasado por allí suficientes caballos, carruajes y peatones, y la nieve estaba bastante pisada. Aun así, las ruedas de la silla de la anciana se atascaron en un surco. Emily tiró desde la parte delantera mientras Viola empujaba desde atrás, y pronto estuvieron de nuevo en marcha.

El mayor Hutton se había ofrecido a acompañarlas y empujar la silla, pero Emily había insistido en que ya las ayudaba ella. En realidad, solo quería pasar tiempo con su melliza.

A Emily también le caía bien la señora Denby, aunque era más amiga de Viola que suya. No conocía muy bien a la anciana, pues, a diferencia de su hermana, ella no era voluntaria en el asilo para pobres.

Conforme avanzaban, los rayos de sol se hacían cada vez más tenues; ahora que estaban a finales de diciembre cada vez oscurecía antes. Cuando llegaron a la estrecha calle Silver, un frío viento del norte se les echó encima en forma de ráfaga helada, serpenteando bajo

sus faldas y amenazando con arrancarles las capotas de la cabeza.

Con un estremecimiento, Emily se agarró el sombrero y alzó la vista hacia el final de la estrecha calle. Allí vio aparecer una figura oscura que caminaba lentamente hacia ellas: una mujer envuelta en una capa negra con capucha y las manos entrelazadas a la altura del abdomen. Viola también se percató de la presencia de la viandante y dejó de empujar la silla de ruedas para dejarla pasar.

Cuando la mujer se acercó, Emily divisó su rostro. Era una anciana y tenía la nariz aguileña y la mirada perdida. Pasó por delante de ellas como si no las viera, como si estuviera en trance.

Emily volvió a estremecerse.

—¿Quién era? —preguntó con un susurro, una vez la mujer se hubo alejado.

—No lo sé —respondió Viola—. ¿La conoce, señora Denby?

—Sí —La señora Denby se subió las gafas—. Es alguien a quien las jovencitas como ustedes deberían evitar.

—¿Por qué?

—Hace años que no la veía, pero por aquel entonces afirmaba ser adivina y leer la buenaventura. Imagino que todavía lo hace.

—¿Saben qué…? —empezó Emily—. Hace poco oí hablar a dos señoras. Una de ellas dijo que había contratado a una adivina para entretener a los invitados de una fiesta. Me pregunto si sería ella.

—No sé. —La señora Denby meneó la cabeza—. Pero manténganse lejos de ella. Ya saben que las Sagradas Escrituras nos advierten de que no debemos tener nada que ver con adivinaciones o con agoreros. Prométanme que lo recordarán.

—Lo haremos —prometieron al unísono, y a Emily la invadió un frío más gélido que el que había sentido momentos antes.

jjj

Como era el Día de San Esteban, además del día libre, le habían dado unos detallitos a la señora Besley, a Jessie, a Lowen, al señor Gwilt y a Bibi Cordey, la hija del pescador, que trabajaba para ellos unas horas cada mañana. Afortunadamente, la celebración caía en un día en el que no tenían que servir la cena. Aun así, Sarah había decidido poner a disposición de los huéspedes pan, fiambre, queso, pasteles de carne y pan de jengibre. Emily le ayudó a colocarlo todo en el aparador.

Aquella noche, la señora y las señoritas Summers se reunieron junto a la chimenea del salón, calladas y somnolientas después de haber saciado el apetito con aquel generoso surtido de productos, seguido de té y otra ronda de dulces.

Bibi apareció en la puerta, con la capa todavía puesta.

—Tengo un regalo *pa* ustedes.

Con el rostro radiante, les mostró un pastel de aspecto extraño.

Estaba relleno de sardinas enteras; de hecho, las cabezas de los pescados sobresalían de la masa como si salieran a tomar aire.

Emily lo miró poniendo cara de no saber qué hacer.

—¿Qué es?

—El pastel *Stargazy*.[15] —Bibi indicó con un gesto la mirada perdida de las sardinas—. ¿No ve cómo miran *pa* las estrellas?

—Ah. Sí, ya veo.

—Bueno, prueben un pedazo. —Lo puso en el aparador—. Adelante. Es la primera vez que lo hago. —A Bibi se le redondearon las mejillas cuando reprimió una sonrisa orgullosa, anticipando su deleite.

—Oh. Bueno, siendo así, claro. —Sarah fue a buscar un cuchillo y cortó el pastel en raciones pequeñas de forma que hubiera para todas.

—¿Tomarás un poco? —le preguntó.

—No, gracias. Hice uno más *pa* papá y *pa* mis hermanos.

Dieron un par de bocaditos bajo la atenta mirada de Bibi. Sarah se dio cuenta de que su madre y Emily evitaban las sardinas en sus raciones, centrándose en probar en su lugar el relleno de huevo. Georgie, impávida, engulló un buen bocado de pescado y dejó solo la cabeza y la cola en el plato.

Sarah, diligente, tomó un poco y lo masticó con cuidado. El pastel de pescado tenía un gusto salado, intenso y estaba sorprendentemente rico.

—Mmm… Qué rico —la felicitó Sarah—. Y el hojaldre te ha quedado excelente. Bien hecho, Bibi. Gracias.

La joven sonrió.

—*M'alegro* de que le guste. Ahora tengo que irme.

—Oh. ¿No puedes quedarte un rato? —preguntó Georgie alicaída.

—Hoy no. Les he hecho prometer que me esperarían *pa* atacar el pastel.

Y sin más dilación, Bibi les deseó felices fiestas y se marchó tan rápido como había llegado.

Cuando volvieron a dejar los platos a un lado, Georgiana les pidió que jugaran a algo, pero nadie tenía fuerzas ni ganas. La muchacha se puso de morros, algo insólito en ella.

—Qué vacaciones tan deprimentes. Sin música. Sin baile. Sin jugar a atrapar las manzanas[16] ni al *Snapdragon*.[17] Sin Viola ni Cla… ¡otras personas! Me alegro de que el señor Hornbeam nos acompañara durante la cena de Nochebuena, y la señorita Reed. Aun así, no es lo mismo que hacer una fiesta con amigos y vecinos. Pensaba que al menos se unirían algunos de nuestros nuevos huéspedes, pero ni eso.

—Este es un año extraño para nosotras, estoy de acuerdo —dijo Sarah con suavidad—. El año que viene será mejor, te lo prometo. Tendremos unas navidades mucho más festivas, ya lo verás.

Georgie la miró fijamente.

—¡Eso espero!

jjj

Más tarde, cuando su madre y Sarah se habían retirado a sus habitaciones, Emily se apiadó de Georgiana y aceptó jugar una partida de damas con ella. Sentadas en silencio, estudiaban el tablero antes de realizar el siguiente movimiento.

James Thomson entró en la estancia con un libro en la mano.

Emily levantó la vista.

—Buenas noches, señor Thomson.

Él las miró sorprendido.

—No sabía que todavía hubiera alguien aquí. No pretendía importunar.

—Ni mucho menos nos importuna. Es usted más que bienvenido. Hay pasteles de carne y pan de jengibre ahí, y una tetera llena, aunque puede que el té ya se haya enfriado.

—Está bien.

Se sirvió una taza de té y se sentó en uno de los sillones con su libro.

Emily lo observó con interés.

—¿Puedo preguntarle qué está leyendo?

—Historia.

Georgie suspiró.

—Hala… No deje que mi hermana saque a colación el asunto de los libros o hablará hasta por los codos, se lo advierto. Te toca, Emily.

Emily volvió a centrar a medias su atención en el juego y movió una ficha. Al ver la retorcida mirada de placer de Georgiana, se dio cuenta de que había metido la pata.

Emily se volvió hacia él una vez más.

—¿Historia de qué?

El señor Thomson leyó en voz alta la portada del libro:

—*Diccionario biográfico general que contiene un relato histórico y crítico de las vidas y escritos de las personas más eminentes de cada nación; especialmente de británicos e irlandeses; desde los relatos más antiguos hasta la actualidad.*[18]

—¡Cielos! —exclamó ella. «Otro título largo», pensó.

—También habla de algunos habitantes notables de Baviera. Muy interesante.

—Le gusta la historia, ¿verdad?

—Por supuesto.

—Yo prefiero lecturas más ligeras —opinó Emily—. Diarios de viajes, novelas y poesía.

Él hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—También a mí me gustan, así como los asuntos de actualidad, que me ayudan en mi trabajo, pero al final siempre me acaba atrayendo la historia. Siempre hay algo más que aprender del pasado.

Georgiana volvió a suspirar. La sensación súbita de felicidad que la había embargado por su victoria se desvaneció rápidamente al darse cuenta de que la atención de su oponente ya no estaba puesta en la partida.

—Estoy de acuerdo en que es importante aprender del pasado —dijo Emily—, sobre todo si esa información condiciona nuestras acciones en el presente o nuestras decisiones de cara al futuro. No como un mero ejercicio académico.

Él enarcó una de sus cejas castañas.

—¿Y qué se aprende de las novelas?

Emily se levantó de la mesa y fue a sentarse al sofá, junto a él.

—Las novelas son relatos. Y los libros de historia, bien escritos, están llenos de relatos, ¿me equivoco?

—Son hechos.

—O más bien la interpretación que hace el autor de unos hechos. Vaya, el año pasado leí dos biografías de la reina Isabel y no se imagina cuántas discrepancias encontré entre ambas.

—¿Errores?

—Tal vez, o tan solo una disparidad de fuentes o de puntos de vista.

Georgiana arrastró hacia atrás la silla.

—Si vais a estar hablando de cosas aburridas, me voy a la cama —resopló.

Él se puso de pie de repente.

—No se vaya por mi culpa. Me iré yo.

—Quédate, Georgiana —le instó Emily, dándose cuenta de que quería seguir hablando con el señor Thomson, pero también de que probablemente no debería quedarse a solas con él a estas horas de la noche—. Quédate, y prometo hablar de cosas más divertidas.

—Está bien —repuso Georgie, repantigándose junto a ella en el sofá.

Emily se volvió hacia su huésped.

—Debe disculpar a mi hermana. Está decepcionada porque estas navidades no han estado a la altura de las pasadas. Imagino que unas fiestas así de tranquilas en Sidmouth también habrán sido una desilusión para usted.

Él se encogió de hombros.

—Ha sido una Navidad como cualquier otra de los últimos años. Aunque el año pasado estuvimos en Amorbach, así que las tradiciones y la comida fueron algo diferentes.

Georgiana arrugó la nariz.

—¿Amorbach? ¿Dónde queda eso?

—Es una ciudad bávara, en Alemania, donde los duques residieron después de contraer matrimonio. En cualquier caso, siempre las he pasado donde viviera el príncipe Eduardo: en Ealing, en Londres o en el extranjero. Hace años que no las celebro en casa.

—¿Y cuando era más joven? —preguntó Georgiana— ¿Entonces iba a casa por Navidad?

Él asintió.

—Estuve en un colegio interno la mayor parte de mi niñez, pero volvía a casa para las fiestas, como los demás alumnos.

—¿Y de dónde es usted? —quiso saber Emily.

—De Berkshire. Cerca de Reading.

—¿Tiene hermanos o hermanas? —preguntó Georgie, mostrando de nuevo interés.

—Hermanos.

—Yo tengo cuatro hermanas —repuso Georgie—. La mayor, Claire, vive en Escocia, pero ojalá tuviera un hermano. —Emily se percató de que el señor Thomson apretaba los labios, pero no parecía dispuesto a decir nada. Ajena al cambio de cara del hombre, Georgiana prosiguió —: ¿Pasaban unas buenas navidades todos juntos? ¿Con fiestas, bailes y música?

El señor Thomson volvió a apretar los labios.

—No. Las fiestas en casa eran tranquilas. Mi padre no… no es muy dado a la frivolidad.

—Qué pena. Nuestro padre tampoco era muy dado a la frivolidad, pero aun así invitábamos a amigos a fiestas donde sonaba música y nos divertíamos con juegos como el *snapdragon* —Georgie suspiró, mostrándose triste de veras.

—No era mi intención desanimarla aún más. —El señor Thomson se levantó y Emily supuso que les daría las buenas noches. En cambio, lo que dijo fue—: Yo no juego al *snapdragon*, pero podemos echar una partida de damas, ¿le apetece? Sé que no es lo mismo que una fiesta, pero….

—¡Sí, por favor! —exclamó Georgie con una sonrisa y se dirigió a toda prisa a la mesa.

Emily le dedicó al señor Thomson una sonrisa de agradecimiento. Él la miró fijamente durante un momento, con cara pensativa. Luego fue el primero en apartar la mirada.

---

15 N. de la Trad.: Se trata de un clásico pastel británico, típico de la localidad costera de Mousehole en Cornualles, que está relleno de huevos duros, patata, panceta, mostaza y sardinas enteras que asoman la cabeza a través de la corteza superior. De ahí el nombre: *Stargazy pie,* como si miraran las estrellas.

16 N. de la Trad.: Es un juego típico de la festividad de Todos los Santos que consiste en agacharse a atrapar las manzanas que flotan en un barreño lleno de agua

solo con los dientes.

17 N. de la Trad.: El *snapdragon*, ('mordedura de dragón') es un juego tradicional inglés, típico de las fiestas de navidad, que consiste en «pescar» uvas pasas o frutos secos de un recipiente lleno de brandi en llamas y apagarlos en la boca.

18 N. de la Trad.: La obra, compilada por el británico Alexander Chalmers, se publicó originalmente entre 1812 y 1817.

Capítulo 6

«El culpable era un aprendiz local llamado Hook».

John Van Der Kiste,
Childhood at Court

Al día siguiente, Emily se abrigó bien y salió de casa con un libro bajo el brazo y la intención de acercarse hasta la biblioteca del señor Wallis. Mientras recorría el camino que salía de Sea View, vio a una mujer que avanzaba por Glen Lane en su dirección. Llevaba un bebé muy bien arropado en brazos.

La emoción se apoderó de Emily. ¿Se trataría de la princesa al cuidado de su madre o de una niñera?

A medida que la mujer se acercaba, Emily se fijó en su rostro modesto y en la sencillez de su capa y concluyó que probablemente se tratara de la niñera. Al menos, no tenía el aspecto ni el atuendo que se esperaría de una duquesa.

—Buenos días —la saludó Emily.

La mujer le devolvió la sonrisa:

—Buenos días. ¡Cielos! ¿Siempre hace tanto frío aquí?

Emily se rio.

—Casi nunca, en realidad, pero al menos ya no nieva. Yo vivo justo aquí. —Emily señaló por encima del hombro hacia Sea View y luego hacia Westmount—. Y mi hermana, ahí. Woolbrook es la siguiente más cercana, así que ¿estoy en lo cierto al suponer que se aloja allí?

La mujer asintió.

—Con la comitiva real, sí. Soy la niñera de este angelito.

Emily se acercó y preguntó en un susurro:

—¿Es la princesa?

—Sí. La princesa Alexandrina Victoria, aunque la llamamos Drina.

—¿Cuánto tiempo tiene?

—Algo más de siete meses.

—Es preciosa —comentó Emily, admirando los ojos azul clarito, las mejillas regordetas y la boquita sonrosada de la bebé—. Me sorprende

encontrarlas fuera con este tiempo. ¿No le molesta el frío?

—Es bueno para su constitución. Sus padres insisten en ello.

La verdad es que la niña parecía muy sana. Estaba envuelta en mantas, así que Emily no podía ver lo que llevaba puesto, pero sobre su cabeza tenía un gorrito de tartán.

—Tiene unos ojos preciosos —dijo Emily—. Y el gorrito es una monada.

Un hombre se acercó a ellas por Glen Lane. Era alto y ancho de espaldas, y llevaba un abrigo largo y un sombrero de copa. Emily se fijó en que tenía las mejillas rubicundas y algo regordetas, aunque estaban enmarcadas por unas tupidas patillas castañas.

—Ah. Ahí está mi pequeña Herculesita —dijo.

Emily tragó saliva. Ahí estaba de nuevo, el hermano del príncipe regente, el príncipe Eduardo, duque de Kent. ¿Debía retirarse rápidamente? Indecisa, se quedó donde estaba, con los nervios a flor de piel.

—¿Cómo está Drina hoy, señorita Brock? —preguntó cuando llegó a su altura.

—Está bien, Alteza Real.

Él le sonrió a la niña.

—Pues claro que sí. *Vraiment un modèle de force et de beauté*.

Emily tradujo esas palabras del francés en su mente: «un ejemplo de fuerza y de belleza».

Seguía indecisa, sin saber qué decir o hacer. ¿Cómo debía comportarse en presencia de uno de los hijos del rey Jorge? Afortunadamente, el hombre apenas pareció reparar en ella mientras miraba con cariño a la bebé. Ahora que estaban lo suficientemente cerca, vio que tenía los ojos del mismo azul claro que su hija.

—Permítame presentarle a una de sus vecinas —comentó la niñera —. ¿La señorita… ?

—Oh, discúlpenme. La señorita Emily Summers —se presentó Emily con una reverencia—. Vivimos en Sea View, justo ahí. Tenemos a algunos miembros de su personal alojados con nosotras.

—Ah, sí. Un placer conocer a una vecina tan encantadora —respondió, con una inclinación de cabeza. Luego desvió la mirada hacia el mar e inspiró una profunda bocanada de aire helado—. Me encanta este clima vigorizante. Es bastante… canadiense. Como seguramente sabrá, estuve destinado allí un tiempo.

Extendió la mano y acarició la mejilla de su hija, que empezó a sacudir las piernecitas de puro contento.

—S-Sí. Recuerdo haberlo leído en alguna parte.

A Emily le resultaba difícil conciliar la imagen de aquel padre tan cariñoso con el duro líder militar sobre el que había leído.

Él no despegó la mirada de su hija, con una expresión de evidente

orgullo.

—Me encanta ver lo bien que le sienta a mi pequeña el clima de Devonshire.

—En efecto, señor —coincidió la señorita Brock—. Aunque he de confesar que a mí me está entrando algo de frío. Ya llevábamos un tiempo en el jardín antes de que me aventurara a venir por aquí. ¿Le parece bien si ya me la llevo adentro?

—Sí, sí, por supuesto. —Después de darle a la niña un beso fugaz en la mejilla, le hizo un gesto a la mujer para que siguiera su camino —. Cuide bien de ella. Puede que acabe siendo la futura reina de Inglaterra.

La niñera emprendió el camino de regreso por Glen Lane. Él, sin embargo, se quedó, volviéndose de nuevo hacia el mar.

¿Y ahora ella qué hacía?

Se preguntó cómo podía excusarse para marcharse. ¿Ante un miembro de la realeza también tenía que alejarse sin darle la espalda o eso solo se hacía con el monarca?

Fue él quien puso fin a su incertidumbre:

—Si me disculpa, señorita Summers, voy a proseguir con mi paseo —se despidió con una sonrisa—. Me han dicho que la brisa del mar es excelente para la salud.

Ella volvió a hacer una reverencia, murmuró «Alteza Real» y se hizo a un lado. Él le correspondió con otra ligera inclinación de cabeza y se alejó caminando.

Emily lo vio marchar, maravillada por el encuentro. A menudo se había quejado de que su familia y ella hubieran tenido que trasladarse a Devonshire. Durante mucho tiempo había deseado volver a su hogar en May Hill. Sin embargo, en ese momento se sentía sorprendentemente contenta de encontrarse allí y de haber podido conocer a aquel hombre y a su hija, los cuales podrían algún día llegar a sentarse en el trono de Inglaterra.

jjj

Después de darle un amplio margen de ventaja al duque, Emily se puso en marcha en la misma dirección, caminando a paso ligero para entrar en calor tras permanecer inmóvil tanto tiempo. Se dirigió hacia el este por el paseo marítimo, hacia la biblioteca del señor Wallis. Quería devolver el volumen de poesía y buscar algún otro libro para leer. Tras su conversación con el señor Thomson, le apetecía algo un poco más solemne.

Miró a través del cristal escarchado de la ventana de la biblioteca y se alegró de ver al propietario inclinado sobre unas páginas en el escritorio. Se preguntó en qué estaría trabajando. Quizá fuera el momento oportuno para preguntarle si le permitiría revisar o corregir

para él.

Cuando el tintineo de la campana de la puerta anunció su presencia, él levantó la vista.

—Ah, señorita Summers. —Se levantó para saludarla—. Buenos días.

—Adivine con quién acabo de hablar —soltó ella.

El hombre adoptó una expresión pensativa.

—Mmm… ¿con el clérigo?

—No. ¡Con Su Alteza Real!

—¿En serio? —preguntó él, con cara de asombro.

Ella asintió y se acercó a él.

—Y he conocido a su hija. Su niñera había salido con ella de paseo.

—Ah. Algunos han comentado haber visto a una mujer sacando a un bebé a que le diera el aire por el paseo marítimo… y a veces la propia duquesa las acompaña.

—Aún no me he encontrado con ella.

—Pero ha visto a la princesita. ¿Cómo es?

—Una monada. Rosada y adorable, con los ojos azules.

—Y el duque no habrá mencionado por casualidad mi biblioteca, ¿no? O su patrocinio…

—Me temo que no —le respondió, esbozando una sonrisa de disculpa.

El señor Wallis suspiró.

—He sido nombrado librero de Sus Altezas Reales, como ya sabe, y, sin embargo, no han venido por aquí. Estoy profundamente decepcionado, no me da ningún apuro reconocerlo.

—Lo comprendo, pero no llevan aquí más que unos días y usted tenía el establecimiento cerrado en Navidad, así que…

Una sombra de preocupación nubló el rostro del señor Wallis.

—Vaya. ¿Cree que ese pudo haber sido el problema, que intentaron pasarse y se encontraron la biblioteca cerrada?

—No, no lo creo. No los vi aventurarse a salir ese día.

—¡Ah, claro! Algunos de sus empleados se alojan con ustedes, o sea que deben de conocer al dedillo todo lo que ocurre en Woolbrook.

—Poca cosa. Aunque su secretario privado se aloja con nosotras y trabaja de forma estrecha con el duque.

—Bueno, le estaría muy agradecido si pudiera deslizarles a Sus Altezas Reales un sutil recordatorio para que pongan en práctica su patrocinio, señorita Summers, si se presenta la oportunidad.

—Oh. Mmm… veré lo que puedo hacer.

Ella le devolvió el libro de poesía que había estado leyendo. Él lo tomó y le preguntó: —¿Y ahora qué será? ¿Tal vez una novela gótica, como *Frankenstein* o *La abadía de Northanger*?

Las sugerencias eran tentadoras, pero Emily negó con la cabeza.

—Esta vez no me llevaré una novela, sino un libro de historia.

jjj

Poco después, Emily regresaba a toda prisa a Sea View con un pesado volumen de historia prusiana en los brazos. Al entrar en la casa, dejó a un lado el libro y fue a buscar a alguien de su familia, impaciente por compartir con ellas las novedades de su inesperado encuentro con el duque.

La primera a la que encontró fue a Sarah, en el escritorio de la biblioteca.

—¡Jamás adivinarás a quién he conocido hoy! —exclamó Emily

—Al príncipe Eduardo, duque de Kent.

Emily se desinfló como un globo.

—¿Cómo lo has sabido? —preguntó, desilusionada.

—Te vi ahí fuera un buen rato. Primero hablaste con una mujer que llevaba un bebé. Luego llegó un hombre y habló con las dos, e incluso besó al bebé, así que supuse que debía de tratarse del padre. Y, a fin de cuentas, sabemos quién se aloja justo al final del camino, así que era bastante obvio.

—Supongo que sí, pero me hubiera gustado sorprenderte.

Sarah sonrió.

—Y me sorprendió verte hablando con él como si fuera un tío tuyo al que hacía mucho tiempo que no veías. Me planteé salir en tu rescate, pero no tenía ni idea de qué decirle a alguien de la realeza.

—Ni yo tampoco, pero me las apañé como pude.

—Bien hecho, Emily. Conseguir el favor de alguien de la realeza solo puede beneficiar a la reputación de Sea View.

jjj

Emily notó que Georgiana llevaba unos días cada vez más inquieta. Su hermana, que solía estar de buen humor, había empezado a mostrarse con un carácter algo sombrío por las decepcionantes navidades y por el tiempo inusualmente frío. Las gélidas temperaturas la habían obligado a pasar menos rato al aire libre, paseando por el campo con su amiga Hannah o con *Chips*, un perro callejero de la zona, o uniéndose a un grupo de jóvenes en Fort Field para jugar al críquet. Parecía que ahora casi todo el mundo se quedaba en casa, salvo por las obligadas salidas para ir a trabajar o a hacer la compra.

Aun así, Emily se quedó un tanto sorprendida cuando la tarde siguiente Georgiana dejó a un lado su dechado, se levantó y anunció:
—Voy a salir. No puedo seguir aquí sentada ni un segundo más.

—¿Vas a ver a Hannah? —preguntó su madre, levantando la vista de lo que estaba remendando.

—No, está resfriada, lo cual es una pena, sobre todo porque es su cumpleaños.

—No vayas muy lejos tú sola —le dijo la señora Summers con voz pausada.

—Sí, mamá. —Georgiana se volvió para irse.

—Y abrígate —le gritó Sarah.

Emily dejó sus avíos de escribir y se levantó.

—Creo que yo también voy a salir. A ver cómo le va a Viola.

La señora Summers asintió.

—Asegúrate de saludarla de mi parte, y también a los Hutton.

—Y, por favor, vuelve a tiempo para echar una mano con la cena —añadió Sarah.

—Lo haré.

jjj

Emily disfrutó de una agradable visita con Viola, el mayor Hutton, su padre, su hermano Colin y su amigo Armaan.

Alrededor de las cuatro, salió de Westmount hacia su casa, pero al oír una voz familiar, miró por encima del hombro hacia Woolbrook Cottage.

—Billy Hook, ¿qué estás haciendo? —Era la voz de Georgiana, aunque sonaba muy dura. Billy Hook era un aprendiz. Emily lo había visto una o dos veces por el pueblo y su hermana había hablado de él alguna vez—. Dime que no estás atormentando a los pájaros otra vez —lo regañó Georgie.

—Solo son unos gorriones y así. ¿Qué más te da?

Llena de curiosidad, Emily se dirigió hacia Woolbrook, una hermosa mansión blanca situada en una cañada que tenía almenas y ventanas lanceoladas como si fuera un castillo. Siguiendo las voces, subió una cuesta y rodeó el lateral del edificio. Tomó la precaución de no acercarse demasiado a las ventanas por si el feroz capitán Conroy estaba montando guardia en alguna de ellas.

Se preguntó qué estaría haciendo el muchacho. ¿Les estaría tirando piedras a los pájaros que se posaban en los árboles? ¿Estaría usando una honda? Emily esperaba que no fuera tan tonto como para apuntar hacia ningún punto cerca de la casa.

La parte trasera de la propiedad daba a los prados del oeste. Un seto cerraba parcialmente el jardín trasero y le daba al lugar un poco de intimidad.

Entonces vio a Georgiana mirando con el ceño fruncido a un muchacho uno o dos años más joven que ella y unos centímetros más bajo, un muchacho que empuñaba una pistola.

A Emily le dio un vuelco el corazón.

—No me gusta que les hagan daño a los animales —lo amonestaba

Georgie, con las manos apoyadas en las caderas. *Chips* se sentó junto a ella—. No es como si los mataras para comer. No está bien matar por diversión. De hecho, es repugnante.

Ante el tono cortante de la joven, el terrier echó las orejas hacia atrás.

Emily se acercó deprisa, con la esperanza de apaciguar los ánimos antes de que alguno de los miembros del séquito del duque descubriera que los jóvenes habían entrado en la propiedad y, para más inri, con Billy armado.

—Si vas a dispararle a algo, por favor, que no sea aquí —dijo al llegar junto a ellos. A continuación señaló hacia la parte trasera de la casa, visible a través de un hueco en el seto—. Puede que no te hayas enterado de que ahí se aloja ahora mismo una familia importante, acompañada de un capitán y de un general. No es gente a la que te convenga enfadar.

El muchacho frunció el ceño.

—Pero esta cañada es perfecta; hay un arroyo, árboles y arbustos. A los pájaros les encanta.

Georgiana alzó los brazos como clamando al cielo.

—¡Y a nosotras también! Al menos cuando no estás disparándole a todo lo que se mueve.

Sobresaltado quizá por las voces y los aspavientos de Emily, un gorrión pasó volando junto a ellos y se posó en el seto. Billy se volvió hacia él, levantó los brazos como si estos tuvieran vida propia y colocó el arma en posición. Georgiana se lanzó hacia él para tratar de detenerlo y acabó dándole un empellón mientras el muchacho apretaba el gatillo.

Pum, retumbó el disparo.

Un segundo sonido siguió al primero: el de un cristal haciéndose añicos.

Asustado, *Chips* puso tierra de por medio.

Al asomarse por el hueco del seto hacia Woolbrook Cottage, Emily vio un cristal roto en una ventana del piso superior.

—Oh, no —se lamentó, llevándose una mano a la boca.

—¡Le has disparado a la casa! —exclamó Georgie en tono acusatorio—. Puede que le hayas dado a alguien.

—Es culpa tuya. ¡Me has empujado!

—Será mejor que vayamos a valorar los daños y nos aseguremos de que todos estén bien —indicó Emily con voz trémula. El corazón le latía desbocado en el pecho.

—Conmigo no contéis. —Billy se dio media vuelta para poner pies en polvorosa, pero Georgie lanzó de nuevo los brazos hacia él y esta vez lo agarró con más fuerza.

—Ni se te ocurra.

—Georgiana tiene razón —intervino Emily, reprimiendo sus propias ganas de salir corriendo—. Lo peor que puedes hacer es tratar de huir.

—Si les decimos que ha sido un accidente y que lo sientes, lo entenderán. —añadió Georgie—. Seguramente.

Emily pensó de nuevo en la mirada severa del capitán Conroy y en la reputación de ser muy duro que el duque tenía como militar. No sería tan rígido con un muchacho que no estuviera a sus órdenes, ¿verdad? Sobre todo tratándose de alguien tan joven.

—Yo iré contigo —se ofreció Georgiana con valentía—. En parte, también ha sido culpa mía.

Emily levantó la barbilla con decisión.

—Iremos los tres.

No habían dado ni dos pasos hacia la casa cuando una de las puertas se abrió de golpe y chocó con la pared causando gran estruendo. Una figura amenazadora salió hecha una furia en su dirección: era el capitán Conroy, que había adoptado una postura de combate y se dirigía hacia ellos con una expresión iracunda en el rostro… y un arma de fuego en la mano.

«No, no, no», pensó Emily mientras se interponía entre él y los dos jóvenes.

—Capitán Conroy —dijo apresuradamente y juntó las manos en señal de súplica—. Mil disculpas. Ha sido un accidente. Una imprudencia. Justo veníamos a explicárselo.

Emily se dio cuenta de que, tras el capitán, había salido también el señor Thomson, que se acercó a ellos con cara seria pero menos amenazadora.

—¿A explicármelo? —El capitán señaló furioso hacia la casa—. ¿A explicarme un disparo que ha hecho añicos la ventana de la habitación de los niños y que por poco no ha alcanzado a la niña y a su niñera? ¡Los cristales ha caído en la cuna! La duquesa está muy alarmada. ¿Espera que creamos que ha sido un simple accidente? El disparo casi alcanza a la princesa. ¿Cómo podemos estar seguros de que no ha sido un intento de asesinato?

—¿Un intento de…? Cla-claro que no, señor —tartamudeó Billy Hook, que había empalidecido.

Conroy se volvió y le gritó al señor Thomson:

—Llame al alguacil o al magistrado, o a quien se suponga que sea la autoridad en este lugar dejado de la mano de Dios.

El señor Thomson los miró uno a uno. Detuvo la mirada en Emily antes de volver a dirigirla al hombre al mando.

—Capitán, entiendo su preocupación, pero nadie ha resultado herido. Yo les creo cuando afirman que ha sido un accidente. El muchacho es joven y las damas, bueno, las conozco y son de toda

confianza.

Conroy lo fulminó con la mirada.

—No le he pedido referencias. Le he ordenado que hiciera venir a un magistrado.

Georgiana tomó la palabra.

—Billy solo estaba cazando gorriones, señor. En parte ha sido culpa mía. Intenté detenerlo y desvié el tiro.

Billy asintió.

—Suelo ser un tirador de primera.

Conroy juntó las cejas, negras, enfadado.

—Un tirador de primera, desde luego —afirmó señalando el cristal roto—. Ese impacto no lo ha producido munición para pájaros. ¿Cómo explica el tamaño de ese agujero? Está claro que se ha hecho con munición más pesada.

Billy agachó la cabeza.

—Es lo que tenía a mano. Perdigones de los de cazar cisnes.

Georgiana lo miró boquiabierta.

—¡¿De los de cazar cisnes?! —El capitán se puso rojo de ira.

Una vez más, el señor Thomson salió en defensa del muchacho.

—Una elección desafortunada, desde luego. Probablemente no era consciente del peligro. Venga. ¿Por qué no entramos todos, nos resguardamos del frío y hablamos de esto con calma?

El capitán resopló por la nariz. Estaba claro que no estaba acostumbrado a que le llevaran la contraria.

—Muy bien. Entonces traiga papel y pluma para anotar todos los datos del joven. —Se dio media vuelta y se dirigió hacia la puerta lateral.

Los demás lo siguieron más despacio.

Mientras lo hacían, Georgiana miró a Billy, con el ceño fruncido:

—¡¿De los de cazar cisnes?! —le susurró—. ¿En qué diantres estabas…?

Emily agarró del brazo a su hermana para hacer que se callara. Tenían asuntos más importantes que tratar en ese momento.

Los dos hombres los condujeron a una habitación pequeña y sencilla, justo al lado del vestíbulo, donde había un escritorio y unas cuantas sillas. Tal vez se tratara de una sala matinal o del despacho de un antiguo administrador.

Una vez allí, el capitán señaló al escritorio y el señor Thomson se sentó de mala gana y tomó una pluma. Entonces Conroy se volvió hacia Billy.

—Tu nombre completo, muchacho.

El joven tragó saliva.

—William Hook, señor.

—¿Y dónde vives?

—Encima del taller del señor Tucker. Soy su aprendiz. Se pondrá furioso cuando se entere. Me molerá a palos.

—Ese es el menor de tus problemas, jovencito. Si me entero de que ha sido a mala fe o incluso una travesura en lugar de un accidente, haré que caiga sobre ti todo el peso de la ley. ¿Te ha quedado claro?

El muchacho pareció perder el equilibrio, y Emily temió que pudiera desmayarse.

—¿Conroy? ¿Qué demontres está pasando?

El corpulento duque apareció en el umbral con un largo *banyan*[19] sobre una camisa y unos pantalones, y una gorra a juego. Los miraba con el ceño fruncido.

A Emily se le secó la boca. Estaba claro que el duque le tenía mucha cariño a su única hija, la posible futura reina de Inglaterra. Estaría furioso.

Volvió a recordar lo que había leído. Como líder militar, el príncipe Eduardo había sido vilipendiado por aplicar una férrea disciplina, por mostrarse despiadado al imponer penas crueles por las faltas más leves. ¿Qué no le haría a alguien que pusiera en peligro la vida de su hija?

Sin embargo, en sus ojos cansados y su cara de preocupación, Emily no vio a un tirano, sino a un padre apacible de mediana edad.

—La señorita Brock dice que un disparo ha atravesado la ventana de la habitación donde estaba la princesa y por poco la alcanza mientras la tenía en brazos.

¿Querría desquitarse? A Emily el pánico le desgarró el pecho. «Por favor, Dios, ten piedad».

Georgiana tomó la palabra con cara humilde y contrita.

—Lo sentimos mucho, Alteza.

—Su Alteza Real —corrigió en voz baja el señor Thomson.

—Su Alteza Real —repitió ella, obediente—. Ha sido un accidente. Billy solo quería disparar a un gorrión y yo traté de impedirlo, lo que provocó que errara el tiro. Le ruego que nos disculpe; no sabe cómo me alegro de que nadie haya resultado herido.

—Yo también. Me alegro mucho. —El duque exhaló un suspiro con evidente alivio. Miró a Georgiana, luego al tembloroso muchacho y por último a Emily. A ella la saludó con una ligera inclinación de cabeza. Luego añadió—: No tienen pinta de ser un grupo de asesinos, ¿eh, Conroy?

—Solo quería dispararle al pájaro, señor. Se lo juro —dijo Billy, desesperado—. Nunca pretendí darle a la casa.

—Pero lo hiciste —masculló el capitán, con los dientes apretados.

—Gracias a Dios no ha habido nada que lamentar —resolvió el duque, hinchando el pecho—. Mi pequeña ha hecho frente al disparo como le corresponde a la hija de un soldado.

—Sí, señor —concedió Conroy—, pero podría haber sido muy diferente.

—Cierto. Es peligroso confiar armas a jóvenes inexpertos. —El duque inspiró hondo y cuadró los hombros con decisión—. Así que esto es lo que quiero: escriban al magistrado local, George Cornish, y pídanle que tome medidas para evitar que vuelva a ocurrir algo así, pero especifíquenle que «Sus Altezas Reales desean encarecidamente que el muchacho no reciba castigo alguno.

—¡¿Que no reciba castigo alguno?! —Conroy frunció los labios—. ¿Está seguro?

—Sí. —El duque se volvió hacia el muchacho—. Confío en que no volverás a disparar por aquí.

—No, señor.

—Bien. —El hombretón asintió y se marchó por el vestíbulo.

—Gracias —le gritó Emily.

Él se volvió, y Emily logró esbozar una sonrisa indecisa y hacer una reverencia, vacilando. El duque la saludó de nuevo con la cabeza y desapareció por el pasillo.

En cuanto se hubo ido, ella se volvió hacia los otros dos hombres.

—Ahora, si nos disculpan… —Emily empezó a retroceder, alejándose del capitán, tirando de la mano de su hermana. Georgiana tropezó con el dobladillo del vestido, pero Emily la sostuvo y se la llevó casi a rastras fuera de la casa, de lo ansiosa que estaba por marcharse antes de que al capitán Conroy se le ocurriera alguna otra represalia. Billy las siguió; tenía la misma urgencia que Emily por abandonar Woolbrook.

—Gracias, Señor —susurró Emily mientras se alejaban por Glen Lane. La invadió un profundo sentimiento de alivio. Se habían librado por los pelos de lo que podría haber sido un desastre, no solo para Billy y Georgiana, sino también para la reputación de Sea View.

jjj

Mientras Billy recorría el camino de vuelta a la parte este del pueblo, Emily y Georgie volvieron a casa. Allí, le pidieron a Sarah que subiera con ellas a la habitación de su madre y les contaron lo sucedido.

Su hermana se quedó boquiabierta.

—¡Santo cielo!

—¿Y si le hubieran echado la culpa a Georgie? —las cuestionó su madre, con cara de alarma—. ¿Y si os hubieran llevado a las dos ante el magistrado? ¿Y si os hubieran arrestado?

—Pero no lo hicieron, mamá —la tranquilizó Emily—. Creo que el único de nosotros que corría peligro de verdad era Billy Hook.

—No quiero que pases más tiempo con ese muchacho, Georgiana. No lo digo porque sea un aprendiz, sino porque a la vista está que es

un imprudente.

Georgiana torció el gesto.

—Me gustaría poder decir que no es así, pero no puedo. Espero que esto no meta a Billy en líos con el señor Tucker. Sería una pena que perdiera su puesto de aprendiz.

—¿Deberíamos hacer algo? —preguntó Sarah—. ¿Le enviamos una nota de disculpa a Sus Altezas Reales? ¿Nos ofrecemos a ayudarles con la ventana rota? Fran Stirling seguro que conoce a «la persona adecuada» para cambiar el cristal.

—Creo que con el numeroso personal del que disponen, probablemente ya hayan llamado a alguien para repararla —contestó Emily—, pero le preguntaré al señor Thomson si hay algo que podamos hacer.

—Buena idea —la felicitó su madre. Entonces se levantó para darle un beso a Georgiana en la mejilla y luego le dio otro a Emily—. Gracias a Dios que nadie ha resultado herido.

Cuando el señor Thomson regresó a Sea View poco después, Emily fue a recibirlo al vestíbulo.

—Gracias por defendernos. —Él asintió, con los labios apretados. Ella aventuró—: Me he dado cuenta de que al capitán Conroy no le ha gustado nada su intromisión.

—No. Me lo ha dejado bien clarito. Por lo visto, no debo dar mi opinión a menos que se me haya pedido. Me ha echado una reprimenda muy dura en cuanto nos hemos quedado los dos solos.

—Lo siento.

Él se encogió de hombros.

—No es culpa suya. Nunca he contado con su aprobación. La mayoría de los que trabajan cerca de Su Alteza Real —su otro secretario, el escudero real, el administrador, etc.— son militares, todos. Es lógico, teniendo en cuenta la larga carrera militar del duque. Sin embargo, no es mi caso.

—Aun así, está claro que les es usted de gran ayuda a Sus Altezas Reales.

—Eso espero. Llevo mucho tiempo deseando apoyar a nuestro gran país de alguna manera. Y por ahora esto es todo lo que puedo hacer. Tal vez con el tiempo consiga un puesto mejor, si lo hago bien en este.

—¿Es habitual que un duque que pertenece a la familia real contrate a varios secretarios?

—Imagino que sí. El príncipe Eduardo escribe muchas cartas. A menudo las escribe él mismo y otras las dicta. Como le decía, mi trabajo se centra en mantener correspondencia con las numerosas organizaciones benéficas que solicitan su patrocinio. No puede patrocinarlas a todas, por supuesto, pero yo le ayudo a identificar las causas más nobles. Es sorprendentemente caritativo.

—Me alegra oír eso. ¿Sabe que aquí mismo, en Sidmouth, tenemos varias organizaciones benéficas que hacen un trabajo encomiable?

Él frunció los labios, claramente impresionado.

—¿Ah, sí? No puedo prometer nada, pero me encantaría conocerlas y presentárselas a Su Alteza Real.

—¿Lo dice en serio? —preguntó ella, entusiasmada—. Una organización benéfica que mis hermanas aprecian mucho es la Sociedad de Amigos de los Pobres. —Rebuscó en su memoria y recitó —: «que se instituyó con el propósito de aliviar la angustia de la pobreza de quienes todavía tienen un hogar pero están demasiado débiles para trabajar o de quienes viven en el asilo para pobres de Sidmouth».

—¿Se lo ha aprendido de memoria por si surgía la oportunidad? —le preguntó él, arqueando una de las cejas, muy finas.

A ella se le encendieron las mejillas.

—No exactamente. —Si había habido algún indicio de crítica en su voz, quedó paliado por el brillo travieso de sus ojos oscuros. Puede que fuera la primera muestra de buen humor que había visto en aquel hombre. Emily prosiguió con su explicación—: Desde que nos mudamos aquí he aprendido todo lo que he podido sobre Sidmouth. —Lo había hecho en un intento por que le gustara el lugar y por sobreponerse a lo mucho que añoraba su hogar—. Conocemos a algunas de las personas que se benefician de la obra que lleva a cabo la organización, y no se me ocurre nadie más encantador ni que lo merezca más.

A él se le dibujó una sonrisa en los labios.

—Es usted muy convincente.

Ella le devolvió la sonrisa, admirando las atractivas líneas de su rostro, acentuadas por la barba incipiente que ya le oscurecía la mandíbula. Por un momento, Emily se permitió disfrutar de la compañía de un hombre apuesto. Luego, recordando lo que se había propuesto —y su determinación de ser más precavida—, le preguntó:

—¿Hay algo que podamos hacer respecto de lo que ha ocurrido hoy? ¿Ayudar a recoger los cristales rotos? ¿Buscar a alguien que repare la ventana?

Él negó con la cabeza.

—No es necesario que hagan nada. Las criadas, diligentes, ya han retirado hasta la más diminuta esquirla de cristal, y el capitán Conroy se ha ocupado de sacar casi a rastras y personalmente al vidriero del pueblo de su casa mientras cenaba para que se ocupara de la ventana.

—Eso no me sorprende —repuso Emily—. Hablando de cenar, espero que tenga hambre. La cena estará lista en menos de una hora.

Él esbozó otra de sus sonrisas forzadas. Casi parecía una mueca de dolor.

—La verdad es que no tengo mucho apetito. Y debo atender mi correspondencia sin esperar a mañana.

—Oh, por favor, acompáñenos —imploró Emily—. Vamos a comer el famoso rosbif de la señora Besley con pudin de Yorkshire.[20] Mi plato favorito.

Él la contempló detenidamente, recorriendo los rasgos de la joven con la mirada, y luego cedió.

—En ese caso, no me gustaría perdérmelo.

jjj

Durante la cena de esa noche todos charlaron muy animados sobre los acontecimientos del día, preguntándoles e insistiéndoles a Emily y Georgiana acerca de los detalles, en un murmullo similar al zumbido de las abejas cuando se dirigen a las flores.

—Intenté detener a Billy —explicaba Georgie—. ¡Esa era mi intención! Y en vez de eso, sin querer le desvié el tiro.

—No fue culpa tuya —insistió Emily—. No tendría que haber estado disparando en las proximidades de la casa, y mucho menos a un pájaro posado bajo una ventana.

El señor During se limpió con suma delicadeza las comisuras de los labios con una servilleta y luego dijo: —No puedo creer que un jovenzuelo haya tenido la osadía de acercarse tanto a la residencia de Sus Altezas Reales. Yo no habría tenido ni la mitad de ese arrojo a su edad.

—¿Arrojo o descaro? —preguntó el señor Bernardi. Le dio un primer mordisquito de prueba al pudin, dorado y esponjoso, y lo masticó con indecisión. Luego dejó el tenedor y dijo—: Apostaría a que Conroy estaba que echaba chispas y le salía humo por las orejas. El tipo ya tiene mal genio cuando todo va como la seda…

Georgie asintió.

—¡Salió volando de la casa con una pistola en la mano!

—Santo cielo —murmuró la señora Summers, llevándose una mano al cuello.

—Me sorprende que no disparara primero e hiciera las preguntas después —comentó el señor During.

—Yo me temía exactamente eso —reconoció Emily—. Por suerte, el señor Thomson estaba allí para ayudar al capitán a que entrara en razón. —Le dedicó una sonrisa de agradecimiento y volvió a fijarse en lo apuesto que era. Apuesto y valiente.

El señor Bernardi se volvió hacia él con mirada de interés.

—¿Y cómo ha conseguido hacer eso?

James Thomson se encogió de hombros.

—La verdad es que no hice mucho. Fue el propio duque, en realidad, quien convenció a Conroy de que no castigara al muchacho.

Creo que se sentía tan aliviado de que su hija hubiera salido ilesa que lo demás le daba un poco igual.

—Asombroso —dijo el señor Hornbeam—. Teniendo en cuenta la fama de despiadado que tenía cuando era comandante. Se dice que allí donde el duque de Kent estaba al mando había latigazos, ejecuciones y deserciones. Una investigación sobre su conducta puso fin a su carrera.

El señor Thomson tomó la palabra.

—Aunque a su favor cabe decir que destacó por su valentía en la campaña británica de las Indias Occidentales contra los franceses.

—Y el pueblo de Gibraltar le concedió una jarretera con incrustaciones de diamantes por su servicio —añadió el señor During—. Todavía la tiene. Está en el baúl.

El señor Hornbeam asintió, pensativo.

—¿No les parece irónico? Algunas personas lo veneran mientras que otras lo aborrecen por su crueldad. Está claro que es un hombre de contrastes. O tal vez la paternidad lo haya ablandado.

—Sin duda adora a su hija —afirmó Emily.

El señor Thomson asintió.

—También se desvive por su mujer. Empecé a trabajar para él mucho después de que terminara su carrera militar, pero incluso en este periodo he sido testigo de un cambio en él, se ha ablandado, como usted dice. Se ha vuelto más amable con los demás, con los animales y con los niños.

—¿Y a qué atribuye ese cambio?

El señor Thomson se encogió de hombros una vez más.

—Al amor de una buena mujer, quizá. Y, como ha señalado el señor Hornbeam, la paternidad ha hecho que su carácter mejorara todavía más.

Bernardi levantó su vaso.

—Bueno, sea cual fuere el motivo, los tres podemos alegrarnos de que haya dejado de tratar despiadadamente a sus subordinados, ¿eh?

—Brindo por eso —dijo During, alzando también su vaso.

Mientras, el señor Thomson se limitaba a asentir de nuevo.

—Después de hoy, yo también me alegro de eso —se sumó Georgiana.

Emily levantó su vaso de agua para unirse al brindis de mofa.

—¡Chinchín!

---

19 N. de la Trad.: El *banyan* es una suerte de bata holgada, de importación, inspirada en el kimono, que se empleó en Europa en el siglo XVIII.

20 N. de la Trad.: El pudin de Yorkshire es una elaboración a base de harina, huevo, agua o leche que se hornea en un molde para que adopten la forma de este.

Capítulo 7

«Las bellas artes son cinco, a saber: la pintura, la escultura, la poesía, la música y la arquitectura, cuya rama principal es la pastelería».

CHEF ANTONIN CARÊME

Al día siguiente, después del almuerzo, Sarah bajó al sótano. Una vez más, se encontró con la desagradable sorpresa de que el cuarto de trabajo que ella utilizaba ya estaba ocupado. El señor Bernardi estaba de pie junto a la mesa, abarrotada de montones de azúcar, moldes de madera y cerámica esmaltada, y utensilios para modelar.

—¿Otra vez aquí, señor Bernardi?

Él la miró con aire despreocupado.

—Sí, aquí atareado modelando pasta de azúcar, como ve.

—¿Ese es nuestro azúcar? ¿«Todo» el que tenemos?

—Solo lo que había en esa caja —respondió, señalando la caja con un codo enfundado en la manga blanca de su chaquetilla.

—Eso era todo lo que teníamos. —La caja de madera tenía compartimentos diferentes para guardar el pan de azúcar, así como para el azúcar granulado o para el glas, una vez molido.[21]

Él se limitó a extender ambas manos hacia la estructura de pasta de azúcar que estaba decorando.

—Un pequeño precio para el arte, ¿no?

—De pequeño precio nada —contravino ella, negando con la cabeza—. El azúcar es tremendamente caro.

—¿Ah, sí? Nunca he tenido que preocuparme por eso. Supongo que es problema del administrador.

—Bueno, aquí es mi problema. Ese azúcar era para el té de hoy y para las tartaletas y las pastas de mañana.

—¿Qué son esas minucias comparadas con esta obra maestra, eh? *C'est magnifique !* Reconoce el pabellón de Brighton, ¿verdad?

La frustración de Sarah fue en aumento.

—¿Para qué es? ¿Va a celebrarse alguna gran cena en Woolbrook de la que yo no sé nada?

—No, no hay nada previsto, y es una lástima. De todas formas, uno no debe perder la oportunidad de pulir su técnica.

—Es casi la hora de pasar la bandeja del té de las doce, señor Bernardi, así que le sugiero que deshaga alguna de esas cúpulas para rellenar el azucarero o que vaya a buscar azúcar a Woolbrook para reponer el que ha gastado en menos de quince minutos.

Él se llevó una mano a los botones de su chaquetilla de cruce doble.

—¿Quiere hacerme daño?

—¡Usted sí que me hace daño gastando todo nuestro azúcar! No tengo presupuesto para más. —Puso un brazo en jarras—. Y tampoco es que haya pedido permiso para hacer uso de esta habitación o de nuestras provisiones.

—No se quejó la última vez que trabajé aquí.

—Me hubiera gustado decirle algo, pero era Navidad. Ahora ya no.

—Bueno… —refunfuñó él—. Todavía quedan por delante siete de los doce días de las Navidades.

Sarah consultó la hora en el reloj.

—Le quedan diez minutos.

El señor Bernardi hizo un mohín de disgusto.

—No, no puedo. No lo haré.

Ella levantó la barbilla y se mantuvo firme.

—Nueve minutos.

Él resopló.

—Oh, está bien, ¡pero no de las cúpulas! Empecemos por las caballerizas. Repondré el resto del azúcar esta tarde.

Sarah fue a por los utensilios de Lowen para cortar, picar y desmenuzar el azúcar —unas pinzas y un cincel— y se las tendió.

—¿Me va a obligar a destruir mi propio trabajo? Tenga piedad, señorita Summers.

—Podría hacerlo yo, si usted corta fiambre y unta mantequilla en estos panecillos.

Él suspiró.

—De acuerdo. Será menos doloroso que destruir mi obra maestra.

El chef se dio la vuelta, incapaz de verla arrancar el azúcar de su obra, y empezó a cortar el fiambre en lonchas.

Después de trabajar en silencio durante unos minutos, Sarah le preguntó:

—Su apellido, Bernardi, es italiano, ¿verdad? ¿Su familia procede de allí?

—Yo procedo de Londres, señorita Summers.

—Ya sabe a qué me refiero.

—Mi padre vino a Inglaterra a trabajar como mayordomo mayor, pero yo nací en este país. Soy inglés.

—Y, sin embargo, a veces me parece intuir un leve acento. Y habla usted francés de vez en cuando. ¿Por qué?

Él asintió mientras trabajaba.

—Quizá porque mis padres no crecieron aquí. O porque me formé en Francia, en una reputada escuela de cocina. Estudié con el maestro Antonin Carême.[22] Ha oído hablar de él, ¿verdad? Ha sido chef del príncipe regente, de zares rusos y de muchos otros.

—Ah, eso lo explica todo. ¿Ese es también su sueño? ¿Cocinar para reyes y zares?

Él se encogió de hombros, sin variar el ritmo del cuchillo.

—Tal vez. Aunque también tengo otras ambiciones.

Ella ladeó la cabeza, como preguntando, pero él no le dio más detalles.

—¿Cuánto tiempo lleva trabajando para Sus Altezas Reales? —quiso saber.

—Unos cuantos años.

—¿Cómo hizo para conseguir un puesto como el suyo?

Como ya había terminado de cortar el fiambre, pasó al pan y a la mantequilla.

—Me contrataron como cocinero en un club de caballeros; allí conocí a muchos miembros de la nobleza. Gracias a esos contactos, trabajé como chef para varios nobles y, finalmente, me ofrecieron este puesto, el primero en una casa real. —Dejó escapar otro largo suspiro de sufrimiento—. Desafortunadamente, por el momento solo soy un mero ayudante de cocinero y chef pastelero. El señor Leigleitner es el jefe de cocinas. Es viejo y de costumbres fijas, pero el duque y la duquesa no poseen un paladar tan refinado como el del príncipe regente. Se conforman con platos sencillos. Y la duquesa prefiere la comida de su tierra natal.[23] Cerdo asado y albóndigas de patata bañadas en una salsa espesa. —Se estremeció y levantó el cuchillo para enfatizar lo que iba a decir—: Por suerte, el duque planea entretenernos mientras estemos aquí. Por lo tanto, los platos tendrán que ser más elaborados, así que debo estar preparado.

Sarah solo esperaba que su cocina y sus reservas de alimentos sobrevivieran a lo que se venía.

jjj

Emily miró el calendario en su almanaque en miniatura. Al ver que estaban casi a finales de diciembre, la inundó un húmedo torrente de decepción. Había transcurrido casi otro año y aún no había conseguido nada. Ya llevaban catorce meses viviendo en Sidmouth. Cuando habían llegado, ella esperaba que su vida aquí, tan lejos de

Finderlay, de May Hill, de Charles, fuera solo algo temporal. Y, sin embargo, aquí seguía.

Aún no había terminado ni un solo libro. Y lo que había escrito seguía pareciéndole un amasijo de escenas inconexas. Dejó escapar un gemido. Escribir una novela era más difícil de lo que se esperaba.

Decidida a sacarle el máximo partido a los últimos días de 1819, Emily afiló la pluma, pasó las hojas de su cuaderno hasta encontrar una página en blanco y empezó a escribir.

Al cabo de dos horas, tenía la muñeca dolorida y había escrito unas cuantas escenas prometedoras.

Como no sabía qué debería ocurrir a continuación en la novela, la dejó a un lado y se centró en las aventuras del loro del señor Gwilt, que ella le había estado ayudando a redactar.

Pasó a limpio la última página de su relato, corrigiendo errores ortográficos y gramaticales a medida que avanzaba.

Al principio, a Parry le gustaba la vida a bordo, el viento en las plumas, la emoción de volar sobre las olas. Luego se dio cuenta de que no era la única criatura con plumas que viajaba en el barco. En una gran jaula en cubierta había unas extrañas aves de color blanco. Horrorizado, día tras día veía que se llevaban algunas y las metían en la cazuela.

Parry empezó a temerse que él sería el siguiente. Su vida se acabaría. Pronto desaparecería y ¡el mundo ya no se acordaría de él!

El capitán del barco, que lo había capturado, hablaba con él todos los días. Parry se dio cuenta de que no lo hacía con las otras aves. Esto le dio un poco de esperanza en el futuro. El capitán le repetía palabras infantiles una y otra vez, como si pensara que era idiota:

—¿Loro quiere mango?

Finalmente, un día, por pura frustración, Parry repitió sus palabras:

—¿Quiere mango?

Mientras pensaba: «Pues claro que quiero, bobalicón. ¿Por qué sigues preguntándomelo?».

El hombre aplaudió y gritó:

—¡Habla! ¡Está hablando!

Y le dio a Parry un mango entero.

Cuantas más palabras imitaba Parry, más mango le daba. Pronto se puso muy regordete.

Parry también aprendió otras muchas palabras mientras estuvo a bordo de aquel barco lleno de marineros, pero la

mayoría no son aptas para oídos jóvenes y es mejor omitirlas.

Emily sonrió mientras releía y revisaba el divertido y conmovedor relato del señor Gwilt. Al llegar al final de la página, empezó a preguntarse si el señor Wallis estaría interesado en publicarlo como libro infantil.

Antes de atreverse a preguntárselo, decidió que tendría que ver cómo era recibida la historia tal como estaba escrita por el público al que iba dirigida. Había conocido al director del colegio parroquial del pueblo en la iglesia. Probablemente le permitiría leérsela a sus alumnos. Una valoración positiva podría servir para convencer al señor Wallis.

Emily fue a buscar al señor Gwilt y lo encontró sacándole brillo a la plata.

—¿Le parece bien si les leo la historia de *Parry* a algunos niños? —le preguntó—. Estoy segura de que les encantará tanto como a mí, y luego podremos contárselo al señor Wallis cuando le enseñemos el manuscrito.

Él levantó la vista, sobresaltado.

—¿«Cuando le enseñemos»? ¿Nosotros dos? Oh, no, yo no… No sabría qué decirle a un hombre como él.

—¿Tiene algún inconveniente en que yo se lo enseñe y le pregunte si querría publicarlo?

—Publicarlo… —El hombrecillo meneó la cabeza con asombro, intentando, sin conseguirlo, contener una sonrisa—. Le confieso que solo la idea hace que me sienta mareado de la emoción. Adelante, vaya, si de verdad cree que puede gustarle nuestra pequeña historieta.

—Sí que lo creo.

jjj

Al día siguiente, con la bendición del director, Emily les leyó la historieta a los alumnos del colegio de Sidmouth, y su entusiasta respuesta le infundió valor. Así pues, el último día del año, llevó el manuscrito del señor Gwilt a la biblioteca de Wallis y esperó, nerviosa y en silencio, mientras el señor Wallis lo leía. Conforme él pasaba las páginas, ella iba calculando cuánto había avanzado, repasando el cuento resumido en su mente. Supo cuándo había llegado a la parte en que *Parry* vivía con el capitán del barco en una habitación alquilada después de que este se retirara del mar. Supo, también, cuándo leyó que el capitán se moría y *Parry* acababa en una tienda, mal alimentado y atormentado por mozalbetes mezquinos. Y luego supo cuándo presenciaba la tímida alegría de *Parry* al ser rescatado por un hombre bajo y tranquilo. En la historia no se mencionaba su nombre,

pero Emily sabía de sobra que ese personaje estaba inspirado en el propio señor Gwilt.

La historieta proseguía relatando sus primeros días juntos. Al principio, *Parry* no hablaba con el hombre ni repetía sus saludos. Estaba cansado y se sentía enfermo después de pasar varios meses en la tienda. Había perdido la ilusión con los humanos, así que prefirió observar y esperar a ver qué clase de persona se lo había llevado a casa.

Este hombre era amable con *Parry* y le daba de comer deliciosos manjares, pero la pena pesaba mucho sobre él —una pena causada por su mujer, que estaba encamada, quieta y no hablaba, aunque seguía viva—. Emily sabía que esa era una descripción de la mujer del señor Gwilt.

El hombre cuidaba diligentemente de su esposa, aunque ella no le decía palabra y apenas parecía saber quién era.

Parry, que durante mucho tiempo había temido que se olvidaran de él, entendió la profunda tristeza del hombre y deseó poder consolarlo. Rememorando una frase que no había repetido desde hacía mucho, mucho tiempo, Parry lo elogió:

—«Bien hecho, muchacho».

Esto le valió una sonrisa del hombre triste, un premio mucho más dulce que el mango.

Cada noche, antes de acostarse, el hombre le decía a Parry:

—Buenas noches. Que duermas bien. Te quiero.

Y Parry repetía:

—Buenas noches.

Las demás palabras le eran desconocidas, pero se concentraba y seguía escuchando.

Entonces, un día, Parry oyó que el hombre lloraba por la mujer que estaba en la cama. Y al cabo de un tiempo llegaron unas personas y se la llevaron.

Después de eso, el pobre hombre se sentaba durante horas junto a la jaula de Parry hasta que las habitaciones se iban oscureciendo, y ni se molestaba en encender una lámpara. Sin embargo, nunca se olvidaba de darle de comer.

Con el tiempo, el velo de dolor se fue disipando y el hombre empezó a hablarle de nuevo. Le dijo que le hacía mucha compañía. Que era una bendición, significara lo que eso significase.

Lo único que Parry sabía era que deseaba pasar tiempo con

aquel hombre y que le gustaba su voz tranquila. ¿Era eso lo que significaba «Te quiero»?

El tiempo pasó apaciblemente. Puede que fueran unos meses o quizá algo más. Entonces Parry empezó a perder el apetito. A dormir más y a hablar menos. Incluso su golosina favorita, el mango, perdió su atractivo, aunque lo picoteaba para complacer a aquel hombre que tanto quería, y que lo observaba con creciente preocupación.

Un día, el hombre sacó el débil cuerpo de Parry de la jaula y lo sostuvo con cariño en su regazo mientras le acariciaba las plumas.

—Oh, Parry. ¿Te perderé a ti también?

Parry vio lágrimas en los ojos del hombre y sintió que se le henchía el corazoncito. Ya no le importaba si el mundo se acordaba de él cuando ya no estuviera. Mientras este hombre amable y atento, su verdadero amigo, nunca lo olvidara, estaría contento.

—Buenas noches —dijo Parry—. Te quiero.

Y esas fueron las últimas palabras que pronunció.

El señor Wallis sacó un pañuelo del bolsillo y se limpió la nariz. Luego se quitó las gafas y se secó los ojos.

Emily se preguntó si la historia le resultaba conmovedora o si estaría pensando en su querida esposa ya fallecida.

—Emotiva, ¿verdad? —aventuró en voz baja al cabo de un rato.

Después de sonarse una última vez, el señor Wallis guardó el pañuelo y se enderezó.

—Deprimente, diría yo. Está claro que no es un libro infantil.

Ella resopló y replicó:

—En un primer momento tampoco consideraron *Robinson Crusoe* un libro infantil y ha acabado convirtiéndose en un cuento muy apreciado tanto por adultos como por niños.

—Esto no es *Robinson Crusoe*.

Emily sintió que se ponía a la defensiva y que se le desencajaba el rostro.

Él levantó una mano para consolarla.

—He de admitir que no soy el mejor juez. Por regla general, no publico libros infantiles.

—Pero ha sacado juegos para niños. Y el año pasado publicó *Bosquejos de personajes juveniles,*[24] que incluía cuentos como «La niña curiosa curada» y «La vida de un niño enfadado».

Él torció el gesto.

—Eso fue básicamente obra de mi hermano. «Tonterías moralistas», fue lo que yo pensé.

—Pues esos cuentos son mucho más deprimentes que esta historieta.

—Puede, pero son los padres quienes compran los libros y ellos quieren cuentos aleccionadores con moralejas que asusten a sus hijos y les quiten las ganas de ser traviesos.

Emily había pensado que algunos de los cuentos eran horribles, pero se abstuvo de decirlo. Sería mejor para ella —y para el señor Gwilt— quedar a bien con el editor. Así que dijo:

—También hay lecciones que aprender en el cuento del señor Gwilt. Lecciones de bondad, lealtad y amistad. Se lo he leído a los niños del colegio de Sidmouth, y pareció gustarles mucho.

Él recolocó el montón de páginas y lo empujó hacia ella.

—Me temo que no puedo ayudarla. No me interesa publicar algo así. No es nada personal, como comprenderá. —Él torció la boca hacia un lado y añadió—: Aunque ya que hablamos de esto, su hermana me ha dicho que está usted escribiendo una novela…

Emily se sonrojó. No estaba preparada para contárselo a nadie, y mucho menos a este reputado profesional. La novela no estaba lista. Ni ella tampoco.

—¿Qué hermana? —soltó. ¿Habría sido Viola, que siempre la apoyaba? ¿O habría sido Georgiana, que era incapaz de guardar un secreto?

Él estudió su rostro, enarcando las cejas rubias.

—¿Era un secreto? No desearía provocar una discusión. —Y prosiguió antes de que ella pudiera responder—: ¿Qué es? ¿Una novela gótica? ¿Una romántica? En fin, no importa. En cualquier caso, he pensado que sería prudente comentarle que no tengo intención de publicar novelas para señoritas en estos momentos. —Señaló las estanterías—. Usted sabe mejor que yo lo que publico: juegos, grabados, mapas, guías paisajísticas y algún que otro sermón.

Al dirigir la vista hacia donde le señalaba, Emily vio que el empleado del señor Wallis salía de la trastienda y empezaba a quitar el polvo de aquellas estanterías.

El editor se aclaró la garganta antes de retomar la palabra:

—Bueno, he decidido decírselo ahora para evitar malentendidos o herir sus sentimientos más adelante. Valoro nuestras conversaciones literarias y, por supuesto, su patrocinio, pero si espera ganarse un favor —un favor editorial, quiero decir— creo que lo más amable por mi parte es dejarle las cosas claras cuanto antes.

El empleado le lanzó una mirada compasiva. El hecho de que hubiera público presenciando aquella humillación solo empeoraba las cosas.

Sintió una vergüenza abrumadora. Quería gritarle al señor Wallis que nunca se le habría ocurrido pedirle que publicara su novela, que

sería el último hombre en el mundo al que se le ocurriría pedírselo. Deseó dar media vuelta y marcharse del establecimiento haciendo aspavientos y dando un portazo. En cambio, se mordió la parte interna de la mejilla para contener las lágrimas.

Él estudió su rostro de nuevo.

—Oh, querida. Me temo que la he ofendido.

Emily entrelazó las manos con fuerza hasta el punto de clavarse las uñas y trató de serenarse.

—Ni mucho menos, señor Wallis. Le agradezco que me haya aclarado su postura.

jjj

Envuelta en una neblina de mortificación, Emily caminó a ciegas por el paseo marítimo, pasando por delante de los baños terapéuticos de Hodge y el Hotel York.

Cuando levantó la vista, se encontró frente a la biblioteca y las salas públicas de Marsh.

Esta biblioteca rival llevaba abierta ya algún tiempo, pero Emily nunca se había aventurado a entrar. No era solo porque la otra estuviera más cerca de Sea View, también porque le caía bien el señor Wallis y disfrutaba de sus conversaciones sobre libros y autores. Le había sido demasiado leal como para frecuentar a su competidor, a pesar de lo impresionante del edificio.

Ahora se había abierto una grieta enorme en su lealtad; esta se había resquebrajado y parecía venirse abajo.

Inspiró hondo, empujó la puerta y entró.

El interior estaba bien decorado, con acogedores sillones de lectura y expositores. Los grandes ventanales ofrecían una hermosa vista de la playa y del mar.

Emily miró a su alrededor y rápidamente vio una amplia gama de lecturas, así como estanterías llenas de hermosas conchas marinas y mármol decorativo de Devonshire.

—¿Puedo ayudarla, señorita Summers?

Emily dio un respingo y se volvió. No se había dado cuenta de que no estaba sola.

Allí estaba él, el mismo hombre con el que se había cruzado dos veces en el paseo marítimo, y ahora, por primera vez, Emily se encontraba en sus dominios.

Volvía a llevar un atuendo formal, aunque su abrigo de cuadros rojos y negros contrastaba y mucho con el chaleco a rayas y la corbata dorada. La mayoría de los caballeros llevaban abrigos de colores lisos sobre chalecos neutros y corbatas blancas. Sin duda, le gustaba vestir de manera llamativa. O tal vez fuera daltónico.

Tenía el cabello oscuro y ondulado y le caía sobre la frente,

rebelde. No tenía muy claro si parecía más un granuja o un chiquillo que necesitaba un corte de pelo.

Emily todavía se preguntaba cómo es que él sabía cómo se llamaba si no los habían presentado.

—Perdone, ¿nos conocemos? —le preguntó ella.

—No y no sabe cuánto lo lamento, se lo aseguro.

—Entonces, ¿cómo sabe mi nombre?

—Mi querida señora, ¿qué hombre con ojos y gusto no conoce el nombre de la señorita Emily Summers? Usted y sus hermanas viven aquí desde hace más de un año, y se ha ganado la fama de ser una belleza en el pueblo.

Ella vaciló, sintiéndose a la vez halagada e incómoda por sus palabras.

—Le ruego que disculpe mi descaro y me permita presentarme. —Se inclinó ante ella con elegancia—. John Marsh, a su servicio.

Emily hizo una leve reverencia, sin estar segura de si aquello era lo que se esperaba de ella. Que ella recordara, nunca había hecho una reverencia ante el señor Wallis.

—Creo que esta es su primera visita a mi establecimiento.

—Sí.

—Es una pena. He sentido mucho su ausencia. —En su rostro se dibujó una media sonrisa, y este toque de humor sirvió para mitigar lo extraño de sus palabras.

—Siempre he frecuentado la biblioteca del señor Wallis. No es nada personal —se apresuró a añadir—, es solo que está más cerca de mi casa. Pago una cuota allí y…

—¿Y… qué? —quiso saber él, con un punto de picardía en aquellos ojos brillantes como gemas—. ¿Adora al señor Wallis?

—¡Claro que no!

—¿Por qué no? Todo el mundo lo hace.

—Yo no. Aunque sí me gusta conversar con él de libros, de sus próximos proyectos editoriales… de esa clase de cosas.

Él miró las páginas del manuscrito que ella tenía entre las manos y ella se dio cuenta de que despertaba su interés—. ¿Y cuáles podrían ser esas próximas publicaciones?

—Mmm… No sabría decirle.

—Ah. O sea que es discreta e inteligente, además de hermosa.

Había algo en el tono de él que no le gustó.

—Pues sí, así es —afirmó ella, levantando la barbilla—. Ahora, si me disculpa, no lo molestaré más. —Y se volvió hacia la puerta.

—No me molesta, señorita Summers. Todo lo contrario: aquí es más que bienvenida. —Se apresuró a adelantarla y se colocó frente a ella—. Le ruego que me perdone. No pretendía faltarle al respeto a usted ni al señor Wallis. ¿Por qué no respetaría alguien a ese hombre

después de todo lo que ha logrado? Yo también lo admiro, por supuesto, aunque desde la distancia. Es más, lo considero una especie de mentor. Un ejemplo a seguir. Como quizá sabrá, muchos le atribuyen el mérito de iniciar —o al menos de popularizar— la inclusión de ilustraciones en los libros.

Ella escuchó lo que le decía, sintiéndose algo más tranquila.

—¿Ah, sí? No lo sabía.

—Sí. Y ahora cuenta con el sello de aprobación de la realeza. Algo a lo que yo solo puedo aspirar.

—Ha sido muy afortunado, sí.

Asintiendo lentamente, el señor Marsh añadió:

—Sí que ha sido muy afortunado al ganarse la amistad y la buena opinión de alguien como usted. —Desconcertada, Emily lo miró, amusgando los ojos como dos ranuras. Él se explicó—: La he visto salir de su… magnífica biblioteca, libro en mano, en más de una ocasión. Por favor, échele un vistazo a la mía antes de marcharse. Seguro que hay algo que desea, algo que el señor Wallis no puede ofrecerle.

Haciendo un esfuerzo, Emily logró apartar la vista de su mirada magnética y negó con la cabeza.

—Tal vez en otra ocasión.

Por un momento, el señor Marsh pareció estar a punto de decir algo, pero entonces se abrió la puerta y entraron dos señoras. Él se volvió para saludarlas con su encantadora sonrisa y Emily aprovechó la oportunidad para escabullirse.

Cuando regresó a Sea View poco después, encontró al señor Gwilt ayudando en la limpieza general de la casa, la única tradición de Año Nuevo que parecía que respetarían esas navidades. Mientras la señora Besley y Lowen se afanaban en la despensa, tirando cualquier alimento que se hubiera estropeado, el señor Gwilt ayudaba a Jessie a quitar las cenizas de las chimeneas para garantizar que realmente empezaban el año de cero.

—Ah, señorita Emily —la saludó, enseñándole las manos sucias, arrodillado ante el hogar—. Por favor, disculpe encontrarme así.

—No se preocupe. —Se mordió el labio. Odiaba tener que decepcionarlo—. Siento decirle que el señor Wallis no está interesado en la historieta de *Parry*. Ha dicho que no era nada personal. Es solo que no va a publicar libros infantiles por ahora.

Robert Gwilt se puso de pie con un chasquido de rodilla y se volvió para mirarla a la cara, revelando a su vez una mancha de hollín en la mejilla.

—No pasa nada, señorita Emily. No se preocupe. Nunca pensé que fuera a interesarle esa bobada sobre mi granujilla.

—Pues yo sí que lo pensaba. Y no es ninguna bobada.

—No le dé más vueltas, querida. Solo espero que no le pese el

tiempo que le ha dedicado.

—Ni por un momento. Y aún no me he rendido.

---

21 N. de la Trad.: Antes del siglo XIX, el azúcar refinado se producía y distribuía desde las regiones de cultivo de caña de azúcar en «pan de azúcar», un cono alargado con la parte superior redondeada. Posteriormente, se empezó a vender el azúcar granulado y los terrones, y esta forma de presentación compacta cayó en desuso.

22 N. de la Trad.: Marie-Antoine Carême (1783–1833), conocido como Antonin Carême, fue un gastrónomo y chef parisino, considerado por muchos uno de los pioneros de la alta cocina francesa.

23 N. de la Trad.: Victoria de Sajonia-Coburgo-Saalfeld (1786–1861), princesa alemana nacida en Coburgo que se convirtió en duquesa de Kent al casarse con el príncipe Eduardo.

24 N. de la Trad.: *Sketches of Juvenile Characters* es un libro ilustrado de cuentos infantiles publicado por primera vez en 1818 y editado por E. Wallis y J. Wallis.

Capítulo 8

«Los sábados y los martes son los principales días de mercado. La gente del campo trae aves de corral y huevos… y la oferta suele igualar a la demanda».

The Beauties of Sidmouth Displayed

Sarah llamó a la puerta de la pensión Broadbridge con la intención de hacerle una visita a Fran Stirling, como le gustaba hacer siempre que se encontraba cerca y tenía un poco de tiempo, cosa que no sucedía muy a menudo.

Fran sonrió al verla en la puerta.

—Señorita Sarah, qué agradable sorpresa. Pase.

Detrás de Fran estaba el señor Farrant, carpintero y manitas local. No era la primera vez que se lo encontraba allí, en Broadbridge. Sarah lo miró primero a él y luego a Fran, alzando las cejas.

—Si está ocupada, puedo volver en otro momento.

—Para nada. El señor Farrant ya se iba.

Fran le dirigió una mirada significativa.

—Eh, sí, claro. —Él echó un vistazo a la habitación—. Solo he venido a echarle un ojo a esa grieta de la pared de yeso. Traeré cal y crin de caballo la próxima vez que venga. —Eso captó la atención de Fran—. Pronto.

El hombretón, ancho de hombros y de unos cuarenta años, recogió sus cosas para irse. Sarah volvió la vista hacia Fran y vio que su amiga se quedaba mirando al hombre mientras este salía. Leslie Farrant era muy masculino. Tenía unos antebrazos musculosos, los ojos alegres y una mata de pelo oscuro. Sarah podía entender lo que veía en él su amiga.

Cuando se hubo ido, Fran volvió a centrar su atención en ella.

—Me alegro mucho de que haya venido. ¿Se quedará a tomar un té?

Sarah levantó la cajita de pastas que había traído.

—Esperaba que me lo pidiera.

Mientras tomaban té y pastas, las dos mujeres se compadecieron de las dificultades de hospedar a desconocidos y compartieron recuerdos de los viejos tiempos en Finderlay, cuando la señorita Stirling había sido la dama de compañía. A Sarah se le ocurrió que lo que en su familia denominaban «buenos tiempos» podrían no haber sido los mejores para Fran.

Se lo preguntó de improviso:

—¿Era horrible, estar en el servicio? Nunca se lo he preguntado.

—No, querida. No con su familia. Podría contarle historias horrorosas sobre el puesto que tuve antes, pero no lo haré. Su madre siempre fue amable y gentil conmigo, y ustedes, las niñas, también. Ahora estoy muy contenta de tener mi propia casa, por supuesto, aunque a veces desearía que el trabajo —y la gente— fueran al menos la mitad de agradables de lo que fueron ustedes.

Las dos compartieron una amplia sonrisa.

—Parece que el señor Farrant le resulta muy… amable —comentó Sarah tímidamente después de darle un sorbito al té.

Fran se sonrojó.

—Me ha ayudado mucho desde que me mudé aquí. Me he acostumbrado a contar con él.

—Y está claro que él la admira.

Fran bajó la vista y cuando volvió a mirar a Sarah, lo hizo con una sombra de preocupación cruzando su bonito rostro.

—Pues sí. De hecho, él…

—¿Él… qué?

—Oh, Sarah. Me ha pedido que me case con él.

Sarah inspiró con fuerza, sorprendida.

—¿De veras? ¿Y ya le ha dado una respuesta?

Fran negó con la cabeza, mordisqueándose el labio, indecisa.

—Estoy tentada, lo reconozco. Me gusta mucho.

—Pero… no está enamorada, ¿es eso?

—No lo sé. Puede que sí, creo. De lo que no estoy tan enamorada es de la perspectiva de pasar a llamarme «Fran Farrant». Aunque supongo que podría acostumbrarme incluso a eso…

—Entonces, ¿cuál es el problema? ¿No lo quiere aquí con usted, en la pensión?

—¡Justo ese es el problema! Él ya tiene su propia casa. Una buena casa y un taller, por lo visto, en las afueras de la ciudad.

—¿O sea que usted tendría que dejar la pensión?

—No lo hemos hablado, pero lo cierto es que no sería práctico llevar dos casas. No daría la talla ni como responsable de la pensión ni como esposa si intentara acapararlo todo.

—¿Y no cabe la posibilidad de que él deje su casa y se mude aquí?

—La casa la construyó con sus propias manos y con la ayuda de su querido padre, que en paz descanse. No podría pedirle eso, pero tampoco estoy dispuesta a renunciar a mi medio de vida. Me he acostumbrado a ser una mujer independiente.

—Comprendo. Entonces, ¿qué? ¿Va a rechazar su propuesta?

—No lo sé. Le dije que necesitaba pensármelo.

Sarah le apretó de la mano.

—Claro que sí. Tómese su tiempo. No hay prisa.

Cuando poco después se marchó de la pensión, Sarah echó un vistazo al mercado, coronado por su bola y su veleta en forma de gallo.

Los muros de ladrillo del mercado guarecían tanto a los compradores como a los vendedores. También habían puesto unos barriles de metal en dos esquinas en los que habían hecho fuego para caldear un poco el ambiente y ahuyentar lo peor del frío invernal. No había tantos puestos como en primavera y verano, cuando los agricultores de la zona traían frutas y verduras, pero el frutero y el verdulero del pueblo estaban allí, con modestos expositores de productos cultivados en invernadero o importados. Varios panaderos tenían a la venta pan y tartas. La carne, las aves y los huevos se podían comprar allí mismo o pedir que los llevaran a casa.

Al ver al vendedor de aves de corral, Sarah se acordó de que la señora Besley le había dicho que esa mañana no habían recibido su entrega habitual de huevos. Suponiendo que se trataba de un descuido, decidió acercarse al pollero para comentárselo y comprar ahora unas docenas.

—Buenos días, señor Bidgood.

—Señorita.

Sarah dejó caer con delicadeza que la entrega no se había producido, evitando cualquier atisbo de reproche en su voz.

—Lo siento, señorita. No teníamos huevos *pa* darles. Y tampoco tenemos ninguno *pa* venderle ahora. Ya lo siento.

—¿Y eso? Espero que sus gallinas gocen de buena salud.

—Oh, sí. Aunque *contra más* frío hace menos huevos ponen.

—No recuerdo que hubiera habido escasez de huevos el invierno pasado.

—No, señorita, pero tampoco había una fiesta real en Woolbrook. Quieren muchos huevos. Muchísimos. Aunque aún no he visto ni el primer cuarto de penique por ellos.

—Oh, vaya. Qué mala suerte.

—Sí. Pero haré *to* lo posible *pa* entregarles unos cuantos dentro de un día o dos.

—Gracias, señor Bidgood.

Sarah se alejó del puesto preguntándose durante cuánto tiempo más podrían arreglárselas con los pocos huevos que tenían a mano, y qué podrían servir para desayunar en lugar de huevos, que eran un alimento básico en su mesa.

La tarta que había pensado hacer tendría que esperar.

Entonces se percató de la presencia del señor Bernardi, que llevaba una cesta de paja colgada de un brazo y estaba hablando o quizá regateando con uno de los vendedores.

—¡Señorita Summers! —la saludó, haciéndole señas para que se acercara—. Venga y deme su opinión.

Le sorprendió que el chef, tan seguro de sí mismo, le pidiera consejo sobre algo, pero se ciñó mejor el manto y se encaminó hacia donde él se encontraba.

—¿Qué le parece esta carne de ternera? —preguntó él, señalando la pieza—. No es tan grande como las que se encuentra uno en los mercados de Londres, pero tampoco está tan blanca, por excesivos sangrados, como las de allí. El carnicero asegura que es muy tierna.

—Nosotras no servimos ternera a menudo, pero me fiaría de lo que diga el señor Drewe.

—En ese caso, me la llevo. —Se volvió hacia el carnicero—. Por favor, envíelo a Woolbrook Cottage.

El hombre asintió y llamó a un muchacho para que envolviera la carne.

El señor Bernardi le hizo un gesto a Sarah para que lo acompañara, y los dos siguieron caminando uno al lado del otro, deteniéndose brevemente en el siguiente puesto.

—Mire estos bollitos glaseados. —Chasqueó la lengua en señal de desaprobación—. Qué lástima… Hasta usted podría hacerlos mejor.

—Mmm… ¿Gracias?

Él levantó la cesta y explicó:

—Además de hacer la compra de todos los días, estoy empezando a buscar ingredientes para la fiesta que el duque va a dar la semana que viene.

—Ya veo. Seguro que está deseando afrontar el reto.

—Pues sí. —Echó un vistazo al mercado. —No hay tanta fruta y verdura como desearía, pero al menos de carne estaremos bien servidos. Ternera, cordero, cerdo. Parece haber cantidad suficiente de todo.

—Hablando de cantidades suficientes, con una fiesta tan grande en Woolbrook no hay bastantes huevos para satisfacer la demanda. No les sobrarán algunos, ¿no? Casi no nos quedan y no hay ninguno a la venta.

—Para usted, señorita Summers, desde luego que sí. Le traeré unos cuantos de nuestras despensas. ¿Una docena, tal vez? ¿Dos?

—Dos docenas, mejor, si puede prescindir de ellas. Gracias.

Él asintió y se centró en el siguiente puesto. Posó la vista en algo que hizo que arqueara las pobladas cejas que tenía.

—¡Vaya, esto sí que es un hallazgo! *Radicchio*. La achicoria roja es originaria del norte de Italia.

Sarah observó con curiosidad las cabezas redondas de color granate.

—¿Qué hace con ellas?

—Comerlas, por supuesto.

—Ja, ja. Me refería a cómo las prepara.

—Puede resultar amarga, así que primero la dejo a remojo en agua fría. Luego la meto en el horno hasta que queda crujiente y dorada, lo que le da un sabor dulce, como a nueces. Ya le prepararé un poco.

El señor Bernardi añadió una cabeza de achicoria roja a la cesta.

—Si quiere…

Ella lo acompañaba mientras él pasaba por más puestos, deteniéndose aquí y allá a inspirar el aroma de una naranja importada, una cuña de queso, una ristra de salchichas o un puñado de gambas; a añadir algunos productos más a la cesta y a pedir que entregaran otros en Woolbrook y se le cobraran al administrador del duque de Kent.

En un momento dado, él levantó una ristra de ajos secos e inspiró profundamente por su prominente nariz.

—Huela —le indicó, tendiéndole la ristra.

Sarah hizo lo que le proponía con cierta cautela.

—Adoro el ajo —dijo él—, sobre todo salteado en mantequilla o con beicon. Por desgracia, he descubierto que muchos ingleses prefieren la comida casi sin gusto.

—No olvide que me ha dicho que usted también era inglés.

Él agachó la cabeza, un poco avergonzado.

—Cierto, aunque mi madre no cocina como una inglesa y, por supuesto, los años que pasé en Francia me sirvieron para educar el paladar. Mi madre me enseñó a valorar la importancia de unos ingredientes de calidad.

—¿Y Francia? —preguntó Sarah.

—Ah. —Él levantó un dedo—. En Francia aprendí que la mantequilla lo mejora todo.

Cuando salieron del mercado, Sarah señaló la pensión de Broadbridge y le explicó que era propiedad de su amiga la señorita Stirling, que también dirigía el establecimiento.

«Al menos por ahora», añadió para sí.

Él hizo un gesto afirmativo con la cabeza y puso cara de melancolía.

—A veces pienso en eso, en tener mi propio negocio. Una casa de

comidas o un hotelito donde cocinar para mis huéspedes.

Sarah lo miró sorprendida.

—Me deja asombrada. Nunca me hubiera imaginado que un establecimiento modesto pudiera competir con cocinar para una casa real.

Tal vez debería presentarle el señor Bernardi a la señorita Stirling. Luego, al recordar la cara con la que su amiga miraba al señor Farrant, pensó que ya era demasiado tarde para eso.

Él se encogió de hombros.

—Servir a la realeza no es tan grato como uno podría imaginarse. Piense que cuando el duque se fue a Alemania, yo me tuve que mudar allí… lejos de mi familia y en un lugar donde no hablaba el idioma. Por fortuna, al haberme formado en París mi francés es bastante pasable. La duquesa habla alemán y francés, pero poco inglés. Entender lo que le ordenan a uno no siempre es fácil en un entorno así.

»Luego nos trasladamos al palacio de Kensington, donde me asignaron las tareas más insignificantes, ayudando al personal superior de cocina como cualquier otro subordinado. Empezaba a pensar que perdería mi puesto hasta que el duque decidió venir a pasar el invierno a esta región, pero incluso aquí estoy a las órdenes de Leigleitner.

—¿Así que no todo es trabajar el azúcar y recibir elogios? —preguntó ella.

—Por desgracia, no —repuso él, dejando escapar un suspiro—. Cuando era más joven, ansiaba el reconocimiento: soñaba con preparar manjares para los paladares más nobles y dejar mi huella entre los grandes chefs. Ahora, sin embargo, cuando pienso en mis padres, que viven felices en el piso de arriba de su propia tienda, gestionándola a su antojo… —Volvió a mirar pensativo hacia la pensión.

—Creo que tener un negocio limita mucho el tiempo libre —comentó Sarah—. El horario comercial lo ata a uno a estar allí.

Él asintió.

—Así era, al principio, pero ahora que les va relativamente bien se han podido permitir contratar a un dependiente, así que pueden disfrutar de algún tiempo de asueto de vez en cuando.

—Me alegro por ellos.

El señor Bernardi adoptó una expresión distante.

—Nada huele tan bien como la casa de mis padres. Albahaca, hinojo, mejorana…

—No se olvide del ajo —comentó ella tomándole el pelo.

—¡No me olvido! De hecho, permítame que le prepare uno de los platos favoritos de mi madre, ¿sí?

Ella sonrió.
—¿Estofado de ajo?
Al señor Bernardi le brillaron los ojos, retadores.
—Tendrá que esperar a verlo.

jjj

Cuando Sarah regresó de la ciudad, estuvo cosiendo un tiempo con su madre y Georgiana, que era reacia, mientras Emily escribía sentada a la mesa junto a ellas. Como era Año Nuevo, el duque había dado el día libre a la mayor parte de su personal, así que los huéspedes también estaban con ellas en el salón. Parecían aburridos.

Sarah sirvió el té y luego les sugirió que salieran a dar un paseo hasta los billares o que fueran a jugar a las cartas a alguno de los salones de recreo. Después de lanzar unas cuantas miradas desanimadas a las ventanas con restos de aguanieve por la cellisca, los tres decidieron quedarse dentro.

El señor Bernardi se sentó a leer un libro de cocina, el señor During pidió prestados avíos de escribir y comenzó una carta para su madre, y el señor Thomson se retiró a su habitación.

Regresó unos minutos más tarde con el estuche largo y estrecho que traía el primer día y lo abrió en la mesa del salón. En el interior forrado de terciopelo había dos espadas y dos floretes con las puntas romas de práctica.

Intrigada, Georgie se acercó a curiosear.

El señor Thomson le lanzó una mirada a Selwyn During, que estaba sentado dándole sorbitos al té con la elegancia propia de la viuda de un noble.

—¿Usted practica esgrima, During?

—No. Nunca —respondió y volvió a llevarse la taza a los labios con el dedo meñique levantado—. Propóngaselo a Bernardi.

—Ya lo he hecho. Muchas veces. Y su respuesta siempre es la misma.

El señor Bernardi levantó una mano sin apartar la mirada de la receta que estaba leyendo.

—Las únicas armas que empuño son los cuchillos de cocina y mi mortero favorito.

Thomson se volvió hacia el señor During.

—Podría resultarle útil aprender a defenderse si va a encargarse de proteger el baúl.

During torció el gesto.

—No sé yo. La violencia no es lo mío. Creo que solo esperan que lo vigile y que mantenga las cosas limpias y en buen estado por si de repente nos enfrentamos a algún acto de Estado. ¡Algo del todo improbable aquí en el remoto Devonshire! Además, con el general

Wetherall y el capitán Conroy de nuestro lado, ¿quién se atrevería a intentar robar al duque?

—Entonces, hágalo para complacerme. Necesito hacer ejercicio —insistió el señor Thomson—. No me gusta estar sentado sin hacer nada durante horas.

El señor During dejó la taza y se puso de pie.

—Si insiste… pero me temo que pronto descubrirá que no soy muy atlético.

—Pero no aquí, caballeros, si son tan amables —intervino la señora Summers.

—¿Y dónde podríamos hacerlo?

La señora Summers se detuvo a reflexionar.

—No sé…

—¿En el vestíbulo? —preguntó el señor Thomson.

—Eso está bastante en medio de todo.

—En el ático hay mucho sitio —sugirió Georgie—. Está la antigua sala de estar de los criados o la habitación de los niños, que es todavía más grande.

—Pero, Georgie, eso está junto a tu cuarto —le hizo ver la señora Summers.

El señor Thomson pareció dudar.

—Puede que hagamos bastante ruido ahí arriba.

—No me importa —contestó Georgie—, sobre todo si puedo ver cómo se baten en duelo.

Él se volvió hacia la madre de las jóvenes.

—¿Le parece bien, señora Summers?

—Supongo que sí. Aunque si empieza a llover yeso sobre nuestras cabezas, tendrán que buscarse otro sitio.

—Por supuesto.

—Les enseñaré dónde es —se ofreció Georgie, guiando a los hombres escaleras arriba.

Emily dejó a un lado la pluma y el cuaderno.

—Creo que yo también iré a ver.

Sarah y la señora Summers retomaron lo que estaban cosiendo. Media hora más tarde, Emily regresó.

—¿Cómo va por ahí arriba?— preguntó Sarah, levantando la vista de su labor.

—El señor Thomson tiene mucha paciencia, pero la técnica del señor During deja mucho que desear. Os lo mostraré.

Emily tomó de nuevo la pluma y la blandió como si fuera una espada diminuta, atacando con tímidos golpes cargados de afectación mientras con los pies avanzaba con un torpe galope.

—Oh, vaya. —Su madre se llevó una mano a la boca para reprimir una carcajada.

Sarah se mordió los labios para contener una sonrisa.

—No deberíamos reírnos de nuestros huéspedes.

Emily cesó su pantomima, con un brillo divertido en la mirada.

—Entonces, dejadme que os diga que Selwyn During es un hombre que dice la verdad y que, por desgracia, estaba en lo cierto acerca de su capacidad atlética.

jjj

Aquella noche, Emily soñó que bailaba con Charles Parker. Él la estrechaba entre sus brazos mientras giraban al ritmo de la música. De ensueño.

Entonces apareció el señor Thomson y le dio unos toquecitos en el hombro. Cuando ella se volvió, él le tendió un florete de esgrima.

—Hora de levantarse.

«¿De levantarse?».

La música se desvaneció.

—¿Emily? —Era la voz de Sarah—. Despierta. Es hora de prepararse para ir a la iglesia.

—Argh —Emily se tapó la cara con la colcha.

—Me pregunto si el señor Thomson asistirá esta mañana —comentó Sarah de manera oportuna.

Emily sacó la cabeza de debajo de la colcha al instante, tal como su hermana sabía que haría.

—¿Cuánto tiempo tengo para vestirme?

Sarah consultó el reloj que llevaba sujeto al pecho con un alfiler.

—Treinta minutos.

—¡¿Qué?! —Emily echó hacia atrás la ropa de cama y se puso en pie de un salto—. Tendrías que haberme despertado antes.

—Lo he intentado. Más de una vez.

Emily se dirigió a toda prisa al aguamanil y empezó a asearse.

—¿Me prestas tu capota Oldenburg?[25] Creo que me favorece.

—Claro. Está en la cómoda.

La noche anterior, la señora Summers les había mencionado la hora del oficio religioso a los huéspedes. El señor Bernardi había declinado la propuesta, pero los señores Thomson y During habían manifestado su interés por acompañarlas. Emily se vistió rápidamente.

Después de ayudar a su hermana a ajustar el encordado del corsé y las cintas del vestido, Sarah le anunció que haría la ronda para ver si todo estaba en orden y le insistió en que no tardara. Luego salió del dormitorio y cerró la puerta tras de sí.

Emily se anudó las cintas de las medias y se puso los zapatos. Entonces se dispuso a arreglarse el pelo.

Ojalá tuviera más maña con los peinados. Se cepilló el cabello hacia atrás con cuidado, se recogió la larga melena castaña con un

grueso cordón y se la fue enrollando hasta dar forma a un moño que sujetó con una mano. Con la otra, tomó un pasador del tocador y lo usó para fijar el recogido, luego recorrió la superficie del mueble tanteando con los dedos en busca de otra horquilla, pero no encontró más.

Las buscó con la mirada, abrió un cajón con la mano libre y rebuscó en su interior. ¿Dónde había metido Sarah todas las horquillas? No tenía tiempo para soltarse el recogido y luego tener que volver a empezar de cero.

Con un resoplido de frustración, se levantó y abrió la puerta de un empujón. Al salir al pasillo, el recogido se le movió y tuvo que recurrir también a la otra mano para mantener el cabello en su sitio como si fuera una corona de valor incalculable.

De pronto, le pareció oír algo y miró de soslayo al otro lado del hueco de la escalera hacia el retrete. Por encima de la balaustrada vio la puerta abierta y oyó que alguien hacía ruido en el interior. ¿Sería su hermana revisando que todo estuviera en orden?

—¿Sarah? —la llamó, vacilante.

Del retrete salieron más ruidos.

—Sarah —le gritó—, no encuentro las horquillas.

Un momento más tarde emergió del baño una figura, pero no era la de su hermana.

Era el señor Thomson, en pantalones, chaleco y mangas de camisa, con una toalla al cuello y una navaja de afeitar en la mano.

—Lo siento. Solo soy yo.

Emily se sintió ridícula al verse descubierta de esa guisa en el pasillo, con ambas manos en el cabello. Al menos estaba prácticamente vestida.

Se dio cuenta de que la cariñosa mirada del señor Thomson le recorría los brazos y le subía hasta la cabeza. Qué cohibida se sentía allí de pie, con los brazos desnudos y el pecho arqueado. Lamentó no haberse puesto un fichú[26] antes de empezar a peinarse.

—¿Hay algún problema? —preguntó él.

—Eh… solo necesito horquillas.

—Me temo que yo de eso no tengo nada —repuso él, al tiempo que curvaba los labios ligeramente en una sonrisa.

—No, claro.

Por un momento, ambos se quedaron donde estaban, mirándose el uno al otro desde la distancia. Emily sentía que le faltaba el aliento. Tal vez tuviera el corsé demasiado apretado.

En ese momento, Sarah apareció por el hueco de las escaleras.

—Emily, ¿estás lista? —Miró a Emily y luego, a través de los balaustres, al señor Thomson—. ¿Va… todo bien?

—No encuentro las horquillas —respondió Emily—. Venía a

preguntarte por ellas.

—Las puse en la cajita lacada del tocador, ¿te acuerdas? Estaba cansada de encontrarlas tiradas por todas partes.

Cierto. A Emily se le había olvidado.

Sarah se volvió y saludó con una inclinación de cabeza a su huésped.

—Le ruego que nos disculpe, señor Thomson.

Emily se retiró rápidamente a su habitación, con las mejillas encendidas.

jjj

Poco después, Emily y los demás se preparaban para salir juntos hacia la iglesia de San Giles y San Nicolás. La señora Summers, cuya salud había mejorado, había empezado a asistir con ellos al oficio religioso para deleite de sus hijas.

La iglesia estaba a unos diez minutos a pie, en la parte este del pueblo. Debido al frío, el mayor Hutton había enviado su carruaje para las damas. Los hombres pensaban ir caminando. Georgie, sin embargo, insistió en que el señor Hornbeam ocupara su lugar en el coche de caballos mientras ella daba un pequeño paseo con los huéspedes. A la muchacha nunca le había molestado el frío, así que su madre no puso ningún impedimento.

Cuando Emily, Sarah, la señora Summers y el señor Hornbeam llegaron a la iglesia, esperaron bajo el pórtico de la entrada a que Georgiana y los dos huéspedes se reunieran con ellos, así como los Hutton y la señora Denby.

Cuando por fin estuvieron todos, la misa estaba a punto de comenzar. Emily concluyó que las presentaciones tendrían que esperar.

Recorrieron juntos la nave en silencio. A Emily no le pasó desapercibido que el señor Thomson echaba unas monedas en el cepillo al pasar. Delante de ella, su madre iba del brazo de Sarah, pero cada vez parecía necesitar menos ese apoyo.

La señora Summers y Sarah se sentaron primero, seguidas de Georgiana. El señor Thomson le hizo un gesto a Emily para que pasara antes que él al banco, y ella lo hizo, acercándose todo lo que pudo a sus hermanas. Luego él se sentó a su lado, a solo unos centímetros de distancia. Entonces Selwyn During intentó hacerse un hueco también, lo que obligó al señor Thomson a acercarse más a ella hasta que la manga de su abrigo y el muslo enfundado en unos pantalones ajustados le rozaron el hombro y la falda.

Juntos llenarían el banco que solía ocupar la familia y el que se encontraba inmediatamente detrás. El mayor Hutton, que llevaba una banda de seda negra sobre la oreja quemada, colocó la silla de ruedas

de la señora Denby en el extremo del banco de atrás. Viola se sentó al lado de la mujer y a continuación se sentaron el mayor, su padre y su hermano, el señor Hornbeam y la señorita Reed. Los criados se habían sentado más atrás, y el señor Gwilt había decidido sentarse con ellos.

Cuando empezó el oficio, Emily no podía dejar de pensar en el hombre que se sentaba a su lado.

Respondió diligentemente en la ceremonia y repitió cada una de las oraciones, pero estuvo todo el tiempo atenta a él, escuchando su voz grave y seria. Cuando el organista tocó las primeras notas, Emily buscó un cantoral, pero Sarah y su madre ya estaban compartiendo uno, y Georgiana sostenía el otro. Georgie se lo acercó, pero quedaba fuera de la vista de los hombres.

Estaba a punto de quitárselo de las manos a su hermana cuando se dio cuenta de que el señor Thomson ya estaba cantando la letra de memoria, con su voz de barítono, potente y clara.

—«Oh, Señor, nuestra ayuda en épocas pasadas, nuestra esperanza para las que vendrán, nuestro refugio frente a la tempestad y nuestro eterno hogar…».[27]

A ella le gustó mucho su voz.

Después de la ceremonia, el señor During salió rápidamente al pasillo. El señor Thomson, sin embargo, tardó un poco más en incorporarse.

Emily se volvió para presentárselo a Viola y al mayor. Se preguntó cómo reaccionaría él al conocer a la pareja. Al igual que Viola, el mayor también tenía cicatrices. Las suyas eran más extensas, ya que había resultado herido en una explosión que se había producido mientras servía en la India.

—Dejadme que os presente a uno de nuestros huéspedes —comenzó Emily—. El señor Thomson es secretario privado de Su Alteza Real, el duque de Kent. Y esta es mi hermana, la señora Hutton, y su marido, el mayor Hutton.

James Thomson los saludó con una inclinación de cabeza.

—Es un auténtico placer conocerlos. La señorita Emily habla de ustedes a menudo y con gran estima.

Emily observó cómo él miraba primero a Viola, al labio, y luego al mayor, con las cicatrices de las quemaduras y la oreja tapada. No parecía que aquello le causara repulsión, ni tampoco tener prisa por darse la vuelta.

Viola dirigió la mirada hacia la señora Denby, probablemente pensando en presentársela, pero la anciana estaba rodeada de viejos amigos, sonriendo y charlando. Cuánto había cambiado la vida de la anciana desde que la organización benéfica había pedido a Viola que le leyera a una residente sin familia del asilo para pobres. Cuánto habían cambiado las vidas de ambas.

Con eso en mente, Emily añadió:

—El señor Thomson vela por los intereses filantrópicos del duque y está interesado en saber más acerca de la Sociedad de Amigos de los Pobres, por si deseáis organizar una reunión.

Viola sonrió.

—Desde luego que sí. ¿Le vendría bien mañana por la tarde en Sea View?

—Perfectamente.

—¿Y puedo invitar a dos miembros del comité para que nos acompañen?

El señor Thomson miró a Emily.

—Si a mis anfitrionas les parece bien.

Emily asintió.

—Por supuesto.

El mayor se inclinó hacia su esposa:

—Siento interrumpirte, pero si no volvemos pronto a casa, Chown volverá a quemar el cordero asado.

—Bien visto. Le ruego que nos disculpe.

El señor Thomson se despidió de ellos con otra inclinación de cabeza.

—Claro, no se preocupen. Hasta mañana, entonces.

La pareja se marchó, llevándose con ellos a la señora Denby.

El señor Thomson volvió a mirar a Emily.

—¿Y Chown es… ?

—Un antiguo soldado que está aprendiendo a cocinar sobre la marcha. La señora Besley, nuestra cocinera, le ha ayudado mucho. Hablando de eso, me muero de hambre. No he probado bocado en el desayuno.

—¿Demasiado ocupada buscando horquillas? —le preguntó él con una amplia sonrisa.

A Emily se le subieron los colores al recordar lo que había ocurrido poco antes, y el hombre amplió la sonrisa.

—Exactamente.

---

25 N. de la Trad.: Este sombrero que enmarca por completo el rostro recibe este nombre en homenaje a la duquesa Oldenburg, hermana del zar Alejandro I de Rusia.

26 N. de la Trad.: Un fichú es una especie de pañuelo o mantilla triangular que las mujeres se colocaban sobre los hombros y el pecho, y cuyos extremos metían por dentro del corpiño o corsé.

27 N. de la Trad.: Del original en inglés: «*O God, our help in ages past Our hope for years to come Our shelter from the stormy blast / And our eternal home*». Se trata de la primera estrofa del himno *O God, our help in ages past*, compuesto por Isaac Watts en 1708.

Capítulo 9

«BAÑOS DE MAR CALIENTES fundados por el señor Hodge. Más conocidos como «los Baños Reales» porque los utilizaban exclusivamente Sus Altezas Reales, el duque y la duquesa de Kent».

The Beauties of Sidmouth Displayed

El lunes, Viola y Emily acompañaron a su madre a los baños termales con agua de mar; lo hicieron en el carruaje de los Hutton para evitar el gélido clima. Emily no tenía intención de repetir su desastrosa experiencia de bañarse en mar abierto, pero en ocasiones sí que disfrutaba de los baños interiores climatizados. Y en un día tan frío como aquel, un baño largo sonaba a gloria bendita.

El coche de caballos descendió por Glen Lane, giró a la izquierda, en dirección este, y dejó atrás Fort Field y la biblioteca del señor Wallis hasta llegar a los baños terapéuticos del señor Hodge, situados casi en el medio de la playa.

En la puerta vieron un único carruaje. Un cochero bien abrigado y un mozo de cuadra al que le castañeaban los dientes esperaban para llevar a casa a los bañistas que habían llegado allí antes que ellas. El lugar estaba desde luego menos concurrido de lo habitual, sin ninguna silla de manos a la vista.

Entraron, pagaron lo que correspondía y siguieron a una empleada hasta el vestuario de señoras. Allí se pusieron las enaguas de lino marrón y las chaquetas con sujeción a la cintura que les habían facilitado.

Cuando estuvieron listas, salieron y bajaron las escaleras hasta la gran piscina. El agua caliente envolvió a Emily como un abrazo de bienvenida.

Al otro lado de la piscina, había dos mujeres sentadas a las que el agua les llegaba hasta el cuello. La más joven lucía un elegante

sombrero con una pluma de avestruz, mientras que la mayor iba con la cabeza descubierta, como ellas.

Cuando las Summers entraron en el agua, ellas levantaron la vista y les saludaron desde donde estaban con una inclinación de cabeza. Enseguida volvieron a sumirse en su conversación. Hablaban otro idioma. Alemán, supuso Emily.

Viola se acercó a su madre y a su hermana y susurró:

—Es la duquesa con la que creo que es su dama de compañía.

Emily volvió a mirarlas con más interés.

La bella mujer rondaba la treintena, tenía el cabello oscuro, los ojos grandes, la nariz aguileña y los labios finos.

—¿Cómo lo sabes? —le preguntó su madre a Viola entre susurros.

—El mayor y yo las conocimos cuando ella y su marido pasaron por delante de Westmount con su hija.

Emily miró a la mujer con admiración.

—Debería haberlo imaginado. Solo una duquesa podría estar tan elegante con un atuendo tan anodino.

Más o menos una hora después, el carruaje de los Hutton las llevó de vuelta a Sea View. Tras despedirse de Viola, Emily se retiró a la biblioteca a escribir y su madre fue a la habitación a descansar.

Cuando el señor Thomson regresó del trabajo, Emily lo saludó:

—Buenas tardes, señor Thomson. ¿Cómo van las cosas en Woolbrook?

—Más o menos igual. La duquesa está ocupada con sus clases de inglés y tomando baños de mar.

—Sí, la hemos visto hoy allí —lo interrumpió ella.

Él levantó la barbilla en señal de reconocimiento.

—Y el duque sigue ocupado con la correspondencia. Está organizándolo todo para regresar pronto a Baviera.

—¿Y usted se marcharía con él?

Él clavó en ella la mirada de repente, como si le sorprendiera la pregunta.

—Sí, claro. ¿Por qué?

—Eh… solo por curiosidad. Una pregunta tonta, supongo. —Se apresuró a cambiar de tema—. Gracias de nuevo por aceptar reunirse con las damas de la Sociedad de Amigos de los Pobres esta noche.

—Será un placer. ¿Nos acompañará usted en la reunión?

—Oh. No estoy segura de que mi presencia sea útil. Viola estará aquí, pero yo también podría asistir, si lo desea.

Él le sostuvo la mirada.

—Lo deseo.

A Emily se le aceleró el pulso y sintió un extraño cosquilleo en el estómago.

—Muy bien, entonces.

Después de la cena, Viola llegó antes de lo previsto y se reunió con Emily y el señor Thomson en el salón para esperar la llegada de las demás.

Él la saludó inclinando la cabeza.

—Un placer volver a verla, señora Hutton.

Viola le correspondió con una reverencia.

—Lo mismo digo, señor Thomson.

Charlaron durante varios minutos hasta que llegaron las visitas.

Cuando ya estaban todos, Emily comenzó:

—Señora Fulford, señora Robins, permítanme presentarles al señor James Thomson, secretario privado del duque de Kent, encargado de supervisar las organizaciones benéficas que patrocina el duque.

Él se inclinó ante las damas.

A la tímida señora Robins se le escapó un gemido y rápidamente se llevó un pañuelo a los labios para reprimir otro.

La señora Fulford, alta y elegante, y la clara líder de la pareja, no dio muestras de sentirse intimidada. Al contrario, el semblante le brillaba por la expectación.

—Encantada de conocerle, señor Thomson. Le agradecemos la oportunidad que nos concede de darle a conocer una organización benéfica que todas tenemos en muy alta estima.

El señor Thomson esperó a que las damas se sentaran para hacer lo mismo. Emily sirvió el té e hizo circular una bandeja de tartaletas que había preparado el señor Bernardi. Probó una y el hojaldre se le deshizo en la boca. «Madre mía…». Se prometió a sí misma que no le diría a Sarah que las tartaletas del señor Bernardi eran todavía mejores que las suyas.

La señora Fulford bebió un poco de té y dejó la taza y el platito en la mesita auxiliar.

—La Sociedad de Amigos de los Pobres hace todo lo posible por mitigar el abandono y los problemas de los más desfavorecidos de Sidmouth, residan en el asilo o en cualquier otro lugar. También organizamos colectas de ropa usada para proporcionar a quienes lo necesiten una vestimenta digna. Desde la creación de la sociedad, hemos ayudado a sesenta y cuatro familias y particulares, y, entre miembros del comité y voluntarios, hemos realizado más de doscientas sesenta visitas. De hecho, la señora Hutton, aquí presente, es una de nuestras voluntarias más activas.

Él asintió.

—Impresionante. ¿Podrían explicarme cómo se sostiene y se gestiona la asociación?

—Por supuesto. Nuestro trabajo es posible gracias a la generosidad

de los socios. Llevamos a cabo nuestra misión bajo la superintendencia de los magistrados de la zona y otros destacados caballeros de Sidmouth. Aquí tiene una lista de los miembros del consejo —le indicó mientras le facilitaba el listado.

—¿Y cómo podría ayudarles Su Alteza Real en este momento?

La señora Robins volvió a ahogar un gemido de entusiasmo con su pañuelo de encaje. Con la otra mano se aferró a su collar de perlas.

Haciendo caso omiso de la mujer, que se había emocionado, la señora Fulford sonrió y respondió con total tranquilidad:

—Qué amable por su parte preguntar. Tal vez Su Alteza Real podría convertirse en nuestro patrocinador.

Claramente asombrada por tan osada petición, la señora Robins abrió los ojos de par en par. Compartiendo la tensa expectación de la mujer, Emily contuvo el aliento.

—Estaré encantado de presentarle el buen trabajo que lleva a cabo su organización —repuso el señor Thomson—, aunque, naturalmente, no puedo prometerles nada.

—Claro, claro. —La señora Fulford le entregó un documento en papel de carta fino lleno de trazos elegantes—. Aquí tiene una lista de nuestros socios actuales; cualquiera de ellos estará más que dispuesto a proporcionarle un informe positivo sobre nuestro trabajo.

—Excelente. Gracias.

La señora Fulford y la señora Robins se marcharon poco después. Viola se quedó con ellos algo más.

—Ha ido bien —comentó—. Al menos desde mi punto de vista.

—Estoy de acuerdo —dijo Emily—. Pero debe ser el señor Thomson quien lo juzgue.

Ambas se volvieron hacia él.

Él asintió.

—Me ha impresionado lo poco que tenían en común.

Viola ladeó la cabeza mientras lo miraba.

—Lo que realmente podría convencerle es ver algunas de las buenas obras con sus propios ojos. Tal vez podría visitar el asilo para pobres.

—Lo haré. Tan pronto como me sea posible.

jjj

Tomándose en serio las palabras de Viola, el señor Thomson le pidió a Emily que lo llevara al asilo para pobres al día siguiente.

Ella accedió de buena gana. Ya había visto pasar a Viola en el carruaje de camino al asilo; iba a leerle a los residentes, como solía hacer los martes y los jueves. Al estar más familiarizada con el lugar, su hermana estaría mejor cualificada para hacerle al señor Thomson una visita guiada. Si Emily y él salían pronto, podían ir andando y

encontrarse allí con ella.

Juntos se pusieron en marcha hacia la parte este del pueblo. Por suerte, ese día hacía mejor tiempo, apenas soplaba el viento y el sol calentaba.

Cuando salieron de la calle Fore y tomaron el camino del molino, pasaron por delante del colegio de Sidmouth, cuyo patio estaba cercado por un muro de ladrillo.

A través de la puerta, vieron a un grupo de niños dando patadas a un balón sobre un campo de hierba pisoteada y lleno de tierra. Solo quedaban restos de nieve en las esquinas del recinto. Los pequeños estaban vigilados por el director del colegio, el señor Ward, que había sido tan amable de concederle a Emily permiso para leerles el cuento del señor Gwilt a sus alumnos e incluso le había pedido un ejemplar para él.

Emily saludó al hombre con la mano.

—Buenos días, señor Ward.

Él le devolvió el saludo y les hizo un gesto para que se acercaran. Cuando lo hicieron, abrió la verja y Emily y el señor Thomson entraron en el patio.

—Quería darle las gracias por ese cuento. Los niños nos han pedido que se lo volvamos a leer y les ha gustado tanto como la primera vez.

Emily sonrió.

—Me alegro. Le transmitiré sus alabanzas al autor.

Al señor Ward le refulgieron los ojos con interés.

—¿No es suyo, entonces?

—No, claro que no. Es del señor Gwilt, nuestro contable en Sea View. Estará encantado de saber que los niños lo siguen disfrutando. —Se volvió hacia su acompañante—. Permítame presentarle al señor Thomson. Señor Thomson, este es el señor Ward, el director del colegio.

—Un placer, señor.

—Ha dicho señor Thomson, ¿verdad? ¿El secretario privado del duque de Kent?

—El mismo, señor.

—Ah. La señora Fulford ha estado aquí hace nada. Mencionó haberse reunido con usted y haberle hablado de su organización para que Su Alteza Real pudiera tenerla en cuenta. Una mujer muy caritativa. ¿Me equivoco al pensar que van camino del asilo para pobres?

—No, no se equivoca —respondió Emily.

—Antes de que se vayan, sería negligente por mi parte no hablarles de nuestro colegio. —Se volvió e hizo un barrido con el brazo hacia el sencillo edificio encalado de dos plantas. Tenía dos puertas delanteras: en una de ellas una placa de piedra indicaba «Niñas» y en la otra se

leía «Niños»—. El colegio se fundó para velar por la educación de los niños más desfavorecidos —explicó el señor Ward—. Sigue el método del doctor Bell[28] y se financia con cuotas voluntarias. Actualmente tenemos a más de cincuenta niños en nuestras aulas.

—¡Cielos! —exclamó Emily—. No me había dado cuenta de que había tantos.

—Impresionante —observó el señor Thomson.

Se quedaron un momento viéndolos jugar, y entonces el señor Ward les preguntó:

—¿Podrían echarles un ojo unos minutos para que yo pueda subir a mi casa un momento a por un libro de lecciones que me he dejado allí? Vivo aquí al lado.

—Por supuesto, señor. —El señor Thomson miró a Emily—. Es decir… si le parece bien, claro.

Emily consultó la esfera del reloj de broche que pendía de su vestido. Viola seguramente estaría en el asilo para pobres durante otra media hora, así que tenían unos veinte minutos de margen.

—Por supuesto. Tómese el tiempo que necesite.

El señor Ward se lo anunció a los niños:

—El señor Thomson y la señorita Summers se quedarán vigilando el patio durante unos minutos. ¡Pórtense bien! —Y tras ese aviso, se marchó a toda prisa.

Los niños habían parado de jugar. Algunos sonrieron a Emily con cierta timidez, pero miraron con recelo a su acompañante.

Emily los saludó con una inclinación de cabeza mientras que el señor Thomson se dirigió al niño que sostenía el balón.

—¿Me lo dejas ver?

El muchacho dudó y luego con cierto reparo accedió y le lanzó el balón al desconocido.

El señor Thomson miró el burdo balón y lo dejó caer al suelo. Por un instante, Emily temió que lo hubiera visto demasiado sucio o en muy mal estado, pero entonces él le pegó una patada y se lo lanzó a los pequeños. Enseguida corrió a reunirse con los demás y coló el balón por la improvisada portería para alborozo de sus nuevos compañeros de equipo que lo recibieron entre vítores.

Luego empezó a jugar a la defensiva, intentando bloquear los lanzamientos de los muchachos mayores con destreza, sin buscar el choque y, en el último momento, permitiendo que un niño más pequeño marcara un tanto.

Ese partido improvisado se prolongó durante un cuarto de hora más o menos. El señor Thomson animaba y bromeaba afablemente con los más pequeños mientras bloqueaba, daba patadas y fingía fallar, con lo que generaba un coro de quejas y vítores.

Emily no pudo evitar sonreír al verlo hacer todas aquellas

bufonadas.

—¿No se apunta? —le propuso él.

—No, gracias. Nunca he jugado.

Él le lanzó el balón haciendo gala de una buena puntería y los niños se volvieron para mirarla.

—¡Vamos! —gritó uno para animarla.

Emily trató de devolvérselo sin demasiada convicción. El balón solo rodó unos cuantos metros.

—Inténtelo de nuevo —le instó el señor Thomson.

Ella tomó impulso flexionando una pierna y volvió a golpear tan fuerte como pudo con su botín, mandando el balón un poco más lejos. Un muchacho impaciente se acercó enseguida a buscarlo.

—¡Se lo dije! —le gritó Emily.

Él respondió con una sonrisa cariñosa, que disipó cualquier atisbo de vergüenza que ella pudiera haber llegado a sentir.

Cuando el señor Ward regresó, Thomson le devolvió el balón al muchacho que se lo había dado.

—Me temo que por hoy hemos terminado. La señorita Summers y yo debemos proseguir nuestro camino.

Este anuncio fue recibido con protestas bienintencionadas.

—¿Ya?

—¿Volverá a jugar con nosotros más veces?

Él le lanzó una mirada a Emily, luego puso una mano en la cabeza del más pequeño y le alborotó el pelo.

—Si puedo…

Los dos retomaron la marcha hacia el asilo para pobres. Una vez dentro del edificio de ladrillo visto, Emily fue a buscar a Viola, que justo salía de una de las habitaciones de los residentes.

—Qué bien. Todavía estás aquí. El señor Thomson ha seguido tu consejo. ¿Tienes un momento para enseñarle las instalaciones?

—Sí, por supuesto —afirmó Viola, sonriéndole al acompañante de Emily—. Un placer verle por aquí, señor Thomson.

Él le correspondió saludando con la cabeza.

—Gracias por animarme a venir.

Por un momento, a Viola le brillaron los ojos con interés mientras los miraba primero a uno y luego al otro, pero enseguida señaló hacia el pasillo principal.

—¿Vamos?

Los llevó por todo el edificio, mostrándoles los cuartos de los residentes, una pequeña cocina y el comedor común con vistas al río Sid. Viola describió las sencillas habitaciones y comidas, y los esfuerzos que hacía la organización por mejorar la vida de los residentes.

La puerta con el número «1» se abrió y la señorita Reed salió con

un vestido pasado de moda que en otro tiempo había sido de primera calidad. En la piel se le veían todavía las marcas, ahora atenuadas, de la viruela. Al verlos, la mujer sonrió, y la expresión le suavizó el rostro.

—Señora Hutton, me alegro de verla, como siempre. ¡Y señorita Emily, qué agradable sorpresa!

Emily se sintió cohibida y un poco avergonzada de que el señor Thomson oyera que ella no era una visitante habitual del asilo para pobres, no tan activa en las buenas obras como su hermana.

Aun así, le devolvió cortésmente el saludo a la mujer.

—Señorita Reed. ¿Cómo se encuentra?

—Mejor de lo que esperaba volver a estar.

Mientras estudiaba el alegre semblante de la anciana, Emily se preguntó si la mejoría de ánimo se debía a la cantidad de tiempo que había pasado en compañía de Simon Hornbeam en los últimos meses.

Después de presentarle al señor Thomson, los tres prosiguieron con la visita y saludaron a otro residente, el señor Banks, de camino a la habitación de la señora Denby.

Emily sabía que la señora Denby era la favorita de Viola. La vista de la anciana había empeorado tras años haciendo encaje, pero su actitud y sus sonrisas no se habían apagado lo más mínimo.

Viola llamó a la puerta y, cuando oyó un débil «adelante», la abrió. Luego les hizo un gesto a su hermana y al huésped para que entraran en la humilde estancia.

La frágil señora Denby les recibió con una sonrisa desde su silla.

—¡Ah! Ha vuelto, Viola. Y con la señorita Emily también. Dejen que me ponga las gafas para verlos bien. Y, díganme, por favor, ¿quién es este apuesto joven?

—Este es el señor Thomson —contestó Emily—. Se aloja con nosotros en Sea View. Supervisa los intereses caritativos del duque de Kent y está aquí para conocer mejor el asilo.

—Ya veo… bueno, ver veo poco —bromeó la mujer—. ¡Bienvenidos, bienvenidos! Sí, la señora Fulford y su comité han sido muy generosos, pero es Viola quien me ha robado el corazón y me ha cambiado la vida. Si el duque quiere ayudar a ancianos como yo, ¡encontrará la manera de conseguir muchas más almas buenas como ella! Y la señorita Sarah también ha sido generosa, con todo lo que hornea para nosotros. Y la señorita Emily y la señorita Georgiana también son muy amables. A veces nos traen regalos en nombre de sus hermanas.

Emily volvió a sentirse apocada ante esa comparación con sus hermanas. Al menos la señora Denby la hacía parecer tan benévola como Georgie.

—¿Cuánto tiempo lleva viviendo aquí, señora Denby? —le

preguntó el señor Thomson—. Si no le parece impertinente que se lo pregunte.

—Ni mucho menos, joven. Aunque me temo que ya son muchos años. Tras la muerte del señor Denby, compartí un par de habitaciones con mi hermana. Por desgracia, ella alcanzó la recompensa eterna no mucho después de que lo hiciera mi marido. Para entonces, mi vista había empeorado, así que ya no podía aceptar encargos para pagar el alquiler. Doy gracias a Dios por que me ofrecieran una habitación aquí, pues no tenía adónde ir.

—¿Y qué hay de sus necesidades espirituales? ¿O de la atención médica?

—¿Necesidades espirituales? Si eso es una manera fina de referirse a si rezan por nosotros, entonces le diré que sí, que están cubiertas: el clérigo viene de vez en cuando, aunque es el señor Butcher, un pastor disidente, quien nos visita más a menudo. Y cuando alguno de nosotros cae enfermo, el boticario del pueblo viene en cuanto puede.

—¿Y cómo es la comida?

—Buena. Saludable.

—¿Quién se la prepara?

—La señora Novak cocina para nosotros. Es mayor que cualquiera de los que estamos aquí, ¡¿se lo puede creer?! Y, sin embargo, sigue tan ágil como amable. —La señora Denby se inclinó hacia ellos y les dijo en tono cómplice—: Lo que nos envía la señorita Sarah está más rico, ¡pero ustedes no se han enterado por mí!

Se echó a reír como una niña pequeña y el señor Thomson le sonrió.

—Su secreto está a salvo conmigo.

Emily sintió el calor de aquella sonrisa en su propio corazón. «Cuidado, Emily», se advirtió a sí misma. «No pierdas la cabeza solo porque es amable con los niños y los ancianos. Charles también sería amable. Cualquier caballero lo sería».

Al cabo de unos minutos más con la señora Denby, le agradecieron su tiempo y se despidieron de ella.

—Tengo muchas ganas de hablarle a Su Alteza Real de la organización y de las buenas obras que está llevando a cabo —les anunció el señor Thomson mientras se dirigían a la salida—. Y de recomendarle que les preste su apoyo.

—Gracias —respondió Viola.

—Sí, gracias —repitió Emily. Y de nuevo fue consciente de la mirada curiosa con la que su melliza los estudiaba a ambos.

---

28 N. de la Trad.: Andrew Bell (1753 – 1832), pastor anglicano fundador del método de «enseñanza mutua», que consiste en que el profesor instruye a los alumnos mayores y estos, a su vez, transmiten esos conocimientos al resto de la clase en pequeños grupos de trabajo.

Capítulo 10

«[El duque de] Kent se encontró con una adivina en Sidmouth que le dijo: —Este año morirán dos miembros de la familia real».

A. N. WILSON
Victoria

Ese mismo día más tarde, después de que el señor Thomson se fuera a Woolbrook, Emily se dirigió a la biblioteca y salas públicas de Marsh con una copia de las aventuras de *Parry*. No le había confiado su plan al señor Gwilt, pues no quería alimentar en vano sus esperanzas en caso de que se vieran frustradas de nuevo.

—Señorita Summers. —El propietario se levantó e hizo una inclinación cuando ella entró—. Un placer verla de nuevo y aquí, en mi humilde establecimiento.

—Señor Marsh. —Emily apretaba con fuerza el manuscrito del señor Gwilt contra su pecho, sin saber por qué aquel hombre la desconcertaba tanto.

Él quizá notó su incomodidad, ya que no se acercó a ella, sino que se quedó donde estaba. Su mirada, no obstante, descendió hasta las páginas que tenía entre los brazos.

—¿Qué tiene ahí? ¿Otro libro que Wallis planea publicar?

—No. Esto es un manuscrito. Un relato. Me preguntaba si…

—¡Ah! Algo de su puño y letra. Claro, que es usted escritora.

Su hermana lo había vuelto a hacer, supuso Emily, exasperándose.

—¿Quién le ha dicho eso?

—Nadie. Solo era una suposición. Al fin y al cabo, se abraza al manuscrito como si de su hijo se tratara. Además, está claro que es usted una ávida lectora, cosa que, según mi experiencia, es la mejor formación para un escritor. —Emily estaba completamente de acuerdo con esa afirmación, pero antes de que pudiera verbalizarlo, él

prosiguió—: De hecho, apostaría a que se ha leído todo lo que se ha publicado sobre Sidmouth, su historia y alrededores, y a que se sabe la guía del señor Butcher de cabo a rabo.

—Quizá. Sin embargo…

—¡Lo sabía!

—Aunque admito que soy una aspirante a escritora, este manuscrito es obra de un amigo de la familia. Le he echado una mano revisando y corrigiendo esta copia, pero la historia, las emociones y la inventiva son todas suyas.

El hombre curvó los labios en una sonrisa.

—Uno de sus muchos admiradores, imagino.

—Ni mucho menos. Tendrá al menos cincuenta años. Yo lo veo más como un… un tío —repuso ella. Como un tío raro y excéntrico, en realidad, pero eso no lo dijo.

El señor Marsh levantó la barbilla asintiendo y luego exhaló un suspiro fatalista.

—Y quiere que lo lea…

—Sí, exacto. Creo que es bueno y me gustaría verlo publicado.

Lo dejó tímidamente sobre su escritorio.

Él arrugó la nariz como si oliera algo nauseabundo.

—Me interesaría más si lo hubiera escrito usted.

—¿Por qué?

Él le sostuvo la mirada; le brillaban los ojos con una chispa de… algo… que ella no alcanzaba a comprender. No era atracción, algo con lo que sí estaba familiarizada. Era algo más… inquisitivo.

—Porque usted me interesa. —Volvió a sentarse e inspiró lentamente, tamborileando con los dedos sobre el escritorio—. Me gustaría ver una muestra de su trabajo.

—¿De mi trabajo? —Por un momento, ella pensó que se refería a una muestra del tipo más común de trabajo femenino: las labores, algo en lo que no era nada diestra. Entonces se dio cuenta de lo que quería decir—. ¿Una muestra de mis habilidades como correctora? ¿Algunas páginas de lo que he corregido?

Él negó con la cabeza.

—Una muestra de cómo escribe.

—¿De mi… caligrafía?

—Vamos, no haga como si no supiera a qué me refiero. Quiero evaluar sus aptitudes para escribir: su manejo de las palabras, su capacidad para comunicar, para describir, para informar, para entretener, para impresionar…

¡Cielos! No esperaría que ella hiciera todo eso al escribir, ¿no? A Emily empezaron a sudarle las palmas de las manos.

Bien podría enseñarle unas cuantas páginas de su novela. Viola había leído los primeros capítulos y le había sugerido algunos cambios

para mejorarlos. Emily ya había incorporado esas modificaciones y había pulido el primer capítulo tantas veces que había perdido la cuenta. Con todo, la idea de enseñárselo a aquel hombre le infundía un miedo atroz.

—He escrito varios capítulos de una novela, pero aún no está terminada —admitió de mala gana.

—¿Un prometedor romance gótico destinado a ser todo un éxito que nos hará ricos a ambos?

—Yo… no lo describiría así, no.

Él suspiró de nuevo.

—Aun así, me gustaría echarle un vistazo. Tráigame algo mañana.

—¿Con qué fin? Dudo mucho que esté interesado en una… —Recordó la etiqueta que le había puesto el señor Wallis—… «Novela para señoritas».

—Deje que sea yo quien lo decida. Mientras tanto, tengo otro proyecto en mente para usted. Antes de explicarle los detalles, necesito determinar si cuenta con las aptitudes para llevar a cabo el encargo.

Emily empezó a enervarse. En su interior, se libraba una lucha entre el orgullo y la inseguridad.

—No he venido aquí a buscar trabajo para mí.

—Lo sé, pero si hace lo que le pido, me pensaré lo del manuscrito de este tío suyo —le prometió, golpeando con dos dedos las páginas que ella había dejado sobre su escritorio. Después, se las devolvió deslizándolas de nuevo hacia ella.

—Ni siquiera lo ha leído aún.

—Lo haré, a su debido tiempo. Primero, tráigame algo suyo. Sé que no me decepcionará.

—Su confianza en mí carece de fundamento.

Los ojos de color azul verdoso del señor Marsh volvieron a refulgir.

—Al contrario, creo ver en usted algo realmente valioso.

Unos instantes más tarde, Emily salió de la biblioteca Marsh y emprendió el camino de regreso a casa, caminando hacia el oeste por el paseo marítimo.

Entonces oyó unas pisadas lentas y firmes que hacían crujir la nieve detrás de ella. Miró por encima del hombro y vio a una mujer envuelta en una capa con capucha, con la cabeza inclinada hacia delante contra el viento frío. ¿La estaba siguiendo? ¿O simplemente caminaba en la misma dirección que ella?

Emily apuró el paso y aguzó el oído, atenta a las pisadas que la seguían. La otra mujer también incrementó el ritmo.

Cuando llegó al viejo fuerte y giró a la derecha, hacia Glen Lane, sintió un profundo alivio. En ese estrecho camino había muy pocas casas, así que seguramente la mujer continuaría por la carretera de

Peak Hill o daría media vuelta al llegar al final del paseo marítimo.

Delante de ella, en Glen Lane, Emily divisó al duque con un sombrero tomando de nuevo el aire envuelto en un grueso abrigo.

Cuando él se percató de su presencia, levantó una mano para saludarla y Emily le devolvió el gesto, contenta de no estar ya sola.

Él le sonrió mientras se acercaba.

—Señorita Summers, nos encontramos de nuevo. ¿Qué la ha hecho salir hoy? ¿La brisa marina, como a mí?

—He ido a la biblioteca, Su Alteza Real.

—Ah, sí, lo he conocido… El señor Wallis, ¿verdad? Nos ha obsequiado con un enorme grabado de Sidmouth.

A Emily la invadió la culpa al darse cuenta de que el duque había supuesto que ella había estado en la biblioteca de Wallis. Al acordarse de que este le había rogado que le recordara al duque que ejerciera su patrocinio, Emily sintió otra punzada de deslealtad por haber visitado el establecimiento de su competidor. Decidió no corregir al duque.

—El señor Wallis me ha comentado lo contento que estaba de haberlo conocido y de que usted lo haya nombrado librero de Sus Altezas Reales. Se siente extremadamente honrado.

—Así es —asintió el duque—. Tendré que hacerle una visita a su biblioteca un día de estos. —Entonces posó la mirada sobre la delgada pila de páginas que llevaba en las manos su interlocutora—. Eso no parece un libro. ¿No ha encontrado allí nada interesante que leer?

—Oh. Yo… No, hoy no, pero el señor Wallis me ha prestado muchos libros maravillosos otras veces.

—Bien, bien —repuso y luego dirigió la mirada a algún punto a espaldas de Emily y entrecerró los ojos—. Vaya, ¿quién viene por ahí?

Emily se volvió y la invadió el nerviosismo. La mujer que la había estado siguiendo también había girado hacia Glen Lane.

Se estremeció al reconocer la figura que se acercaba. Era la adivina.

¿Adónde se dirigía? No creía que nadie en Westmount o Woolbrook la hubiera invitado para que le leyera la buenaventura.

Con el sol en su cenit, Emily pudo ver mejor el rostro de la anciana. Tenía los ojos, de nuevo desenfocados, como si estuviera en trance y delineados con kohl.

Emily esperaba que la mujer pasara junto a ellos sin decir palabra, como había hecho cuando ella, Viola y la señora Denby se la habían encontrado.

Sin embargo, esta vez la anciana se detuvo en seco al llegar a la altura del duque y volvió sus extraños ojos hacia él, sin variar ni un ápice su expresión. ¿Sabría siquiera quién era?

Antes de que a Emily se le ocurriera cómo impedir que esa mujer hablara con el príncipe Eduardo, la adivina entreabrió los labios, arrugados, y vaticinó:

—Este año morirán dos miembros de la familia real.

Por lo visto, sí sabía quién era.

A Emily le dio un vuelco el estómago. Quiso disculparse con él, hacer algo, cualquier cosa, pero entonces la mujer posó su mirada inquietante en ella y le dijo:

—Y tú, bonita, acabarás con el corazón roto y perderás la cabeza… del todo.

Por un momento, Emily la miró, consternada, mientras le recorría la espalda un escalofrío, como le había ocurrido la primera vez que la había visto. Luego la invadió la rabia por la presunción y la falta de respeto con la que los había tratado. Abrió la boca para decirle que siguiera su camino, pero antes de que tuviera tiempo de hacerlo la adivina ya se había vuelto y regresaba lentamente por donde había venido.

«Qué mujer más rara», pensó Emily, al verla marchar.

Cuando se hubo alejado, el duque exclamó:

—*Quelle horreur !* ¿Quién era?

—No sé cómo se llama. Se rumorea que es adivina.

—¡Qué horror! —repitió—. Pues puede que haya sido buena idea que mi familia haya venido a este saludable lugar. —Miró a Emily y luego preguntó, dubitativo—: ¿Suele… acertar?

—Eso tampoco lo sé —respondió ella—. Solo me han advertido que me mantenga alejada de ella.

El duque dejó escapar un largo suspiro.

—Bueno, yo no daría mucho crédito a sus predicciones. Después de todo, mi padre el rey lleva mucho tiempo enfermo, así que predecir su muerte no requiere de poderes sobrenaturales. ¿Y en cuanto a una segunda muerte? —Se encogió de hombros—. La familia real es muy numerosa. Y ninguno de mis hermanos mayores goza de buena salud. El príncipe regente tiene mucho sobrepeso y los duques de York y Clarence son bebedores empedernidos. Afortunadamente, mi esposa se ha recuperado bien del parto y tanto nuestra hija como yo gozamos de una salud excelente. —Sacó un pañuelo del bolsillo y se limpió la nariz—. Salvo por un insignificante resfriado. —Guardó el pañuelo y miró de nuevo a Emily—. Y en cuanto a lo que ha dicho de usted, no hace falta echarle mucha imaginación para prever que a una joven le podrían romper el corazón, ¿no cree?

—Sí… imagino que tiene razón —reconoció ella. Entonces se estremeció de nuevo, y esta vez él sí se dio cuenta.

—Tiene frío. Perdóneme. No la retendré aquí mucho más tiempo, pero permítame decirle una cosa más. —Ella asintió, y él retomó la palabra—: Muchas son las jóvenes a las que les rompen el corazón hombres indignos, pero pronto descubrirá que en esta vida hay más de una oportunidad en el amor. Al menos así me ha ocurrido a mí. A

pesar de los errores del pasado, este viejo soldado tiene ahora una esposa y una hija a las que quiere mucho. Estoy muy agradecido por eso.

Emily asintió de nuevo. ¿Qué podía decir…? ¿«Me alegro por usted»? ¿Por qué habría de importarle lo que ella pensara?

—En verdad es usted muy afortunado —se conformó con decir.

—Sí que lo soy. Y espero que usted también lo sea algún día.

Ella esbozó una ligera sonrisa mientras él proseguía su camino.

jjj

Emily había planeado ir directamente a casa, pero después de aquel encuentro tan extraño, deseaba hablar con Viola, así que siguió caminando por Glen Lane y tomó el camino arbolado que llevaba a Westmount, mientras que le volvía a la cabeza lo que acababa de escuchar, desde los clichés enunciados por el duque hasta la predicción de la extraña mujer.

¿Habría perdido a Charles para siempre? ¿Era eso a lo que se referían las palabras de aquella mujer? ¿Acaso se enteraría pronto de su próximo matrimonio con otra persona? Eso sin duda le rompería el corazón. ¿Estaba destinada a ser infeliz para siempre? ¿A convertirse en una solterona? ¿O tendrían una segunda oportunidad, como le había dicho Su Alteza Real?

Recordándose a sí misma la advertencia que les había hecho la señora Denby de no relacionarse con adivinos, Emily trató de desterrar de su mente la imagen de los inquietantes ojos perfilados de la mujer, con los lacrimales amarillos y venosos.

«Perdóname, señor, por haber pensado en sus palabras aunque haya sido solo durante un instante», rezó para sus adentros.

Al llegar a Westmount, empujó la portezuela de hierro forjado y pasó bajo el pórtico que cubría la entrada principal.

El amigo del mayor Hutton, Armaan Sagar, abrió la puerta antes de que ella llegara a llamar.

—Buenos días, señorita Summers. La he visto venir por el camino. Pase, resguárdese del frío.

—Gracias. —Ella entró y se fijó en cómo vestía su interlocutor—. ¿Va a salir a montar?

—Con el mayor, sí, aunque no sé dónde está ahora mismo. —Miró hacia atrás por encima del hombro—. Tal vez se haya olvidado o esté ocupado.

—¿Está mi hermana?

Él hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—Se encontraba en la sala de estar la última vez que la vi. —Tomó el manto de Emily y le señaló el pasillo—. ¿Vamos a ver si está?

—Sí, por favor. Estoy deseando hablar con ella.

Juntos se dirigieron a la sala, y Armaan abrió la puerta de un empujón. Allí estaba Viola… en brazos del mayor, besándose apasionadamente.

A Emily se le escapó un gemido de sorpresa.

—Recién casados —comentó Armaan, mirando a Emily con ironía y negando lentamente con la cabeza.

Al percatarse de su presencia, Viola intentó separarse de inmediato, pero el mayor la soltó despacio y a regañadientes. Miró con el ceño fruncido a su amigo y estuvo a punto de soltar una maldición, pero se contuvo al verla a ella.

—Buenos días, Emily.

—Jack. Disculpa que… os haya interrumpido.

—Eh, bueno… ¿No es eso lo que hacen las molestas hermanas pequeñas? —Le guiñó un ojo a la que ahora era su cuñada.

Ella sabía que él esperaba que le devolviera la broma, pero apenas logró esbozar una sonrisa.

Viola le dio a su marido un travieso empujón.

—Venga, vete a dar ese paseo. Fus.

—Si no queda más remedio…

Cuando los hombres se fueron, Emily miró a su melliza y vio que Viola la observaba preocupada.

—¿Qué te pasa? ¿Estás disgustada por algo?

—Sí, aunque espero que me digas que estoy portándome como una tonta.

—Ven, sentémonos junto al fuego.

Viola cerró la puerta. Se sentaron en dos butacas cerca de la chimenea, pero Emily seguía teniendo escalofríos a pesar de la cercanía de las llamas.

—¿Qué ha pasado? —preguntó su hermana.

—Acabo de encontrarme con el príncipe Eduardo en el camino. Mientras hablábamos, se nos ha acercado esa anciana aterradora.

—¿Quién?

—La adivina. ¿Te acuerdas de que la vimos una vez?

Viola asintió.

—La señora Denby nos dijo que nos mantuviéramos alejadas de ella.

—Lo sé. Y créeme que no la he buscado. Ha tomado el camino como si fuera a hablar específicamente con Su Alteza Real. Y después de decir lo que tenía que decir, primero a él y luego a mí, se ha dado la vuelta y se ha ido.

—¿Y qué ha dicho? —preguntó Viola, mirándola con los ojos muy abiertos.

—No quiero ni pensarlo, y mucho menos repetirlo. Ha dicho: «Este año morirán dos miembros de la familia real».

—¡Oh, no! Qué horror. Es horrible decirle algo así a alguien.

—Estoy de acuerdo. Por suerte, él ha parecido tomárselo como una majadería y le ha restado importancia. Al menos en gran parte.

—¿Y a ti qué te ha dicho?

Emily tragó saliva.

—Me ha dicho que acabaría con el corazón roto y que perdería la cabeza.

—¡Oh, Em! —Viola se acercó a ella y la tomó de la mano—. Lo siento mucho, pero, recuerda, ella no tiene ni idea. No te conoce. Y nosotras no creemos en esas cosas. La señora Denby tenía razón. No deberíamos relacionarnos con ella.

—Estoy de acuerdo. Aun así, me ha puesto los pelos de punta. —Emily se estremeció y luego añadió—: Evidentemente, he pensado de inmediato en Charles, en que me estaba diciendo que lo había perdido para siempre.

—¿Todavía mantienes la esperanza de que os reconcilieis?

—Sabes que sí. Me lo dirías, ¿no? Si hubieras tenido noticias de casa, si te hubieras enterado de que se ha comprometido con otra. —Oyó la nota lastimera en su voz, pero no hizo ningún esfuerzo por ocultar su temor. No con su hermana—.

—Claro que sí. Y no me he enterado de nada por el estilo, pero, Em, después de todo este tiempo… tienes que prepararte para esa posibilidad.

—Lo sé —repuso Emily con valentía, y luego se dio cuenta de que estaba negando con la cabeza. Se detuvo y añadió—: Mientras tanto, es probable que tenga pesadillas con esa mujer.

Viola le estrechó la mano.

—Rezaré para que no sea así.

Después insistió en que Emily se quedara hasta que se le pasara el susto y entrara en calor. Con ese propósito, le pidió a Chown que les trajera té.

Mientras estaban sentadas junto al fuego, con sus bebidas calientes, Emily pensó en contarle que el señor Marsh le había pedido una muestra de su trabajo como escritora.

Al final, decidió no hacerlo, por si todo quedaba en agua de borrajas. Después de las infelices predicciones de aquel día, temía que eso fuera exactamente lo que ocurriría.

Capítulo 11

«He estado aprendiendo a hacer esgrima. Hoy en día está muy bien visto que las mujeres aprendan a manejar los floretes».

NELLIE BLY,
The New York World

A primera hora de la mañana siguiente, el duque envió a un lacayo para que le dijera al señor Thomson que no se molestara en acudir a Woolbrook ese día, ya que no despacharía correspondencia oficial alguna ni lo necesitaría para tomar dictados. Pensaba dedicar la jornada a descansar y a recuperarse de su dolor de garganta. La perspectiva de un día de asueto no pareció animar al secretario privado, que se mostró claramente molesto por tener que quedarse confinado.

Después del desayuno, Emily se sentó en el salón con su soporte inclinado dispuesta a pasar a limpio los primeros capítulos de su novela para el señor Marsh, preguntándose al mismo tiempo si tendría el valor de permitirle que los leyera.

No muy lejos de ella, el señor During leía un número del *Ackermann's Repository,*[29] aparentemente contento de poder quedarse horas allí sentado. A él tampoco lo necesitaban en Woolbrook.

James Thomson entró en el salón vestido para la esgrima y le pidió a During que practicara con él.

—No, no. Por favor, no insista —protestó el responsable de poner las mesas—. Creo que con una vez ya ha sido castigo suficiente para los dos.

El señor Thomson suspiró.

Georgiana tomó la palabra:

—A mí me gustaría aprender. ¿Usted me enseñaría?

Él dudó, y luego dijo:

—Nunca había tenido una oponente femenina.

—Georgiana es una deportista nata y destaca en la mayoría de las actividades deportivas —le aseguró Emily al notar su reticencia.

—No me sorprende, desde luego —dijo, volviéndose hacia Georgie—. Muy bien. Puedo enseñarle unas cuantas nociones básicas, aunque no soy instructor.

—¡Estupendo! —se entusiasmó la joven—. ¿Qué me pongo?

—Algo cómodo que le dé libertad de movimiento. Y un buen calzado.

—Muy bien —Los ojos azules de Georgie resplandecían—. Enseguida vuelvo. —Y se marchó a toda prisa—.

El señor Thomson miró a Emily con cara seria.

—¿Nos acompaña?

Ella dejó a un lado el soporte de escritura y se puso de pie.

—Sí, creo que será lo mejor. —No sería apropiado que su hermana pasara tiempo en el apartado ático a solas con un hombre. O esa fue la excusa que se dio a sí misma para acompañarlos. Y añadió—: No es que no confíe en usted, por supuesto. Sí que lo hago.

Él esbozó una sonrisa.

—Me alegra oír eso.

—¿Que confío en usted o que los acompañaré?

—Las dos cosas.

Emily subió con él al ático, a una amplia estancia que antaño había servido de habitación para los niños y tal vez también de aula. El señor Thomson echó un vistazo a la mesita, las sillitas y los pequeños pupitres que habían sido apilados junto a las paredes de la habitación.

—Me recuerda a mi antigua aula —le confió él.

—A mí también.

Él se volvió para mirarla.

—¿La educaron en casa?

—Sí, con varias institutrices. Pobrecitas. ¿A usted también?

—Muy poco tiempo. Hasta que mi padre me envió al internado con ocho años.

—¡¿Tan pequeño?! —exclamó ella, compasiva.

—Yo también lo pensé. Y después, por supuesto, fui a la universidad.

—¿A Cambridge?

—A Oxford.

Charles Parker también había estudiado en Oxford. Ambos debían de tener una edad similar. Emily se preguntó si sus caminos se habrían cruzado. Sin embargo, por alguna razón no quería mencionarle a Charles. Además, con tantas facultades diferentes, las posibilidades de que ambos hubieran llegado a conocerse eran escasas.

—¿Cuántos años tiene Georgiana? —preguntó el señor Thomson.

—Acaba de cumplir dieciséis.

Él asintió.

—No se preocupe. No seré duro con ella.

Emily se rio.

—¡Por su cuenta y riesgo! Más le vale estar en guardia con Georgie, ¡y lo digo en serio!

Cuando la menor de sus hermanas entró deseosa de empezar, el señor Thomson dio comienzo a la lección. Emily se sentó en una de las sillitas a observarlos.

El señor Thomson empezó mostrándole el florete de práctica con la punta roma, explicándole en qué se diferenciaba de una espada de las que se usan en un combate real.

—Mantenga siempre la parte ancha hacia arriba y golpee a su contrincante con esta punta.

Luego le enseñó las distintas posiciones, mostrándole, por ejemplo, cómo adoptar la primera, poniéndose frente a ella, con los talones juntos. Georgie siguió su ejemplo.

«Parece bastante sencillo», pensó Emily. «Hasta yo podría hacerlo. Tal vez incluso el señor During…».

A medida que la lección continuaba, Emily se dio cuenta de que su mente viajaba a las novelas que había leído en las que luchaban con espadas. *Waverley*, *Rob Roy*, *El corazón de Mid-Lothian.*[30] También pensó en Robinson Crusoe tratando de sobrevivir en aquella isla desierta. Había conseguido rescatar unos sables del barco naufragado y utilizaba uno a modo de hoz para segar el maíz. Al imaginarse al refinado James Thomson haciendo lo mismo, se le escapó una risita.

Él clavó en ella la mirada.

—¿La estamos divirtiendo, señorita Emily?

Ella lo miró sintiéndose un poco culpable.

—No, nada de eso. Estaba pensando en otra cosa.

De repente, recordó que más adelante, en *Robinson Crusoe*, habían utilizado espadas para matar gente, y eso no era nada divertido. Su alegría se desvaneció de un plumazo.

—Por suerte, su hermana se concentra muy bien —dijo él—. Y eso es clave en la esgrima.

—Gracias —le sonrió Georgiana.

—Bueno, no pueden culparme —bromeó Emily—. Tanto avanzar y retroceder, adelante y atrás, adelante y atrás, es bastante hipnótico. Al menos solo estaba soñando despierta… cuando podría haberme quedado traspuesta.

El señor Thomson guardó los floretes en su estuche y meneó la cabeza, con cara indulgente.

—La próxima vez tendremos un combate de verdad y nos esforzaremos por mantener su atención.

—Estoy deseándolo.

Georgiana aplaudió.

—¡Y yo también!

jjj

Un poco más tarde, a Emily también le tocó avanzar y retroceder por la biblioteca y salas públicas de Marsh. Iba de un lado a otro, con el corazón retumbándole en los oídos, mientras el señor Marsh leía sentado los primeros capítulos de su novela.

—Deje de pasearse como un animal enjaulado —le dijo él, sin levantar la vista—. Me está distrayendo.

—Lo siento.

Emily entrelazó los dedos con fuerza y se dirigió a la ventana, sin llegar a fijar la mirada ni en los transeúntes ni en el mar, que se veía al fondo. Qué incómodo. ¡Cómo la atenazaban los nervios!

Deseaba arrebatarle el manuscrito y apartarlo de su escrutinio. Sin embargo, se obligó a soportar la insufrible espera, sintiéndose en todo momento como una mariposa clavada en un expositor para una inspección detenida y… una muerte inminente. Al menos, la muerte de sus ambiciones.

Recordándose una vez más a sí misma que todo eso también lo hacía por el señor Gwilt, permaneció donde estaba, con la ansiedad transpirando por cada poro. Sacó un pañuelo de su ridículo y se secó el sudor que le caía por el nacimiento del cabello. Luego se inclinó hacia el frío cristal de la ventana y sintió una refrescante corriente de aire frío que venía de fuera.

Tras ella, oyó por fin cómo el señor Marsh alineaba la pila de folios golpeándolos contra el escritorio.

Se dio la vuelta y se obligó a mirarlo a la cara, temerosa de ver la expresión que habría adoptado. ¿Decepción? ¿Renuencia a darle malas noticias, como el señor Wallis?

Él se levantó y acercó una de las butacas de la zona de lectura a su escritorio.

—Siéntese, por favor. —Cuando ella lo hubo hecho, él entrelazó los dedos y apoyó los codos en el escritorio—. Tiene talento, señorita Summers. Eso es evidente. No puedo pronunciarme sobre la trama o los personajes después de haber leído un fragmento tan breve, pero su escritura es elocuente y cautivadora.

—Gra-gracias —murmuró poco convencida, esperando a que llegara el «pero».

—Bien, pues esto es lo que le propongo: como usted probablemente sabe, es una práctica común que los editores, como Wallis y como yo, contraten a otras personas para que escriban para ellos. El reverendo Edmund Butcher escribió *Los encantos de Sidmouth al descubierto*, pero

¿cuál es el nombre que aparece en la portada? «Impreso para John Wallis, en su biblioteca».

—Ya, me he fijado en eso.

—Sabemos que se vende bien, pues están imprimiendo una nueva edición, así que me gustaría que escribiera una guía impresa para mí y mi establecimiento. —Alzó una mano y la movió con elocuencia, como si escribiera las palabras en el aire—: *La nueva guía de Sidmouth, con una descripción detallada de la ubicación, el paisaje y el clima de ese lugar de baños tan admirado.* «Impresa para John Marsh en su biblioteca y salas públicas».

Emily lo miró fijamente, con un nudo en el estómago. ¿Le estaba pidiendo que escribiera un libro que compitiera con la popular guía de un estimado clérigo, un hombre que además había escrito y publicado más libros?

—No estoy capacitada.

Él le dijo que no con un dedo.

—Pues yo creo que está usted muy capacitada. Ha reconocido haber leído ya todo lo que se ha publicado sobre Sidmouth, libros como el del señor Butcher y cualquier otro que haya podido encontrar sobre su nuevo hogar, ¿no es así?

—Bueno, sí, pero yo…

—¿Y no es verdad que conoce a mucha gente del pueblo, tanto a miembros de la nobleza como a individuos de la alta burguesía e incluso a comerciantes? ¿No es cierto que ha alojado a visitantes en su propia casa y que sabe qué información del pueblo necesitan y valoran más?

—Supongo que sí.

—Su nombre no figuraría. Sería un trabajo por encargo, algo que han hecho muchos escritores antes que usted durante sus primeros años. Y no podría pagarle mucho, pero si lo termina a su debido tiempo y es de mi agrado, entonces le echaré un vistazo al manuscrito de su amigo y además me plantearé qué hacer con el suyo. Y ese podría usted publicarlo con su propio nombre, a menos que prefiera ocultar su identidad bajo un seudónimo, como hacen muchas mujeres.

A Emily se le aceleró el pulso y empezó a sudar de nuevo.

—¿Cuándo lo necesitaría?

Él frunció los labios, pensativo:

—¿Dentro de unas semanas? ¿Un mes? No tiene por qué ser muy largo. Setenta u ochenta páginas, muchas de ellas con listados de comerciantes, de los servicios disponibles y de los horarios de los coches de caballos. Algo así como una versión más delgada del volumen de Butcher.

—¿Dentro de un mes? —preguntó ella, sin conseguir creérselo.

—O antes, incluso, si puede.

Ella volvió a ponerse de pie y volvió a pasearse de un lado a otro.

—Cielos. No podría trabajar aquí las veinticuatro horas del día. Tengo cosas que hacer en Sea View: me encargo de la publicidad y la correspondencia con los huéspedes, ayudo en el despacho…

Él también se levantó, rodeó el escritorio y se apoyó en el borde.

—Puede trabajar en su casa, como mejor le convenga. No hay ninguna necesidad de que supervise a diario lo que escriba.

Dicho esto, le entregó a una carpeta de cuero repujado que contenía un esquema de la guía que tenía en mente, junto con las notas garabateadas que había tomado hasta entonces.

Ella se detuvo para hojearlo, pero sus pensamientos se centraron en Sea View. Poder trabajar desde casa le facilitaría las cosas. A menudo sacaba tiempo para escribir durante sus turnos en el despacho o cuando terminaba sus otras tareas.

Él alargó una mano hacia ella como si fuera a apoyársela en el hombro, pero a medio camino se cruzó de brazos.

—Esfuércese y demuestre su talento. Ayúdeme a triunfar y yo haré lo mismo por usted.

Cuando vio que seguía dudando, se inclinó hacia ella y la miró a los ojos.

—Venga, señorita Summers. Esta es una oportunidad única. ¿A qué está esperando? ¿Qué tiene que perder?

—No lo sé. La idea me asusta.

—Mi querida señorita, ¿cree que yo no tengo que hacerle frente al miedo cada vez que invierto dinero en un nuevo edificio o proyecto editorial? Todos los hombres de negocios… —se interrumpió para corregirse—. Todas las personas de negocios se arriesgan a diario. Sin riesgo no hay recompensa.

Emily estudió la expresión animada del hombre. Resultaba innegablemente convincente, con aquellos ojos resplandecientes de pasión. Sin embargo, más allá de sus propias dudas sobre sus capacidades, ella todavía albergaba un sentimiento de lealtad hacia el señor Wallis, que había sido muy amable con ella durante el último año.

Aunque, por otra parte, no había estado dispuesto a sentarse a valorar el manuscrito del señor Gwilt ni el suyo. Con todo, tampoco es que su nombre fuera a aparecer en la guía, así que tal vez el señor Wallis no tuviera por qué saberlo nunca.

Emily inspiró hondo y exhaló.

—Muy bien, lo haré.

Él sonrió y le tendió la mano. Emily pocas veces le había dado un apretón de manos a un hombre, y nunca había sido para sellar un acuerdo comercial.

Pero se recordó a sí misma que el señor Marsh no era ni un

desconocido ni un pretendiente. Era un colega, un compañero de fatigas. Y con esa idea en mente, le estrechó la mano.

jjj

Aquella tarde, cuando Sarah entró en el comedor para poner un mantel limpio para la cena, se detuvo en seco, sorprendida al ver que el señor During abría uno de los cajones del aparador y echaba un vistazo a la cubertería de plata de la familia.

Al percatarse de que no estaba solo, se enderezó, cuadrándose como un soldado, con los talones juntos y los brazos pegados al cuerpo.

—Selwyn During, encargado de poner la mesa para el duque de Kent y responsable de la vajilla real.

Sarah parpadeó sorprendida.

—Sí, señor During, no lo he olvidado. ¿Le ayudo con algo?

—Eh… —Él le lanzó una mirada anhelante a la vajilla de porcelana que se encontraba sobre el aparador—. Solo me preguntaba… si podría poner la mesa esta noche. A eso me dedico, ya lo sabe, pero con Sus Altezas Reales entreteniéndose tan poco, estos viejos dedos empiezan a hormiguearme por la inactividad. He visto que poseen una vajilla y una cubertería preciosas. Nada tan fino como la cubertería de plata portuguesa, ni por supuesto el *Grand Service,* la vajilla de plata bañada en oro del príncipe regente.[31]

Sarah miró los platos llanos y soperos decorados.

—Estos son de mi madre. Los trajimos de Gloucestershire, junto con la mantelería.

Al heredero de su padre no le había hecho ninguna gracia enterarse de que la ropa de casa, la loza, muchos libros y esta vajilla de porcelana, junto con el hermoso pianoforte de la familia, no estaban incluidos en la herencia, ya que habían sido regalos de la familia de su madre.

—Precioso diseño. Sencillo. Elegante. —Llevó la mirada de los platos a ella—. Entonces… ¿puedo?

Sarah se rio, divertida e incómoda a partes iguales.

—Si de verdad quiere poner nuestra mesa, adelante. Siéntase como en casa.

El señor During se frotó las manos, largas y finas, ilusionado.

—Gracias.

Era alto y delgado, y tenía los hombros estrechos. Debía de ser más fuerte de lo que parecía para que le confiaran la protección de los valiosos artículos de plata y oro de la pareja real.

Se puso unos guantes blancos y extendió el mantel con las manos, intentando alisar las arrugas. Luego extrajo una regla de un bolsillo y una gamuza de las de sacar brillo del otro y se puso manos a la obra,

colocando los platos exactamente a la misma distancia del borde de la mesa.

Sarah sacudió la cabeza, perpleja, y salió del comedor. En el pasillo se encontró con el señor Bernardi, que acababa de regresar de Woolbrook tras pasar la mañana en la cocina.

—Ah. Buenas tardes, señor Bernardi. ¿Ya ha acabado por hoy?

Él asintió.

—Hoy he terminado pronto. Leigleitner ya ha preparado uno de los platos favoritos de la duquesa para la cena. *Schweinsbraten* y chucrut. —Se estremeció—. Poco podía hacer yo. —Miró por encima de ella al hombre que se afanaba en el comedor y puso los ojos en blanco—. Menuda pieza, este. Imagino que se lo ha pedido él, ¿me equivoco?

—No, así es. Parece que echa de menos cumplir con su función en el entretenimiento real tanto como usted.

—No nos equipare, se lo ruego —le pidió Bernardi, torciendo el gesto.

Ella se volvió para mirar lo que observaba su interlocutor: el señor During sostenía uno por uno cada tenedor, cuchillo y cuchara en el aire para inspeccionarlos y se detenía a limpiar cualquier posible mancha antes de colocarlos de nuevo sobre el mantel.

—Supongo que tiene sentido que la persona responsable de la vajilla sea también el encargado de poner la mesa.

—En realidad, hasta que regresamos al palacio de Kensington, solo era el encargado de poner la mesa. El anterior responsable de la vajilla era de Coburgo y no quiso dejar su casa para trasladarse a Inglaterra. Tenía allí a su enamorada y no dominaba el idioma de aquí. Conroy trató de convencerlo asegurándole que el duque regresaría a Alemania después de que el bebé naciera en suelo inglés, pero… no todas las promesas del duque se cumplen.

Ella hizo un gesto afirmativo en señal de haber comprendido.

—¿O sea que le traspasaron sus responsabilidades al señor During para evitar tener que contratar a alguien más?

—Sí. Y en cualquier caso, vigilar el baúl de la vajilla no es una tarea demasiado exigente. Al menos no en el caso del duque de Kent, que no ha ido amasando objetos de valor como sí han hecho sus hermanos mayores. Selwyn aceptó asumir la responsabilidad mientras estemos aquí a cambio de un ligero aumento. Aunque no creo que vaya a ver un cuarto de penique en mucho tiempo, tal y como están las finanzas reales.

Sarah sintió un pellizco en el estómago. ¿No habían pagado a los criados del duque de Kent? ¿Se marcharían ellos a su vez de Sea View sin dejar pagada la estancia?

El señor During apareció en la puerta.

—Señorita Summers. Como no es época de flores, ¿me daría

permiso para buscar un par de adornos en otras habitaciones para decorar la mesa? Prometo devolverlo todo a su sitio.

—Oh, mmm, por supuesto. Como si estuviera en su casa.

—¿Debería crear una réplica de hojaldre de Sea View para la mesa? —preguntó, irónico, el señor Bernardi—. ¿O hacer un centro de flores de azúcar? ¿Una torre de frutas?

Al señor During se le escapó un gemido de placer mientras miraba al chef extasiado, sin captar la ironía en su ofrecimiento.

—¡Qué idea tan maravillosa! Muy generoso por su parte, Antoine. Se lo agradezco mucho.

El chef pastelero le lanzó una mirada cargada de significado a Sarah. Abrió la boca para decir algo, pero ella lo interrumpió antes de que retirara la oferta y echara por tierra la ilusión del hombre.

—Mejor dejemos que el señor During siga con su trabajo, ¿sí?

Bernardi frunció el ceño, pero la siguió por el pasillo sin decir palabra. Cerca de las escaleras traseras, se detuvo y exhaló un largo suspiro de exasperación.

—Vaya, hombre. Ahora tendré que preparar un postre digno de la mesa —se lamentó, antes de desaparecer escaleras abajo para, aparentemente, ponerse manos a la obra.

Pese a lo que acababa de decir, Sarah no creía que al señor Bernardi le diera mucho fastidio la tarea.

jjj

Consciente de las molestias que se estaba tomando el señor During, Sarah se lo hizo saber a los demás de forma discreta y les sugirió que se esmeraran a la hora de vestirse para la cena. Ella misma dedicó unas horas a ocuparse de algunas tareas, pero se reservó un tiempo para seguir su propio consejo. Subió a su habitación, se atavió con un vestido de noche más formal de lo habitual y se puso unos pendientes, algo que rara vez se molestaba en llevar. Emily entró y la miró sorprendida.

—Estás preciosa.

—Gracias.

—¿Qué me pongo?

—Lo que quieras. ¿Qué tal el rosa pálido? Hace siglos que no te lo pones.

—Mmm… Tal vez.

Sarah no esperó a ver por qué traje se decantaba Emily. Su hermana estaría guapa se pusiera lo que se pusiese. Siempre lo estaba.

Cuando Sarah entró en el comedor para ver si todo estaba listo, se quedó atónita. Nunca había estado tan bonito.

La mesa lucía el mejor mantel que tenían, que During había planchado hasta el punto de alisar la más mínima arruga y dejarlo

impecable para luego volverlo a colocar. Los candelabros refulgían a lo largo de la mesa, con esbeltos cirios. El señor During debía de haberlos ido recogiendo de las distintas habitaciones de la casa. La base de cada candelabro estaba adornada con una corona de flores. ¿Habría ido a una tienda del pueblo a por flores de invernadero?

Mirándolas más de cerca, se dio cuenta de que eran de seda, satén y otros tejidos similares. During había dispuesto una franja de tela bordada a lo largo de la mesa que había salpicado con una sucesión de conchas barnizadas. Y en medio se alzaba la prometida torre de fruta. De forma cónica, como un pino, el centro de mesa estaba hecho con brillantes naranjas y limones, que habían adornado con mucho gusto con hojas dispuestas de manera muy artística y que habían colocado sobre un soporte de porcelana para tartas para darle más altura.

El señor During entró en el comedor. Ahora iba vestido de noche.

—Cielos. Es usted un artista, señor During.

Él sonrió.

—Es un placer, señorita Sarah, pero sería negligente por mi parte no señalar que ha sido el señor Bernardi quien ha traído la fruta.

Detrás de él, entró el susodicho, vestido de manera similar. No había rastro de la chaquetilla blanca ni del delantal que llevaba en la cocina. Los dos hombres tenían un aspecto inusualmente atractivo.

Bernardi se encogió de hombros.

—¿Y por qué no? En la despensa de Woolbrook había limones y naranjas amargas languideciendo, pero ha sido Selwyn quien ha creado la torre con ellos.

Sarah supuso que debería protestar por que hubieran hecho uso de las reservas de Woolbrook, pero se sintió aliviada de no tener que correr con los gastos de la fruta importada.

—Bueno, todo tiene un aspecto espléndido.

Las siguientes en llegar fueron Emily y la señora Summers, ambas vestidas con mucha elegancia y lanzando alabanzas al grandioso aspecto del comedor.

Sarah separó la silla de la cabecera de la mesa.

—Creo que debería sentarse aquí esta noche, señor During, ya que usted es el principal responsable de toda esta belleza.

—¿De verdad? —se llevó la mano al corazón—. Para mí sería un gran honor. Es muy amable por su parte.

Georgiana se unió a ellos ataviada con un bonito vestido azul que la hacía parecer mayor y más femenina. Iba del brazo de Simon Hornbeam.

—¡Oh, señor Hornbeam, ojalá pudiera verlo! La mesa está preciosa. Hay flores y candelabros y una torre de naranjas y limones.

—La fruta puedo olerla. Y siento el calor de muchas velas.

Las damas se sentaron primero, y los hombres lo hicieron después.

—Supongo que es a usted a quien tenemos que agradecerle este despliegue —le preguntó el señor Thomson al señor During cuando entró y tomó asiento.

—En efecto —respondió Sarah en su lugar.

Eran ocho a la mesa, todos con sus mejores galas. Sarah notó que el señor Thomson se detenía a mirar con buenos ojos a Emily, que estaba preciosa, y que a su hermana le brillaban los ojos mientras le sonreía. Sarah no podía negar que el hombre, que era muy alto, estaba despampanante vestido de etiqueta, y se preguntó si eso conseguiría borrar por fin el recuerdo de Charles Parker de la mente y del corazón de su hermana.

Sumándose al espíritu de la velada, el señor Gwilt se colocó un paño blanco sobre el brazo y ofreció a los huéspedes copitas de champán.

Mientras daban buena cuenta del plato principal, el señor During miró a su alrededor, meneando la cabeza con una mezcla de asombro y satisfacción. Luego se volvió hacia Sarah.

—Le estoy muy agradecido, señorita Summers. No sabe lo que significa esto para mí. De los cientos de mesas que he puesto a lo largo de mi carrera, esta es la primera a la que he podido sentarme y la primera de la que podré disfrutar personalmente. No le voy a negar que cuando me enteré de que me destinaban a un segundo alojamiento como personal no esencial, me sentí decepcionado. Ahora, en cambio, me siento agradecido, porque de otro modo nunca habría podido vivir esta inolvidable experiencia.

—Gracias a usted, señor During. Todos estamos disfrutando de los frutos de su trabajo. —Desvió la mirada hacia el pastelero—. Y del suyo, señor Bernardi.

—Mi aportación ha sido mínima en comparación con la de Selwyn, pero es un auténtico placer participar en la fiesta de esta noche. —El señor Bernardi levantó su copa—. Brindemos. Por Selwyn During, encargado de poner la mesa y responsable de la vajilla de Sus Altezas Reales, los duques de Kent.

Todos los comensales alzaron sus copas.

—¡Por Selwyn During!

Al señor During se le marcaron los hoyuelos del esfuerzo que hizo por reprimir una sonrisa eufórica.

—Gracias a todos —dijo, alzando él también la copa—. Y por Antoine Bernardi, un chef pastelero extraordinario.

—¡Por Antoine Bernardi!

—Lo cual me recuerda… —El señor Bernardi se levantó—. Hay una cosita más que… —comentó mientras salía del comedor.

Mientras esperaban, intercambiaron miradas de curiosidad e ilusión. Al cabo de unos instantes, el señor Bernardi regresó. En sus

manos llevaba otro soporte de porcelana como el del centro de mesa, pero en este se erigía una gran tarta con cobertura, decorada con una corona de azúcar de colores y cisnes de pastillaje.[32]

Georgie lanzó un gritito de alegría y le explicó al señor Hornbeam al oído lo que acababa de llegar. Los comensales prorrumpieron en aplausos.

—Bien hecho, señor Bernardi.

Él se encogió de hombros, restándole importancia.

—Después de todo, hoy es la víspera de la Epifanía.

¿Ah, sí? Sarah se quedó atónita. Se le había pasado. El año que viene, se propuso, celebrarían las fiestas como era debido.

---

29 N. de la Trad.: El *Ackermann's Repository of Arts* cuyo título oficial era *Repository of arts, literature, commerce, manufactures, fashions, and politics* fue una publicación periódica británica de Rudolph Ackermann que tuvo gran influencia en el gusto inglés por la moda, la arquitectura y la literatura entre los años 1809 y 1829.

30 N. de la Trad.: Novelas del prolífico escritor escocés *sir* Walter Scott (1771–1832), más conocido por su obra *Ivanhoe.*

31 N. de la Trad.: Magnífico servicio de comedor, de plata dorada, encargado por Jorge IV cuando era príncipe de Gales. Se compone de más de 4000 piezas en una amplia gama de estilos e incluye desde platos de postres y candelabros hasta artículos más sencillos como bandejas y hueveras.

32 N. del Trad.: Pasta hecha de azúcar similar al *fondant*, pero con una mayor dureza que al secar permite obtener estructuras más firmes.

Capítulo 12

«Hay cierto atractivo romántico en la esgrima».

KAY GEYER,
The Sportswoman

Al día siguiente, Sarah les dio a Emily y a Georgiana una lista de tareas que debían realizar. Con una sola criada en casa y Bibi ayudándolas tan pocas horas, todas tenían que echar una mano con la limpieza. Emily se resistió a quejarse, pues sabía que la lista de Sarah sería mucho más larga que la suya.

Una hora más tarde, ella y su hermana pequeña se afanaban codo con codo en la biblioteca, Georgie se había subido a la escalera y quitaba el polvo de las estanterías y Emily limpiaba los cristales de las ventanas. Sarah había supuesto, con razón, que si le pedía a Emily que limpiara el polvo de las estanterías, se distraería con los libros y no terminaría el trabajo. Georgie estaba claramente distraída, pero no por los libros. Miraba continuamente el reloj.

—Será mejor que suba a cambiarme para la clase de esgrima —dijo finalmente.

—¿Desde cuándo tardas más de cinco minutos en vestirte? —le preguntó Emily con una sonrisita.

Un traqueteo atrajo la atención de Emily hacia fuera, hacia un pequeño carro que se acercaba a su casa por el camino que subía de Glen Lane. Georgie bajó los peldaños a toda prisa y se reunió con su hermana en la ventana.

—¡Es Hannah!

Salió corriendo de la biblioteca para ir a abrir la puerta principal y Emily la siguió, intrigada. Hannah, la amiga de Georgie, solía venir a pie.

Cuando llegaron a la puerta, el señor Gwilt ya estaba allí; se ponía a toda prisa un abrigo mientras se acercaba al carro. Ayudó a la muchacha a apearse y sujetó las riendas del caballo.

—Será solo un segundo —le dijo Hannah al señor Gwilt por encima del hombro. Luego se acercó a la puerta sonriéndole a Georgiana muy ilusionada—. Mi madre quiere invitarnos al Hotel York para tomar té y una porción de tarta como celebración atrasada de mi cumpleaños ahora que ya no estoy tan resfriada.

—¿Cuándo?

—Ahora. Sé que te estoy avisando a última hora, pero, por favor, dime que vas a venir. Mi madre me ha dejado el carro de ponis para que venga a buscarte. Ella se reunirá con nosotras allí.

—Me gustaría ir. Deja que le pregunte a mi madre.

Georgie atravesó el vestíbulo corriendo en dirección a la habitación de su madre y volvió en menos de un minuto. Miró a Emily, implorante.

—Dice que puedo ir si limpias el baño y recoges las toallas por mí. Lo de limpiar el polvo puede esperar, pero eso no. —Juntó las manos en señal de súplica—. ¡Por favor!

Emily suspiró.

—Está bien.

—¡Viva! —Georgiana sacó su capa del armario, pero luego se detuvo, con cara de preocupación—. ¡Oh! Se me olvidaba. La clase de esgrima…

—Estoy segura de que el señor Thomson lo entenderá.

—¿Se lo dirás?

—Sí. Ahora vete y diviértete.

Poco después, a la hora señalada para la clase de esgrima de Georgiana, Emily se quitó el delantal y subió sola al ático. El señor Thomson ya estaba allí, estirando sus largas extremidades.

Emily desvió la mirada y carraspeó.

—Mi… Mmm… Mi hermana me ha pedido que le diga que hoy no podrá practicar con usted. Ha venido una amiga suya y la ha invitado a tomar el té en el Hotel York. Fue todo bastante apresurado, y a Georgie no lo quedó otra opción que aceptar.

—No la culpo, aunque lo lamento. Estaba deseando hacer ejercicio. ¿Usted se prestaría para ocupar su lugar?

Emily dudó.

—Yo… no soy tan atlética como Georgiana, como seguramente habrá notado por mis fallidas tentativas de pasarle el balón. Y el único contacto que he tenido con la esgrima se reduce a los libros que he leído. Tendría que volver a empezar desde el principio.

—Pero usted nos vio practicar el otro día… Bueno, hasta que casi se queda dormida.

Ella se rio.

—Cierto. Y admito haber intentado imitar un avance en el salón mientras empuñaba una pluma, pero hasta ahí ha llegado mi práctica.

—Venga. Compadézcase de mí. Me vendría bien distraerme un poco.

—Está bien. Aunque espero que no se arrepienta de habérmelo pedido.

—Jamás. Y ahora, veamos, ¿qué es esto? —Levantó la espada de práctica de punta roma.

—Un florete.

—Ve como sí que sabe algo. Por favor, recuerde golpear a su adversario, o sea a mí, solo con la punta roma.

—Lo intentaré.

—Antes de nada, el saludo. Sostenga el florete delante de la cara. Así.

Emily hizo lo que le indicaba.

—Ahora coloque los pies en primera posición.

Él se puso frente a ella, con los talones juntos.

Ella imitó su postura.

—Sujete el florete con la mano derecha, deslice la mano izquierda por la hoja hasta llegar a un punto medio y ahora levante el florete con las dos manos por encima de la cabeza.

Él hizo que el movimiento pareciera fácil, pero a Emily le costó emularlo.

—Cuando me oiga decir «en guardia» o *en garde*, apunte con el florete a su contrincante con la mano derecha mientras da un paso adelante con el pie derecho. ¡En guardia!

Emily trató de seguir sus instrucciones, pero volvió a sentirse incómoda y torpe al intentarlo.

—Flexione las rodillas. ¡Respire! —la animó—. Esto es solo un ejercicio. No habrá examen, se lo prometo.

—Vaya, qué alivio. —Lo intentó de nuevo, esta vez con más fluidez.

Entonces se le cayó el florete.

Él dejó el suyo a un lado y se acercó hacia ella.

—Sujete con firmeza la empuñadura o su contrincante podría desarmarla. —Le rodeó la mano con las suyas y se la colocó correctamente—. Así. El dorso de la mano más bajo, las uñas más arriba.

A Emily le gustó notar el calor de aquella mano sobre la suya. Y la paciencia que transmitía su voz. «Cuidado, Emily», se recordó a sí misma.

—Ahora, el siguiente movimiento es el ataque. Primero veamos qué hacen los brazos. Mantenga el brazo derecho extendido, apúnteme con el florete al pecho y, mientras lo hace, estire el brazo izquierdo hacia atrás. ¿Preparada? En guardia; ¡ataque!

Emily hizo lo que le indicaba y estuvo a punto de perder el

equilibrio. En cuanto lo recuperó, volvió a intentarlo.

—Equilibrio, equilibrio… bien.

Emily gruñó para sus adentros al ser consciente de que no daba la talla como esgrimista. Ojalá él pudiera verla bailando una cuadrilla…

—Bien, ahora la parte de los pies. Avance con el pie derecho mientras me ataca con la punta del florete. ¿Preparada? ¡En guardia! ¡Ataque!

Ante el lánguido ataque de ella, el señor Thomson no pudo conservar el semblante serio, frunció los labios para contener una carcajada y los hombros le temblaron de la risa.

—No, no. Nunca vencerá a su contrincante si lo ataca de esa manera.

Volvieron a sus posiciones anteriores y practicaron los movimientos durante algún tiempo hasta que a Emily empezaron a resultarle gradualmente más fáciles. Para entonces ya estaba casi sin aliento.

Entonces trabajaron la marcha.

—Yo retrocedo mientras usted avanza. Adelante el pie derecho y luego el izquierdo, manteniéndolos siempre en la misma posición.

Y de nuevo él retrocedía y Emily avanzaba.

—Muy bien —la animó—. ¡Qué garbo!

—Es como un baile —observó ella.

El hombre curvó los labios en una media sonrisa.

—Si está acostumbrada a bailar con un arma, claro.

—¿Siempre se avanza por turnos?

—Solo al practicar. En un asalto, trataría de obligarla a retroceder fuera de la marca. —Y acto seguido se lo demostró avanzando una y otra vez, obligándola a retroceder por toda la estancia hasta que, de repente, dio con la espalda en la pared. Por un momento él la inmovilizó allí a punta de florete y con esos intensos ojos marrones que tenía.

Al sostenerle la mirada, Emily sintió que se quedaba sin aliento.

Se humedeció los labios, que de pronto se le habían secado, mientras el corazón se le desbocaba.

—¿Y a-ahora qué? —preguntó con un susurro trémulo.

Él siguió mirándola fijamente a los ojos durante unos instantes y luego bajó la vista hasta posarla en sus labios.

¿Iba a besarla? ¿Era eso lo que ella quería? Pero ¿y Charles?

Sin embargo, él inspiró hondo y dio un paso atrás.

Después de que ambos recuperaran el aliento, él prosiguió con la clase. Volvieron a avanzar y a retroceder, con sus floretes chocando una y otra vez entre sí. Emily agradeció las puntas romas en forma de botón.

—Hacer esgrima le sienta bien —le dijo él—. Le da un poco más de color, le brillan los ojos a causa del ejercicio y su postura es elegante.

Finalmente, ella se inclinó en señal de rendición, con las manos apoyadas en las rodillas, jadeando.

—Lo siento. Ya no puedo más. Demasiado para mi postura elegante. —Él se rio entre dientes—. La esgrima es más exigente de lo que había imaginado.

Él mostró que estaba de acuerdo con un gesto afirmativo de cabeza.

—No hay mejor ejercicio. Pone en funcionamiento todos los músculos e instintos, y entrena la mente para pensar con rapidez.

Ella se enderezó con una última inspiración profunda seguida de un resoplido.

—Creo que por hoy es suficiente.

—Buena sesión —la felicitó, tendiéndole la mano.

Después de dudar por un momento, ella le dio la mano.

—Los contrincantes se dan la mano, ¿no?

—En los combates amistosos, sí. Gracias por complacerme, señorita Emily. He disfrutado mucho de su compañía, de verdad.

—Y yo de la suya. Aunque si mañana no puedo andar ya sé a quién le echaré la culpa —añadió ella, mordaz.

jjj

Más tarde, después de limpiar la bañera y adecentar el cuarto de baño, Emily recogió un montón de toallas para lavar. Tenía agujetas en todos y cada uno de los músculos por culpa de la clase de esgrima. Fue cargando con la pila de ropa hacia el retrete para ver si dentro había alguna toalla húmeda. Al doblar la esquina, por el hueco de las escaleras oyó cómo resonaba el eco de la aldaba de la puerta en el vestíbulo. Se detuvo junto a la balaustrada y miró hacia abajo.

La criada, Jessie, se apresuró en ir a abrir la puerta principal.

—¿Es esta la residencia de la familia Summers? —preguntó una voz masculina—. ¿Me han dado bien las indicaciones?

—Sí, señor. ¿Quién les digo que llama?

—Charles Parker.

A Emily le dio un vuelco el corazón. ¡Charles! ¡Al fin!

Comenzó a bajar los escalones, pero en cuanto se dio cuenta de que llevaba un montón de ropa sucia en los brazos, miró frenéticamente a un lado y a otro, corrió hasta la puerta de su dormitorio, que estaba entreabierta y lanzó las toallas dentro.

Se quitó de un tirón el delantal y se llevó una mano al pecho.

¿Había venido a verla? ¿A renovar sus atenciones?

En la planta de abajo, Jessie tomó el sombrero del señor Parker y echó un vistazo al vestíbulo vacío.

—Ahora mismo no sé dónde están. Por favor, espere aquí mientras voy a ver.

Ella dejó el sombrero sobre una mesita auxiliar y se dirigió al salón.

Emily volvió hacia el inicio de las escaleras y se agarró con fuerza a la pilastra de madera de la balaustrada. Con la mano libre se alisó la pechera, mientras lamentaba no llevar algo más favorecedor que un viejo vestido de día usado.

Él tal vez oyó sus pasos porque miró por encima del hombro y se volvió hacia la escalera.

Emily se quedó sin aliento al volver a verlo, con ese rostro arrebatadoramente apuesto. A pesar de tener la piel agrietada por el frío, Charles Parker seguía tan atractivo como siempre, con aquella mata espesa de cabello rubio oscuro y las cejas todavía más oscuras, la nariz recta y el labio inferior tan carnoso. «Oh, aquellos labios…»

Cuando él posó la mirada en ella, un torrente de emociones recorrió fugazmente sus facciones. Se le iluminaron los ojos y un esbozo de sonrisa transformó su rictus serio. Avanzó rápidamente hacia ella, pero se detuvo antes de llegar a la base de la escalera. ¿Temía no ser bienvenido?

«Pues hace bien en no tenerlas todas consigo».

Emily descendió con lentitud, con una mano temblorosa apoyándose en la barandilla. Él la contempló mientras lo hacía. Con la mirada le recorrió el cabello, el rostro, la figura. Y de nuevo ella deseó estar mejor vestida, mejor preparada física y emocionalmente para reencontrarse con Charles Parker tras más de un año separados.

Cuando bajó el último escalón, él la saludó con una inclinación.

—Señorita Emily.

Ella respondió con una leve reverencia. Al hacerlo, se fijó en la maceta de jacintos que llevaba en la mano.

Él siguió su mirada hacia las flores.

—Son para su madre. Yo no…

—Claro. Le van a encantar.

Se produjo un silencio incómodo. Ella se preguntó por qué Jessie no le habría guardado el abrigo. ¿Es que no pensaba quedarse mucho tiempo?

Emily se aclaró la garganta y entreabrió los labios para decir algo más, pero todas las frases que se le ocurrían le parecían capciosas. «¿Qué hace aquí? ¿Qué le trae por Sidmouth?».

—Qué sorpresa verle —se contentó con decir.

—¿Sí? Le escribí… Bueno, no importa. Mi hermana ha tenido un bebé y no puede viajar, así que…

—¿Ya? —soltó ella antes de poder contenerse. Amanda Parker se había casado poco después de que la familia Summers se hubiera marchado de May Hill. Emily había pensado que Amanda le pediría que fuera su dama de honor, pero no había sido así. Ahora había tenido un hijo y Emily ni siquiera se había enterado de que estaba embarazada.

—Sí, así que fuimos a pasar la Navidad a su casa. Amanda y su marido viven en Wells, a menos de veinte leguas de aquí.

—Ya veo. ¿Y está usted de viaje con… sus padres?

«Por favor, que no diga que ha venido con otra mujer».

Él asintió.

—Ya que habíamos llegado tan lejos, decidimos continuar hacia la costa sur, con la esperanza de encontrar aquí un tiempo más suave. No ha habido suerte.

Emily se esforzó por responderle con el mismo tono distendido y confió en que su expresión también pareciera desenfadada.

—Por desgracia, está haciendo más frío de lo normal.

Él echó un vistazo a su alrededor, luego la miró a ella y volvió a apartar la mirada.

—Tengo entendido que… mucha gente pasa el invierno aquí.

Ella asintió.

—Y algunos se bañan en el mar todo el año.

El corazón le retumbaba en el pecho con tanta fuerza que apenas era consciente de lo que decía. No podía creer que estuvieran ahí los dos, frente a frente, hablando de cosas tan banales.

Pero al menos estaban hablando.

Quería preguntarle por qué habían decidido venir a Sidmouth. Si querían ir a la costa sur, Weymouth habría estado algo más cerca. ¿Había sido cosa de sus padres o de él? ¿Su presencia allí había influido en la decisión?

—Mi madre pensó que sería una buena idea venir a ver a la suya ya que estamos aquí —explicó él, como si hubiera adivinado lo que ella se estaba preguntando.

Aquello la sorprendió. Había asumido que los Parker no querrían tener nada que ver con ellas después de su caída en desgracia, tanto por lo sucedido con Claire como por los cambios en su situación económica.

—Y se me ocurrió venir a visitarla… —prosiguió él— A usted y a sus hermanas.

Emily tragó saliva.

—¿Y dónde están sus padres ahora?

—Se están instalando en el Hotel York. Decidí que era mejor acercarme yo primero en lugar de presentarnos todos aquí a la vez.

Emily volvió a mirar las flores. Sabía que los jacintos morados eran símbolo de pesar y de profundo arrepentimiento.

Él siguió su mirada y luego la miró directamente a los ojos.

—¿Sabe lo que simbolizan?

—Sí —murmuró ella.

Él se acercó a ella, mientras la miraba fijamente, con cara seria.

—Me arrepiento tanto…

La puerta se abrió de golpe dando paso a una ráfaga de viento helado. Georgiana se apresuró a entrar, volvía de la excursión con su amiga. Al verlos, se quedó clavada en el sitio, con la boca abierta.

—¡Charles! —Pareció estar a punto de lanzarse a los brazos de su antiguo vecino, pero en el último momento él le tendió una mano. Georgie la tomó y la envolvió entre las suyas—. ¡Qué alegría verlo!

Su hermana menor siempre había idolatrado a Charles, unos diez años mayor que ella. Pese a que no era más que una niña, él nunca había dejado de hacerle caso, sino que la había tratado con afecto.

—Lo mismo digo, Georgiana. ¡Cuánto ha crecido!

—Eso me dice la modista —repuso entre risas—. ¡Sabía que vendría a visitarnos! Es el primero de casa que lo hace.

Él sonrió. Y a Emily le pareció que lo hacía con cierto reparo.

Mirando a un lado y al otro del vestíbulo, Georgie se desabrochó la capa y luego le preguntó a Emily: —¿Dónde están las demás? Van a ponerse muy contentas al verle. —Se volvió hacia Charles—. Tengo que contárselo a Viola. Se casó el verano pasado y vive aquí al lado con su marido. Y sabe que Claire se mudó a Escocia, ¿verdad? Se aloja allí con nuestra tía abuela.

Con los nervios a flor de piel, Emily contuvo la respiración, a la espera de su respuesta.

—Ah, sí. —Las miró a una y luego a otra, y entonces bajó la vista, a sus manos—. Recuerdo… haber oído algo de eso.

—¡Oh! ¿Y ha oído que el duque de Kent se aloja un poco más allá, en el edificio que hay después de la casa de Viola? Tenemos a parte de su personal aquí con nosotras. ¡Es muy emocionante!

—No, no lo sabía. Impresionante.

—Ahora alquilamos habitaciones, como una casa de huéspedes, pero si quiere quedarse, le recibiremos con los brazos abiertos. No le cobraríamos a un viejo amigo.

Emily notó que se le encendían las mejillas.

—Georgie. Los Parker se alojan en el Hotel York.

—Oh. Ese también está bien. Acabo de tomar el té allí. Los pasteles están muy buenos…

Georgiana siguió hablando y Emily se quedó allí de pie, con las manos entrelazadas y sentimientos encontrados: estaba desilusionada por la inoportuna interrupción, pero la invadía una llamarada de esperanza. No era así cómo se había imaginado reencontrarse con el hombre al que siempre había amado, pero él estaba aquí, y eso ya era un comienzo.

jjj

Sarah estaba sentada en la habitación de su madre, hablando con ella de menús, cuando un rumor procedente del vestíbulo atrajo su

atención: le llegaba la voz de Emily, inusualmente tenue, y otra más grave de un hombre, seguida de exclamaciones de Georgiana.

Sarah se levantó.

—Voy a ver quién es. Que yo sepa, hoy no esperamos a nadie.

Asomó la cabeza por la puerta, miró hacia el vestíbulo y se echó hacia atrás muy sorprendida.

—¿Quién es? —preguntó la señora Summers.

Sarah cerró la puerta sin hacer ruido y bajó la voz.

—Charles Parker.

Su madre abrió los ojos de par en par.

—¡¿Charles Parker?! No creía que fuera a venir. ¿Crees que ha venido por Emily?

—No lo sé. Solo los he visto durante un segundo, pero no parecía un reencuentro muy feliz. Georgie era la única que sonreía.

—Le ha dado a Emily muchas razones para no sonreír —repuso, adusta, la señora Summers. Echó un vistazo a la luminosa habitación y al sofá cama francés perfectamente hecho—. Por favor, dile que pase que quiero hablar con él en privado. Espera, ¿tengo buen aspecto? —Se acercó al espejo y se alisó el pelo—. No quiero que le diga a Louise que me he abandonado.

—Qué va, mamá. Estás preciosa, pero mira… —Sarah le dio el bote de colorete—. Un toquecito en los labios y listo.

Su madre le hizo caso. Entonces miró a Sarah y le dijo:

—Quítate el delantal antes de salir.

Sarah lo dejó a un lado, inspiró hondo y salió al vestíbulo a saludar al recién llegado.

—Charles, qué sorpresa. —Miró a Emily, pero su hermana tenía una expresión indescifrable—. ¿Qué le trae a Sidmouth?

Charles le devolvió el saludo.

—Mis padres y yo hemos visitado a Amanda en Navidad —explicó— y se nos ha ocurrido que podríamos venir aquí a pasar unas cortas vacaciones antes de regresar a casa. Nos alojamos en el Hotel York.

—Ah. —Sarah esbozó una sonrisa—. A nuestra madre le gustaría hablar con usted, si no le importa.

Y le señaló el pasillo.

—Claro que no. Con mucho gusto. —Saludó con la cabeza a Emily y a Georgiana y luego siguió a Sarah hasta la habitación de la señora Summers.

La mujer se había sentado en una de las butacas de la habitación, pero se levantó en cuanto él entró.

—Charles, es un placer volver a verle.

—Señora Summers. —La saludó con una inclinación y le entregó unos jacintos—. Son para usted.

La señora Summers miró las flores moradas y luego a Charles, y de

nuevo a las flores. Sarah se preguntó si él sabría lo que simbolizaban.

—Gracias —intervino ella, y puso la maceta en una mesita junto a la butaca.

—Tiene buen aspecto —felicitó él a la señora Summers—. Confío en que goce de buena salud.

—Mejorando cada día, gracias a Dios y a los baños de mar.

—Charles ha venido a Sidmouth para pasar unas cortas vacaciones con sus padres —explicó Sarah.

—Ya veo.

Como no sabía lo que pretendía su madre ni si deseaba hablar con el joven en privado, Sarah se lo preguntó: —¿Os dejo para que habléis?

—Por favor, quédate —respondió su madre—, pero cierra la puerta.

Sarah se sintió incómoda, pero obedeció. Miró de reojo a su invitado y se preguntó quién de los tres estaría más nervioso.

Su madre se sentó y le hizo un gesto a Charles para que tomara asiento junto a ella. Charles hizo lo que se le pedía.

—He recibido su carta —empezó diciendo su madre. A Sarah la invadió la sorpresa. Su madre no había comentado nada acerca de una carta—. No se lo mencioné a las niñas porque… bueno, no quería crear expectativas en caso de que su visita no se produjera.

Él asintió.

—Comprendo.

La señora Summers inspiró hondo y dijo:

—Está al tanto de que mi hija mayor vive en Escocia, ¿verdad?

—Sabía que se había ido.

—¿Y sabe por qué?

Charles tragó saliva, y pudieron ver como la nuez le subía y volvía a desaparecer por debajo de su corbata. Él desvió la mirada al responder, como si se dirigiera a la blonda de la mesa.

—Mi… entonces… amigo me contó lo que pasó, pero…

—Le contaría su versión de lo sucedido —le espetó la señora Summers.

Charles dio un respingo.

—Sí, pero no entró en detalles.

La señora Summers se agarró a los brazos de la butaca.

—Sarah y yo somos conscientes de lo que sucedió. Esperábamos que la situación no trascendiera fuera de nuestra familia. Supongo que era demasiado esperar.

—Si le sirve de algo, —dijo él— yo no se lo he contado a nadie. Ni siquiera a mis padres.

—¿De verdad? No sabe cómo me alivia oír eso —reconoció la señora Summers, con un suspiro con el que se deshizo de mucha tensión.

—De alguna manera, Emily y Viola lo han descubierto. —En ese momento le lanzó una mirada a Sarah—. Sin embargo, Georgiana no sabe casi nada, así que, por favor, sea discreto en su presencia. Tal vez haya sido un error no decírselo, pero entonces ella era muy joven. Por eso habla con más libertad de su hermana mayor que el resto de nosotras, que rara vez hablamos de ella.

—Sí, ha mencionado que su hermana mayor se fue a Escocia para quedarse con un pariente, según parece.

—Según parece. Vive allí como dama de compañía de la tía de mi marido. Esa mujer y yo nunca hemos tenido una relación muy estrecha. Ni tampoco nos carteamos con… ninguna de las dos. Es una decisión que tomó mi marido, y he optado por respetarla, aunque a todas nos resulte difícil.

Él asintió solemnemente.

—Lo comprendo. —Y añadió con voz suave—: Y lo siento.

—¿Lo siente?

Él movió afirmativamente la cabeza y bajó la vista al suelo, como si fuera un niño castigado.

—No puedo evitar sentir que podría haberlo evitado de alguna manera.

A Sarah se le hizo un nudo en el estómago. Era ella quien podría haberlo evitado.

La señora Summers suspiró, y cuando retomó la palabra su tono se había suavizado.

—No es el único que lo lamenta. Bien, yo ya he dicho lo que tenía que decir. Ahora, dígame, ¿cómo está su madre?

—Está bien.

—Salúdela de mi parte.

—Lo cierto es que a ella le gustaría venir a visitarla mientras estamos aquí, si está dispuesta a recibirla.

La señora Summers vaciló, boquiabierta.

Sarah supuso que a su madre no le haría mucha ilusión que una amiga de May Hill la viera en sus nuevas circunstancias, obligada a alquilar habitaciones para llegar a fin de mes. Estaba a punto de sugerir que se reuniera con Louise en el Hotel York cuando el señor Parker tomó la palabra.

—Si no le apetece, estoy seguro de que mi madre lo entenderá.

Eugenia Summers levantó la barbilla.

—Louise puede venir a visitarme cuando quiera. Faltaría más.

—Excelente. Se lo haré saber.

La señora Summers se levantó, dando por terminada la entrevista. Sarah y el señor Parker siguieron su ejemplo.

—Gracias por pasarse a saludar, Charles, y por las flores. Espero que disfrute de su estancia en Sidmouth. Y tenga cuidado con Emily.

No quiero que vuelvan a hacerle daño.

—Yo tampoco. —Hizo una reverencia y salió de la habitación.

Cuando se hubo marchado, Sarah le lanzó a su madre una mirada curiosa.

—¿Qué decía en su carta? ¿Solo que vendría a visitarnos?

Su madre negó con la cabeza.

—Expresaba con retraso su pésame por la muerte de tu padre y lamentaba no habernos ayudado más durante su enfermedad y nuestro duelo. Comentó que esperaba volver a visitarnos en el futuro, pero sin fecha concreta.

—¿No hizo alusión a Emily en ningún momento? ¿O a… Escocia?

Otro movimiento negativo de cabeza.

—Supongo que fue una grosería por mi parte no responderle, pero sentí que no me correspondía a mí perdonarlo en nombre de toda la familia, pues no es a mí a quien más daño le ha hecho.

jjj

Emily se dijo a sí misma que no esperara a Charles en el vestíbulo, que no debía parecer tan ansiosa, tan desesperada. Se obligó a entrar en la biblioteca reconvertida en despacho, mientras aguzaba los oídos para saber cuándo salía de la habitación de su madre. Adivinó de qué hablaban y gimió. ¿Por qué había tenido que pasar? De no haber sido por eso, Charles y ella seguramente estarían comprometidos en esos momentos. ¡Puede que casados, incluso! Emily deseó una vez más que lord Bertram nunca hubiera ido a May Hill, que nunca hubiera puesto los ojos sobre su hermana Claire.

Oyó pasos en el suelo de mármol del vestíbulo y se le aceleró el pulso. Se dirigió a toda prisa hacia la puerta, pero una vez allí redujo el ritmo, tratando de hacer como si tal cosa.

Sin embargo, no era Charles quien estaba al otro lado, sino James Thomson, que se había cambiado y ahora llevaba levita, chaleco y pantalones.

Sonrió ligeramente al verla.

—Volvemos a encontrarnos.

—Señor Thomson, ¿va a… va a salir? —Emily se debatía entre la cortesía y el deseo de apresurarlo para que se marchara y así poder hablar a solas con Charles.

Su sonrisa se desvaneció y una sombra de preocupación invadió su rostro. Se acercó a ella.

—¿Está bien? Parece disgustada.

—¿Ah, sí? No es el aspecto que esperaba tener.

—¿Le ha pasado algo?

—Es que… bueno… Me he llevado una sorpresa, eso es todo. Alguien ha venido a visitarnos de forma inesperada. Alguien de casa,

de nuestra antigua casa.

Él amusgó los ojos mientras escrutaba su rostro.

—¿Una visita agradable?

—Eso espero —respondió con un susurro entrecortado.

Se abrió una puerta y se oyeron otros pasos masculinos. Emily y el señor Thomson se volvieron al unísono y vieron a Charles cruzar el vestíbulo. El señor Thomson parecía incluso más sorprendido que Emily de verlo allí.

—Parker —musitó.

Charles abrió mucho los ojos y puso cara de sorpresa.

—Thomson. ¿Qué demonios hace aquí?

—Vivo aquí.

—¿Que vive aquí? Tiene que ser una broma.

Charles miró a Emily y luego a Thomson, que se encontraba muy cerca de ella, y frunció el ceño.

—Bueno, temporalmente —apostilló el señor Thomson—. Me hospedo aquí, junto con unos cuantos miembros más del personal del duque de Kent.

—Ah. La señorita Georgiana dijo que parte del personal se alojaba aquí. ¿Y qué cargo ocupa?

—Secretario privado y encargado de supervisar las organizaciones benéficas que subvenciona el duque.

—Así que secretario, ¿eh? Pensaba que tenía intención de dedicarse a la abogacía.

Emily asistió atónita a aquel inesperado reencuentro. Las posturas rígidas que ambos mantenían, las miradas con las que se medían y las voces forzadas que ponían le dieron a entender que la suya no había sido una amistad especialmente cordial.

—Y usted, Parker. ¿A qué se dedica? A la buena vida, imagino, como todo primogénito.

—Ni mucho menos. He estado aprendiendo todo lo posible sobre asuntos inmobiliarios y esforzándome por mejorar cómo administramos nuestras propiedades y nuestros sistemas agrícolas. La salud de mi padre ya no es la que era, así que he empezado a encargarme de gran parte de las cuestiones del día a día.

—Y, sin embargo, aquí está.

—Hemos pasado la Navidad con mi hermana y ahora hemos venido a la costa tratando de encontrar un respiro a este duro invierno. El médico de mi padre piensa que la brisa del mar puede venirle bien.

—Espero que así sea. ¿Se alojan aquí en Sea View?

—No. Estamos en uno de los hoteles, pero somos viejos amigos de la familia Summers, así que he venido a visitar a las damas para presentarles mis respetos.

—Vaya, menuda coincidencia.

—Sí —coincidió Charles y volvió a mirar a Emily antes de volverse hacia el señor Thomson—. ¿Todavía practica esgrima?

—De vez en cuando. Ahora tengo muy poco tiempo para practicar. Y pocos contrincantes dignos.

—¿Tiene floretes?

—Sí.

Charles le sostuvo la mirada.

—Entonces puede que nos enfrentemos mientras esté aquí.

jjj

La tensa conversación se extendió unos minutos más, y luego Charles se marchó.

—¿De qué se conocen? —preguntó Emily.

—Fuimos juntos a la universidad —contestó el señor Thomson—. ¿Y ustedes? ¿Un conocido de su antiguo hogar, había dicho?

—Sí, crecimos cerca el uno del otro. Éramos vecinos. Nuestras familias son amigas.

El señor Thomson desvió la mirada, que pareció endurecerse.

—La señorita de donde él vivía…

—¿Cómo dice?

Él no contestó. Se limitó a mirar al frente con la mirada perdida.

—Entonces, ¿estuvieron juntos en Oxford? —preguntó ella.

—En el Balliol College, sí.

—¿Eran… amigos?

Él amusgó los ojos.

—No exactamente.

—¿Enemigos?

Él negó con la cabeza.

—Rivales.

—¿En esgrima?

Él dudó, pero luego asintió secamente.

—¿Y cuál de los dos era mejor espadachín?

—Parker siempre salía victorioso. Tanto en la pista de esgrima como fuera de ella.

Su cara seria y su voz cortante la incitaron a formularle una pregunta:

—¿No era muy querido? Siempre he imaginado que lo era.

—Perdóneme. No pretendía sugerir lo contrario. Era muy querido. Respetado. Admirado.

—¿Pero no por usted?

—Yo lo admiraba, hasta que…

—¿Hasta que empezó a superarlo en la esgrima? —bromeó ella.

Él no se rio.

—No, señorita Summers. Y no le envidiaba sus triunfos… en la

mayoría de las cosas.

Ella lo miró fijamente.

—¿A qué se refiere? —Él guardó silencio—. Vamos, señor Thomson, ¿a qué viene tanto misterio?

Él siguió callado durante unos instantes. Luego cambió de tema:

—Coincidí con sus padres en más de una ocasión. Parecen excelentes personas.

—Siempre lo he pensado. Aunque imagino que a mi madre no le hará mucha gracia que vengan a visitarnos y descubran que ahora regentamos una humilde pensión.

Él la miró sorprendido, alzando las cejas oscuras.

—Señorita Summers, usted y su familia no tienen nada de qué avergonzarse. Han construido un hermoso hogar en una popular población costera. —Y añadió, guiñándole un ojo—: Y las han elegido para alojar a varios miembros «de importancia» del personal del duque de Kent.

Emily le sonrió.

—Es usted muy amable. Gracias.

jjj

Esa noche durante la cena, la señora Summers no habló casi nada. Parecía que la charla con Charles la hubiera dejado exhausta. Para compensar su silencio, Emily llevó el peso de una conversación sobre el tiempo y las últimas novedades. Luego empezó a preguntarles a los huéspedes por sus orígenes y sus familias.

—¿De dónde es usted, señor During?

—De Londres, nacido y criado allí.

—Creo que ha mencionado que tiene madre y hermanas, ¿no es así?

Él levantó la vista con los ojos muy abiertos y cierto temor en la mirada.

—¿Por qué lo dice? —preguntó.

—Oh, yo… por nada —vaciló Emily, sorprendida por su reacción —. Por hablar de algo.

El señor During se sonrojó.

—Por supuesto. Lo siento. Sí, tengo dos hermanas pequeñas y la madre más cariñosa del mundo.

—¿Su padre… ya no está?

—¿Mmm? Oh, no. Él también está. Al menos, normalmente. No estamos muy unidos. No quise sugerir que él… Es solo que estoy mucho más unido a mi madre y mis hermanas, y las echo mucho de menos.

La señora Summers tomó la palabra.

—Es natural. Sus sentimientos le honran.

—¿Y su padre también estuvo al servicio de la realeza antes que usted? —preguntó el señor Hornbeam, quizá pensando en su propio hijo, que lo había decepcionado al no seguir sus pasos y trabajar para el gobierno.

—¿Mi padre? Cielos, no. Era un comerciante de vino que se bebía su propio inventario —les confió el señor During soltando una carcajada que sonó un poco incómoda. Entonces bajó la vista a su copa y recorrió el borde con un dedo con la cabeza en otra parte.

Al darse cuenta de la incomodidad de su colega, el señor Bernardi tomó la palabra para llenar aquel silencio.

—Mi padre era mayordomo mayor, no en una casa de la realeza, sino de la nobleza. Ahorró para comprar un pequeño negocio, una tienda especializada en alimentos selectos importados del Continente, principalmente de Italia y Francia. A él y a mi madre les fue lo bastante bien como para enviarme a la Escuela de Cocina de París.

—Ha tenido mucha suerte —comentó el Hornbeam, asintiendo con la cabeza.

—Sí que la he tenido.

—Y nosotros hemos tenido la suerte de probar algunas de sus creaciones culinarias —añadió Sarah.

—Ha sido un placer. —El chef miró a su compañero de mesa—. Le toca, Thomson.

El señor Thomson dejó el tenedor.

—No hay mucho que contar —empezó—. Soy el benjamín de la familia. Estudié Derecho en la universidad con la esperanza de hacer carrera como funcionario civil o de la Corona. Este puesto con el duque de Kent fue la primera oportunidad que se me presentó. Me alegró tener la posibilidad de hacer un trabajo significativo y de ver algo de mundo.

—Seguro que pensaba que se pasaría el día reuniéndose con jefes de Estado, negociando tratados y cambiando el mundo —bromeó el señor Bernardi.

El señor Thomson agachó modestamente la cabeza.

—He de reconocer que el trabajo no es exactamente lo que me imaginaba, pero es un privilegio servir a uno de los hijos de Su Majestad.

—Ha mencionado que era el hijo menor. ¿Cuántos hermanos tiene? —preguntó Emily.

—Dos. Deberíamos haber sido el trío perfecto: el primer hijo, el heredero, el segundo para el ejército y el tercero para la iglesia. ¿No es eso lo que dicta la tradición?

—Hay muchas excepciones —contravino con delicadeza el señor Hornbeam.

—Mi hermano mayor es el heredero, por supuesto.

—¿Está aprendiendo para cuando le toque administrar la propiedad? —preguntó el señor Hornbeam.

—Lo cierto es que no. A su favor diré que él se implicaría más si se lo permitieran. Sin embargo, a nuestro padre le gusta que las cosas se hagan como siempre las ha hecho él.

—¿Y su otro hermano? —preguntó Emily.

—El segundo demostró aptitudes tanto para la estrategia como para la lucha y pensaba alistarse en el ejército, para alegría de mi padre. Por desgracia, resultó gravemente herido y ahora está inválido.

—Oh, no —susurró Emily.

—¿Herido en combate? —preguntó Georgiana.

—No. —El señor Thomson hizo una mueca—. Nunca llegó a entrar en el ejército. Se produjo un accidente de tiro antes de que se marchara de casa. Solo tenía diecisiete años.

—Qué horror. Lo siento.

El señor Thomson asintió con la cabeza, con gesto apesadumbrado. Al cabo de un respetuoso momento de silencio, Emily preguntó: —¿Su padre quería que usted tomara los hábitos?

—Lo dudo. Tiene peor opinión del clero incluso que de la gente de leyes. Después del accidente de Arthur, quería que me alistara en el ejército, para reemplazar a mi hermano, supongo.

—Y usted no quería eso, ¿no?

—No. Y a mi padre no le hizo ninguna gracia.

—Y usted, ¿quería tomar los hábitos?

Thomson se encogió de hombros.

—No sentí vocación por la Iglesia más que como un feligrés entregado, pero sí deseo hacer el bien. Que el duque me haya encargado la supervisión de las obras de caridad se ajusta mucho a mi perfil. Espero que no sea petulante decir que llevo mucho tiempo interesado en las organizaciones benéficas. Y en esta profesión también empleo la atención al detalle y la retórica que aprendí en la universidad.

El señor Hornbeam levantó la barbilla.

—No suena muy diferente a las responsabilidades que tenía yo como secretario adjunto de la Cámara de los Comunes. Hasta que, bueno, la pérdida de visión puso fin a esa carrera.

El señor Thomson miró al hombre, lleno de admiración.

—Impresionante, señor.

—Aunque la carrera que ha elegido no fuera la que él hubiera preferido —dijo el señor Hornbeam—, ahora su padre debe de estar muy orgulloso de usted.

James Thomson se rio entre dientes. Fue una risa más irónica que divertida.

—Ni lo más mínimo.

El señor Hornbeam negó lentamente con la cabeza.
—Entonces debe de estar más ciego que yo.

Capítulo 13

«El duque se había resfriado, pero insistió en salir y recorrer un trecho a pie con el capitán Conroy para encargarse de los caballos. Volvió helado hasta los huesos».

CECIL WOODHAM-SMITH,
Queen Victoria

A la mañana siguiente, Emily se abrigó y se dirigió a la iglesia parroquial con un cuaderno y un lápiz en la mano. Según el esquema que le había dado el señor Marsh, tenía que describir la iglesia para la nueva guía. Aunque había estado allí docenas de veces, nunca la había observado con ojo de escritora. Ahora caminaba lentamente a su alrededor, hilvanando palabras en su mente.

> *La iglesia es una hermosa estructura de piedra construida con buen gusto, que ha sido reparada y embellecida en varias ocasiones a lo largo de los años. La torre del reloj tiene una altura considerable y le confiere al conjunto arquitectónico un aire de grandeza. Recientemente se ha instalado en ella una bonita esfera de reloj para beneficio de los residentes y visitantes.*

Luego accedió al interior, agradecida de poder resguardarse del viento helado. Se sentó en un banco durante varios minutos a tomar notas.

> *En el interior, la iglesia tiene una disposición pulcra y agradable, y dispone de asientos suficientes para una*

congregación numerosa. La parroquia cuenta con un pequeño órgano de reciente construcción, gracias a las donaciones de los vecinos. Las paredes están adornadas con placas en conmemoración de personas fallecidas, que en muchos casos se habían trasladado a Sidmouth como última esperanza, por las propiedades reconstituyentes de la suave brisa del mar de esta localidad.

A Emily le pareció que la mayoría de las placas estaban dedicadas a personas jóvenes, pero no creía que debiera mencionar ese detalle en una guía para visitantes. Lo revisaría más tarde.

De regreso, Emily se detuvo primero en la oficina de correos. Quería recoger la correspondencia. Allí se encontró a la señorita Charlotte Cornish, hija del magistrado, George Cornish. Charlotte era unos años más joven que Emily. Las dos habían coincidido en la iglesia y en algunos actos sociales, pero seguían siendo más conocidas que amigas.

—Señorita Summers —la saludó Charlotte. Su rostro se iluminó al verla—. Me he enterado de que hace poco se ha producido un espantoso incidente cerca de su casa. Un peligroso tiroteo en una residencia muy importante.

Debido al trabajo de su padre, Charlotte solía enterarse de las cosas antes que los demás.

Emily asintió.

—Sí, fue un desafortunado accidente.

—Así lo describió Su Alteza Real en la carta que envió pidiendo clemencia, pero el culpable era uno de esos aprendices de la parroquia, así que es normal que la gente se pregunte qué ocurrió realmente.

—Yo no me lo pregunto —respondió Emily secamente—. Fue un accidente. Yo estaba allí.

—¿Ah, sí? —Charlotte pareció perder fuelle al darse cuenta de que había perdido su apreciado estatus como reveladora de secretos. No obstante, recuperó el ánimo al cabo de unos instantes y se acercó a ella con complicidad—. ¿Qué puede contarme al respecto? ¿Quién más estaba allí? ¿Cómo reaccionó Su Alteza Real?

Emily sonrió ante el entusiasmo de la muchacha.

—Tal vez en otra ocasión —repuso, ya más calmada—. Ahora debo irme. Le ruego que me disculpe.

Emily salió de la oficina de correos y se dirigió a toda prisa a Westmount, ansiosa por contarle a Viola la inesperada visita de Charles Parker del día anterior.

Encontró a su talentosa hermana en el salón, donde estaba tocando el piano, como hacía a menudo. Emily se sentó cerca de ella y la

escuchó tocar hasta que terminó la pieza. Cuando vio que tenía su atención, le contó las novedades.

Viola se quedó muy sorprendida.

—¿Y cómo te sentiste al verlo después de tanto tiempo?

—Me sentí… No sé… ¡Sentí tantas cosas! Llevaba mucho tiempo deseando volver a verlo, pero la verdad es que fue un poco incómodo. Estuvimos a solas muy poco tiempo y sobre todo hablamos de cosas sin importancia. ¡Hasta del tiempo que está haciendo!

—Tal vez estaba nervioso.

—Yo desde luego que lo estaba.

—¿Crees que vino a disculparse, o al menos a explicarse?

—Eso creo. Trajo jacintos morados para mamá y me dio la sensación de que se disculparía conmigo, pero Georgiana entró y tomó las riendas de la conversación. Él fue educado y amable con ella, por supuesto.

—Siempre lo ha sido.

Emily asintió.

—Entonces mamá pidió hablar con él en su habitación.

—¿Sobre qué?

—Sobre Claire, imagino. O tal vez para advertirle de que no le dijera nada a Georgiana. No lo sé. Y cuando volvió a salir, el señor Thomson estaba allí. Resulta que eran compañeros en Oxford. Rivales.

—¿Rivales? ¿En qué sentido?

—En esgrima, entre otras cosas.

—¿Qué otras cosas?

—No lo sé. Eso es lo que me ha dicho el señor Thomson. Cuando insistí, cambió de tema.

—Mmm. Qué curioso.

—O qué desconcertante.

—¿Crees que Charles volverá?

Emily se encogió de hombros.

—Su madre tiene previsto hacernos una visita, así que es posible que Charles y su padre la acompañen.

—¿Quieres volver a verlo?

—Naturalmente que sí. ¡Vaya pregunta!

Viola ladeó la cabeza.

—Es solo que… bueno, me ha parecido notar indicios de cierta inclinación por el señor Thomson.

—No puedo negar que me gusta y que lo admiro… bueno, lo poco que sé de él, pero sabes que amo a Charles desde hace años.

—¿Aún? ¿A pesar de todo?

—¡Sí! No conozco todos los detalles. ¿Y si hace tiempo que se arrepiente de haber cortado lazos con nosotras? ¿Y si tenía una buena razón?

—¿Y si esa razón no ha cambiado?

Emily miró a Viola a los ojos y luego volvió a apartar la mirada, incómoda al sentirse cuestionada por su hermana.

—Tendremos que esperar para verlo. Si vuelve, al menos escucharé lo que tenga que decir.

—Por supuesto. —Viola le tomó la mano y le dedicó una pequeña sonrisa—. Es que no quiero que vuelvas a llevarte una decepción.

—Yo tampoco. —Emily se levantó y recogió sus manguitos y su cuaderno—. ¿Vendrás a Sea View esta tarde? Creo que la señorita Stirling va a venir a vernos.

—Allí estaré, aunque eso implique tener que verte dos veces en un día —bromeó Viola, dándole un codazo juguetón.

Emily la abrazó antes de marcharse.

En el corto camino de regreso a casa, Emily vio a dos hombres que se aproximaban por Glen Lane.

Al acercarse, vio que eran el duque de Kent y el capitán Conroy. Se puso tensa al ver a Conroy, aunque se alegró de volver a encontrarse con el príncipe Eduardo.

Conroy pretendía pasar de largo con una mínima inclinación de cabeza, pero el duque sonrió y se detuvo.

—Ah, señorita Summers. Un placer volver a verla.

—Igualmente, Su Alteza Real. Ha elegido otro día frío para salir a pasear.

—Lo sé. Conroy y yo hemos salido a ver a los caballos, y él ha insistido en dar un paseo. Se supone que la brisa del mar es buena para la salud, ¿recuerda? —Un viento helado serpenteó por el camino e hizo que se estremeciera—. Aunque en este momento, pongo en duda esa creencia popular. —Giró la cabeza y tosió.

Emily se mordió el labio.

—Esa tos no suena nada bien.

El duque quiso quitarle hierro al asunto haciendo un gesto desdeñoso con la mano enguantada.

—No es más que un simple resfriado. No se preocupe. Siempre he sido fuerte como un buey. Más fuerte que cualquiera de mis hermanos.

—Me alegra oír eso. ¿Y su mujer y su hija? ¿Están bien de salud?

—Mi querida esposa está deprimida. Le preocupa que nuestra querida *Vickelchen*[33] tenga la garganta irritada. Cuando abre la boquita para llorar, se le puede ver. Tal vez la tenga un poco roja. —Se encogió de hombros—. No soy el más indicado para opinar. —De nuevo se volvió para toser y le preguntó—: ¿La ha visto últimamente? ¿A mi princesita?

—Hace unos días que no, pero, cuando la vi, tenía un aspecto muy saludable. Y muy buena cara. Es muy bonita.

Él sonrió.

—Ah. Sus palabras me colman de felicidad. Sí, es bonita y fuerte. Le han salido los primeros dientes y no ha dado el menor problema. Ahora tiene entre siete y ocho meses, pero ya parece una niña de un año.

Emily sonrió ante esa muestra de orgullo paterno del que el duque hacía gala a pesar de tener la nariz enrojecida y de no encontrarse nada bien.

El capitán Conroy fijó la mirada en el trecho que quedaba hasta Woolbrook y se aclaró la garganta.

—Bueno, no les entretengo más —dijo Emily, captando la indirecta—. Seguro que están deseando llegar a Woolbrook, para ponerse ropa seca y entrar en calor.

—Cierto, cierto.

—No querrá morirse de frío —añadió Emily, y luego deseó tragarse esas palabras tan pronto como las había dicho.

—Cielos, no —respondió—. Eso no me vendría nada bien. Que tenga un buen día, señorita Summers. *Adieu.*

jjj

Sarah miró por la pequeña ventana de su habitación para ver qué tiempo hacía. Se estaban formando unos nubarrones por el este. Un movimiento a un nivel inferior captó su atención y bajó la vista. Parecía que se avecinaba otra tormenta allí mismo.

Selwyn During, muy alterado, iba de un lado a otro en el patio lateral. Se llevó algo al rostro —tenía toda la pinta de ser una carta— antes de arrugarlo con una mano y pasarse la otra por el cabello. Sara vio que el sombrero o se le había caído o lo había tirado a un lado, pues yacía de cualquier manera sobre un banco de jardín que estaba cubierto de escarcha. Y el hombre era muy meticuloso en lo que a su atuendo se refería.

¿Qué tipo de noticias contendría aquella carta para haberlo alterado tanto? Estaba claro que una emoción muy fuerte se había apoderado de él: la ira o algo parecido.

¿Debería bajar a ver si deseaba hablar con alguien? ¿Debería ofrecerle ayuda o al menos un oído atento? Por otra parte, igual prefería que nadie lo viera así.

Sarah bajó las escaleras y fue primero al despacho para ver si Emily sabía algo de la carta.

Cuando entró, Emily escondió rápidamente un papel debajo de otro antes de mirarla con cara de culpabilidad. ¿Acaso se carteaba con Claire en secreto? Sarah no creía que su hermana se lo ocultara de ser así, pero puede que hubiera temido que fuera su madre la que entraba. Y ella sí que no lo hubiera aprobado.

Decidió no entrometerse. En lugar de eso, le comentó:

—Acabo de ver al señor During. Parece que ha recibido una carta, ¿es así?

—Sí, se la he dado hace un rato. Parecía contento.

—¿Te ha dicho de quién era?

Emily hizo memoria.

—No exactamente. Ha dicho algo así como «Noticias de casa. Buenas nuevas, espero».

Después de haber presenciado la reacción del señor During, Sarah lo dudaba.

Le dio las gracias a su hermana, fue a por su manto y salió al encuentro de su huésped. Estaba un poco nerviosa por el hecho de entrometerse, pero se sentía obligada a ofrecerle consuelo si podía.

Él seguía fuera. Ahora estaba sentado en el banco del jardín, con la cabeza entre las manos.

Al oírla acercarse por la gravilla, During levantó la vista y se enderezó. Estaba blanco como la cera y tenía el rostro desencajado, con los ojos muy abiertos y casi vidriosos. Parpadeó y se recompuso con visible esfuerzo.

Iba a levantarse cuando Sarah le dijo con dulzura:

—Por favor, no se levante. ¿Le importa que lo acompañe un momento? —Él no dijo nada, pero apartó el sombrero para hacerle sitio—. Señor During, ¿se encuentra bien? No quiero entrometerme, pero lo he visto desde la ventana y es evidente que está disgustado.

—Yo… —vaciló. Tenía la mirada perdida. De pronto, frunció el ceño y contestó—: No sé a qué se refiere.

—¿De verdad? Bueno, entonces, discúlpeme. Lo vi yendo de un lado a otro. Pensé que tal vez algo en esa carta lo había disgustado. Emily mencionó que había recibido una carta de casa.

Él llevó la vista al papel arrugado que sobresalía de su puño.

—Ah, eso. Bueno. No son las mejores noticias, no, pero nada que deba preocuparle.

Sarah estudió su semblante. Estaba claro que se resistía a confiar en ella.

—¿Puedo ayudarle de alguna manera? —le preguntó.

—Ja —rio de forma sombría—. La ayuda es un bien muy preciado. Uno que muy pocos de nosotros podemos permitirnos. No, no puede hacer nada, señorita Summers. Yo me encargaré. —Levantó la vista y, tal vez al ver la expresión dubitativa de Sarah, añadió—: De todas formas, gracias por preguntar. Es muy amable por su parte preocuparse por las cuestiones privadas de sus huéspedes.

Mensaje recibido. No era asunto suyo.

Sarah se levantó.

—Muy bien. Avíseme si cambia de opinión.

Esa tarde, Sarah se reunió con su familia en el salón. Viola y Fran Stirling también vinieron. Como de costumbre, todas estaban deseando ponerse al día de las últimas novedades en el pueblo y en sus vidas.

Después de disfrutar del té, de los pastelillos y de la conversación durante un rato, Fran posó la taza y les anunció: —Señoras, tengo una noticia que darles. Me he prometido. Se encuentran ante la futura señora Farrant.

Todas la felicitaron y le hicieron muchas preguntas sobre sus futuras nupcias y sobre sus planes de vender Broadbridge.

No obstante, por dentro, Sarah estaba desconcertada. La última vez que había hablado con ella, la señorita Stirling se había mostrado reacia a aceptar el compromiso. ¿Qué había cambiado?

—Los años pasan, me hago mayor y el señor Farrant es un hombre amable y trabajador —dijo Fran, como si hubiera leído los pensamientos de Sarah.

Viola asintió, apoyándola.

—Por no mencionar que es un hombre habilidoso, respetable y, si se me permite el atrevimiento, bastante guapo.

Fran se sonrojó. Le brillaban los ojos.

—Estoy totalmente de acuerdo.

—Deberíamos hacer algo para celebrarlo —propuso la señora Summers—. Déjenme darle una vuelta…

El señor Gwilt llamó con suavidad al marco de la puerta.

—Disculpen, señoras, pero han venido a visitarlas una tal señora Parker y un tal señor Parker.

—¡Oh! —La señora Summers se sobresaltó, y ella y sus hijas intercambiaron miradas con distintos grados de inquietud. Emily se llevó una mano al pecho, claramente nerviosa.

Solo Georgie parecía de veras encantada.

—¡Excelente! Son amigos de May Hill. Nuestros antiguos vecinos.

La señora Summers recuperó la compostura.

—Gracias, señor Gwilt. Tome sus abrigos y hágalos pasar.

—A mandar, señora.

Sarah echó un vistazo a la tetera y al plato todavía lleno de magdalenas y añadió: —Y después, por favor, pídale a Jessie que ponga más agua a hervir.

—Eso haré. Se la subiré en un santiamén. —Hizo una inclinación y salió de la habitación tan regiamente como si se hubiera formado como mayordomo.

—¿Debería irme? —susurró Fran, inquieta.

—Cielos, no —respondió Viola sin atisbo de duda.

La señora Summers no lo tenía tan claro.

Georgie se levantó de un salto para ir a buscar una silla de las que estaban junto a la pared y añadirla al círculo. Emily fue a por otra.

Un momento más tarde, el señor Gwilt hizo pasar a los recién llegados y todas se levantaron para saludar a la señora Parker y a su hijo.

—Bienvenida, Louise. Charles. Por favor, siéntense —les indicó la señora Summers señalando las dos sillas adicionales.

El señor Gwilt volvió a salir de la habitación y cerró las puertas al hacerlo.

Louise Parker lo siguió con la mirada.

—Tiene un mayordomo aquí. No pensé… Es decir, parece bastante eficiente.

Sarah decidió no aclarar el malentendido y se limitó a decir:

—Ha sido una bendición en muchos sentidos.

—¿No había venido con ustedes su marido? —preguntó la señora Summers.

—Lo hemos dejado en el hotel —respondió la señora Parker—. Ha ido a probar los baños terapéuticos y lo han dejado sin fuerzas. Su salud no es tan buena como nos gustaría.

—Lamento oír eso.

Louise Parker repasó a su vieja amiga con la mirada.

—Debo decir que tiene buen aspecto, Eugenia. Ahora la veo mejor de lo que ha estado en años.

—Gracias. Sí, la combinación de la brisa marina, los baños de mar y los largos paseos me ha sentado de maravilla.

Louise asintió.

—Entonces esperemos que el señor Parker también se beneficie de su estancia aquí. —Y añadió—: También me alegra verla sin el luto. Y a usted también, Sarah.

Sarah había llevado el luto durante mucho tiempo después de la muerte de su prometido. Se sorprendió al darse cuenta de que hacía bastante que no pensaba en Peter.

A continuación, la mirada de la señora Parker se posó en la reciente novia.

—Tengo entendido que hay que felicitarla. ¿Es eso cierto?

Viola sonrió.

—Sí, supongo que sí.

—Me ha dicho Charles que se ha casado con un mayor. Asombroso.

Emily se enojó en nombre de su melliza.

—¿Tan asombroso es?

La mujer miró a Emily y aclaró:

—No pretendía insinuar nada malo. Viola, se la ve muy bien y muy feliz.

—Lo estoy, gracias.

—Bien.

—He oído que a usted también debemos felicitarla, Louise, por su primer nieto —comentó la señora Summers.

—¡Sí! Amanda le ha dado un hijo a su marido, y apenas doce meses después de su boda. Ah, y antes de que se me olvide, les manda recuerdos a todas.

Sarah no había conocido bien a la hermana de Charles, ya que era varios años menor, de una edad más cercana a las mellizas. Amanda y Emily habían estado muy unidas de niñas, pero se habían ido distanciando al crecer.

La señora Parker continuó:

—¿Y qué hay de usted, Emily? ¿Algún romance a la vista?

La aludida se sonrojó y puso mucho cuidado en no mirar a Charles. Dio un sorbo a su té y murmuró: —No por el momento.

Georgie sonrió y añadió:

—Aunque siempre tiene muchos admiradores.

En ese momento, Charles enarcó una ceja y miró a Emily, que bajó la vista como si los posos de té de su taza le resultaran de lo más fascinante.

La señora Parker no le preguntó a Georgie por sus pretendientes, ya que todavía era muy joven. Tampoco se interesó por los de Sarah, quizá suponiendo que se había resignado a la soltería.

Entonces su mirada se posó en Fran Stirling. Frunció el ceño y amusgó los ojos, pensativa.

—Perdóneme. Su rostro me resulta familiar, pero no consigo ubicarlo.

—Esta es nuestra amiga la señorita Stirling —la presentó Sarah.

—Stirling… —Se volvió hacia la señora Summers—. ¿No tenía una dama de compañía llamada Stirling?

—Así es.

—Esa soy yo —dijo Fran con una humilde sonrisa—. La misma.

La señora Parker no le devolvió la sonrisa.

—Esto es sumamente irregular. Y yo que pensaba que había dejado el servicio hace tiempo.

—Así fue.

—La señorita Stirling tiene su propia casa aquí en Sidmouth —explicó Viola—. Una pensión encantadora con mucha demanda. Tiene mucho éxito.

La mujer curvó los labios.

—Una pensión, pero… —Luego, mirando una vez más a su alrededor, se lo pensó mejor y no completó la frase.

Sarah se dio cuenta de que Charles se revolvía incómodo en su asiento. ¿No les había hablado a sus padres de su nuevo negocio?

—Mamá —comenzó él—, iba a contártelo. Las Summers…

—Nosotras también regentamos una especie de pensión —lo interrumpió Georgie—, aunque mamá prefiere llamarla casa de huéspedes. Es más fino, ¿no cree? Hemos alojado a algunos huéspedes interesantes, se lo aseguro. Ha sido bastante divertido, aunque da un poco de trabajo, no se lo niego.

La señora Parker parpadeó sorprendida.

—¿Que ustedes… dan alojamiento… a huéspedes? ¿A desconocidos?

—Sí, Louise —respondió la señora Summers, con la frente bien alta —. En Sidmouth es muy común.

—Pero eso está por debajo de…

—De hecho ahora tienen alojados a algunos huéspedes notables —intervino Charles—. Unos importantes miembros del personal del duque de Kent.

—¿En serio?

A Sarah le gustaron las palabras de Charles, y notó que Emily le dedicaba una sonrisa de agradecimiento. Lo de «importantes» era un poco exagerado, pero nadie lo corrigió.

—Alguien en el hotel mencionó que el duque de Kent estaba viviendo en Sidmouth —comentó la señora Parker, pensativa.

—Sí. Es nuestro vecino —dijo Emily—. Y es sorprendentemente simpático.

—¿Lo ha conocido? —preguntó la señora Parker abriendo los ojos de par en par.

—Oh, sí. Pasa por delante de nuestra casa en sus paseos y siempre está dispuesto a pararse a charlar. También hemos visto a su hija. Es adorable.

—Madre mía.

Se produjo un silencio incómodo. Sarah se sintió aliviada cuando el señor Gwilt entró silenciosamente con una tetera recién preparada.

La señora Summers sirvió té a sus invitados, y Sarah les pasó el plato de magdalenas de grosellas.

—Las hace Sarah —les comentó Georgie.

Su hermana lo hacía con buena intención, pero Sarah dudaba que a una mujer como Louise Parker fuera a impresionarle saber que una dama bien educada desempeñaba tareas culinarias.

—Delicioso —dijo Charles amablemente después de probar una.

—Sí —coincidió su madre, aunque su sonrisa parecía tensa.

—No es nada —dijo Sarah, sintiéndose cohibida.

Se produjo otro silencio, solo roto por el tintineo de las tazas de porcelana al posarlas sobre los platitos. La señora Parker dejó su magdalena casi intacta.

—¿Y Claire? ¿Sigue en Escocia con un pariente? La tía de su

marido, creo que había dicho.

Sarah se fijó en que Charles había fruncido el ceño ante la pregunta de su madre. La señora Summers esbozó una sonrisa tensa.

—Sí, sigue en Escocia.

—Qué pena. Con lo encantadora que es. Es triste que desperdicie su juventud acompañando a una anciana. Y una que nunca fue de su agrado, si mal no recuerdo.

—Sí. Es una pena.

—Yo creo que fue muy amable por su parte irse —opinó Georgie—. Aunque la echo muchísimo de menos. Todas la extrañamos, en realidad.

Las Summers volvieron a intercambiar miradas incómodas. La señora Parker las observó intrigada.

Charles se aclaró la garganta.

—Bueno, mamá, tal vez sea hora de que nos vayamos. A ver cómo le va a papá después de los baños.

—Tienes razón. No deberíamos dejarlo solo demasiado tiempo —coincidió la señora Parker. Entonces se levantó, y las otras damas la imitaron, seguidas por Charles. Juntos se dirigieron al vestíbulo.

Se detuvieron junto a la puerta, donde intercambiaron educados agradecimientos por la visita y la hospitalidad, respectivamente, mientras esperaban a que el señor Gwilt les devolviera sus abrigos y sombreros.

jjj

Mientras Emily estaba allí con los demás, James Thomson bajó las escaleras.

La señora Parker levantó la vista y detuvo en él la mirada.

—¿Señor Thomson? —lo llamó, sorprendida, al reconocerlo.

—Ah, señora Parker. Me alegro de volver a verla.

—Y yo a usted. ¿No me diga que es usted uno de los importantes miembros del personal del duque de Kent?

El señor Thomson cruzó una rápida mirada con Emily y respondió:

—Yo… mmm sí, eso parece.

—Bien por usted. Charles no ve a menudo a sus compañeros de estudios. Qué agradable sorpresa. Ustedes dos van a tener que ponerse al día mientras estamos aquí. Hablar de los viejos tiempos. —Se volvió hacia las demás y explicó—: Fueron juntos a la universidad. —Se volvió de nuevo hacia el señor Thomson y le preguntó—: ¿Y cómo están sus padres? Espero que bien de salud.

—Eso creo. Vi a mi madre hace unos meses. Vino a Londres a visitarme cuando Sus Altezas Reales residían en el palacio de Kensington. Cenamos en el hotel en el que se alojaba y tuvimos una larga conversación. Parecía estar bastante bien.

—Estupendo. ¿Y su padre?

La sonrisa del señor Thomson se desvaneció.

—Los asuntos de la finca lo retuvieron en casa, como suele pasar.

—Sí, sí, no sabe cómo lo entiendo. Si mi marido no estuviera decidido a mejorar su salud, dudo que hubiéramos podido convencerle para que viniera de vacaciones.

—Siento mucho oír eso. —La preocupación suavizó su expresión—. Siempre fue amable conmigo cuando estaba de visita en Oxford. Rezaré por su recuperación.

—Se lo agradezco.

Los dos prosiguieron su conversación durante unos minutos más, mientras los demás permanecían allí de pie, incómodos, observándolos en silencio.

Emily se dio cuenta de que estaba al lado de Charles, algo apartada de los demás. Lo miró y dijo en voz baja: —El señor Thomson ha mencionado que ustedes dos eran rivales en Oxford.

—¿Eso ha dicho? Y todavía está resentido conmigo, supongo.

—No ha dicho ni una palabra en su contra. De hecho, ha dicho que era muy querido y respetado, aunque no creo que a él le gustara que ganara siempre.

—Yo no ganaba siempre.

Ella estudió su expresión sombría.

—No recuerdo haberlo oído mencionar nunca esa rivalidad cuando volvía de vacaciones.

Él hizo una mueca.

—No es algo que le confiaría a una señorita y mucho menos a usted.

—¿Por qué no iba a…? —se interrumpió a sí misma al caer en la cuenta y lo miró fijamente—. No estamos hablando de esgrima, ¿verdad?

—¿De esgrima? Mmm… Claro que sí.

Sin embargo, Emily notó que a él le subían los colores.

—Mire, todo esto fue hace mucho tiempo —dijo él en voz baja—. Está claro que esta supuesta rivalidad significó mucho más para él que para mí.

Emily siguió observándolo. ¿Estaba respondiéndole con evasivas para no decirle la verdad? En su momento lo había conocido muy bien, pero de eso hacía mucho tiempo.

Charles se volvió hacia su madre y dijo en voz más alta:

—Bueno, mamá. ¿Nos vamos o tenemos aquí a la gente de pie como pasmarotes todo el día?

—Oh, sí, sí. Perdón. Un placer volver a verlo, señor Thomson. Y gracias a todos de nuevo.

Los demás acompañaron a los Parker a la puerta con un suspiro

colectivo de alivio.

---

33 N. de la Trad.: La duquesa de Kent se refería a su hija, Alexandrina Victoria (la futura reina Victoria), con este diminutivo en alemán de su segundo nombre. El duque de Kent, en cambio, solía emplear el diminutivo del primer nombre: Drina.

Capítulo 14

«En toda ocasión ama el amigo, y el hermano nació para ayudar en la adversidad».

REY SALOMÓN,
Proverbios

Ahora que había deducido que había una mujer de por medio, Emily se arrepintió de haberle tomado el pelo al señor Thomson sobre su rivalidad con Charles y dudó si volver a mencionarlo. ¿Habrían cortejado ambos a la misma dama? ¿Habría ido Charles tras otra mujer mientras estaba en Oxford y luego había vuelto a casa durante las vacaciones y había pasado tiempo con ella, alimentando sus esperanzas, sin que ella se diera cuenta de nada? Charles era un hombre muy apuesto. No debería sorprenderla que otras mujeres hubieran buscado su atención. ¿Pero que él, tal vez, las hubiera correspondido? Era una tontería estar celosa, pero lo estaba.

Aquella noche, cuando Emily bajó vestida para cenar, el señor Thomson ya estaba allí, esperando en el salón a que llegaran los demás.

—La señora Parker se alegró mucho de volver a verlo —arrancó ella—. Y parece ser que también conocía al señor Parker padre.

—Sí, un poco. Visitó a Charles varias veces en Balliol. Más de lo habitual. El señor Parker lo adoraba, desde luego: le traía regalos de casa. Lo agasajaba con buenas cenas. Y a menudo invitaba también a otros estudiantes. Siempre me saludaba por mi nombre y me preguntaba cómo me iban los estudios. Esa clase de cosas. Puede que no parezca gran cosa, pero significaba mucho para mí.

Emily estudió su semblante. Recordaba lo que él había dicho sobre que su padre no estaba orgulloso de él.

—¿Su padre no… era así? —le preguntó con delicadeza.

Él negó con la cabeza.

—El señor Parker mostraba más interés por mis estudios y mi bienestar que mi propio padre. Hasta tuve que rechazar al menos una vez su oferta de comprarme una comisión.[34]

—¿Así que su hermano mayor es el hijo predilecto?

Él torció el gesto.

—La verdad es que ninguno de nosotros ha estado a la altura de las expectativas de nuestro padre. Todos lo hemos decepcionado de una forma u otra. Arthur era su favorito, hasta que sufrió el accidente.

—¿Su padre está decepcionado con él por eso? ¿Aun cuando no fue culpa suya? ¡No puede ser que culpe a Arthur!

—No —dijo, tensando los músculos de la mandíbula—. Me culpa a mí.

Emily se quedó boquiabierta.

—Oh, no. ¿Qué fue lo que ocurrió?

—Los tres fuimos a cazar al bosque que hay detrás de nuestra casa. Edward nos dijo que nuestro padre nos había dado permiso, pero mintió. —Volvió a torcer el gesto—. Sinceramente, no sé qué fue lo que pasó. Disparé un par de veces a los pájaros que había en lo alto de las copas de los árboles, pero eso fue todo. Y de pronto, Arthur estaba en el suelo y había sangre por todas partes. Fue el peor momento de mi vida. Cómo agradecí a Dios cuando el cirujano anunció que sobreviviría, aunque las aspiraciones militares que nuestro padre tenía para él no lo harían. Obviamente nuestro padre se enfureció y reprendió a Edward por ello. —James Thomson negó con la cabeza—. Pero mi hermano nunca tiene la culpa de nada. Siempre es cosa de los demás. ¿Que lo expulsan de Oxford? Es culpa de un compañero. ¿Que gasta más de la cuenta? Son los sinvergüenzas de los comerciantes que se aprovechan de él. Y cuando sucedió esto, insistió en que yo tenía la culpa. Dijo que debí de haber sido yo, ya que era el que menos experiencia tenía manejando armas y había estado disparando a lo loco. Intenté defenderme, pero mi padre no me creyó.

Entonces Emily cayó en la cuenta.

—¿Por eso salió usted en defensa del muchacho que disparó a la ventana de Woolbrook?

—Es cierto que hizo aflorar todos esos recuerdos, pero la verdad es que creí al muchacho —y a usted y a Georgiana— cuando dijo que había sido un accidente, que no había habido intención de hacer daño y, gracias a Dios, no llegó a haber nada que lamentar.

A Emily se le encogió el corazón. Ansiaba tomar la mano del señor Thomson entre las suyas, pero se resistió.

—¿Qué edad tenía usted entonces?

—Quince años. Después de eso, mi padre se desentendió de mí.

—Cuánto lo siento, James.

Emily se dio cuenta de que lo acababa de llamar por su nombre de

pila. Él le lanzó una mirada curiosa, sin duda consciente de aquel cambio, pero ella no dijo nada al respecto y él tampoco.

jjj

Cuando se sentaron a cenar aquella noche, el señor During no hizo acto de presencia. Sarah se preguntó si estaría haciendo guardia en su habitación de nuevo.

—¿Alguien sabe dónde está el señor During?

Los demás negaron con la cabeza.

—Me juego algo a que ha ido a la taberna Old Ship —comentó el señor Gwilt mientras dejaba una bandeja de bacalao escalfado sobre la mesa—. Oh, sí. Me preguntó dónde podía uno tomarse una pinta y conocer a los lugareños.

—¿En serio? Qué inesperado —repuso Sarah—. Gracias, señor Gwilt.

Sarah nunca hubiera dicho que Selwyn During bebía, ni lo hubiera tomado por alguien sociable o interesado por las costumbres o las gentes del lugar. Estaba claro que se había equivocado.

El señor Bernardi miró aquel insulso pescado pálido con cara de verdadera decepción. Levantó la vista y dijo:

—Qué raro. Siempre dice que no cuando le invito a tomar una pinta, que tiene que ahorrar hasta el último penique para su familia.

—Parece que ha hecho una excepción —resolvió el señor Thomson con equidistancia.

Y se pusieron a comer.

Unos bocados más tarde, Sarah oyó que se abría la puerta principal. Al cabo de unos minutos, Selwyn During entró en el comedor, desenrollando la larga bufanda que llevaba.

—Mil disculpas por mi tardanza —se excusó.

Traía consigo una mezcla de olores a cerveza, humo de pipa y pescado frito, pero estaba sereno. Todavía con el abrigo puesto, se dejó caer en la silla, cuyas patas crujieron bajo su peso.

Bernardi le preguntó:

—¿De verdad ha ido solo a una taberna cuando siempre se niega a acompañarme?

During abrió los ojos de par en par.

—¿Cómo lo ha sabido?

Miró con recelo al señor Gwilt, pero Bernardi contestó:

—Es obvio, por el olor de su ropa.

Selwyn levantó un brazo y olfateó la manga del abrigo.

—Oh, vaya. Tendré que remediarlo cuanto antes. Solo me tomé una pinta, por cierto. Por ser amable. Ya sabe que soy muy cuidadoso con mis limitados fondos.

—Si usted lo dice.

—Lo digo. Sabe que por regla general no bebo. —Se levantó con el consiguiente crujido de madera de la silla—. He venido aquí directamente porque llegaba tarde, pero subiré mis cosas a la habitación.

—No hace falta, señor. Permítame. —El señor Gwilt despojó al hombre de su abrigo, del sombrero y la bufanda, llevándose también gran parte del desagradable olor.

—Bien —dijo Sarah cuando Selwyn During volvió a sentarse—. Basta de interrogar al señor During como si estuviera en un juicio. Dejémosle comer en paz.

La conversación prosiguió cuando el señor Hornbeam cambió de tema, para alivio de Sarah y, seguramente, también del señor During.

—Tengo entendido que Sus Altezas Reales darán un baile dentro de dos noches. Ustedes tres deben de estar muy atareados con todos los preparativos.

—¡Totalmente! —Al señor Bernardi se le iluminó el rostro—. Por fin podemos volver a divertirnos.

Selwyn During asintió.

—Sí, sí.

Durante la semana anterior, se había corrido la voz por todo Sidmouth de que el duque había enviado invitaciones para un baile. Todos se preguntaban quién tendría el privilegio de asistir. Se rumoreaba que acudirían varios miembros de la alta burguesía local, que sin duda esperaban con impaciencia esta excepcional oportunidad de conversar con miembros de la familia real.

Las Summers no formaban parte de ese selecto grupo.

—Estoy segura de que los invitados estarán deseando asistir —comentó Emily, con una nota de dolor en su voz.

Se produjo un silencio incómodo.

El señor Hornbeam se aclaró la garganta y cambió de tema.

—Hoy he leído en el periódico —es decir, la señorita Georgiana me lo ha leído— que los acreedores del duque siguen generando problemas en Londres, a pesar de su traslado al sudoeste del país.

—Es una auténtica injusticia, en mi opinión —refunfuñó el señor During mientras daba cuenta del pescado—. Él se endeuda y se va a la costa, mientras que al resto de los mortales los mandan a Marshalsea.[35]

El señor Hornbeam levantó la vista y tensó el rostro ante el tono del hombre.

—Un lugar horrible, por lo que tengo entendido.

El señor During clavó su mirada en el hombre al otro lado de la mesa.

—¿Ah, sí?

—Eso tengo entendido por lo que he leído. Nunca he estado allí.

—Ni yo, claro. Ni yo.

jjj

Aquella noche, Emily se quedó leyendo hasta tarde en el salón. El fuego de la chimenea ardía ya débilmente, pero ella se había arrebujado en una manta y se alumbraba con una vela, así que permaneció allí mucho después de que su madre, Georgiana e incluso Sarah se hubieran ido a la cama.

La casa estaba en silencio, salvo por el fuego que siseaba y crepitaba de vez en cuando.

Empezaron a pesarle los párpados, pero no cejó en su empresa y pasó la página.

Oyó acercarse a alguien y levantó la vista, ligeramente sobresaltada.

El señor Thomson entró en la habitación con un libro en la mano. Llevaba un chaleco sobre la camisa y pantalones oscuros, pero no levita. El cuello blanco de su camisa se alzaba sobre la mandíbula ensombrecida por una barba incipiente.

Al verla en el sofá, se detuvo en seco.

—Lo siento. Creía que todo el mundo se había ido a la cama. Vi que había luz y…, pero si prefiere que la deje leer a solas, me…

—Ni mucho menos, señor Thomson. Puedo leer cuando hay tormentas eléctricas o incluso con Georgie charlando al lado. La compañía de otro lector no me molestará lo más mínimo.

Quizá no fuera del todo cierto porque, aunque él fuera silencioso como un ratón, ella sería consciente —y estaría un poco pendiente— de su presencia.

—Muy bien —aceptó y se encaminó hacia una butaca a cierta distancia.

—Puede sentarse aquí y compartir la luz —le sugirió Emily—. Ya bastante difícil es leer a la luz de las velas y de un fuego a punto de apagarse, pero es que estoy tan a gusto aquí acurrucada que no he sido capaz de mover un dedo.

—Lo avivaré para usted. Para nosotros.

—Gracias.

Atizó el fuego y añadió otro tronco antes de sentarse en el extremo opuesto del sofá.

—Ahí hay otra manta, por si tiene frío —le indicó ella, señalando con un gesto de cabeza el brazo del sofá.

—Buena idea. —Él la extendió sobre las piernas y luego miró en su dirección—. La verdad es que sí que se la ve muy cómoda.

Ella notó que él bajaba la mirada y que una sonrisa se le dibujaba en los labios. Entonces ella misma vio que la manta no llegaba a cubrirla por completo y que, apoyados en un escabel, sus pies

enfundados en las medias habían quedado al descubierto. Los volvió a esconder, cohibida, mientras notó cómo se le encendían las mejillas. Se dijo a sí misma que no exagerara. Si él podía sentarse allí en mangas de camisa, ella también podía hacerlo sin zapatos.

—¿Otra novela? —preguntó él, señalando con la cabeza el grueso volumen que ella tenía en las manos.

—Pues no. Espero que le impresione saber que estoy leyendo un libro de historia que he tomado prestado de la biblioteca circulante. Es sobre el reinado de Federico Guillermo II, rey de Prusia.

Él alzó sus oscuras cejas.

—¿Prusia? Pues sí que estoy impresionado.

—Bien. Sin embargo, lo tengo desde hace casi quince días y he de confesarle que me está resultando un poco lento. Me he prometido que podré empezar una nueva novela en cuanto termine otro capítulo.

—¿Como tomar un poco de azúcar para que una medicina que sabe mal baje mejor? —preguntó—. Sabe que no tiene por qué seguir leyéndolo, ¿verdad?

—Me lo he propuesto como un reto, así que lo haré.

—¿Y si le digo que usted ya me ha impresionado profundamente, con libro de historia o sin él?

A pesar de lo que se había propuesto, a Emily se le aceleró el corazón. Sin embargo, asumió que estaría bromeando, por lo que respondió con la misma ligereza.

—Pues ahora será con más motivo. —Emily echó un vistazo al libro que él tenía entre manos—. ¿Y usted? Imagino que está con otro libro de historia denso y árido, ¿no es así? No es ni la mitad de grueso que el mío.

—Si le digo que estoy leyendo una novela, ¿empeorará la opinión que se ha formado de mí?

Ella se rio.

—Al contrario, ¡lo tendré en mayor estima!

—Entonces que sepa que estoy leyendo una novela.

—¿Cuál? —preguntó, entusiasmada.

—Se llama *Persuasión*. ¿La conoce?

—¿Que si la conozco? Me encantó. —Se inclinó en su dirección—. ¿Por dónde va?

—Me falta poco para terminarla. En general me está gustando, aunque he de admitir que algunas partes me resultan tan lentas como a usted su libro de historia. Demasiados pasajes descriptivos e introspectivos.

—Si le ha parecido engorroso, entonces no le recomiendo que lea *Sentido y Sensibilidad*. A mí me encantó, claro, pero incluso a mí me han resultado difíciles algunas partes.

—Tomo nota —dijo. Luego continuó—: Debo decir que el capitán

Wentworth me ha tenido muy confundido, coqueteando con la joven señorita Musgroves y fanfarroneando con que se casaría con cualquier mujer que alabara la Marina, y mientras tanto la pobre Anne sufriendo todo aquello en silencio. La verdad es que no fue muy galante con ella al principio.

—Creo que seguía receloso porque ella lo había rechazado años atrás —opinó Emily—. Probablemente temía que lady Russell volviera a convencer a Anne de que él no era lo bastante bueno para ella. Y quizá fue desagradable al principio, ¡pero se lo compensa todo con esa carta! —Emily citó—: «No he amado a nadie más que a usted. Puede que haya sido injusto, puede que haya sido débil y rencoroso, pero inconstante, jamás».

Él se quedó mirándola con aquellos ojos cariñosos y brillantes.

—Espero no haberle revelado nada —añadió ella.

—Justo acababa de llegar a esa parte. Es muy emotiva. Aunque también bastante intimidante para un mortal normal y corriente. No sé si alguna vez podría escribir algo tan conmovedor.

—No tendría por qué hacerlo, no si siempre ha sido sincero con sus sentimientos y se los ha expresado a la mujer que admira.

—Lo recordaré —repuso él con voz suave, sin despegar la mirada de sus ojos.

Emily tuvo que hacer un esfuerzo para mirar hacia otro lado.

—El error de Wentworth fue subestimar la constancia de ella y dudar de su propia valía.

—No es de extrañar —afirmó con una media sonrisa—. Al fin y al cabo, él también era hijo menor.

Ella soltó una risita ante su broma, pero él no tardó en ponerse serio de nuevo.

—Supongo que le encanta esta novela porque trata de unos amantes que se vieron injustamente separados, más tarde tienen una segunda oportunidad en el amor y finalmente logran su tan esperado final feliz.

Ella amusgó los ojos.

—Creía que aún le quedaba algún capítulo.

—Es un final previsible. Después de todo, el último capítulo empieza así—: «¿Quién no adivina lo que siguió?».

—*Persuasión* me encanta porque es un libro maravilloso —zanjó ella.

—Me alegra oír eso.

En secreto, Emily se preguntó si su admiración por aquella novela estaría en realidad relacionada con la decepción que se había llevado con lo de Charles. Quizá.

—Bien, ahora voy a terminar este capítulo así me cueste la vida… o me haga caer rendida —anunció con determinación, dejando a un

lado sus pensamientos—. Y usted va a terminar el suyo.

—Muy bien.

jjj

Emily se despertó. Todavía estaba oscuro. Estaba aterida e incómoda, y tenía el cuello dolorido. La lumbre de su habitación se había apagado y debía de haberse dormido en una mala postura. Se arrebujó en las mantas y cambió de posición, tratando de acomodarse en la almohada, una almohada que le pareció sorprendentemente dura mientras volvía a quedarse dormida.

Volvió a despertarse cuando la tenue luz del amanecer empezó a filtrarse en la estancia. Ahora hacía un poco más de calor y estaba mucho más cómoda que antes. Abrió los ojos y se quedó de piedra.

No estaba en su cama. Seguía en el sofá del salón, con la cabeza apoyada en el hombro del señor Thomson. Debía de haberse deslizado por el respaldo mientras dormía hasta llegar junto a él. Él estaba repantigado en el sofá, con la cabeza apoyada en el respaldo y los ojos cerrados, respirando profundamente. Ella, por su parte, medio reclinada sobre los cojines, había usado a aquel hombre de almohada.

«Ay, cielos».

Emily se enderezó muy despacio, poniendo cuidado en no despertarlo.

Se puso de pie sin hacer ruido y lo miró. Parecía relajado en su sueño. Más joven. Lo tapó bien con su propia manta y salió del salón de puntillas.

Subió las escaleras y entró en la habitación que compartía con Sarah, con la esperanza de no despertarla tampoco a ella.

No obstante, su hermana, que solía madrugar, ya estaba sentada en el borde de la cama.

—¡Oh! Aquí estás, Emily. Me había preocupado al despertarme y ver tu cama sin deshacer.

—Lo siento. Me quedé dormida abajo mientras leía.

—¿En serio? Habrá sido una noche fría e incómoda.

—Mmm, un poco, sí. ¿Te importa si duermo un poco más? Todavía estoy cansada.

—¡No me extraña! Está bien, pero no te levantes muy tarde. Voy a necesitar tu ayuda para recoger el desayuno.

—Gracias, Sarah.

—No te preocupes. Ahora, duerme un poco.

Emily bostezó y se acostó.

jjj

Después de lavarse y vestirse, Sarah bajó las escaleras. De camino a la

sala en la que servían el desayuno, se asomó al salón para echar un vistazo, a ver si Emily había dejado alguna taza de té usada o alguna manta que recoger.

Se llevó una sorpresa al ver al señor Thomson allí de pie, doblando una manta de punto y volviéndola a colocar en un brazo del sofá.

Por un momento se quedó mirándolo, perpleja, con un montón de pensamientos bullendo en su interior. No había ocurrido nada inapropiado entre él y Emily esa noche, ¿verdad? No. Seguramente no.

Para no ponerlo en una situación embarazosa, Sarah se dio la vuelta y se alejó deprisa y en silencio.

¿Tenía razón al preocuparse o lo sucedido con Claire la había vuelto extremadamente cuidadosa?

Fuera como fuese, decidió advertir a Emily la próxima vez que la viera.

---

34 N. de la Trad.: Durante la Regencia, en tiempos de paz, la mayoría de los ascensos militares se producían pagando por alcanzar un rango superior.

35 N. de la Trad.: Cárcel ubicada en Southwark, al sur de Londres, a la que enviaban personas acusadas de delitos de allanamiento, faltas de honor y deudas. Estuvo operativa hasta 1842.

Capítulo 15

«A pesar del intenso frío, vieron a la duquesa, a su hija y a la niñera en el paseo marítimo».

NIGEL HYMAN,
Sidmouth's Royal Connections

Emily durmió una hora más o menos. Luego se lavó, se vistió y bajó las escaleras.

Acababa de ponerse la capa cuando vio que el señor Thomson salía de casa con el cuello del gabán levantado para protegerse del viento. Se puso los guantes, tomó la bolsa de labores de Viola y salió apresuradamente para alcanzarlo.

—¡Señor Thomson! —lo llamó.

Él se volvió y, al verla, retrocedió sobre sus pasos para encontrarse con ella a mitad de camino.

—Buenos días. ¿Cómo ha dormido?

Ella notó que se le encendían las mejillas.

—Bastante bien, dadas las circunstancias. ¿Y usted?

—Por alguna razón —contestó él con ironía—, me he despertado con un calambre en el cuello.

—No alcanzo a imaginar por qué, pero tal vez sea mejor no hablar de eso. ¿Va a Woolbrook?

—Sí. Para ver si Su Alteza Real desea dictar alguna carta o ha tomado ya una decisión respecto a patrocinar la Sociedad de Amigos de los Pobres.

—¿Cree que tenemos posibilidades?

—Más que la mayoría. A pesar de las deudas que ha contraído y de su nada envidiable reputación, es un hombre bastante caritativo.

—Me alegra oír eso. Voy de camino a Westmount. ¿Le importa si lo

acompaño?

Él sacudió la cabeza.

—¿Cómo iba a importarme? Siempre disfruto de su compañía. Esté despierta o no.

Ella se rio y siguieron caminando.

—Perdone mi impertinencia, pero ¿no vio ayer mismo a la señora Hutton?

—Sí. Voy a devolverle la bolsa de labores. Se la dejó en el salón cuando los Parker nos visitaron por sorpresa.

—¿Y no podía esperar?

—No me importa llevársela. Siempre me alegra encontrar una excusa para verla.

—Admiro lo unida que está a sus hermanas, especialmente a la señora Hutton. Supongo que es porque son mellizas.

—Puede ser, aunque no siempre hemos estado tan unidas. Entre nosotras solía haber más discordia que otra cosa. Por suerte hemos superado esas desavenencias.

Él la miró fijamente, con los ojos oscuros muy brillantes.

—¿Y cómo han conseguido limar esas diferencias?

Emily se encogió de hombros, haciendo memoria.

—Pidiendo disculpas. Hablando. Dándonos tiempo. Ah, bueno… y ella casi se ahoga en el mar el verano pasado. Aquello me dio un susto de muerte e hizo que me diera cuenta de lo mucho que la quiero.

—Bueno, no quiero que mis hermanos pasen por eso, pero ojalá estuviéramos más unidos.

—¿Usted y sus hermanos no hablan a menudo?

—Apenas hemos hablado en los últimos años.

—Bueno, ha estado mucho tiempo fuera.

—Cierto. Aunque rara vez hablábamos, incluso antes de mudarme.

—¿Quizá podría probar a escribirles una carta? —aventuró ella con una sonrisita—. Tengo entendido que es bastante hábil con la correspondencia.

Él le devolvió la sonrisa, pero sus ojos no acompañaron a sus labios.

La niñera de los duques se acercaba por el sendero procedente de Woolbrook Cottage abrigada con un sombrero y una capa. En brazos, envuelta en muchas mantas, llevaba a la bebé.

Conforme se aproximaba, el señor Thomson la saludó.

—Buenos días, señora Brock. ¿Cómo está hoy la princesa?

—Mucho mejor, afortunadamente.

—Un placer volver a verla. —Emily sonrió a la mujer—. A usted y a la pequeña.

La mujer intentó devolverle la sonrisa, pero le castañeteaban los dientes.

—Su Alteza Real el duque insiste en que la niña debe tomar el aire a diario. Y estoy de acuerdo en que le viene bien. A mí, en cambio… Oh, el viento se cuela a través de esta vieja capa… y me llega hasta los huesos.

—¿Le traigo otra capa? —se ofreció el señor Thomson— ¿O un chal, tal vez?

—No lo va a encontrar. Y es demasiado pronto para llevar a esta pequeñina adentro. Tome. —Se acercó a él y le dio la niña envuelta en mantas—. Sujétemela unos minutos, ¿quiere? Entraré a por mi chal en una carrera y volveré enseguida.

—Por supuesto. —Él tomó a la niña en brazos y la recostó contra su pecho.

La niñera se alejó a toda prisa. Emily la siguió con la mirada. El señor Thomson, en cambio, siguió concentrado en aquello tan valioso que tenía en brazos.

—La señora Brock debe de confiar mucho en usted.

—Supongo que sí.

La niñita miró atentamente al hombre que la sostenía. Le asomaban unos mechones dorados por debajo de un gorrito de lana. Los ojos azules, enmarcados por unas delicadas cejas, apenas visibles, no mostraban signos de alarma, solo un leve interés.

—Ella también confía en usted.

—No es la primera vez que la tengo en brazos. —Él se balanceó de un lado a otro con delicadeza.

—Parece que sabe lo que hace.

Él se encogió de hombros.

—He aprendido algunas cosas. Usted debe de tener experiencia con bebés, al tener una hermana pequeña.

Emily reflexionó.

—Georgiana es casi seis años menor que yo, pero no recuerdo que me hayan confiado su cuidado. —Tal vez porque era demasiado inmadura o había estado demasiado enfrascada en sus propios asuntos como para ofrecerse a ayudar. Su madre había contratado a una niñera y también se había implicado en el cuidado de su hija. Sarah también se había mostrado dispuesta a ayudar, pero ella ya había nacido responsable.

James dejó de mirar a la pequeña para centrarse en ella.

—¿No le gustan los niños?

—Oh, no. Sí que me gustan. Solo que hace años que no tengo bebés a mi alrededor.

Él volvió a mirar a la princesita. Emily contempló la imagen que formaban los dos: un hombre alto que sostenía a una niña con facilidad, competencia e infinito cuidado. A ella se le enterneció el corazón y sintió que le crecía en el pecho, que se acercaba más a él.

En ese momento, *Chips* apareció por el sendero dando saltos hacia ellos. Una ardilla se cruzó en su camino y el perro empezó a ladrar, mientras salía corriendo detrás de la fugaz aparición de cola roja hasta un campo cercano.

Ante el estridente sonido de los ladridos, la niña hizo un mohín y empezó a lloriquear y a retorcerse.

—Shhh. Ya, ya —la tranquilizó el señor Thomson, meciéndola suavemente en sus brazos—. Ya está, Alteza. Solo era un perro tonto y ahora ya se ha ido. Tranquila, tranquila. Ya está…

Emily sintió que el corazón se le derretía, como tofe caliente.

En su mente apareció una escena como dibujada por un pintor a gran velocidad. James, sosteniendo a otro bebé en brazos. El de ellos dos. Él miraba primero a su querido bebé y luego a ella, con amor y adoración en sus ojos marrones. Emily notó que el corazón no le cabía en el pecho. Nunca se había imaginado a otro hombre como el padre de sus hijos. Solo a Charles. Charles, que había venido a verlas. Charles, que había querido disculparse. Charles, a quien había amado durante tanto tiempo. ¿Qué le estaba pasando?

Desechó aquella imagen sorprendente y tentadora con una serie de rápidos parpadeos y se dio cuenta de que James la miraba ligeramente preocupado.

—Lo siento —soltó ella de improviso—. ¿Ha dicho algo?

—Le he preguntado si se encontraba bien. De repente ha puesto una cara rara.

—Oh. Yo… —«No seas tonta», se reprendió para sus adentros. «No te enamores de un hombre al que apenas conoces cuando Charles acaba de llegar. James se irá en cuanto se vaya la comitiva real. A la lejana Alemania, lo más probable. Y tú seguirás aquí»—. Me encuentro bien. Solo… solo estaba pensando.

jjj

Más tarde, Emily pasó a limpio lo último que había escrito de la guía y añadió esas páginas a la primera tanda.

Luego se puso el manto y los guantes, y se encaminó a la biblioteca y salas públicas de Marsh, con la carpeta de cuero del editor en los brazos. Quería enseñarle las páginas que describían el pueblo y la iglesia, pues no quería avanzar demasiado hasta que supiera si iba por buen camino.

Emily dejó atrás el Fort Field y recorrió a paso ligero el paseo marítimo con una fría brisa que le tiraba de la capucha. Lamentó no haberse puesto otra enagua de franela más bajo el vestido. A lo lejos, vio a uno de los hijos del señor Wallis en la terraza de la biblioteca, quitando la nieve. El propio señor Wallis salió y le señaló a su hijo la escalera, que había dejado sin limpiar.

Al verlo, los nervios se apoderaron de ella y titubeó, ralentizando sus pasos hasta casi detenerse. De repente, deseó haber tomado el camino más largo para llegar al pueblo.

Agarró con fuerza la carpeta, agachó la cabeza y siguió caminando, con la esperanza de que el señor Wallis no se diera cuenta de su presencia.

—¿Señorita Summers?

Ella levantó la vista, invadida por la culpabilidad.

—Oh, buenos días, señor Wallis. Iba sumida en mis pensamientos.

—Acabo de recibir la última novela de *Waverley* y me he acordado de usted al instante.

—Qué-qué amable. ¿Tal vez en otro momento? Es que… he salido a hacer un recado.

Él bajó la vista hasta posar su mirada en la carpeta que Emily sostenía contra su pecho como un manguito… o un escudo.

—Claro. —Él amusgó los ojos tras las gafas empañadas y frunció los labios. ¿Sería una expresión de curiosidad o de suspicacia?

—Bueno… Que tenga un buen día —dijo ella, forzando una sonrisa.

Se alejó, cerrando los ojos con fuerza para hacer frente a una nueva oleada de culpabilidad.

«No estoy haciendo nada malo», se recordó a sí misma. Sin embargo, no se quedó plenamente convencida.

Emily sintió, o al menos imaginó, que el señor Wallis la seguía con la mirada. ¿Estaría observándola hasta que llegara a su destino? Se sintió tentada de dar la vuelta por la calle Fore para que él no viera por qué puerta entraba. Sin embargo, al acercarse al Hotel York, se atrevió a echar un vistazo atrás y descubrió con alivio que la terraza estaba vacía. Tal vez el frío había superado a su curiosidad.

Unos minutos más tarde, Emily estaba sentada, nerviosa y en silencio, frente al escritorio de John Marsh. Se retorcía las manos enguantadas en su regazo mientras él leía las páginas, sumergiendo la pluma en el tintero cada poco para garabatear alguna que otra nota o un añadido en los márgenes. Empezó a pensar que a él no le estaba gustando nada. Probablemente así fuera. Seguro que en ese momento el señor Marsh se arrepentía de haberle asignado a ella el encargo.

Entonces el hombre levantó la vista.

—Excelente. Buen comienzo. Siga así. —Guardó la pluma y le devolvió la carpeta.

¡Qué alivio!

Hablaron durante unos minutos más y luego Emily salió de la biblioteca flotando en una nube de satisfacción, tan extasiada que no prestó atención a dónde pisaba. Al echarse a un lado para esquivar a un repartidor, acabó sobre una placa de hielo. Resbaló, trató de equilibrarse con la mano libre, pero acabó desestabilizándose, y sus

pies salieron volando. Intentó detener la caída con la misma mano, con la otra aferraba tenazmente la carpeta.

Crac. Aterrizó con fuerza en el suelo y el dolor le subió por el brazo.

Oyó que tras ella se abría una puerta y alguien se acercaba a toda prisa.

—¡Señorita Summers! —El señor Marsh se puso de cuclillas junto a ella—. La he visto desde la ventana. ¿Está herida?

—Creo que no. Solo mi orgullo. —Intentó apoyarse en la mano para levantarse y se retorció de dolor al momento—. Oh, no. Me he hecho daño en la mano.

El señor Marsh la ayudó a ponerse de pie agarrándola con cuidado del otro brazo.

—Vayamos a que la vea el doctor Clarke.

—Estoy segura de que no necesito un médico.

—Un cirujano, entonces.

—¿Emily? ¿Está bien?

Ella levantó la vista. Vio que Charles Parker estaba allí, en la entrada del Hotel York. Supuso que tendría un aspecto espantoso, con el sombrero torcido y una larga mata de pelo despeinado colgando, que se le había soltado al caer.

—Me he resbalado en el hielo.

Charles miró fijamente al hombre, que todavía la sujetaba del brazo.

El señor Marsh la soltó.

—Se ha hecho daño en la mano —explicó él—. Intentaba convencerla de que fuera a que se la vieran.

Emily volvió a protestar:

—No creo que eso sea…

—Estoy de acuerdo —intervino Charles, interrumpiendo sus quejas —, ¿señor…?

—John Marsh, a su servicio. —Se presentó con una inclinación y señaló hacia el escaparate de la biblioteca, en el que había libros, grabados y regalos expuestos—. Este es mi establecimiento. —Entonces se volvió hacia Charles y miró con curiosidad su elegante atuendo y su porte y sus maneras aristocráticas—. ¿Y usted es…?

—Oh. —Emily tomó la palabra—. Este es el señor Parker. Un amigo de la familia. Sus padres y él están aquí de visita.

—Ah.

—Gracias por acercarse a ayudar a la señorita Summers —dijo Charles cortésmente—. Estaré encantado de acompañarla adonde necesite ir.

El señor Marsh se llevó una mano al pecho.

—Se lo agradecería mucho. Y como veo que son ustedes viejos

amigos, no tengo ningún reparo en dejar a la señorita Summers a su cuidado. De hecho, ha aparecido como caído del cielo, señor, ya que no debería dejar la biblioteca desatendida y hoy mi empleado solo trabaja media jornada.

Charles asintió y le ofreció el brazo a Emily. Ella guardó la carpeta bajo el brazo y le puso la mano buena sobre la manga de él.

—¿Le duele la mano? —le preguntó él mientras se alejaban—. Dígame la verdad.

Ella suspiró.

—Sí. Y noto que me late la muñeca.

—Entonces, venga —le dijo con cariño—. Vamos a que la atiendan.

jjj

Una hora más tarde regresaron a Sea View. Emily llevaba la mano y la muñeca vendadas. Charles insistió en acompañarla para asegurarse personalmente de que llegaba sana y salva a casa.

—Por cierto —le dijo cuando se acercaba a la puerta—, sé que no es mi casa, pero ¿no les preocupa alojar aquí a unos extraños? Al fin y al cabo, ustedes son damas sin la protección de un hombre.

—Ni mucho menos. Tenemos a Lowen y al señor Gwilt.

Justo en ese momento, el señor Gwilt les abrió la puerta, se hizo cargo de sus abrigos y se preocupó por la herida de Emily. Luego los condujo al salón, donde la señora Summers estaba cosiendo en la butaca en la que solía sentarse. Cuando entraron, ella levantó la vista y abrió los ojos, alarmada.

—¡Emily, oh, no! ¿Qué ha pasado?

—Me he caído por culpa del hielo. No te preocupes, no tengo nada roto, solo es un esguince. Hemos pasado por la consulta del doctor Clarke para asegurarnos. Ha dicho que debería tenerla vendada durante unos cuantos días.

—Menos mal.

—Sí —convino Emily, aunque por dentro seguía lamentando el accidente. ¿Cómo iba a escribir con la mano así? Y si no podía hacerlo, ¿cómo cumpliría con el plazo del señor Marsh?

La señora Summers miró a Charles.

—Muchas gracias por traerla a casa.

Él inclinó la cabeza.

—Yo encantado. Me alegro de haberla encontrado.

—¿Por qué no se queda a cenar con nosotras? —le propuso la señora Summers—. Es lo mínimo que podemos hacer.

—Nada me gustaría más, pero me temo que mis padres me están esperando.

—Envíeles una nota. Estoy segura de que el señor Gwilt no tendrá problema en hacérsela llegar a su hotel.

Robert Gwilt asintió con entusiasmo.

—Claro, *madame*. Lo haré encantado.

Charles titubeó.

—¿Seguro que no será mucha molestia aumentar el número de comensales con tan poca antelación?

—Claro que no. De hecho, al señor Thomson lo han invitado a cenar en Fortfield Terrace esta noche, así que no nos acompañará. Ya ve que ni siquiera tendremos que poner un servicio más.

—En ese caso, acepto con mucho gusto. Será como en los viejos tiempos.

—Excelente. Cenamos a las seis.

Él consultó su reloj.

—Normalmente me cambiaría para cenar, pero…

La señora Summers analizó su atuendo oscuro e inmaculado.

—No hace falta. Está perfecto tal y como va vestido. Ahora, si me disculpan, voy a avisar a Sarah y a la señora Besley.

Cuando se hubo ido, Emily se quedó allí de pie, sin saber qué hacer.

—Tenemos un poco de tiempo. ¿Le gustaría dar una vuelta por la casa? Creo que la última vez que estuvo aquí solo vio el salón.

Él la miró a los ojos, muy serio.

—Me encantaría ver dónde pasa el tiempo ahora. He de confesarle que May Hill no ha vuelto a ser el mismo desde que se fue.

Al oír sus palabras, a Emily le dio un vuelco el corazón.

Lo condujo a través de la sala de estar, más formal, hasta el comedor. Allí, Charles posó su mirada en la vajilla estampada que ya estaba puesta sobre la mesa. Obra de Sarah, sin duda.

—Ah, cuántas comidas he disfrutado con esta vajilla —musitó él. Emily sintió que la invadía una oleada de placer al ver que él se acordaba—. Sus padres tuvieron la amabilidad de invitarme a muchas cenas en Finderlay, como recordará. En cumpleaños, vacaciones o simplemente cuando me encontraba allí por casualidad y posponía mi despedida hasta la hora de la cena. Sus comidas familiares, llenas de charlas amenas y bromas amistosas, eran más agradables que las nuestras. Mucho mejor que en nuestra casa, donde cada comida era como una lección de modales y decoro en la mesa.

Sí, su madre siempre había insistido mucho en tener un comportamiento adecuado, un rasgo que había transmitido a Charles y a su hermana.

—Creo que a papá le gustaba tener a otro hombre por aquí —repuso Emily.

—Sí. «Refuerzos», así me llamaba.

Siguieron caminando, atravesaron la sala de desayunos y regresaron al salón.

—Creo que le veía como el hijo que nunca tuvo —añadió ella.

Charles asintió.

—Incluso me llevó a cazar algunas veces. Y a pescar también. Pasé muy buenos momentos con él.

A Emily se le empañaron los ojos al recordar a su padre. Con demasiada frecuencia había permitido que los difíciles meses posteriores a su apoplejía enturbiaran los años felices que los habían precedido. Él se había enfadado mucho tras la marcha de Claire, aunque en aquel momento Emily no sabía nada de la fuga fallida ni de los intentos por encontrarla y traerla de vuelta, ni comprendía su amargura.

—Siento no haber estado para apoyarles cuando él sufrió el ataque —se disculpó Charles.

—Quizá debería alegrarse de no haber sido testigo de cómo cambió.

Charles meneó la cabeza.

—Pues no me alegro. No estuvo bien por mi parte abandonarlas como lo hice.

Emily quiso preguntarle por qué lo había hecho, pero le faltó valor.

Georgiana y Sarah entraron en el salón, y Emily volvió a contar cómo se había caído para explicar por qué llevaba la mano vendada. El señor Gwilt regresó del hotel y le anunció a Charles que había entregado su mensaje y que el señor y la señora Parker les deseaban a todos una agradable velada.

Poco antes de las seis, se dirigieron juntos al comedor. La señora Summers ya estaba allí, encendiendo las velas, y Jessie y el señor Gwilt estaban preparados para atenderlos durante la cena. Después de dudar unos instantes, Emily le indicó a Charles que se sentara en el sitio habitual de James y le presentó a los demás huéspedes.

Pese a sus reservas iniciales, fue un placer volver a tener a Charles en la mesa. Estuvo encantador, bromeando con Georgiana, recordando bonitos momentos con el señor Summers y anécdotas de su infancia compartida. Emily disfrutó viendo las caras de su madre y de sus hermanas, iluminadas por la nostalgia, mientras prestaban atención, se reían y compartían sus propios recuerdos.

El señor Hornbeam formuló algunas preguntas perspicaces, mientras que el señor Bernardi y el señor During se contentaron con guardar silencio para que las mujeres pudieran conversar sin trabas con un viejo amigo.

Emily se preguntó si el ambiente habría sido tan distendido de haberlos acompañado el señor Thomson. Quizá debería sentirse aliviada de que no hubiera sido así.

Más tarde, cuando Charles se hubo marchado, Emily se retiró al despacho y se sentó para ver si era capaz de escribir. Por suerte, Sarah ya había encendido la lámpara de la biblioteca.

Primero probó con la mano derecha. Las apretadas y abultadas vendas le hacían casi imposible agarrar la fina pluma, y la primera palabra que intentó escribir resultó ilegible.

Luego cambió de mano e intentó sumergir la pluma y escribir con la izquierda. El resultado fue aún peor.

Emily devolvió la pluma a su soporte con torpeza, apoyó la cabeza sobre la mano buena y gimió en voz alta.

Podía pedirle ayuda a alguien de su familia, pero dudó en hacerlo. Sarah siempre estaba ocupada. Viola estaba recién casada y participaba activamente en obras de caridad. Su madre necesitaba descansar ahora que ayudaba más en las tareas de la casa. Y Georgiana… bueno, su caligrafía era atroz.

Además, pedirles ayuda implicaría tener que confiarles lo que estaba haciendo.

Emily no estaba muy segura de por qué no le había dicho a su familia que había accedido a escribir una nueva guía para el señor Marsh. Suponía que temía que no lo aprobaran, ya fuera por el trabajo en sí mismo o por lealtad al señor Wallis. O tal vez porque pensaba que cuanta menos gente lo supiera, menos probabilidades habría de que el señor Wallis se enterara de que había sido ella quien había escrito el libro, que competiría directamente con el suyo. O quizá fuera porque temía fracasar, que criticaran la guía considerándola muy inferior a la obra de Wallis y Butcher. En ese caso, prefería que su nombre no estuviera vinculado a aquel trabajo. Con un velo de anonimato, podría fracasar en su primer intento editorial y seguir saliendo a la calle.

«Un velo de anonimato…». La expresión le recordó a Viola, que solía llevar un auténtico velo cada vez que se dejaba ver en público. Emily sintió una compasión tardía por su melliza, aunque las razones para querer protegerse eran muy diferentes. Afortunadamente, Viola ya no sentía la necesidad de ocultar su cicatriz. El amor y el matrimonio le habían dado una nueva confianza en sí misma.

Emily nunca, jamás, se hubiera imaginado que tendría envidia de su hermana con cicatrices, que había vivido la mayor parte de su vida recluida. Y sin embargo ahora casi la envidiaba. Ella también anhelaba encontrar el amor.

Pensó en Charles asistiéndola galantemente después de haberse caído. Acompañándola a la consulta del médico y luego a casa, velando por que no se volviera a resbalar. Charles, llamándola por su nombre «Emily», sorprendido al encontrársela en el paseo, cuando antes se había estado dirigiendo formalmente a ella como «señorita».

Y luego estaba lo encantador que había sido durante la cena…

Entonces se percató de la presencia de otra persona y alzó la vista, casi esperando ver aparecer ante ella al hombre que ocupaba sus pensamientos.

Sin embargo, a quien encontró de pie junto al escritorio fue al señor Thomson, que le miraba fijamente la mano, mientras una sombra de preocupación nublaba su atractivo rostro.

—¿Qué le ha pasado?

—Oh, me caí por culpa del hielo. Por suerte, solo es un esguince.

—¿Le duele? La he oído gemir desde la habitación de al lado.

—Me duele un poco, pero no me quejaba por eso. No puedo escribir con la mano así.

Él se acercó un poco más a ella.

—Yo podría hacerlo por usted. Al fin y al cabo, es algo que no se me da mal.

—¿En serio? No. No podría pedirle eso.

—¿Por qué no? No me gusta estar sin hacer nada y me encantaría serle de utilidad. Será mucho más agradable escuchar su voz que la de Su Alteza Real, especialmente ahora que está resfriado. —Sonrió y añadió—: Aunque ha sido un gusto oírle acceder a convertirse en patrón de la Sociedad de Amigos de los Pobres.

—¿Sí? ¡Qué maravilla! Van a estar encantadas. ¿Y cómo ha sido la cena en Fortfield Terrace?

—Bastante bien. He comido hasta el hartazgo y tengo mucha energía para tomar nota de lo que diga.

Aun así, Emily no lo veía claro.

—Le agradezco la oferta, pero me da mucho pudor. Además, la mayoría de las veces no sé lo que quiero decir hasta que tengo una pluma en la mano.

—Al menos podríamos intentarlo. —Él ladeó la cabeza—. ¿Qué es lo que quiere escribir? ¿Correspondencia? Nada demasiado personal, espero. Por favor, dígame que no es una carta de amor.

Ella se rio.

—No, no lo es. Es una especie de… un proyecto privado. ¿Puedo confiar en que quedará entre nosotros?

A él le brillaron los ojos.

—¿Necesita preguntármelo? Piense que me han confiado secretos gubernamentales.

—Siendo así… Estoy escribiendo una nueva guía para un editor y librero local.

—¿Y por qué es un secreto?

—Mi nombre no aparecerá en la guía.

—Pero le pagará, espero.

—Sí. Bueno, poca cosa. Aun así, me gustaría hacer un buen trabajo.

—Por supuesto. —Entonces acercó una silla y se hizo con la pluma y el papel—. ¿Empezamos?

—¿Ahora?

—¿Por qué no?

—Pero que sepa que nunca he probado a dictarle a otra persona. Es probable que balbucee.

—No sería la primera ni tampoco la última. Y recuerde que siempre podemos revisarlo más tarde.

—Cierto. En ese caso, intentémoslo. —Consultó sus notas y empezó —: «En los últimos veinte años, Sidmouth ha pasado rápidamente de ser un recóndito pueblo de pescadores, que contiene unas…». —Se interrumpió—. No. ¿«Que consta de»? ¿«Que se compone de»? Perdón… «compuesto por unas cuantas casitas de campo de lo más apuesto, quiero decir, de lo más acogedoras…».

Completamente colorada, Emily levantó la vista y vio que él seguía escribiendo, imperturbable, haciendo pausas para mojar la pluma cada cinco o seis palabras.

Parecía encontrarse muy a gusto, y ella deseó sentirse la mitad de cómoda que él. Además de los nervios, la distraían la belleza de su rostro y ese aroma masculino de jabón de afeitar.

Frunció los labios y retomó el dictado.

—«A convertirse en un atractivo…» —se corrigió al instante—: No, tache eso. «En un solicitado pueblo balneario, bien planificado, que posee todas las comodidades deseables para quienes quieran disfrutar de baños de mar, ejercicio saludable, gente amable o una sofisticada oferta de esparcimiento.

Emily volvió a echar un vistazo en su dirección.

—¿Necesita que le repita algo?

—Creo que lo tengo. Deme solo un minuto más…

Debía de tener una memoria extraordinaria.

Cuando terminó de escribir, él la miró expectante. Por un momento, ella se sumergió en sus ojos oscuros y notó que volvía a perder la concentración. Se dijo a sí misma que esos sentimientos eran naturales, no desleales, que se habría distraído con cualquier caballero atractivo que se hubiera sentado tan cerca de ella. Sobre todo si se hubiera tratado de Charles.

—Cuando quiera —la animó él con gentileza.

Ella inspiró hondo y prosiguió:

—«Además de los baños de mar, la ciudad dispone de dos bibliotecas que ofrecen información general y la posibilidad de una buena conversación. Asimismo, Sidmouth también cuenta con un paseo público, y con salones de baile y de recreo iluminados con las sonrisas de los más jóvenes y bellos». —Emily lo miró con cara de apuro—. ¿Me he pasado?

—Para nada. Todo es muy vivo. Se expresa usted muy bien.

—¡Qué amable!

—Estos salones de baile y de recreo que ha mencionado… ¿Ha asistido a algún baile allí? —Bajó la mirada, como si se sintiera cohibido por haber formulado aquella pregunta.

—Alguna vez.

Él separó los labios para decir algo más. La miró a los ojos y volvió a desviar la vista. Al ver su indecisión, Emily le preguntó: —¿Le gusta bailar, señor Thomson?

—Sí, aunque he de reconocer que me falta algo de práctica. —Tragó saliva y añadió—: Quizá podríamos… asistir… juntos… cuando tenga la mano mejor. En aras de conseguir una descripción precisa, por supuesto.

—Por supuesto —repitió ella. Y entonces se le congeló la sonrisa. ¿Acababa de confirmar algo más que la necesidad de conseguir una descripción precisa? ¿Acababa de confirmarle al señor Thomson que asistiría como su acompañante? Dejó a un lado sus dudas y volvió a concentrarse en sus notas.

Continuaron durante media hora más, hasta que Emily se dio cuenta de que se estaba haciendo tarde.

—Creo que ya es suficiente por esta noche. Ha sido un buen comienzo. Y claramente he avanzado mucho más de lo que pensaba, gracias a usted.

—Ha sido un placer. Avíseme cuando necesite mi ayuda de nuevo.

—Gracias. Se lo agradecería mucho.

Capítulo 16

«El domingo su resfriado iba todavía peor, pero había organizado una velada con invitados y no quería cancelar la fiesta».

CECIL WOODHAM-SMITH,
Queen Victoria

Aquel domingo en la iglesia, Emily se propuso no sentarse junto al señor Thomson, con la intención de poner cierta distancia entre ellos, tanto física como de cualquier otro tipo. En lugar de eso, se hizo hueco entre Sarah y Georgiana. Si él se percató de ello, no lo dejó entrever. Abrió su libro de oraciones y lo sostuvo a media distancia entre él y Selwyn During, ofreciéndose en silencio a compartirlo. El señor During se inclinó para ver mejor.

Emily recitó las respuestas y las oraciones, y trató de concentrarse en la ceremonia. A pesar de sus esfuerzos, distinguía la voz de él entre las de los demás, especialmente cuando la congregación entonaba un himno.

Recorrió la nave con la mirada y el corazón le dio un brinco al ver a la familia Parker: el rostro perfecto de Charles con atuendo de día, su orgullosa madre a un lado, toda engalanada, y el distinguido señor Parker, con los hombros ligeramente encorvados, al otro lado. Charles miraba fijamente al frente, sin que pareciera que le costase mantener la atención en el servicio como le ocurría a ella. Sin embargo, Emily se dio cuenta de que no cantaba ni una sola palabra.

Al terminar el oficio religioso, todos los asistentes se pusieron de pie y empezaron a salir de sus bancos. Viola tocó a Emily en el brazo para interceptarla, con un claro deseo de charlar. Ella se detuvo, feliz de complacerla. Su hermana le preguntó por la mano que llevaba vendada, pues las vendas se le veían por encima del guante corto. Ella le contó lo ocurrido e insistió en que estaba bien.

Mientras hablaban, Emily miraba al señor Thomson por el rabillo del ojo: le dio las gracias al clérigo cuando este pasó a su lado por el pasillo, se inclinó para saludar a la señora Denby y estrechó la mano del señor Parker padre, al que se le iluminó el rostro y quien lo recibió con una palmada en el hombro.

Entonces la familia Parker se acercó para saludar cortésmente a la señora Summers y a sus hijas. Viola tomó la palabra, encantada de presentarles a su marido. Emily se sintió orgullosa de Vi por hablar con tanta confianza. Ya no era la joven apocada de años atrás.

El señor Parker saludó con una ligera inclinación de cabeza y murmuró las respuestas apropiadas mientras su esposa no paraba de parpadear y acabó apartando la vista del mayor, ya fuera porque le repugnaban sus cicatrices o porque intentaba no mirarlas.

Charles reaccionó mejor.

—Es un placer conocer al marido de Viola —le dijo mientras le estrechaba la mano al mayor.

Si al mayor Hutton le había sorprendido u ofendido que Charles utilizara el nombre de pila de Viola, no lo dejó entrever.

—Mi esposa me ha hablado de usted, vecino y amigo de la familia. Es… bueno ponerle cara al nombre.

No obstante, no dijo que conocer a Charles fuera un placer. Es probable que Viola le hubiera contado que ese antiguo vecino había decepcionado a su hermana. ¿Era eso lo que había detrás de su saludo frío aunque civilizado?

Cuando los Parker se hubieron marchado, Emily fue consciente del murmullo que había a su alrededor y oyó a más de una persona hablar de la fiesta que se celebraría en Woolbrook Cottage esa misma noche.

Charlotte Cornish estaba cerca, conversando con dos chicas más jóvenes. Iba vestida con gran elegancia, como de costumbre, y resplandecía ante la embelesada atención de su público. Les estaba contando que habían invitado a su familia a la fiesta. Su tono transmitía una leve indignación. Al parecer, asistir a un acto social el día del Señor rayaba el escándalo.

—Es la primera vez en mi vida que voy a hacer una visita así en domingo y espero que pase mucho tiempo antes de que vuelva a hacerlo. Sin embargo, no podemos decepcionar a Sus Altezas Reales, ¿no les parece? Especialmente cuando el duque le ha escrito una carta «tan amable» a mi padre sobre el asunto del mozalbete aquel, William Hook. Estoy segura de que está deseando seguir conociendo a toda nuestra familia.

Al notar que Emily las observaba, Charlotte levantó una mano y la saludó: —Buenos días, señorita Summers.

Emily le devolvió el saludo, pero no se acercó para hablar con ella.

Sabía que el duque no había escrito de su puño y letra aquella carta

«tan amable», pero se mordió la lengua. Decírselo sería mezquino y fruto del despecho. Se dijo a sí misma que no tenía derecho a ser desagradable con ella. No era culpa de Charlotte que las Summers no estuvieran invitadas.

De su familia, solo Viola asistiría. Como antiguo oficial y vecino de Sus Altezas Reales, el mayor Hutton y su esposa habían recibido una de esas codiciadas invitaciones.

Emily volvió a centrar la atención en su hermana y esbozó una sonrisa.

—¿Y qué te pondrás para la fiesta de esta noche?

—Mi traje de seda verde, creo. —Entonces Viola puso cara de circunstancias—. Siento que no puedas acompañarnos.

—No importa. —A Emily la inundó otra oleada de envidia. Con esa ya era la segunda vez que la envidiaba: cuando se había casado con el hombre que amaba y ahora.

—Prometo contártelo todo, con todo lujo de detalles. —Viola observaba a Emily, con una sombra de preocupación nublándole el rostro—. O si te parece mal que asistamos, podría declinar la invitación. Ya sabes que el mayor no es muy amigo de los actos sociales. A la mínima insinuación de no querer ir, él mismo escribiría presentando sus disculpas.

—No, no. No declines la invitación por mí. Solo me compadezco de mí misma. Y sí, por favor, toma nota de cada detalle. Quién asiste, qué lleva puesto… ¡Oh! ¡Especialmente la duquesa! Y también cómo es cada estancia y la comida que sirven. Aunque supongo que esa información se la puedo sonsacar al señor Bernardi.

—¿Y si trato de pasar una libretita escondida en mi ridículo? —preguntó Viola, irónica.

—Qué buena idea.

Viola puso los ojos en blanco.

—Estaba siendo sarcástica.

—¡Pues yo lo decía en serio!

Viola le tomó la mano y se la apretó.

—Bueno… está bien. Lo que sea con tal de borrar esa expresión triste de tu rostro.

jjj

Después de ir a la iglesia, el señor Thomson fue a Woolbrook para ver si lo necesitaban. Emily y el resto, en cambio, regresaron a Sea View.

Tras tomar un té y una comida ligera para entrar en calor, Georgie pidió permiso para ir a ver a Bibi Cordey. La señora Summers y el señor Hornbeam se fueron a sus respectivas habitaciones a descansar, y Sarah se retiró al despacho. Mientras tanto, Emily, el señor Bernardi y el señor During se reunieron alrededor del fuego en el salón. Los dos

hombres solo tenían una hora más o menos para relajarse antes de que los reclamaran en Woolbrook para ultimar los preparativos de la fiesta.

El señor Thomson regresó poco después y los informó de que el resfriado del duque había empeorado. La duquesa le echaba la culpa a un largo paseo que su marido había dado con Conroy, del que había regresado aterido y con los pies empapados.

El señor Bernardi alzó los brazos.

—Al traste con la recepción para la que hemos estado trabajando.

—Oh, no —gimió During.

Emily asintió, pensativa.

—La última vez que lo vi tenía mal aspecto y una tos muy fuerte. No lo culparía si lo cancelara. —Ella les sonrió a los dos hombres con cara de circunstancias—. Lo siento.

—En realidad —dijo el señor Thomson—, el duque no tiene intención de cancelar la fiesta. Insiste en organizarla de todos modos.

El chef levantó un puño en señal de triunfo.

—¡Hurra!

During se puso de pie:

—Bueno, ya casi es hora de irnos.

Bernardi y él salieron juntos del salón para cambiarse de ropa.

El señor Thomson miró a Emily. El rostro delgado y apuesto de él dejaba traslucir alguna emoción reprimida.

—¿Por qué no le entusiasma la noticia como a ellos?

Emily se encogió de hombros.

—Para mí no supone gran diferencia, aunque sé que mucha gente se habría sentido decepcionada.

—¿Pero usted no?

—No me han invitado. Bueno, no nos han invitado.

—¿Está segura? —Sacó algo de su bolsillo—. Entonces me pregunto qué será esto. —Lo desdobló—. A mí me parece una invitación. Y mire, sus nombres están escritos justo aquí. «La señora Summers y las señoritas Summers».

Ella tomó la hoja, la estudió detenidamente y luego le miró a la cara.

—Esta es su letra. La ha escrito usted.

—Sí, con el consentimiento del duque.

—Pero si él no nos había invitado…

—Ha sido un descuido, se lo aseguro. Cuando le recordé quién era usted y le hablé de su familia, se mostró muy dispuesto. El duque se acordaba de haberla conocido durante sus paseos: «Ah, sí, una joven encantadora», dijo.

Por un momento, Emily se debatió entre su vanidad y las ganas de asistir. ¿Debería declinar la invitación por orgullo?

El brillo de los ojos de él comenzó a desvanecerse.

—¿No quiere ir?

Ella reprimió una sonrisa y contestó:

—Bueno… Me gustaría ver mejor Woolbrook Cottage. El día del tiroteo no pasé de la sala matutina.

A él se le iluminó de nuevo la mirada, y a ella se le escapó la sonrisa que trataba de contener.

—Entonces para mí será un gran placer hacerle una visita guiada.

Emily buscó rápidamente a Sarah y le mostró la invitación. Dejaron que su madre descansara un poco más y luego entraron en su habitación para compartir también con ella la noticia. La señora Summers decidió que era suficiente con que acudieran Sarah y Emily en representación de la familia. Georgie y ella se quedarían en casa.

Emily no pudo resistirse a ponerse la capa y salir corriendo hacia Westmount para contarle a Viola la buena noticia. Cuando el mayor se enteró de que asistirían dos de sus cuñadas, insistió en que su carruaje pasara a recogerlas, a pesar de que se tardaría más en arrear a los caballos que en recorrer a pie los escasos metros que separaban Woolbrook Cottage de Sea View.

jjj

En aquella velada, Emily pudo lucir un vestido de noche de un color muy llamativo que las revistas llamaban «azul celeste». El traje tenía varios años, pero a ella le seguía gustando. Era de satén azul y tenía un corpiño de corte imperio plisado y mangas cortas. Sobre él llevaba un sobrevestido sin mangas de crepé blanco ribeteado de encaje.

Sarah la ayudó a peinarse y a cerrar el traje, ya que, con la mano lesionada, Emily no era capaz de arreglárselas sola. También la ayudó a enfundarse unos guantes de seda blancos, incluso en la mano vendada. Tenía los dedos embutidos como salchichas, pero al menos el guante largo disimulaba el feo vendaje. Sarah, por su parte, llevaba un elegante vestido de cuello alto de un apagado lavanda grisáceo. A Emily le pareció que el estilo era un poco de señora, pero no hizo ningún comentario.

Cuando llegó el carruaje de los Hutton, Emily y Sarah se montaron en él, y el vehículo descendió hacia Glen Lane y luego giró a la izquierda en dirección a Woolbrook Cottage. Aunque hacía un frío glacial, al menos no nevaba, y la nieve que quedaba en el camino ya estaba compacta después de que una procesión de comerciantes hubiera estado haciendo entregas y de que otros invitados hubieran pasado antes que ellas en palanquines y literas.

Después de dejar atrás Westmount enseguida llegaron al desvío a Woolbrook Cottage. El sendero de acceso estaba iluminado por antorchas. Ese resplandor, combinado con la luz de la luna, hacía que

el edificio brillara con un blanco crema. Parecía un castillo de cuento de hadas en miniatura, allí resguardado en aquella cañada cubierta de nieve.

Cuando se apearon, un lacayo abrió la puerta principal y las hermanas accedieron a un modesto vestíbulo, donde un criado se hizo cargo de sus capas. Entre susurros, Emily le indicó a Sarah dónde se encontraba la sala matutina en la que los habían interrogado tras el disparo. Emily volvió a dar gracias al cielo una vez más por el clemente desenlace.

Desde allí, continuaron guiadas por el sonido de las voces. Subieron una escalera y llegaron a una sala de recepciones más grande, con ventanas altas y paredes empapeladas, donde los invitados se entremezclaban y los camareros servían bebidas de un carrito cubierto con una tela.

La estancia no era muy grande, y los invitados iban y venían de la sala contigua por un arco abierto. Aun con las chimeneas encendidas y la creciente multitud, no hacía tanto calor como para prescindir de la capa. Emily lamentó no haber traído su largo pañuelo de seda.

En un extremo de la estancia se encontraban el duque y la duquesa recibiendo a los invitados que hacían fila solos, en pareja o en familia, para poder saludarlos. Los recién llegados se inclinaban y hacían reverencias para agradecerles la invitación a los anfitriones.

El duque llevaba una casaca roja con forrajeras y charreteras doradas sobre unos pantalones bombachos claros y una banda condecorativa azul que le cruzaba el pecho en diagonal. No llevaba sombrero y su calva relucía por la luz de las velas, o quizá por el sudor.

La duquesa estaba ataviada con un vestido de noche que tenía volantes en el cuello y unas mangas abullonadas sobre otras largas transparentes. Las joyas que pendían de sus orejas captaban la luz de las velas y se balanceaban cuando saludaba con la cabeza a sus interlocutores. Llevaba un sombrerito de plumas sobre la cabeza, y unos rizos oscuros le enmarcaban el rostro. Tenía un aspecto encantador, pero mantenía una actitud reservada, y Emily la vio más de una vez mirando de reojo a su marido con preocupación.

Sarah y ella hicieron cola mientras observaban todo lo que las rodeaba con curiosidad, saludando de vez en cuando a las personas que conocían, como la señora Fulford.

Charlotte Cornish vio a Emily y se detuvo a hablar con ella en la fila del besamanos.

—Señorita Summers. No esperaba verla aquí.

—¿Ah, no?

—Pues no. Su familia no es… Quiero decir… Usted no comentó que fuera a venir cuando la vi en la iglesia.

—Eso es verdad.

—Supongo que viene como acompañante del marido de su hermana.

—Pues no. No sé por qué piensa eso.

Llegó su turno de saludar a los duques y, por el rabillo del ojo, Emily vio que la señorita Cornish se tomaba su tiempo para irse, tal vez intrigada por saber cómo recibía el duque de Kent a las dos hermanas que regentaban una pensión.

—¡Ah, señorita Summers! —exclamó él, y una sonrisa iluminó su rostro rechoncho y sudoroso—. Qué bien que haya venido.

Una oleada de placer recorrió a Emily ante esta demostración de que él la recordaba con cariño. Se alegró de que Charlotte estuviera lo bastante cerca como para oír que el príncipe Eduardo la llamaba por su nombre.

Él se volvió hacia su esposa.

—Querida, esta es una de nuestras vecinas más próximas. Creo que ya te la he mencionado. El señor Thomson, así como algunos otros, se aloja con ellas. —Añadió algo en alemán y la duquesa asintió y sonrió a Emily.

Ella se volvió hacia su hermana para incluirla.

—Permítanme presentarle a mi hermana, la señorita Sarah Summers. —Sarah hizo una reverencia y Emily añadió—: Y seguro que han conocido recientemente a otra de nuestras hermanas: la señora Hutton.

—Ah, la esposa del mayor, sí. Bueno, sean bienvenidas. Sírvanse algún refresco en la sala contigua. —Se volvió para ocultar una tos—. Parece que a mí me vendría bien una taza de té. Por favor, discúlpenme. Tengo la garganta un poco seca.

Sin embargo, Emily sabía que lo aquejaba algo más que la sequedad de garganta.

Las dos hermanas le dieron las gracias a la pareja real y siguieron su camino.

Emily divisó al señor Lousada y saludó con una inclinación de cabeza a sir John y a lady Kennaway. La mujer se detuvo a saludarlas y les preguntó por la salud de su madre.

Mientras charlaban, Emily vio a James Thomson. Estaba deslumbrante, ataviado con un traje de noche completo, y hablaba con un caballero que también iba muy bien vestido, y que quizá le sacaba diez años de ventaja.

—¿Quién es ese? —se preguntó Emily en voz alta.

Lady Kennaway miró en la misma dirección.

—No conozco al hombre más joven, pero el otro es sir Thomas Acland, baronet y antiguo miembro del Parlamento.

Emily se preguntó de qué hablarían tan seriamente los dos

hombres.

Poco después, a lady Kennaway la reclamó otra persona.

El señor Thomson se despidió del baronet con una inclinación de cabeza y se acercó a saludar a Emily y a Sarah.

—Me alegro de verlas aquí. —Se inclinó ante ellas—. Ambas están muy hermosas.

—Gracias por invitarnos.

—Son invitadas de Sus Altezas Reales. Yo no soy más que una pluma contratada —repuso él, dedicándole un guiño pícaro a Emily.

Al oír esa referencia velada a su secreta ocupación de escritora a sueldo, ella reprimió una sonrisa.

Los tres hablaron durante unos instantes, y luego Sarah se volvió para saludar al clérigo. De repente, James tomó a Emily de la mano y tiró de ella a través de una puerta cubierta con cortinas de cuya existencia ella ni siquiera se había percatado. Subieron juntos por una escalera curva iluminada por candelabros de pared.

—¿Adónde vamos? —preguntó ella con un susurro risueño.

—Dijo que quería una visita guiada.

Era verdad, aunque ella no se imaginaba que él lo había dicho en serio.

Al llegar a la primera planta, la condujo a través de unas puertas dobles a un salón con muchas ventanas altas y estrechas coronadas con cortinas de cenefa y cortinones de terciopelo recogidos. La luz de la luna se derramaba sobre la alfombra estampada. Unas ventanas francesas daban a una terraza, y sus numerosos cristales dejaban entrar aún más rayos de luna. En las paredes, unos grandes espejos con marcos dorados también reflejaban la luz, de modo que parecía que la estancia estuviera iluminada aunque no hubiera velas encendidas y el fuego de la chimenea se hubiera reducido a brasas. Frente al fuego había unos divanes a juego. Junto a una pared había un piano vertical y en la otra un elegante escritorio, y sobre él, una jaula de pájaros, cubierta con una tela blanca mientras sus emplumados ocupantes dormían.

—Es precioso —comentó Emily en voz baja mirando a su alrededor.

—Estoy de acuerdo. Es el salón favorito de la duquesa.

—Entiendo por qué. —A Emily le encantaría acurrucarse en uno de los divanes con una taza de té y un buen libro.

Él la llevó entonces a una salita amueblada con sencillez que tenía un escritorio más grande.

—El duque la utiliza como estudio. Yo paso mucho tiempo aquí.

—Hace mucho frío.

James asintió.

—En su dormitorio hace todavía más frío.

Emily se asomó a la ventana.

—Mire. —Señaló a lo lejos—. Desde aquí se ve nuestra casa.

Él se puso a su lado. Estaban muy cerca, casi hombro con hombro.

—Sí. Suelo mirar por esta ventana mientras trabajo y pensar en usted, en lo que estará haciendo allí.

Ella se volvió hacia él, sorprendida.

Él inclinó ligeramente la cabeza para mirarla a los ojos. La luz de la luna pintaba sus rasgos con luces y sombras tenues. Ella se acercó a él, sumida en su mirada.

Tictac, tictac, tictac. Desde la repisa de la chimenea, un reloj achaparrado llevaba la cuenta del tiempo que permanecían allí, a escasos centímetros de distancia.

De pronto, él la tomó de la mano.

—Hay más.

La guio por un tramo de escaleras más estrechas que llevaban al piso superior.

—Aquí arriba está el dormitorio de la princesita. Y también duermen varios de los criados.

—Entonces no hagamos ruido —susurró ella—. No me gustaría despertar a la princesa.

Él señaló la habitación en cuestión y pasaron por delante de puntillas. Estaba bastante oscuro, a pesar de la tenue luz de la lámpara del rellano y de una ventanita que había al final del pasillo. Tal vez deberían haber traído una vela.

Más adelante, un resplandor dorado se filtraba por debajo de una de las puertas.

—Ah. *Herr* Eckardt está trabajando —dijo James y llamó suavemente.

Les abrió la puerta un hombre que debía de rondar los cuarenta años.

—¡Ah, *Herr* Thomson! —exclamó.

El hombre dijo algo en otro idioma. Alemán, supuso ella.

James respondió en la misma lengua y se volvió para hacer las presentaciones. Ella le oyó decir su nombre en medio de una sarta de palabras incomprensibles.

—Sebastian Eckardt ha venido de Baviera con Sus Altezas Reales para pintar y dibujar. Entiende un poco de inglés, pero casi no lo habla.

Emily lo saludó con una reverencia. Eckardt abrió más la puerta, y ambos entraron en la habitación. Dentro había un caballete cerca de la ventana, con muchas velas dispuestas junto a él.

El señor Thomson le preguntó algo en alemán, y el hombre meneó la cabeza, señalando el caballete.

—¿Qué dice? —susurró Emily.

—Que las grandes fiestas no le interesan. Nadie se está quieto y no

hay un punto focal.

Al ver que los ojos del hombre chispeaban, Emily soltó una risita.

—¿Me permite? —Ella señaló unas cuantas piezas sobre una estrecha mesa auxiliar, apoyadas contra la pared.

El artista asintió.

Ella se acercó a la mesa y vio un dibujo a tiza de la duquesa y otro de su hijita. También había una detallada acuarela del salón de la duquesa.

—¡Esto es excelente! —lo felicitó, señalando la obra—. Acabamos de estar allí y lo retrata a la perfección.

El señor Eckardt captó que se trataba de un elogio, sonrió y le señaló una silla, indicándole que se sentara. Consciente de que no sería de buena educación que él volviera a su taburete hasta que ella se sentara, Emily hizo lo que le pedía.

Él tomó asiento y siguió dibujando mientras el señor Thomson y él hablaban en alemán durante varios minutos más.

Emily empezó a preguntarse si no notarían su ausencia abajo. No quería que Sarah se preocupara, ni que la gente empezara a hablar.

Se levantó tímidamente.

—Ha sido un placer conocerle, *Herr* Eckardt. Ahora será mejor que vuelva a la fiesta.

—Sí, por supuesto —coincidió el señor Thomson. Le dijo algo al artista, que levantó el dedo índice, pidiéndole un momento. Añadió unos trazos más y luego se puso de pie y le entregó a James un pequeño rectángulo de papel.

Él le echó un vistazo a lo que le había dado y, si la luz de las velas no mentía, se sonrojó.

—¿Qué es? —preguntó Emily, intrigada.

Tras dudar un momento, se lo mostró.

Era un boceto de la propia Emily, de cabeza y hombros. Se veía que lo habían hecho deprisa, pero sin duda era un retrato suyo, y bastante halagador.

—Cielos. Qué rápido. —Pasó la mirada del papel al artista—. ¿Es para mí?

Por lo visto, él comprendió su pregunta, sacudió la cabeza y señaló a James.

—*Parra* él —repuso con un fuerte acento.

Ella miró a James, vio su expresión cohibida, y notó que la invadía un súbito calor y que se le encendían las mejillas al comprender lo que se insinuaba.

jjj

Sarah no sabía cómo, pero había perdido de vista a Emily entre la multitud. Con la esperanza de encontrarla, se abrió paso lentamente

hacia la sala contigua, saludando con la cabeza a algunos conocidos conforme avanzaba.

En el comedor, vio un banquete bellamente dispuesto sobre una larga mesa iluminada por cuatro altos candelabros de plata y decorada con flores de invernadero y torres de fruta: obra del señor During, supuso.

Sarah pensó que podría probar algunos platos e intentar adivinar cuál había preparado el señor Bernardi para poder felicitarle más tarde. Sin embargo, en ese momento había cola para acceder a la comida, así que decidió esperar. Se sintió un poco cohibida allí sola de pie. Un camarero le ofreció té o jerez, y ella aceptó una taza de té, contenta de tener algo con lo que entretenerse mientras esperaba.

Divisó al señor Bernardi, al fondo, entrando por una puerta para echar un vistazo a las bandejas de comida y volver a salir de nuevo, probablemente en dirección a la despensa o a la bodega. No vestía con el blanco típico de quienes trabajan en las cocinas, sino del negro propio de los mayordomos y los camareros, para poder servir en el acto.

Regresó al cabo de unos minutos con una bandeja de plata llena de algo. Le hizo un gesto con la cabeza a uno de los camareros, indicándole que retirara una bandeja casi vacía para hacer sitio a la que traía.

Mientras colocaba la bandeja rebosante, Sarah se acercó a él.

—¿Cómo va? —le susurró ella, a su lado.

Él volvió la cabeza hacia ella, sorprendido.

—Ah, señorita Sarah. Va todo bien y «se va» todo también. Parece que la gente de esta región es muy comedora. Aunque no parece que les apasionen *les cuisses de grenouilles* o *les oursins*. Quizá no sepan lo que son. —Señaló dos de los platos.

Ella echó una mirada dudosa al primero. Fuera lo que fuese, parecían largas y delgadas… ¿patas? El segundo plato contenía semicírculos puntiagudos con entrañas anaranjadas como melocotones en conserva.

—¿Qué son? —preguntó.

—Ancas de rana y erizos de mar.

—¿Me está tomando el pelo?

—No. ¿Por qué?

Sarah parpadeó, desconcertada.

—Por nada, por nada. Estoy segura de que está todo riquísimo. Tiene una pinta maravillosa.

—Gracias, aunque no puedo llevarme yo solo el mérito. Todos hemos puesto de nuestra parte. ¡Oh! Tiene que probar esto, ya que está aquí. —Por un momento, Sarah temió que él esperara que probase un anca de rana y se sintió aliviada cuando le indicó la

bandeja de pastelillos de hojaldre, con el centro relleno de algo que parecía un guiso espeso.

Él tomó un platito y un tenedor, sirvió un hojaldre y se lo dio.

—*Vol-au-vent* —le anunció.

Ella le dio un mordisquito. La masa de hojaldre crujió y se deshizo en su boca. El sabroso relleno estaba delicioso.

—¿De qué es el relleno? —preguntó.

—De pollo y champiñones en salsa *velouté*.

—Es excelente. Me gusta mucho.

Al chef se le iluminó el rostro de satisfacción.

—Tiene talento, señor Bernardi —dijo ella—. Espero que sus jefes sepan valorarlo.

—Gracias. Yo también lo espero.

Y después de decir eso, el señor Bernardi retomó sus tareas y Sarah se volvió para apartarse de la mesa. Vio a Emily entrando a toda prisa en el comedor, sonrojada y jadeante. El señor Thomson entró unos segundos después de ella, también con el cuello colorado por encima de la corbata.

A Sarah la invadió la preocupación. Su hermana podía ser ingenua y dejarse seducir fácilmente por un hombre apuesto y, después de lo que le había ocurrido a Claire, Sarah se inquietó al verlos reaparecer juntos. Como hermana mayor, debería haber estado más alerta, esforzándose en proteger a Emily, sobre todo cuando ya había fracasado una vez. No es que desconfiara específicamente del señor Thomson, pero una mujer soltera nunca es demasiado precavida.

Emily se abrió paso entre la multitud para reunirse con ella.

—¡Por fin te encuentro! —exclamó Sarah—. Empezaba a preocuparme. ¿Estás bien?

—Sí. Lo siento. El señor Thomson me estaba enseñando el edificio.

—¿A solas?

Emily agachó la cabeza, el rubor se intensificó.

—No me había parado a pensar qué impresión podía dar. Te prometo que no ha pasado nada. Ha sido todo un caballero. Incluso me ha presentado a un pintor contratado por la duquesa que también se aloja aquí.

Sarah estudió su rostro. Emily parecía decir la verdad.

—¿Seguro que todo va bien?

—Perfectamente. Solo lamento haberte preocupado.

Sarah suspiró.

—Esperemos que los demás no se hayan dado cuenta de que te has ido con él.

El señor Thomson se acercó a ellas, con cara sombría.

—Le pido disculpas, señorita Sarah. No he debido mostrarle a su hermana los aposentos sin pedirle que nos acompañara. No ha sido

apropiado. Por favor, perdóneme.

Emily le lanzó una mirada implorante a su hermana.

—Le perdono, señor Thomson, pero tenga más cuidado en el futuro. La reputación de una señorita es algo muy frágil.

Él asintió.

—Entiendo.

—¡Ahora, vamos! —insistió Emily—. Se supone que esto es una fiesta. Hasta ahora no está siendo muy alegre, el duque no se encuentra bien y su esposa está preocupada, además de que no conoce apenas el idioma y no puede hablar con la mayoría de los invitados. Debemos poner de nuestra parte. ¡Sirvámonos algo de esos manjares de aspecto exquisito y divirtámonos!

El entusiasmo de Emily era contagioso, y Sarah se descubrió sonriendo.

El señor Thomson las miró a una y luego a la otra con alivio evidente, contento de que se hubiera relajado el ambiente.

—Estoy totalmente de acuerdo.

En un insólito arranque de picardía, Sarah les señaló las bandejas de plata.

—En ese caso, ¿puedo sugerirles que empiecen por las ancas de rana o los erizos de mar?

Capítulo 17

«Al duque le subió tanto la fiebre que la duquesa mandó llamar a su médico, que se quedó muy preocupado con su caso».

CHRISTOPHER HIBBERT, *Queen Victoria: A Personal History*

A la mañana siguiente, muy temprano, Sarah daba vueltas por la sala donde se servía el desayuno, asegurándose de que todo estuviera listo para la primera comida del día. Al oír voces fuera, se acercó a la ventana para ver qué ocurría. El señor During, alto y desgarbado, hablaba con un hombre mayor, bajo y fornido, que vestía ropas toscas y que había venido en una carreta tirada por un burro. La carreta estaba llena de leña cortada y montones de bloques de turba. Sarah reconoció al hombre: era el señor Mutter, que repartía leña y turba por la mayoría de las grandes casas de los alrededores. Sin duda estaba muy ocupado en esta época del año. Con la reciente ola de frío, habría mucha demanda de combustible para las chimeneas.

Se preguntó qué querría el señor During de aquel hombre. A Sarah no le hubiera sorprendido encontrarse allí al señor Bernardi. Podría estar preguntando por combustible para los hornos. Pero ¿el encargado de poner la mesa?

El hombre mayor se quitó la gorra plana, se rascó la mata de pelo gris acero y se encogió de hombros antes de volver a colocarse la boina.

Entonces el señor During afirmó algo de forma más categórica, aunque Sarah no pudo entender el qué. Y finalmente, el otro hombre asintió y volvió a subirse a la carreta.

Bibi Cordey, que les ayudaba a hacer las camas y a ordenar las habitaciones de los huéspedes, pasó junto a Sarah con una caja de limpieza del hogar[36] en la mano.

—Bibi, ¿conoces a ese hombre?

La muchacha se situó a su lado en la ventana y guiñó los ojos mientras el hombre mayor tomaba las riendas y se ponía en marcha.

—Sí, señorita. Es Abraham Mutter, el que reparte leña y cosas así.

Sarah asintió.

—Sí, pero ¿qué más sabes de él?

—No mucho —respondió Bibi—. Vive de camino a Otterton, en Peak Hill.

Juntas observaron cómo la carreta desaparecía por Glen Lane, luego Bibi volvió a mirar a Sarah.

—Podría preguntarle a mi padre. Lo sabe casi todo de la gente de por aquí.

—Sí, por favor, hazlo.

El señor During desapareció por la escalera exterior que conducía a la entrada de la cocina, la que era tradicionalmente la entrada del servicio. Por lo general, el señor During y el señor Thomson utilizaban la puerta principal, y solo el señor Bernardi —acostumbrado como estaba a pasar gran parte de su tiempo en el sótano— parecía preferir la entrada trasera.

Estaba claro que algo había alterado los hábitos y el comportamiento del señor During. Sarah volvió a preguntarse qué podría ser.

jjj

Después del desayuno, sus tres huéspedes se fueron a trabajar a Woolbrook Cottage como de costumbre. El señor Thomson, sin embargo, regresó media hora más tarde, con cara sombría.

—¿Qué ocurre? —preguntó Emily.

—El resfriado del duque ha dado un giro alarmante. Está en la cama y tiene órdenes de su médico personal de no levantarse.

—Oh, no. Lamento oírlo.

James asintió.

—Me he ofrecido a tomar notas al pie de su cama, pero el doctor Wilson me ha mandado salir, insistiendo en que el duque necesitaba guardar reposo sin que lo molestaran.

—Seguramente sea lo más prudente. Yo no me preocuparía. Se recuperará pronto. Él mismo me aseguró que es muy fuerte, más fuerte que todos sus hermanos. Y no es más que un resfriado, después de todo.

—Seguro que tiene usted razón. En cualquier caso, ya que dispongo de tiempo libre y usted solo tiene una mano sana, ¿por qué no la ayudo con su proyecto secreto?

A Emily la inundó una sensación de profunda gratitud.

—¡Sí, por favor!

Se sentaron los dos en el despacho y volvieron a trabajar en la guía.

Emily consultó el esquema del señor Marsh para ver lo que venía a continuación, repasó sus notas sobre la geografía y la historia de Sidmouth y comenzó a dictarle.

Cuando empezó a acelerarse, se detuvo y esperó a que él la alcanzara. Debería haber estado consultando sus notas para ensayar el dictado del siguiente párrafo, pero en lugar de eso se descubrió contemplando el rostro del señor Thomson: tenía la cabeza inclinada hacia lo que estaba escribiendo y los mechones castaños le caían sobre la frente. Tenía la punta de la nariz ligeramente respingona, las patillas bien definidas, la barba incipiente oscureciéndole las mejillas. Unas mejillas que resultaban deliciosamente masculinas.

Él alzó la vista y la sorprendió observándolo.

—Cuando quiera, estoy listo —dijo, mirándola con sus profundos ojos castaños.

«¿Cuando quiera qué?», pensó ella, luego tragó saliva. «Cuando quiera seguir dictando, claro. No seas idiota». Con las mejillas encendidas, bajó la vista hacia sus notas y se aclaró la garganta para retomar la palabra.

Oyó la aldaba de la puerta principal y a Jessie anunciando que enseguida abriría ella. Emily se tomó un momento para ordenar sus pensamientos y prosiguió: —Sidmouth está situado al final del valle del río Sid y…

Jessie apareció en la puerta del despacho.

—El señor Parker, señorita —anunció.

Emily levantó la vista, sorprendida.

—¡Charles!

A su lado, James se puso tenso.

Charles también pareció inmutarse al ver a su antiguo compañero de estudios sentado tan cerca de ella. Su atención pasó del uno al otro.

—Thomson, nos encontramos de nuevo.

—Es que me hospedo aquí.

—Cierto. —Charles se volvió hacia Emily—. He venido a ver cómo le iba desde la caída.

—Me va bien. Ya casi no me duele la mano. Debería poder quitarme el vendaje en cuestión de unos días.

—Fantástico. ¿Será a tiempo para el baile de esta semana?

—Yo… —Ella le dirigió una mirada incómoda a James y luego volvió la vista hacia Charles.

El señor Thomson se puso de pie.

—Discúlpeme. Mejor la dejo con su visita.

—Lo cierto es que… —soltó Emily—. El señor Thomson y yo estuvimos hablando del salón de baile y de los salones de recreo de Sidmouth el otro día. Él también está interesado en asistir.

James vaciló.

—Yo no… es decir… No quisiera entrometerme.

—Ni mucho menos, señor Thomson —insistió Emily—. Aquí todos somos amigos, ¿no es así? Ustedes dos son viejos amigos y el señor Parker y yo también lo somos. Tiene sentido que vayamos juntos. ¿Verdad, Charles? —Las palabras que él había pronunciado una vez resonaron en su mente. «Somos amigos, eso es todo». Emily dejó a un lado el recuerdo y añadió—: Quizá Sarah también pueda acompañarnos. Se lo preguntaré.

Charles titubeó y por un instante su rostro dejó entrever una fugaz expresión de fastidio.

—Como quiera —repuso, ecuánime. Luego se volvió hacia Thomson—. La última vez que nos vimos mencionó la esgrima.

—En realidad, fue usted quien sacó el tema —lo corrigió James.

Charles le sostuvo la mirada.

—Entonces le reto a un combate, cuando mejor le venga.

—Ahora mismo me viene bien.

—No estoy vestido para la ocasión —dijo Charles—. ¿Mañana?

—Será un placer.

No obstante, no era eso lo que Emily veía en el rostro de ninguno de los dos.

jjj

Después de eso, el señor Thomson se excusó y se marchó, mientras que Charles se quedó.

Emily se puso de pie, preguntándose qué decir.

—Hoy no necesitaban al señor Thomson en Woolbrook —empezó —, así que me estaba ayudando.

—¿Ayudándola cómo?

—Ayudándome a escribir unas… líneas. Él es secretario, al fin y al cabo, y yo me encargo de nuestra correspondencia, de los anuncios y de esa clase de cosas.

—¿Le importa?

Sin tener claro a qué se refería, Emily se humedeció los labios secos.

—¿Que si me importa el qué?

—¿Tener que alquilar habitaciones, poner anuncios, cenar con desconocidos?

—Ah, eso. Al principio sí. No quería ceder mi habitación, ni limpiar ni hacer de anfitriona. De hecho, me opuse, aunque no con tanta vehemencia como Viola. Ella detestaba la idea de tener alojados a unos desconocidos bajo nuestro techo. Ya sabe lo ermitaña que solía ser.

—Sí.

—Pero Sarah insistió en que todas teníamos que ayudar con los

huéspedes o ganar dinero de alguna otra manera. Con un poco de… orientación, Vi empezó a leer para los inválidos y así fue cómo conoció a su marido. Ha sido fantástico verla salir de su caparazón y vivir plenamente. —Emily se encogió de hombros levantando las palmas—. Así que, aunque yo no hubiera elegido nada de esto… no cambiaría nada, no si tenemos en cuenta cómo han resultado las cosas para Viola.

—¿Y para usted?

Ella le sostuvo la mirada, tratando de descifrar qué veía en sus ojos. Estuvo tentada de contestarle: «Eso depende de usted», pero no lo hizo.

—Bueno, ¿vamos a buscar a mi madre y a Georgiana? —dijo al fin —. Querrán verle.

—Claro.

Cuando entraron en el vestíbulo, Charles se fijó en el gran paisaje colgado en la pared. Caminó hacia él.

—Finderlay. Me sorprende no haberme fijado en él la última vez que estuve aquí.

Emily fue junto a él y ambos se detuvieron frente al marco dorado a contemplar el cuadro de la antigua residencia de la familia Summers, una hermosa casa en medio de hileras de tilos, jardines bien cuidados y extensos parques.

—Para mí era como un segundo hogar —añadió Charles.

—¿Ahora no va nunca? —preguntó ella. Desde la muerte de su padre, la finca de Gloucestershire, que pertenecía a la familia paterna, había pasado a manos de un pariente al que apenas conocían.

—No. Hice una visita al heredero de su padre para darle la bienvenida al vecindario y ver qué clase de hombre era. He de confesar que me pareció bastante frío y poco hospitalario.

Esa había sido también la impresión que se había llevado Emily las pocas veces que lo había visto tras la muerte de su padre.

Durante varios minutos, Charles y Emily permanecieron allí de pie, hablando de sus antiguos vecinos y de otras personas que conocían, de la vida y las fiestas del pueblo, de sus excursiones de adolescentes a la colina de May y de algunas escapadas que Emily no le había contado a su madre. Y cuanto más hablaban, más desaparecían las formalidades y la incomodidad entre ellos. Emily empezó a arrepentirse de haber sugerido que fueran a buscar a su madre y a Georgie.

—¿Sabe? —confesó Emily—. Durante un tiempo pensé que le gustaba una de mis hermanas mayores.

—¿En serio? —él se rio entre dientes y meneó la cabeza—. Reconozco que Claire me parecía guapa —todos los muchachos lo pensábamos—, pero era mayor y me parecía inalcanzable. Y siempre me gustó Sarah, aunque no de forma romántica. No, solo había una

señorita Summers por la que estaba interesado.

A Emily se le hizo un nudo en la garganta.

—¿Ah, sí?

Él asintió.

—Aunque no al principio. Entonces solo era una vecina pesada que me seguía a todas partes, que me hacía una infinidad de preguntas, que me suplicaba que le leyera cuando sus hermanas se negaban… —Una sonrisa afectuosa se dibujó en sus labios.

—Lo recuerdo.

—Pero a medida que se hacía mayor, crecía en belleza y en seguridad en sí misma. Y cuanto más tiempo pasaba con ella, el cariño que despertaba en mí también crecía.

—Eso también lo recuerdo —susurró Emily con el corazón a punto de salírsele del pecho.

Sus miradas se encontraron, y ambos sostuvieron la del otro. Emily se dio cuenta de que se estaba inclinando hacia él, como en aquella última noche de fiesta en casa, cuando estaba segura de que él la besaría y le pediría que se casara con él.

Georgiana entró en el vestíbulo dando saltitos.

—¡Charles! ¡Ya me había parecido oír su voz!

Emily dio un respingo y retrocedió de un salto.

—Georgiana —la saludó él—. ¿Cómo está? —Si le había molestado la interrupción, lo disimuló bien.

—Excelente, gracias. Aunque me gustaría que hiciera algo menos de frío. Hace mucho que no puedo jugar al cricket. Fue usted quien me enseñó, ¿se acuerda? Parece que fue hace siglos, ¿verdad? Juego con algunos de los muchachos del pueblo siempre que tengo ocasión. ¿Todavía lo practica?

Charles hizo gala de su paciencia escuchando parlotear a la joven y respondiendo a sus preguntas, mirando de vez en cuando a Emily, con un brillo de anhelo en la mirada. ¿Anhelo mezclado con remordimiento? ¿Con una promesa? Fuera lo que fuese, hizo que a ella se le desbocara el corazón.

Al poco se les unió también su madre, apagando todo atisbo de esperanza de que se produjeran más momentos íntimos entre los dos.

Antes de que Charles se marchara, ultimaron los planes para el baile de la noche del miércoles. Él se ofreció a recogerla en su carruaje, a ella… y a quien quisiera llevar.

jjj

Un poco más tarde, el señor Thomson volvió a aparecer en la puerta del despacho con un balón de cuero en la mano. Lo lanzó al aire y lo atrapó con una sonrisa infantil. Había desaparecido todo rastro de su enojo anterior.

—¿Qué tiene ahí? —preguntó Emily.

—Un balón nuevo para el colegio.

—¿De dónde lo ha sacado?

—Lo he comprado en una de las tiendas.

—Muy amable por su parte.

Él se encogió de hombros.

—Esperaba que me acompañara a dárselo. Podríamos visitar de nuevo el asilo para pobres ya que estamos.

Había pasado una semana desde que el señor Thomson había visitado por primera vez el colegio y el asilo. Tal vez ahora que el duque de Kent había accedido a patrocinar la Sociedad de Amigos de los Pobres, estuviera deseoso de implicarse más.

Emily dudó antes de contestar. Probablemente no debería ir con él, pero sí quería echar otro vistazo a los dos hoteles principales de la ciudad, que estaban de camino al colegio.

—¿Le importaría que hiciéramos dos breves paradas de camino? Son necesarias para avanzar con la guía.

Emily había estado más veces en la posada London porque allí se celebraban los bailes. El Hotel York le resultaba menos familiar, aunque había estado dentro unas cuantas veces.

—Claro que no, siempre que lleguemos al colegio a tiempo para el recreo.

Se pusieron las prendas de abrigo y, después de que Emily le dijera a su madre adónde iba, se marcharon.

Mientras caminaban, Emily le señaló el fuerte —destruido tras la batalla de Waterloo—, las residencias de interés, los baños terapéuticos, las máquinas de baño y otros negocios. Le dio detalles sobre los propietarios, la antigüedad de ciertos edificios y los servicios que ofrecía cada uno.

—¿Sabe? —le dijo él—, es usted una guía turística andante. ¿Quién necesita un libro?

—Pues el señor Marsh. Y espero que mucha más gente.

No lo llevó a la biblioteca del señor Wallis, porque podía describirla con todo lujo de detalles con los ojos cerrados. Además, no le apetecía enfrentarse al señor Wallis, y menos en pleno encargo.

—La posada London está situada en la parte más concurrida de la ciudad —le explicó Emily—, sin vistas de las que merezca la pena hablar. El Hotel York, sin embargo, se construyó frente a la playa. Es más nuevo y tiene unas vistas excelentes.

—Cuidado —bromeó él— o hará que desee haberme quedado allí.

Cuando llegaron al Hotel York, Emily le comentó lo siguiente:

—Solo quiero preguntarles cuántas habitaciones y salas comunes tienen, cuántas comidas sirven… esa clase de cosas.

—¿También confía en ver a los Parker mientras está aquí?

—No.

Él mostró cierto escepticismo, pero le sujetó la puerta para que pasara. Una vez dentro, Emily se acercó al mostrador de recepción y se dirigió a un joven que había allí.

Le hizo las preguntas que llevaba preparadas sin decirle para qué necesitaba la información y él se las contestó amablemente. Emily tomó unas cuantas notas en su cuaderno, le dio las gracias, y ella y el señor Thomson se marcharon unos minutos más tarde. Mientras se iba, Emily recorrió el vestíbulo con la mirada, pero no había ni rastro de Charles ni de sus padres.

Tras una breve parada en la posada London para formular unas preguntas similares, continuaron su camino hacia el colegio.

Cuando llegaron, el señor Ward volvió a invitarles a que pasaran al patio. Con su permiso, el señor Thomson les hizo entrega a los muchachos del nuevo balón y, después de vitorearlo, empezaron a jugar con él. El director del colegio se quedó junto a Emily observando el partido.

—¿Dónde están las niñas? —quiso saber Emily.

—La mayoría están dentro. Prefieren jugar a los palitos chinos[37] cuando hace frío.

—¿La mayoría? —repitió Emily. Volvió a mirar al grupo que jugaba con el balón y solo entonces se percató del dobladillo embarrado de una falda que asomaba por debajo de un abrigo largo, así como de unas medias negras, que Emily había confundido con pantalones. Un gorro de punto ocultaba el cabello de la niña mientras corría y le daba patadas al balón con los demás niños. Emily señaló con la cabeza en su dirección y preguntó—: ¿Cómo se llama?

—Cora.

—¿Suele jugar con los niños?

Él asintió.

—No es muy de quedarse quieta.

—Ya veo. Me recuerda a mi hermana pequeña.

James llamó su atención por encima de las cabezas de los niños.

—¡Venga a jugar con nosotros! —Emily vaciló—. ¡Vamos! —la instó él.

A su lado, el señor Ward también la animaba:

—Pasará un frío espantoso si se queda aquí mirando, se lo digo por experiencia propia.

—Oh, vaya, entonces, cuenten conmigo. ¿Me sujeta las cosas?

—Con mucho gusto.

Le dio el cuaderno y el ridículo y se unió a la refriega.

Emily no tenía ni idea de lo que hacía, así que intentó imitar los movimientos de Cora y se dedicó a correr de un lado para otro tras el balón. Sin embargo, mientras que la niña le pegaba al balón de vez en

cuando, Emily nunca llegaba a acercarse lo suficiente.

No obstante, tal como había insinuado el director, no tardó en entrar en calor.

Al cabo de unos minutos, se reunió de nuevo con el señor Ward, resoplando.

—Está claro que no soy tan deportista como Cora.

—Ha estado dispuesta a jugar con ellos, señorita Summers. Eso es lo que cuenta.

Emily reflexionó sobre las palabras del señor Ward mientras recuperaba el aliento. Tal vez debería pedirle a Georgiana que viniera a jugar con los niños de vez en cuando. Podría enseñarles un par de cosas a los pequeños… o a ella misma.

jjj

Después de media hora en el colegio, siguieron hasta el asilo para pobres. Cuando llegaron a la puerta, se encontraron con Viola, que también estaba a punto de entrar.

—Buenos días a los dos. ¡Qué agradable sorpresa! —les saludó con una sonrisa—. ¿Qué les trae de nuevo por aquí?

—Quería volver a ver a la señora Denby —respondió el señor Thomson—. Me ha robado el corazón.

La sonrisa de Viola se ensanchó.

—Suele tener ese efecto en la gente.

Sin pretenderlo, entraron mientras los residentes comían.

Sobre la mesa común había un pedazo de pan con moho, unas cuantas piezas de fruta golpeada y una salchicha ahumada que la señorita Reed había cortado en partes iguales para todos.

La señora Denby levantó la vista cuando entraron.

—¡Viola! ¡Señorita Emily! —exclamó—. Y el señor Thomson, si mi vieja memoria no me falla. Qué placer volver a verlos.

Se volvió hacia los residentes allí reunidos y presentó a algunos que Emily no conocía.

—Les invitaríamos a acompañarnos, pero me temo que esto es todo lo que tenemos hoy.

El señor Thomson frunció el ceño.

—Señora Denby, no lo entiendo. Me había dicho que la comida aquí era buena, sana y abundante.

—¡Y lo era! Hasta hace unos días. ¿Recuerda que le hablé de la amable señora Novak, que cocina para nosotros? Se ha caído, pobrecita mía, y se ha lastimado el tobillo. Rece por ella, si puede.

—Lo haré, por supuesto, pero ¿quién cocina ahora?

—Nos vamos arreglando. El panadero ha mandado al mozo que tiene contratado para que nos trajera el pan de la semana pasada. También hay un poco de salchicha ahumada que trajo el carnicero y

ayer mismo el señor Cordey nos trajo algunos de sus famosos arenques ahumados. Ah, y el verdulero suele darnos fruta un poco golpeada y otras cosas a punto de estropearse. Quitamos con un cuchillo lo que está estropeado y así podemos improvisar un buen festín. A veces los problemas de vista son una bendición. —Y se echó a reír, pero el señor Thomson se limitó a esbozar una leve sonrisa como respuesta.

—Lamento oír eso. —Él intercambió una mirada con Emily.

Viola tomó la palabra.

—Debería haberme avisado enseguida. Estoy segura de que Sarah enviará más comida de lo habitual. El mayor y yo también lo haremos. ¿Y cómo está la señora Novak? Tal vez podríamos llevarle una cesta para ayudarla en su recuperación.

—Qué generosa.

Emily sintió una punzada de remordimiento. Eso ni siquiera se le había pasado por la cabeza.

—Sí, una idea excelente —comentó Emily, admirando el espíritu caritativo de su hermana. ¡Cómo había crecido y cambiado su melliza en los últimos meses!

—¿Sabe dónde vive? —preguntó Viola.

—Con su hija y su yerno —respondió la señora Denby—. Encima de la imprenta, creo.

—Muy bien. Haremos lo que podamos.

jjj

Desde la ventana, Sarah vio a Emily, Viola y al señor Thomson bajar del carruaje de los Hutton. Los tres se apresuraron en llegar a la puerta, sin duda deseosos de guarecerse del frío.

Sarah atravesó el vestíbulo para abrirles.

—Pasen. Pasen —los saludó—. Deben de estar helados.

—Menos de lo que cabría esperar —replicó Emily—, gracias a que Viola se ofreció a traernos de vuelta.

—Gracias, señora Hutton —añadió el señor Thomson.

Sarah miró de nuevo el coche de caballos que esperaba en la entrada. El conductor estaba envuelto en un abrigo con capa y mantas, y llevaba el sombrero calado.

—¿Ese es Taggart? —preguntó, amusgando los ojos, tratando de determinar si debajo de las numerosas capas se encontraba el lacayo del señor Hutton que también hacía las veces de cochero.

Viola miró por encima del hombro.

—Sí. No te preocupes. No lo dejaré ahí sentado a la intemperie durante mucho tiempo.

Una vez que Sarah hubo cerrado la puerta tras ellas, Viola dijo:

—Al menos no se ha tenido que tomar la molestia de atar y enjaezar los caballos solo para un recado. Antes de llevarme a mí al

asilo, ha dejado al mayor en los billares. El general Wetherall y el capitán Conroy lo han invitado a jugar… y ha aceptado, ¿no les parece increíble?

—¡Caramba! Ya no van a quedar ermitaños en Sea View ni en Westmount…

—Afortunadamente no —dijo Viola, esbozando una sonrisa que enseguida borró del semblante—, pero me temo que he venido con noticias menos agradables.

—¡Oh!

Viola lanzó una mirada a Emily y al señor Thomson y procedió a explicarse: —Acabamos de enterarnos de que la señora Denby y los demás se las están arreglando con pan duro, fruta estropeada y unas sobras de carne o queso.

—¿Qué? —Sarah se quedó boquiabierta.

—La cocinera se ha caído y se ha lesionado el tobillo, y se supone que tiene que guardar reposo durante un tiempo, así que no puede ir al asilo para pobres.

—Oh, no. Primero Emily y ¡ahora la señora Novak! ¿Cuánto tiempo pasará hasta que pueda volver a cocinar para ellos?

—No lo sé. Acabamos de enterarnos. Tendré que ir a verla y preguntarle.

—¿Preparo algo de comida? —preguntó Sarah—. La señora Besley está ocupada, pero yo haré lo que pueda.

—Esperaba que dijeras eso. Voy a pedirle a Chown que me ayude también. Sus dotes culinarias han mejorado gracias a la señora Besley. Todavía le queda mucho camino por recorrer, pero sin duda será mejor que un poco de pan duro y queso rancio.

Sarah asintió.

—Quizá podríamos organizarnos y establecer un horario para ir rotando entre unos cuantos hasta que la señora Novak se recupere.

—Buena idea. ¿A quién más deberíamos preguntarle? —preguntó Viola—. ¿A la señora Fulford?

—Sí, y tal vez a la señora Butcher y a la esposa del clérigo.

—Bien pensado, pero ¿estás segura de que puedes compaginarlo con tus otras responsabilidades aquí?

Sarah ladeó la cabeza. Se le había ocurrido una idea.

—Ya encontraré la manera.

jjj

Esa noche, mientras se preparaban para irse a la cama, Emily le preguntó a Sarah: —¿Vendrás al baile de esta semana con Charles, el señor Thomson y conmigo? Será un poco incómodo si voy yo sola.

Sarah enarcó las cejas.

—¿Vas a ir con los dos?

—¡¿Qué otra cosa iba a hacer?! El señor Thomson me preguntó si alguna vez había asistido a un baile en los salones de recreo y sugirió que podríamos ir juntos en alguna ocasión. No llegamos a concretar ningún plan, pero entonces apareció Charles y me preguntó si ya estaba lo bastante recuperada de la mano como para asistir al baile de esta semana. Me lo preguntó delante del señor Thomson. No podía hacer como si nada, no cuando él también me había propuesto ir.

—Oh, Emily. ¡En qué líos te metes! —se lamentó Sarah, negando con la cabeza.

—No era mi intención. No creo que ninguno de los dos esté muy contento con el acuerdo, pero ambos lo han aceptado.

—Entonces… ¿qué? ¿Pensáis ir juntos a los salones de recreo? ¿Solo vosotros tres?

—Se lo pediría a Viola, pero ni ella ni el mayor estarían por la labor de asistir a un baile público. Y ya sabes que Vi no bailaría si acabara yendo. Siempre se negaba a participar en nuestras clases con el maestro de baile.

—Es verdad.

—Si sirve para convencerte, Charles nos recogerá en su carruaje.

—Muy amable por su parte. ¿Y os acercará a casa después?

—No lo sé. No se me ocurrió preguntarle.

Sarah se metió en la cama y se puso cómoda.

—Sinceramente, no tengo muchas ganas de ir, pero tampoco creo que sea prudente salir por la noche sin una acompañante femenina.

—Entonces, ¿vendrás conmigo?

Sarah suspiró.

—Déjame pensarlo.

—De acuerdo —repuso Emily y se metió en la cama y apagó la vela, llena de dudas.

Pensó en el verano pasado, cuando un antiguo huésped, el señor Stanley, la había acompañado sola a casa de vuelta de un baile. Aquel paseo a la luz de la luna sí que había sido un poco incómodo. Y más tarde, Viola lo había visto besando a otra mujer. Emily todavía se estremecía al recordarlo. Sí, la verdad es que acababa metida en cada lío…

---

36 N. de la Trad.: Para limpiar las chimeneas, el servicio recurría a una caja de madera con forma de tronco de pirámide cuadrangular invertida con un asa de metal para poder transportarla. En la parte superior de la caja, había una bandeja móvil para llevar cepillos, plumeros, *etc.* y en la parte inferior se depositaba la ceniza.

37 N. de la Trad.: El Mikado o palitos chinos es un juego que consiste en tratar de retirar palillos de un montón por turnos sin mover más que el que se intenta extraer.

Capítulo 18

«La esgrima me recuerda a los trágicos duelos al amanecer».

KAY GEYER,
The Sportswoman

A la mañana siguiente, Sarah se acercó a Antoine Bernardi en la sala donde se servía el desayuno. El hombre estaba tomando café mientras leía un libro de cocina. Vio un platito de bombones. Debía de haberlos preparado él mismo.

—Señor Bernardi, ¿podría ayudarme con una cosa?

Él alzó la vista, interesado.

—¿Quiere que le enseñe a usar bien el mortero? Esperaba que me lo pidiera —respondió, con un brillo travieso en sus ojos color avellana.

—No. Esperaba que me ayudara a preparar algo de comida para el asilo para pobres. La mujer que se encarga de hacerlo se está recuperando de una caída, y los ancianos tienen que arreglárselas con unas piezas de fruta, un poco de carne y pan duro.

El hombre arrugó la nariz con desagrado.

Antes de que pudiera siquiera negarse, ella retomó la palabra:

—¿No decía que se aburría? Y que disponía de tiempo libre ahora que el duque solo toma comida para enfermos y la duquesa ha perdido el apetito.

Él pasó una página del libro que estaba hojeando.

—Eso suena a mucho asar piezas de carne, hervir patatas y hacer natillas para gente que no reconocería la *grande cuisine* ni aunque les besara los labios, pero, por desgracia, requiere de poca repostería fina o de las demás obras de arte que les puedo ofrecer.

Estaba claro que aquel hombre tenía una gran opinión acerca de sus habilidades, pensó Sarah con acritud. Por otra parte, después de haber visto y probado algunas de sus creaciones, no podía culparlo.

Aun así, no se rendiría tan fácilmente.

—«El que es generoso con el pobre, es generoso con el Señor, y Él le recompensará la buena acción» —afirmó, parafraseando un proverbio.

Él clavó en ella la mirada, poniéndose serio.

—Eso es una bajeza. No me esperaba que fuera una manipuladora, señorita Summers.

Sarah se indignó.

—Entonces, olvide que se lo he preguntado. Dios no quiera que deje un momento sus bombones y sus libros de recetas para ayudar a alguien que lo necesita. Reservaré para mí ese privilegio. Al fin y al cabo, «es mejor dar que recibir».

Airada, dio media vuelta y abandonó la habitación. Le ardían las mejillas y el remordimiento la quemaba por dentro, como si sobre su corazón derramaran cera caliente. ¡Estaba siendo una hipócrita! El señor Bernardi tenía razón. Utilizar las Escrituras para convencerlo había sido una bajeza. Se avergonzaba de haberlo hecho, sobre todo si tenía en cuenta que últimamente había descuidado la lectura de la Biblia y sus oraciones, ocupada como estaba con la casa de huéspedes. No estaba en posición de emplear contra él aquellos versículos como si fueran armas arrojadizas.

«Perdóname, señor».

Exhaló un profundo suspiro y se retiró al despacho. No quería darle a la señora Besley más trabajo cuando sabía que cocinar para sus huéspedes ya la dejaba sin fuerzas y que a sus envejecidos huesos no les gustaba el frío. Por no hablar de Lowen, a quien el reúma dejaba postrado en cama a menudo. El señor Gwilt siempre estaba dispuesto a ayudar y echaba una mano en lo que podía, pero carecía de experiencia en la cocina. No, encontraría la manera de hacerlo ella sola.

Al final, Sarah se las apañó para preparar una comida sencilla: embutido, queso, bollos de leche y magdalenas recién hechas, buena mantequilla y fruta en almíbar. No es que aquella comida fuera a ganar un premio, pero alimentaría a sus destinatarios y la saborearían. Georgie la ayudó a llevarla al asilo y a servírsela a los residentes, que se deshicieron en agradecimientos. Y todo por aquella sencilla vianda. El señor Bernardi no sabía lo que se perdía.

jjj

A última hora de la tarde, Emily, Georgiana y James Thomson se reunieron en el vestíbulo, esperando la llegada de Charles Parker para el prometido combate de esgrima.

Este no tardó en aparecer y saludó a James con una ceja arqueada y una media sonrisa.

—¿Preparado para perder?

Al señor Thomson se le dilataron las fosas nasales.

—¿Quién, usted?

—Muchachos, muchachos… —los regañó Emily—. No hace falta actuar como toros en el ruedo.

Charles le dedicó a ella una sonrisa más sincera.

—Solo le tomaba el pelo. Puedo haber sido un buen tirador, pero eso fue hace años. Ahora solo practico esgrima dos veces por semana con un maestro del pueblo.

James negó con la cabeza.

—Sí, claro…

—¿Y usted, Thomson?

—Como ya he dicho, no he tenido mucho tiempo para practicar últimamente ni demasiados adversarios dignos.

—¡Eh! —intervino Georgiana—. No se olvide de mí.

Charles miró primero a Georgie y luego a James Thomson, intrigado.

—El señor Thomson ha tenido la amabilidad de enseñarle a Georgiana a practicar esgrima —le explicó Emily. Luego vaciló durante un instante y añadió—: Y yo también he recibido una lección.

—¿De veras? —Charles frunció el ceño—. Entonces, tal vez le gustaría presenciar nuestro combate.

Ambos hombres la miraron con cara sobria y expectante.

Con el fin de aligerar la atmosfera competitiva, Emily estuvo a punto de declinar la invitación, pero, antes de que pudiera hacerlo, Georgiana respondió con entusiasmo por las dos: —¡Pues claro que sí, y a mí también!

Los hombres subieron las escaleras hasta la antigua habitación infantil en el ático. Georgiana los siguió ansiosa; Emily, no tanto.

—Les ruego que me disculpen, señoras… —Charles se quitó el abrigo. Debajo llevaba unos pantalones bombachos y una camisa blanca holgada—. Por desgracia, no me he venido a Sidmouth con mi equipamiento de esgrima.

—No pasa nada —le aseguró Georgiana.

El señor Thomson vestía unos calzones de ante hasta las rodillas y una chaquetilla de esgrima blanca abotonada por un lado. Abrió el estuche, y cada uno eligió un florete.

Dieron comienzo al asalto.

Emily se sentó en una de las sillitas pegadas a la pared de la habitación, y su hermana se sentó a su lado. Mientras observaban, Georgiana comentaba en voz baja los movimientos que reconocía.

—Marchar, fondo, romper. Ataque, parada, respuesta. Finta, parada, respuesta.

Repitieron la rutina una y otra vez, hasta que Charles saltó hacia

delante en una maniobra que Emily no había visto antes.

—¡Oh! Creo que eso ha sido una balestra —observó Georgie—. No estoy segura.

Charles parecía ser más grácil y tener una constitución más esbelta. Con todo, James también era muy diestro, además de rápido y decidido.

Sin embargo, al cabo de poco tiempo, el señor Thomson se había quedado sin aliento mientras que Charles estaba como si nada. James acusaba claramente la reciente falta de práctica que había comentado, lo cual lo perjudicaba frente a la resistencia de la que hacía gala su rival.

La fatiga hizo que el señor Thomson bajara la guardia y le diera a su oponente la oportunidad de asestarle un golpe.

—¡Punto para Charles! —susurró Georgiana, entusiasmada.

Prosiguieron con el combate. Charles volvió a golpear con fuerza, pero esta vez James paró el ataque y arremetió con un fondo. Charles intentó contraatacar, pero fue *touché*.

—Bravo —vitoreó Georgiana.

—Bien hecho —reconoció Charles—. Es mejor de lo que recordaba.

Resollando, el señor Thomson se inclinó hacia delante, tratando de recobrar el aliento. Charles, mientras tanto, se secaba la frente con un pañuelo.

A Emily le trajo al recuerdo el pañuelo bordado con sus iniciales que había guardado todos estos años, dentro de un diario de su niñez.

Tras tomarse un breve respiro, los hombres volvieron a enfrentarse, avanzando y retrocediendo por un suelo surcado por rayos de sol, atacándose por la línea interna, por la externa, por arriba, por abajo…

Emily se alegraba mucho de que utilizaran floretes de punta roma en lugar de espadas afiladas. No le gustaba el brillo fiero que centelleaba en los ojos de los duelistas. Pese a ello, no podía evitar admirar los anchos hombros del señor Thomson ni su rapidez y agilidad. Tampoco podía impedir fijarse en el pecho musculado y los brazos definidos de Charles, que se vislumbraban a través de su fina y húmeda camisa.

Menos mal que ninguno de los dos podía leerle los pensamientos en aquel momento.

Con cara de determinación, Charles avanzó y avanzó una y otra vez y obligó al señor Thomson a retroceder hasta la pared. Cuando encontró un hueco para atacar, golpeó a James en el pecho con la punta del florete y lanzó un grito feroz.

—Tocado —reconoció James con la respiración agitada—. Me ha vuelto a derrotar, como siempre.

—Ha estado muy ajustado —admitió Charles con elegancia—. Haber entrenado con un maestro de esgrima me ha dado ventaja. —

James asintió, pero no dijo nada más. Charles miró al público y añadió—: Batirse con *amateurs* no es comparable. Por favor, no se ofenda, Georgiana.

La joven levantó la barbilla.

—Intentaré no hacerlo, Charles, pero deme un año con su maestro de esgrima y los superaré a los dos.

—No me cabe la menor duda —repuso Charles, mirándola a los ojos.

jjj

El señor Thomson se excusó y bajó a asearse y a cambiarse de ropa. Georgiana se quedó en el ático, pero fue a su habitación a por algo.

Emily bajó a solas con Charles y se detuvo en el armario de la ropa blanca para ofrecerle una toalla con la que enjugarse el sudor de la cara y el cuello. Luego siguieron hasta el silencioso vestíbulo de la planta baja.

—Esta rivalidad suya… —empezó ella—. Está claro que era por algo más que la esgrima.

—Sí —le reconoció después de vacilar durante unos instantes.

—¿Y a qué se debe?

Él hizo una mueca.

—Había una joven a la que él admiraba en Oxford. Era hija de un abogado de la ciudad al que le había consultado sobre unas cuestiones en materia de Derecho durante sus estudios. Al parecer, Thomson empezó a visitar a esa joven, pero ella no le correspondía. Entonces me culpó a mí.

—¿Por qué? ¿Usted también la conocía?

—Sí. Bailamos juntos un par de veces. Y ella coqueteó conmigo, no lo niego.

—¿Y usted no coqueteó con ella?

—Puede que lo hiciera, aunque no intencionadamente. Recuerde que esto fue hace varios años. Antes de que usted y yo… Antes de que yo…

—¿Antes de que usted qué?

—De que yo empezara a verla como una mujer y no como a la niña que vivía al lado.

—¡¿La niña?! —repitió Emily con voz ahogada.

—Bueno, después de todo, era cuatro años más joven que yo y eso me parecía una gran diferencia de edad… por aquel entonces. Sin embargo, se volvió casi imperceptible cuando usted tenía diecinueve y yo, veintitrés.

Emily sopesó lo que acababa de decir y ladeó la cabeza para estudiar su expresión.

—¿Estaba interesado en esa chica de Oxford?

—Durante un tiempo, tal vez. Nunca fue nada serio. Al menos por mi parte.

—Pero sí sabía que a su amigo le gustaba…

—Thomson y yo no teníamos una relación tan estrecha. Y yo no pretendía darle esperanzas. Era una joven bonita, y no puedo fingir que no disfruté de sus atenciones, pero si la memoria no me falla, ella coqueteaba con varios compañeros.

—Mmm —murmuró Emily, sin saber qué pensar. Sus hermanas la habían acusado a menudo de coquetear indiscriminadamente, a veces sin que ella fuera consciente de hacerlo. No debería sacar conclusiones precipitadas sobre aquella joven. Charles podría haber malinterpretado sus intenciones.

—¿Alguna otra pregunta? —le preguntó él, de nuevo con un brillo desafiante en la mirada.

Ella lo miró circunspecta.

—Tengo muchas preguntas y quizá pocas a las que le apetezca responder —repuso, taciturna.

Él frunció el ceño y luego se acercó a ella, suavizando su expresión.

—Emily, soy consciente de que la decepcioné hace tiempo, pero espero que sepa que todavía puede confiar en mí.

¿Podía? Ella asintió poco a poco.

Él miró el reloj que había sobre la repisa de la chimenea.

—Bueno, será mejor que regrese al hotel. No debería saltarme otra cena con mis padres. El baile es mañana, así que la veré entonces, ¿verdad? —Ella volvió a asentir. Él la tomó de la mano y se la estrechó—. Estoy deseándolo.

Durante la mayor parte de su vida, Emily había confiado ciegamente en Charles. ¿Seguía haciéndolo? Le vino a la mente una conversación que había tenido con el señor Thomson sobre que la historia era «hechos» y recordó cómo ella había refutado esa idea, argumentando que era la interpretación que un autor hacía de esos hechos. A veces había discrepancias evidentes en el relato de dos personas que habían vivido los mismos acontecimientos, ya fuera por error o por diferencias de perspectiva.

Emily decidió creer que Charles le estaba contando la verdad. Al menos, su versión de la verdad.

jjj

Después de que Charles se hubiera marchado, Georgie volvió a bajar, deseosa de hablar sobre el combate de esgrima.

Poco después, fue el turno del señor Thomson, que descendió aseado y ataviado con su habitual atuendo de caballero, y se reunió con ellas en el salón.

—Espero que ver perder hoy a su supuesto profesor no la haya

decepcionado demasiado —le dijo a Georgie.

—Ni mucho menos —respondió ella—. Creo que los dos han estado magníficos. De hecho, estoy más decidida que nunca a aprender todo lo que pueda.

—Me alegro.

—¿Qué le parece mañana? —sugirió Georgie.

—Admiro su determinación —repuso él con una amplia sonrisa.

—Bueno, ahora, si me disculpan, voy a contárselo todo a mamá —anunció Georgiana antes de salir de la habitación a toda prisa.

—Le he preguntado al señor Parker sobre la rivalidad que hay entre ustedes dos —comenzó Emily cuando estuvieron los dos solos—. Al parecer, no era solo por la esgrima, sino también por una dama…

—Me sorprende que él se lo haya contado.

Emily le resumió lo que le había relatado acerca de la joven.

El señor Thomson abrió los ojos de par en par y frunció el ceño.

—¿Le ha dicho eso?

—Sí. ¿Por qué?

James negó con la cabeza.

—La señorita Moulton no coqueteaba con «varios compañeros». Era una joven dulce y gentil. Su padre me dio permiso para visitarla e incluso para escribirle. Y a pesar de lo que le haya dicho Parker, ella sí me correspondía, al menos al principio, pero en cuanto él comenzó a interesarse por ella… —De nuevo sacudió la cabeza, con cara triste—. ¿Y cómo no iba a quedarse prendada de él? Primogénito y heredero, bien parecido, seguro de sí mismo. Después de conocerlo, ella dejó de tratarme igual. Se volvió distante.

Emily sabía lo que era eso.

—¿La amaba?

James se tomó unos segundos para responder.

—La verdad es que no puedo decir que la amara, ya que nuestra relación no duró mucho. Aun así, yo pensaba… y creía… que nos enamoraríamos, con el tiempo, pero no fue así. Parker empezó a cortejarla, y las esperanzas que yo tenía depositadas en el futuro se desvanecieron. Incluso se la presentó a sus padres.

«¿Se la había presentado?». A Emily se le hizo un doloroso nudo en la garganta. Charles no se lo había mencionado.

—Pero sus atenciones hacia la señorita Moulton no duraron mucho —añadió él.

—¿Por qué no?

James se encogió de hombros.

—Deduje que su madre no había aprobado la relación, pero no conozco los detalles. Lo que sí sé es que él cortó la relación con la señorita Moulton y eso la dejó desconsolada. Puede que no me crea, pero no sentí la menor satisfacción. Me dolió ver que le habían hecho

daño.

—¿Y usted… retomó… sus atenciones?

—No. No fui arrastrándome como un perrillo a ver si me daban una palmadita. Cuando nuestros caminos se reencontraron fui educado y amable, o eso espero, pero no intenté reavivar el romance.

—¿Alguna vez se ha arrepentido de no haberlo hecho?

Él la miró fijamente.

—En su día tuve dudas, pero ya no. Ahora me alegro de ser libre.

Emily lo miró a los ojos. ¿Estaba diciéndole lo que ella creía que le estaba diciendo? Le sostuvo la mirada un instante más y luego bajó la vista. ¿Y ella, era libre? ¿Del todo? ¿O su corazón todavía le pertenecía a Charles Parker?

Como vio que continuaba callada, James se aclaró la garganta y añadió: —Claro que… al vivir y trabajar para Su Alteza Real y al tener que ir adonde él va, no soy realmente libre, ¿no? No podría ofrecer… —carraspeó, interrumpiéndose a mitad de palabra—. Bueno, no podría ofrecerle a nadie… un futuro.

Sus palabras llenaron a Emily de una súbita melancolía, seguida de una oleada de confusión. ¿Por qué se sentía tan triste? Ella siempre había sabido que él se marcharía. Nunca le había dado a entender otra cosa.

Una vez más, decidió dejar de pensar en James Thomson en un sentido romántico, recordándose a sí misma que bajo ningún pretexto debía encariñarse con él. Puede que se sintiera atraída por aquel hombre, pero no tenían ningún futuro. Y si no ponía cuidado, podía acabar echando a perder la posibilidad de ser feliz con Charles por una vana y ridícula fascinación.

Capítulo 19

«Los salones de recreo y de cartas se encuentran en la posada London. Los bailes son frecuentes y el suelo tiene una amortiguación excelente».

The Beauties of Sidmouth Displayed

Mientras se vestían para la cena de esa noche, Emily miró a Sarah y le preguntó:

—¿Has tomado alguna decisión respecto al baile?

Sarah vaciló.

—He estado dándole vueltas y estoy de acuerdo en que la situación es incómoda. Y me gustaría que pudieras disfrutar de la velada.

—¿Entonces? —inquirió Emily, ansiosa por saber la respuesta. Al ver que Sarah no decía nada más, se apresuró a preguntar—: ¿Quizá podríamos invitar también al señor Bernardi? O incluso al señor During, por cortesía. Estaría bien ofrecerles a nuestros huéspedes algo de entretenimiento mientras se alojan con nosotros, ¿no crees?

Sarah frunció el ceño.

—No me gustaría pedírselo a ninguno de ellos individualmente, ya que podría malinterpretarse. Y debo advertirte que es poco probable que el señor Bernardi acepte una invitación mía porque hemos discutido esta mañana.

—¿Sobre qué?

—Oh, le pedí que me ayudara con una cosa y no supe llevar bien la situación, pero tal vez podrías extender una invitación general durante la cena.

—¿Sí? ¿Eso significa que vendrás con nosotros? —preguntó Emily, sorprendida. Sarah no había asistido ni una sola vez a un baile del pueblo.

—No digo que vaya a bailar —dudo que me acuerde siquiera de cómo se hace—, pero tal vez me venga bien a mí también disfrutar de

una velada fuera de casa.

Emily notó que el pecho se le henchía.

—¡Oh, gracias, Sarah! ¡Qué contenta me has puesto!

Una vez se hubieron sentado todos en el comedor y hubo comenzado la comida, Sarah le lanzó a Emily una mirada. Ella le respondió con una leve inclinación de cabeza y anunció:

—Hemos pensado que tal vez quisieran asistir con nosotras a un baile en los salones de recreo del pueblo… Sería mañana por la noche. Habrá música, baile y refrigerios.

—Creo que el señor Thomson tiene previsto asistir —añadió Sarah—. Emily y yo también iremos.

En ese momento, Emily miró hacia donde se encontraba sentado el señor Thomson en busca de confirmación y descubrió que la observaba con el ceño fruncido. No obstante, él no dijo nada.

El señor During compuso una mueca de disculpa.

—Muy amable por su parte, pero me temo que tendré que declinar la invitación.

Emily se volvió hacia el pastelero.

—¿Señor Bernardi?

—No creo que me quieran allí —repuso, lanzando una mirada a Sarah—. Nunca he llegado a aprender a bailar. No era eso lo que nos enseñaban en la escuela de cocina.

—Nuestro maestro de baile del pueblo y su esposa indican en voz alta los pasos y las formaciones de los nuevos bailes campestres —comentó Emily—. Eso facilita mucho las cosas, ya que viene gente de todas partes y no siempre están familiarizados con las mismas danzas. Puede que no le resulte tan difícil como cree.

—Si puede seguir una receta —apuntó Sarah—, imagino que también será capaz de seguir las instrucciones de un baile.

—Así de fácil, ¿eh? ¿Qué, esta vez no va a tirar de proverbios con los que convencerme? —Negó con la cabeza—. No tengo ganas de bailar. —Durante un momento reinó un silencio tenso mientras los demás intercambiaban miradas sin saber qué hacer o decir. Entonces Bernardi volvió a hablar—: No obstante, no me importaría ver lo que se sirve como refrigerio en una velada de una localidad costera.

—Entonces, ¿vendrá?

—Sí —aceptó él tras encogerse de hombros.

Emily le lanzó a Sarah una mirada de satisfacción.

—Excelente.

Cuando hubieron dado cuenta de la cena y se dispusieron a salir del comedor, el señor Thomson se acercó a Emily y le dijo en voz baja:

—Si no deseaba acompañarme al baile, podía habérmelo dicho sin más. No era necesario invitar a toda la casa para evitar pasar tiempo conmigo.

—No es eso. Me alegro de que vaya, pero el señor Parker también estará allí, y un trío sería incómodo. De esta manera nadie se sentirá de más.

Él torció el gesto.

—Ya veremos.

jjj

A la mañana siguiente, el mozo de la lavandera trajo una carga de toallas y sábanas limpias. Sarah pagó al muchacho y subió a guardarlas en el armario de la ropa blanca. Al echar un vistazo al pasillo, se dio cuenta de que la puerta del señor During estaba ligeramente entreabierta y de que por el resquicio se filtraba la luz del sol en el pasillo en penumbra.

Movida por la curiosidad, se dirigió a la habitación.

—¿Señor During? —Llamó a la puerta con los nudillos.

No obtuvo respuesta.

Oyó pasos tras ella y se volvió. Era el señor During.

—Señorita Summers, ¿qué pasa?

—Oh, aquí está. Me sorprendió ver la puerta de su habitación abierta y quería asegurarme de que todo estaba bien.

Él frunció el ceño.

—¿La puerta… estaba abierta? ¿Cómo es posible? ¿La ha abierto con su llave?

—No. Estaba abierta cuando subí.

—Eso es ridículo. Yo nunca dejaría la puerta sin cerrar. Tiene que ser un problema de la cerradura —aseguró, poniendo a prueba el cerrojo.

—La cerradura es bastante nueva, pero, si le preocupa, podemos hacer que el señor Farrant venga para asegurarnos de que todo esté bien.

—Oh —Miró hacia arriba, como si le asaltara un pensamiento—. Supongo que puedo haber… Bueno, solo salí un momento para… mmm… usar el retrete. Habrá sido por eso. De lo contrario, nunca dejaría la puerta sin cerrar. —Entró y echó un vistazo a la habitación, luego se inclinó para revisar el baúl de la vajilla.

—No se preocupe, señor During. No daré parte al capitán Conroy —Sarah se lo dijo de broma, pero él la miró alarmado.

—¡Ay, Dios! ¡Espero que no!

—Solo estaba bromeando. —Sarah lanzó un vistazo a su figura encorvada y comentó—: Por suerte, el baúl también tiene cerradura para mayor seguridad.

—Cierto, aunque lo abro de vez en cuando para sacarle brillo a las piezas y tenerlas siempre listas, en caso de que fuera preciso utilizarlas. —Se incorporó exhalando un suspiro de alivio—. No hay

nada que lamentar.

Ella lo miró, compasiva.

—Deduzco que echa de menos colocar la vajilla de gala, ¿no es así?

Él asintió.

—Sí, aunque aquí no está el gran servicio. El baúl no contiene más que piezas de menor importancia, salvo por los cuatro magníficos candelabros de plata.

Sarah asintió.

—Creo que los vi en la fiesta del domingo por la noche.

—Es probable, sí. En el baúl también se guardan objetos de carácter más ceremonial. El duque de Kent ha recibido varias condecoraciones, como las llaves de la ciudad de Londres, al igual que su hermano, el duque de Sussex.

—¿Las llaves de la ciudad? —preguntó ella.

—Es una distinción que la ciudad de Londres concede como muestra de gratitud. Se la entregaron en una caja de oro de exquisita factura.

—Cielos —susurró Sarah—. Su Alteza Real debe de confiar mucho en usted.

Al oírla, él levantó la cabeza, mirándola casi con suspicacia.

—Supongo que sí. Aunque me temo que no les da a esos premios la importancia que debería. Estoy convencido de que él preferiría su valor en moneda de curso legal. Nunca podría venderlos, por supuesto, ya que tienen su nombre inscrito y son demasiado conocidos. Con todo, viendo su situación económica, sin duda se vería tentado a hacerlo.

Sarah echó la cabeza hacia atrás, sorprendida por sus palabras.

—Espero que no sea cierto. —Escrutó el rostro del señor During y añadió tímidamente—: Podría sentir la tentación, pero confío en que no se dejaría vencer por ella, en que su nobleza acabaría imponiéndose.

jjj

A pesar del frío y de los planes previstos para la velada, todavía necesitaban traer provisiones para alimentar a sus huéspedes. Así que Sarah y Georgie se abrigaron, salieron en dirección al paseo marítimo y dejaron atrás Heffer’s Row para visitar a su familia de pescadores preferida. *Chips* correteaba a su lado.

El señor Cordey estaba sentado limpiando pescado junto a su humilde cabaña. Sarah vio a sus hijos, Punch y Tom, en la playa, arrastrando una de las barcas hasta la orilla.

—Buenos días, ¿cómo ha ido la pesca esta mañana? —preguntó ella.

—Lenta. Hemos *pescao* varios arenques y algún bacalao. No son

muy grandes, en *verdá*, pero aún dan *pa* una buena comilona.

—No me cabe duda. —Sarah le indicó cuánto pescado quería llevarse y él se lo puso en la cesta.

El señor Cordey estuvo a punto de decir algo, pero, luego, tras echar una mirada a Georgiana, cerró la boca. Dirigió la vista hacia el ventanuco de la cabaña, donde Bibi se afanaba sobre la estufa.

—¿Por qué no entra *pa* ver cómo va la sopa de cangrejo que *ta* haciendo Bibi?

Georgie miró en la misma dirección que el hombre y saludó a la joven que le hacía gestos desde la ventana.

—Con mucho gusto. Voy a echarle una mano.

Cuando Georgie se alejó trotando, *Chips* salió a toda prisa tras ella.

El hombre volvió a mirar a Sarah.

—Bibi dijo que *taba usté* preguntando por Abraham Mutter. ¿Es *asín*?

Sarah asintió.

—Vi a uno de nuestros huéspedes enfrascado en una conversación con ese hombre y me generó curiosidad. Me preguntaba qué podrían tener que hablar los dos.

El señor Cordey frunció el ceño, lo que le acentuó las líneas de expresión alrededor de los ojos y de la boca.

—¿Un tipo llamado During?

Sarah lo miró sorprendida.

—Supongo que Bibi le habrá mencionado su nombre…

Él negó con la cabeza.

—*M'han* dicho que un recién llegado ha *estao* rondando la taberna Old Ship, charlando con los lobos de mar que son habituales y haciendo preguntas.

Más de una vez el señor During había regresado a Sea View impregnado de un olor a pescado frito y cerveza, aunque nunca visiblemente bebido.

—¿Qué tipo de preguntas?

—No me gusta levantar sospechas sobre un tipo que no conozco, pero como se *ta* quedando con *usté*, creo que será lo mejor. —Tensó la mandíbula un momento, y luego dijo—: Anduvo preguntando cómo podría hacer un tipo *pa* vender algo… a las calladas.

—¿Para vender el qué?

—No lo sé. Ni quiero saberlo.

¿Qué es lo que querría vender el señor During?, se preguntó Sarah. Seguramente nada del baúl de la vajilla, o al menos eso esperaba. Si fuera a vender algo valioso, no se lo ofrecería a unos viejos pescadores…

—No entiendo… —comentó ella.

El señor Cordey miró por encima del hombro y bajó la voz.

—La Old Ship es uno de los lugares favoritos de los pasadores.

Sarah frunció el ceño, confundida.

—¿Pasadores?

—Contrabandistas.

—Ah —musitó boquiabierta.

—Un conocido mío que *taba* allí le dijo: «*Pa* eso tiene que hablar con Mutter, pero no le diga que va de mi parte».

—¿El mismo señor Mutter que nos reparte combustible? —preguntó Sarah, sumida de nuevo en la confusión.

—Ese mismo.

—Pero si vende leña y turba, y lo entrega en su carro… ¿Qué hay de malo en eso?

—Pero es que no solo reparte leña y turba. También lleva contrabando. Parece que en las casas más grandes le compran mucho combustible… y mucho brandi, así que las visitas regulares de los carros de Mutter no levantan sospechas.

—¿Brandi de contrabando? No puede darle tiempo a navegar hasta Francia entre tanto cortar leña y repartirla, especialmente en invierno.

—No, señorita. *Pa* hacer eso ya hay otros. Descargan el cargamento en botes y lo guardan en unas cuevas marinas que hay al oeste de aquí. Por la noche, lo suben por los acantilados *pa* evitar a los recaudadores de impuestos. Es un trabajito que se las trae, ¿sabe? Cada vez que sube la marea las cuevas se inundan… Hace falta un tipo *avispao pa* calcularlo *to* bien.

Sarah enarcó una ceja.

—¿Como usted, señor Cordey?

—En mis tiempos mozos, sí, no voy a mentirle. —Se pasó una mano por el rostro hirsuto—. Pero mi señora me rogó que lo dejara; temía que nuestros hijos siguieran mis pasos en el negocio. «No vale la pena el riesgo», decía. Y cuando murió, dejé de hacerlo *pa* honrar su memoria. Más vale tarde que nunca.

—¿Es peligroso el señor Mutter?

—*Nah*. No a menos que ponga en peligro su forma de ganarse el pan. Pero el hombre *pal* que trabaja… Yo no le buscaría las cosquillas ni por un océano entero de ese brandi francés.

—¿Para quién trabaja el señor Mutter?

—Eso no se lo *via* decir, señorita. Por su propio bien.

—Pero ¿sabe quién es?

—Sé lo que dicen de él y con eso me basta. Lo han *pillao* muchas veces, y siempre se va de rositas. Los soldados lo acorralaron en una taberna en esta misma costa, y se enfrentó a todos solo con un cuchillo. Espero que su señor During se mantenga lejos de él.

—Sí —susurró Sarah, y un escalofrío que nada tenía que ver con el frío le subió por la espalda. Rezó para que hubiera alguna otra

explicación para el extraño comportamiento del señor During.

jjj

Esa misma noche, después de cenar, Emily y Sarah se pusieron sus mejores galas de otros bailes y se ayudaron la una a la otra con el cabello. Emily tenía la mano mucho mejor, pero Sarah la convenció para que se pusiera una venda fina bajo los guantes largos, por si acaso.

—Espero que no se note lo pasados de moda que están nuestros trajes —murmuró Emily, tratando en vano de alisar un segmento arrugado de cinta de pasamanería.

—Oh, cariño, estás tan guapa que nadie se fijará en el vestido, salvo para contemplar lo bien que te sienta.

—Gracias. —Emily miró a su hermana, que lucía un vestido de gasa a rayas blancas y azules con un modesto pero favorecedor escote en pico—. Tú sí que estás guapa esta noche, Sarah. No te había visto llevar ese vestido desde… Cielos, no lo recuerdo.

—No me lo he puesto desde que Peter nos dejó. Me temo que ahora es demasiado juvenil para mí. ¿Te parezco una vieja vestida de quinceañera?

—Ni mucho menos. Estás preciosa. De verdad. Y no voy a ser la única que lo piense.

—Oh, cariño. No creo que sea eso lo que quiero. Aunque tenía curiosidad por probármelo otra vez. La verdad es que me sorprende que aún me sirva después de todos los pasteles que he estado preparando… y catando.

Poco después, se pusieron la capa y se reunieron con los hombres en el vestíbulo para esperar el carruaje de los Parker, con el que Charles había prometido recoger a Emily. No tardó en llegar, con un cochero que iba envuelto en un abrigo con varias esclavinas superpuestas.

Charles se apeó y ayudó a las damas a subir.

—Buenas noches, señorita Emily. Señorita Sarah. —Saludó con un gesto de cabeza a los demás hombres y entró en el coche de caballos tras las hermanas Summers.

Viendo lo abarrotado que estaba el interior, el señor Thomson dudó.

—Será mejor que me siente en el pescante con el cochero —se ofreció.

El señor Bernardi lo miró a él y luego a Emily a través de la ventanilla.

—No, debería ser yo quien lo haga. —Se subió antes de que nadie pudiera llevarle la contraria, e instantes más tarde el carruaje arrancó en dirección al paseo marítimo.

Durante el recorrido, Emily se sintió muy cohibida en presencia de ambos hombres. Por suerte, Sarah se hizo cargo de la conversación, preguntándole a Charles por su hermana, por el nuevo bebé y por los amigos de casa que tenían en común.

Al cabo de un rato, el carruaje dobló la esquina por la calle Fore y se detuvo cerca de la entrada de la posada London. El señor Thomson se apresuró a bajar y ayudó a descender primero a Sarah y luego a Emily, poniendo especial cuidado en no apretarle demasiado la mano.

—¿Todavía le duele?

—Casi nada, gracias.

El señor Bernardi bajó del pescante con más cautela, encogido de frío.

Al llegar a los salones de recreo, pagaron las entradas, se quitaron los sombreros y las capas, y se lo dejaron todo a un empleado. El señor Bernardi ahuecó las manos y las juntó para intentar calentárselas, soplando.

Charles llevaba un atuendo formal, con pantalones que le llegaban a la altura de la rodilla, una corbata pulcramente anudada y un abrigo oscuro que le quedaba como un guante. Su postura erguida, con los hombros rectos y la cabeza alta, transmitía una imagen de total seguridad y apostura.

Por su parte, él recorrió a Emily con la mirada, desde el cabello rizado hasta el vestido de baile. Ella esperaba que él no se diera cuenta de que era un traje que ya había llevado unos años antes.

—¡Qué hermosa! —se limitó a decir y le ofreció el brazo.

Juntos entraron en los amplios salones iluminados por candelabros y caldeados por un fuego que crepitaba en un extremo de la estancia y por el calor que se desprendía de los enérgicos bailes. La fiesta no estaba tan concurrida como lo hubiera estado de haberse celebrado en verano, pero el número de invitados seguía siendo elevado y la música era lo bastante animada como para llenar la sala.

Charles tomó a Emily de la mano y se inclinó hacia ella para decirle:

—Le ruego que me disculpe un momento. Mi madre ha decidido venir, y le he prometido que la buscaría tan pronto como me fuera posible.

—Oh, claro —murmuró Emily, sorprendida. No esperaba que la señora Parker asistiera.

Charles se alejó, perdiéndose rápidamente entre el gentío.

Mientras lo esperaba, Emily observó la sala. En un rincón cercano, los prometidos refrigerios estaban a disposición de quienes desearan comprarlos por unos chelines. En la mesa también había una ponchera y tazas, acompañadas de una exigua cantidad de comida: finas rebanadas de pan con mantequilla y pastas de almendra con ratafía.

El señor Bernardi no parecía impresionado. Quizá sacaran más platos más tarde.

Emily se fijó en los presentes, para ver si conocía a alguien. Vio que la gente formaba diferentes corros. Estaba el de los elegantes aristócratas; el de los terratenientes y sus hijas, que se comían con los ojos a los soldados del regimiento de dragones con sus ajustadas chaquetillas militares; y finalmente, un grupo de comerciantes y sus esposas.

Divisó el tocado de plumas de la señora Parker antes de verla a ella. Allí estaba, ataviada con un traje de noche oscuro y un turbante adornado con plumas blancas de avestruz. Charles se encontraba a su lado. Varias jóvenes y sus madres los rodeaban.

Alguien saludó a Sarah y le pidió que le presentara a sus acompañantes, pero Emily echó a andar, sin prestarles apenas atención, concentrada en el grupo de gente que tenía delante.

Se acercó lo suficiente a aquellas aduladoras como para oír su conversación.

—Señor Parker, es un placer volver a verlo. Creo que la última vez que coincidimos fue la temporada pasada en el Almack's.[38]

—¿Ah, sí? Ah, sí.

—No sabía que planeaba pasar aquí el invierno —apuntó otra—. No lo había comentado.

—Planeamos el viaje después de que habláramos… y probablemente nos quedemos solo quince días.

—¡Qué lástima! ¿Pasará la temporada en la ciudad este año?

Charles echó un vistazo al gentío y sorprendió a Emily mirándolo.

—Aún no lo he decidido.

—¡Oh, debería hacerlo!

Las mujeres, vestidas a la última moda, siguieron lisonjeándolo y coqueteando con él. Emily se sintió demasiado intimidada como para unirse a ellas, así que, en lugar de eso, prosiguió con su camino y se fue a saludar a Colin Hutton, el hermano menor del mayor y, por tanto, cuñado de Viola.

—No sabía que vendría —comentó ella—. Debería habérnoslo dicho. Le habríamos llevado o habríamos intentado hacerle un hueco al menos. ¿Ha venido andando?

—Sí, pero mejor yo que usted con esos vestidos tan vaporosos y esos zapatitos tan finos que llevan las mujeres.

—Supongo que tiene razón. ¿Qué tal la Navidad en Westmount?

—Mucho más alegre de lo que podría haber sido, todo gracias a su hermana. Si no fuera por ella, dudo mucho que Jack se hubiera molestado con los adornos o los regalos o con cualquier otra muestra de celebración.

—Bueno, espero que el próximo año, podamos celebrar la navidad

todos juntos en condiciones.

—Sí, por lo que tengo entendido este año Sea View estaba sitiada por la realeza.

—Bueno, «sitiada» no es la palabra, y nuestros huéspedes no son de la realeza, pero sí, ciertamente no es la clase de navidades a la que estamos acostumbradas. Y bien, ¿conoce a muchos de los presentes? Si no es así, estaré encantada de presentarle a algunas hermosas señoritas. —Miró a su alrededor en busca de caras conocidas en la sala.

—Sabía que nos entendíamos, señorita Emily —repuso él con una amplia sonrisa—. Mándeme a todas esas hermosuras.

El señor Thomson se acercó a Emily y le preguntó si quería una taza de ponche. Ella hizo las presentaciones.

—Señor Thomson, le presento a Colin Hutton. Viola está casada con su hermano, el mayor Hutton. Y, señor Hutton, el señor Thomson es nuestro huésped y uno de los secretarios privados del duque de Kent.

—Ah —lo saludó Colin—. Debe de ser uno de esos hombres de libros que no cometen ni una falta de ortografía y saben poner los puntos sobre las íes, los palitos sobre las tes y todo eso. Me temo que nunca he sido buen estudiante, pero me quito el sombrero ante usted, señor.

El señor Thomson se encogió de hombros:

—Hay habilidades más importantes —repuso, restándose importancia.

—Menos mal… Y las mías son vestir bien y hacer la corte. Ahora, si me disculpa, creo que acabo de ver a una encantadora señorita que necesita una pareja de baile. —Les guiñó un ojo, hizo una reverencia y se alejó de ellos. Emily y el señor Thomson lo vieron cruzar la habitación, muy empeñado en su propósito.

—Un joven agradable —observó el señor Thomson.

—Siempre me lo ha parecido.

Él se volvió hacia ella.

—¿Y usted también es una «encantadora señorita que necesita una pareja»?

Emily vaciló. No quería desilusionar a James, pero había asumido que Charles planeaba bailar con ella. Al fin y al cabo, había hecho tanto hincapié en invitarla… Incluso había ido a recogerla en su carruaje. Sería ingrato no bailar con él primero.

Abrió la boca para declinar la invitación y entonces lo vio, a varios metros de distancia. Charles la miró y se encaminó hacia ella, pero su madre lo interceptó, agarrándolo del codo.

—Charles, tienes que bailar con la señorita Ferris. Su madre y yo fuimos juntas al colegio.

Reprimiendo un suspiro, Emily volvió a mirar al señor Thomson.

—Eso parece.

Él se había percatado de que vacilaba y del cruce de miradas con Charles, pero en vez de mostrarse molesto, adoptó una expresión comprensiva. Le tendió la mano. ¿Cómo podía decir tanto un gesto tan pequeño? Ella le lanzó una mirada de agradecimiento y puso sus dedos enguantados sobre los de él.

Él la condujo a la pista, donde las parejas formaban dos filas enfrentadas, por un lado los hombres y por el otro las mujeres. Charles y su pareja también se unieron a la formación.

El violinista tocó las primeras notas, la introducción sonaba lastimeramente dulce, y la majestuosa danza comenzó con una inclinación y una reverencia. A continuación se dieron las manos, acercándose y alejándose la una al otro. Cada caballero hacía girar a su pareja por debajo del brazo para cambiar de sitio. Luego, retomaban sus posiciones originales. Entonces las damas se giraban hacia el siguiente caballero, le daban las manos y completaban una vuelta, lentamente, antes de regresar con su pareja.

La etiqueta exigía que los bailarines se miraran a la cara. A Emily sostenerle la mirada al señor Thomson le resultaba íntimo y extrañamente emocionante.

Aun de la mano de James, Emily era consciente de la proximidad de Charles, que a menudo la miraba.

Las parejas pasaron a formar entonces una estrella, uniendo las manos para girar.

Luego los bailarines volvieron a situarse cara a cara con su pareja. La coreografía los puso entonces uno al lado del otro, con las manos entrelazadas por detrás de la espalda. Unidos de esa manera, tenían que girar el cuello para poder mirarse a los ojos.

Cuando llegó el momento de soltarse las manos, las del señor Thomson se detuvieron en la cintura de ella antes de alejarse.

La coreografía proseguía.

Él mantuvo una expresión seria en todo momento, escrutando el rostro de ella. Ella lo miró fijamente a los ojos, esos ojos tan oscuros y cargados de intensidad.

Cuando se sumergió en su mirada, Emily dejó de escuchar la música. Volvieron a aproximarse, con las manos entre ellos, y ella se olvidó de retroceder. Se olvidó de respirar. Él también se quedó quieto. Durante un instante, permanecieron allí, a escasos centímetros de distancia, perdidos uno en la mirada del otro.

Con la siguiente formación, la pareja vecina fue hacia ellos y, en el último momento, Emily y James se separaron para dejarles pasar.

«Emily, ¿qué estás haciendo?», gritó ella para sus adentros.

Se atrevió a mirar a Charles y vio que sus ojos pasaban de ella a Thomson y de nuevo a ella. No parecía nada contento.

Cuando terminó la primera pieza, Charles se acercó a ella.

—Lo siento. Esperaba bailar con usted nada más empezar, pero mi madre tenía otros planes.

—Ya lo he visto. Espero que no haya tenido que venir caminando hasta aquí porque nosotros hayamos usado el carruaje.

—No. Hice que nuestro cochero la trajera aquí primero. —Hizo un gesto en dirección a las parejas que ya se congregaban en la pista—. ¿Me concede el placer del próximo baile?

Se sintió tentada a negarse, embargada por sentimientos contradictorios, en parte enojada con Charles y en parte arrepentida por cómo había reaccionado ante James, un hombre sin un futuro que ofrecer. Al recordar la comprensiva respuesta de James, decidió actuar de la misma manera.

—Será un placer, Charles —repuso ella amablemente—, pero, por favor, no se sienta obligado. Es obvio que conoce a muchas otras damas aquí y que todas ansían una pareja.

Él la miró fijamente a los ojos y acercó su rostro al de ella.

—No he venido hasta aquí para bailar con ellas.

Charles le recorrió el rostro con la mirada y ella sintió que se le desbocaba el corazón. Cuánto había deseado que la mirara así. ¿Era una de sus ensoñaciones románticas o estaba ocurriendo de verdad? Cuando se percató de que la señora Parker los observaba, la realidad se impuso y le pareció más inquietante que emocionante.

Juntos bailaron las secciones de una cuadrilla. Cuatro parejas en formación cuadrada, enfrentadas de dos en dos. Los caballeros se inclinaron hacia las mujeres que tenían en diagonal y luego hacia sus parejas, y dio comienzo la pieza.

Decidida a no dejar a Charles en evidencia, ni a sí misma, Emily se esforzó por concentrarse en los constantes cambios de coreografía: encontrarse con el hombre de la pareja de enfrente en el centro del cuadrado y realizar pequeños gestos con los pies, luego giros dándole una sola mano y luego dándole las dos.

Las damas formaron una estrella y giraron en círculo, primero en un sentido y luego en el otro. A continuación, los caballeros se unieron a ellas. Era un baile enérgico que brindaba oportunidades para coquetear y lucirse con los complejos pasos.

—Siempre ha sido una excelente bailarina —le dijo Charles cuando la coreografía los acercó.

—Gracias.

Charles también era un magnífico bailarín: mantenía la postura erguida y jamás se equivocaba en un paso. ¿Disfrutaría del baile tanto como ella? Era difícil saberlo.

Mientras Emily bailaba con Charles, el señor Thomson hacía lo propio con Sarah. Daba gusto ver a su responsable y sensata hermana bailando y riendo por una vez, en lugar de trabajando. Emily empezó a pensar que tanto Sarah como ella disfrutarían de la velada.

Sin embargo, en cuanto terminó la pieza, la señora Parker se acercó y le presentó a su hijo otra joven con la que también «tenía que» bailar. Charles se marchó de su lado después de dedicarle una apesadumbrada reverencia.

En cuanto se corrió la voz de que el señor Thomson pertenecía al séquito ducal, él también se convirtió en una pareja de baile muy solicitada, lo que dejó a Emily sola más a menudo de lo que le hubiera gustado. Sarah, mientras tanto, hablaba con algunas de las esposas de los músicos, que tampoco tenían pareja de baile.

Emily buscó esperanzada al señor Bernardi con la mirada, pero este había entablado conversación con el propietario de la posada London, que se había acercado a ver cómo se desarrollaba el baile. Los dos empezaron a hablar de los platos que preferían servir en las fiestas, de las dificultades para encontrar ingredientes de calidad a buen precio y de otras cuestiones por el estilo.

Emily se alegró de no tener que participar en aquella conversación.

Mientras observaba todo aquello junto a la pared, sorbiendo ponche, notó que alguien muy cerca de ella desprendía un fuerte aroma a sándalo.

—¿No debería estar en casa escribiendo?

Sobresaltada, se volvió hacia quien le hablaba. Allí a su lado, sonriéndole, estaba el señor Marsh.

—Estoy documentándome —se defendió.

—Claro.

Emily se alegró de verlo y se sintió aliviada de tener a alguien con quien hablar. Lo miró y bromeó:

—¿Ha venido a convencer a todos los bibliófilos adinerados de que visiten su biblioteca?

—No. Aunque es una idea encomiable.

—Entonces, ¿no debería estar en su escritorio, estudiando detenidamente su próxima gran publicación?

—Si todavía la está escribiendo…

—¡Shhh! —Vio que Sarah la miraba con curiosidad. Emily bajó la voz—: No le he dicho a mi familia que estoy escribiendo para usted, así que, por favor, no diga nada cuando haga las presentaciones.

Sarah se despidió de las esposas de los músicos y se dirigió hacia ella. El señor Bernardi también venía hacia allí con cara de aburrimiento. Cuando Sarah se unió a ellos, Emily se lo presentó simplemente como el señor Marsh, con quien había hablado unas cuantas veces en su establecimiento. Sarah, a su vez, presentó al señor

Bernardi y cuando este descubrió que el hombre era editor, los dos empezaron a hablar de la posibilidad y la rentabilidad de publicar juntos un libro de cocina.

Emily suspiró e intercambió una mirada irónica con su hermana. Acababan de perder a otras dos posibles parejas de baile.

Mientras tanto, Charles bailaba con una hermosa dama tras otra bajo la atenta y satisfecha mirada de su madre, que daba muestras de su aprobación. Siempre cortés, Charles le pidió a Sarah que bailara con él una vez y le prometió a Emily con la mirada que ella sería la siguiente.

La señora Parker se acercó adonde Emily se encontraba y se situó a su lado, sin apartar la vista de los bailarines.

—Siempre da gusto ver a los jóvenes divertirse. No sabía que encontraríamos aquí a tantas caras conocidas. Charles, como ya se habrá dado cuenta, está muy solicitado. Pronto será un excelente partido para alguien, no tengo la menor duda. —Emily logró esbozar una media sonrisa, con un nudo en el estómago—. Creo que voy a retirarme. Mi trabajo aquí ha terminado. —Miró a Emily y suavizó su expresión—. Por favor, no me malinterprete. Siempre me ha parecido una muchacha muy agradable, Emily, pero Charles debe pensar en sus responsabilidades. Nuestra hija ha contraído matrimonio con un hombre de carácter y familia intachables. Confío en que Charles hará lo mismo. —La mujer le dio unas palmaditas en el brazo—. Buenas noches.

Cuando volvió a quedarse incómodamente sola, los recuerdos de otra experiencia desagradable que había vivido en aquellos mismos salones volvieron a atormentarla. Emily había asistido a un baile allí mismo el verano pasado y se había sorprendido al ver a algunos conocidos de Charles Parker entre los asistentes: a lord Bertram, al señor Craven y a sus hermanas. El señor Craven había bailado con ella primero, con las manos demasiado largas y una mirada empalagosa. En un momento dado, él le había susurrado al oído: «había oído hablar de la belleza de las hermanas Summers, pero usted ha superado mis expectativas».

Entonces Emily se había sentido incómoda al saber que ella y sus hermanas tenían cierta reputación entre los desconocidos, aunque no alcanzaba a entender a qué se debía. Incluso le había concedido el siguiente baile a lord Bertram, que, al menos, había sido cortés. Sin embargo, con cortesía o sin ella, nunca habría aceptado bailar con él de haber sabido entonces lo que le había hecho a Claire.

Emily apretó los labios para ocultar su temblor y se sacudió las ideas, tratando de deshacerse de aquel recuerdo.

Por suerte, Colin acudió en su rescate y fue su pareja en dos enérgicos *reels.*[39] Su cuñado compensaba su desconocimiento de los

pasos con sonrisas joviales y mucho entusiasmo.

Finalmente, se anunció el último baile. Para entonces, Emily ya había perdido la esperanza de volver a bailar con Charles y lo único que quería era irse a casa y ahogar sus penas en dulces. Por la postura decaída de Sarah y lo mucho que parecían pesarle los párpados, ella también estaba lista para marcharse.

Entonces Charles apareció ante ella, con una sonrisa genuina dibujada en su apuesto rostro.

—Ahora que mi madre se ha marchado, puedo bailar con quien quiera. Y me encantaría bailar con usted. —Él le tendió la mano y ella no pudo resistirse—.

Emily fue vagamente consciente de la cara que estaba poniendo el señor Thomson. Después de recordarse a sí misma que él se marcharía, el secretario había desaparecido.

Un momento más tarde, estaba en brazos de Charles Parker, bailando con el hombre al que durante tanto tiempo había amado. Y él le sonreía, mirándola a los ojos, y la estrechaba contra sí, con aquellas manos cálidas y firmes que sostenían las suyas y la guiaban con confianza de un paso a otro.

A Emily le asaltaron los recuerdos de la última vez que habían bailado juntos, en la fiesta en casa de los Parker, cuando estaba plenamente convencida de que él la amaba.

Al ver ahora el brillo de admiración en su mirada, pensó que tal vez todavía lo hiciera.

Esto era real, se dijo. Era posible. En cambio, un futuro con James Thomson no.

Después de que se apagaran las últimas notas, Charles ayudó a las damas a ponerse la capa y las acompañó hasta el carruaje, que las estaba esperando. Le había dado instrucciones al cochero de que volviera a buscarlos después de llevar a su madre al Hotel York.

—Esta vez no os acompañaré —les anunció—. Así habrá sitio de sobra para todos.

Antes de que nadie pudiera protestar, el señor Bernardi se montó en el carruaje. James fue el siguiente en entrar, para no tener que pasar luego por encima de las damas. Entonces Charles le dio la mano a Sarah para ayudarla a subir.

Ya solo quedaba Emily. Seguía de pie frente a Charles, solo vagamente consciente de la multitud de gente que se arremolinaba a su alrededor, en la calle Fore, pidiendo una silla de manos o que le trajeran su charrete.[40]

Charles la tomó de la mano y, durante un momento, se limitó a quedarse allí, sosteniéndosela con la mirada fija en su rostro.

—Ha sido un placer pasar tiempo con usted. Volver a bailar con usted. Me ha hecho revivir tiempos felices —dijo al cabo de unos

instantes.

—Sí —coincidió ella con un susurro.

—Mañana vamos a ir a visitar a un amigo de mi padre cerca de Exeter, pero ¿podría visitarla el viernes?

Consciente de que los demás seguían al otro lado del fino cristal de la ventanilla del carruaje, Emily se limitó a asentir con la cabeza.

Charles le sonrió y la ayudó a subir al carruaje, estrechándole la mano antes de soltársela.

Cuando él cerró la portezuela tras ella, Emily se atrevió a mirar a sus acompañantes. Sarah paseaba la vista de ella al señor Thomson y viceversa, con preocupación, mientras que el señor Thomson mantenía la mirada fija en algún punto frente a él, con una expresión indescifrable.

El viaje de regreso fue frío y silencioso.

---

38 N. de la Trad.: Club social londinense de entrada para señoras y caballeros, al que se acudía a reuniones sociales para ver y ser visto.

39 N. de la Trad.: Baile popular, que, junto con los campestres, era de los más populares en las veladas de la Regencia. Los *reels* se caracterizaban por un ritmo vivo y solían interpretarse a gran velocidad.

40 N. de la Trad.: Un carruaje ligero de dos ruedas tirado por un caballo.

Capítulo 20

«El páramo de Mutter, en las afueras de Sidmouth, toma su nombre de Abraham Mutter, uno de los cómplices de Jack Rattenbury».41

RICHARD PLATT,
Smugglers' Britain

A la mañana siguiente, Emily se sintió tentada a saltarse el desayuno, pues no estaba segura de estar preparada para ver al señor Thomson, ni de que él quisiera verla a ella.

Por otra parte, se moría por una taza de té. Y unos pasteles.

Quizá podría entrar y salir antes de que nadie más bajara a comer. Vaciló ante la puerta del comedor y oyó el rumor de voces masculinas en el interior. Adiós al plan.

Inspiró hondo y entró.

El señor Bernardi levantó la vista. El señor During, en cambio, no despegó la mirada de la tostada ni de la mermelada, como si despertaran en él un gran interés científico.

Emily se armó de valor y los saludó:

—Buenos días, caballeros.

El señor Thomson levantó la cabeza como si le pesara una tonelada.

—Señorita Summers —la correspondió él, con frialdad, pero sin perder la cortesía.

—¿Cómo está la reina del baile esta mañana? —preguntó el señor Bernardi—. ¿Ya se ha repuesto del brote de danzamanía? ¿O es que los pies le están pidiendo clemencia?

Ella esbozó una débil sonrisa.

—Estoy bien, muchas gracias. Afortunadamente, mis pies han sobrevivido, y el resto de mí también. —«Al menos en parte», añadió para sí, consciente del dolor en el pecho que le producía la mirada distante del señor Thomson.

Él dobló la servilleta, la dejó a un lado y se levantó.

—Si me disculpan, me gustaría ir a Woolbrook esta mañana temprano y ver cómo le va al duque.

El señor Bernardi separó los labios de la taza de té y repuso:

—Yo iré un poco más tarde.

James se volvió hacia During, que seguía mirando fijamente su plato, sumido en sus pensamientos, visiblemente ajeno a lo que estaban diciendo.

—¿During?

—¿Mmm? —murmuró, saliendo de su ensimismamiento—. Oh, sí. Un té excelente.

Los otros dos hombres intercambiaron una mirada, y el señor Thomson se marchó solo.

Emily dio cuenta del té y probó un pastelillo. Luego, tras ayudar a Jessie a recoger las cosas del desayuno, se fue a la biblioteca a trabajar en la guía, convencida de que no volvería a ver al señor Thomson hasta que se acercara la hora de cenar.

Sin embargo, regresó una hora más tarde.

Al verlo acercarse a Sea View por la ventana, Emily salió a su encuentro en el vestíbulo.

—¿No ha mejorado?

—Me temo que no. Todo indica que está empeorando.

—Lo siento. ¿Podemos hacer algo? La señora Besley prepara una sopa de pollo excelente que me ha curado muchos resfriados.

—Por desgracia, ya no estamos en ese punto. El doctor Wilson ha propuesto sangrarlo.

—Oh, no. Pobre hombre.

Él asintió.

—La duquesa nos ha pedido que traslademos la cama del duque a otra habitación, una que sea menos fría. El edificio es tremendamente frío. Espero que el cambio sirva de algo.

—Yo también.

—Mientras tanto, no tengo trabajo que hacer y estoy de nuevo a su disposición. ¿Podría serle de ayuda en su proyecto o ya ha seguido adelante sin mí?

Emily parpadeó, sorprendida de que se hubiera ofrecido a ayudarla después del baile de la noche anterior. Sabía que lo mejor sería declinar educadamente su ofrecimiento. Tenía mejor la mano. Ya no lo necesitaba. Lo que necesitaba era mantener las distancias, pero no le salían las palabras.

—Ya puedo escribir y casi he terminado las secciones de Sidmouth. Sin embargo, todavía me queda por redactar la parte correspondiente a los pueblos de los alrededores, que el señor Butcher también describió en su guía. Aún no los he visitado todos. El señor Marsh me

dijo que me limitara a utilizar como fuente otras guías publicadas, pero me gustaría ver con mis propios ojos algunos de ellos al menos.

—Lógico. ¿Cuándo va a ir a visitarlos?

—No lo sé. Aún no he pensado cómo voy a hacerlo. No tenemos carruaje, y, aunque lo tuviéramos, no podría salir sola del pueblo.

—Yo podría acompañarla, si le parece bien. —Pareció dudar un instante y luego añadió—: Quizá con una de sus hermanas como… compañía.

Emily tenía claro que había querido decir «carabina». ¿Estaba intentando mantener las distancias, como hacía ella, o solo se preocupaba por no empañar su reputación?

—Estoy segura de que Georgiana estará encantada de salir de excursión. Siempre se está quejando de estar confinada en casa.

—La entiendo perfectamente, y a mí también me gustaría conocer un poco más la zona. ¿Por dónde empezaríamos nuestra excursión?

«Nuestra». Qué peso tenía esa palabra. De nuevo se dijo a sí misma: «Di que no. “No, gracias”. Mejor pídele a Charles que te acompañe». Aunque eso implicaría tener que contarle que estaba trabajando como escritora. Además, Charles se había ido a Exeter con su padre.

—Estaba pensando en empezar por Otterton.

—¿A qué distancia está? —preguntó él.

—A unas tres millas. Demasiado lejos para ir a pie en invierno, por no hablar de lo empinada que es la colina de Peak que hay que atravesar para llegar allí. —Emily tamborileó con los dedos sobre la barbilla mientras pensaba—. Podría pedirle al mayor Hutton que nos prestara su carruaje. Ha sido muy generoso dejándonoslo en otras ocasiones.

—Tengo una idea —intervino James—. Déjeme hablar primero con el caballerizo del duque. Ha estado quejándose de que los caballos necesitan ejercicio.

—¿En serio? ¿Cree que accederá?

Él se encogió de hombros.

—Nunca está de más preguntar.

Media hora más tarde, el señor Thomson regresó de Woolbrook y se reunió con ella en la biblioteca.

—¿Trae buenas noticias? —quiso saber Emily.

Él asintió.

—El caballerizo está encantado de tener una excusa para sacar los caballos, con la condición de que será él quien los conduzca, e incluso ha pedido que la próxima vez llevemos un grupo de caballos diferente. Eso si es que hay una próxima vez.

—¿Y el carruaje?

Él hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—No estaba seguro de que el capitán Conroy fuera a concederme

permiso, así que se lo solicité al general Wetherall. Pasar por encima de Conroy hará que me gane otra buena dosis de bilis por su parte, pero valdrá la pena, si con eso puedo ayudarla.

Ella le sonrió.

—Es usted muy amable.

Durante unos instantes, él se limitó a contemplarla, recorriendo con la mirada su boca, sus mejillas, sus ojos. Luego pareció recordar dónde se encontraba y preguntó: —¿A qué hora vamos a salir?

—Tan pronto como sea posible.

jjj

Emily le dijo a Georgiana que el señor Thomson deseaba conocer mejor los alrededores y que le había pedido que lo acompañara. Como era de esperar, su aventurera hermana accedió a ir con ellos entusiasmada y fue a ponerse ropa más abrigada.

Emily regresó a la biblioteca para decidir qué les diría a su madre y a Sarah. Pensó en contarles la misma historia, pero al final su conciencia no le permitió mentirles.

Encontró a Sarah en la habitación de su madre; estaban revisando las cuentas y algunas facturas. Emily cerró la puerta, inspiró hondo y abordó el asunto.

—Le he pedido a Georgiana que nos acompañe al señor Thomson y a mí a Otterton y a otros pueblos.

—Sí, acaba de estar aquí, rebosante de entusiasmo ante la idea de salir de casa. Al parecer, el señor Thomson está deseando conocer mejor la zona, ¿no es así?

Emily contrajo el rostro en una mueca de disculpa.

—Eso le dije. Es un encanto, pero ya sabéis que no sabe guardar un secreto.

La señora Summers frunció el ceño.

—¿Un secreto? ¿Qué clase de secreto? Dime que el señor Thomson y tú no estáis tramando algo que vaya a acabar con mis nervios.

—¡No, mamá! Por supuesto que no. No es nada de eso. Es solo que… Bueno, creo que es mejor que lo mantengamos en secreto.

—¿Mantener el qué en secreto? —preguntó Sarah, suspicaz.

Emily exhaló un largo suspiro, aliviada por poder desahogarse, pero preocupada por cómo reaccionarían y por si se daba la circunstancia de que no lo aprobaran.

—Resulta que estoy escribiendo una nueva guía de Sidmouth para el señor Marsh.

La señora Summers contrajo el rostro en una mueca.

—¿El señor Marsh?

Su madre, que había estado impedida y sobre todo confinada en casa hasta finales del verano pasado, no estaba tan familiarizada con

los negocios del pueblo como sus hijas.

—De la biblioteca y salas públicas Marsh —informó Emily.

—Ah. Te he oído hablar de la biblioteca de Wallis casi a diario desde que nos mudamos aquí, pero no recuerdo que hubieras mencionado previamente al tal señor Marsh.

—Su establecimiento está en el extremo opuesto del paseo marítimo, más allá del Hotel York —explicó Sarah—. Lo conocí anoche en el baile. Es un competidor del señor Wallis.

—Un competidor. Sí, eso es —dijo Emily—. Me siento un poco culpable por haber accedido a hacer esto por el señor Marsh cuando el señor Wallis siempre ha sido tan amable con nosotras. Mi nombre no aparecerá en la publicación, así que espero que el señor Wallis no descubra que he participado.

—Casi todo acaba por saberse en un pueblo —le advirtió Sarah.

—¿Va a pagarte por lo que estás haciendo? —preguntó su madre.

—Poco, pero también ha accedido a considerar la publicación del cuento del señor Gwilt, así como algún día mi novela, si escribo la guía para él. El señor Wallis, en cambio, me dejó muy claro que no estaba interesado en editar ninguno de los dos manuscritos. —Emily bajó la mirada hacia sus manos entrelazadas y manchadas de tinta—. ¿He hecho mal al aceptar?

—Sí que me hubiera gustado que nos lo hubieras contado en el momento —contestó su madre—, pero me alegro de que lo hayas hecho ahora. Creo que esta familia ya ha sufrido bastante con tanto secretismo. ¿Este proyecto perjudicará al señor Wallis? Profesionalmente, quiero decir.

—No creo que tenga mucha repercusión. Puede que algunas personas compren la guía del señor Marsh en lugar de la suya, pero el señor Wallis goza de una sólida reputación y tiene muchos intereses editoriales aparte de la guía, incluso más allá de su biblioteca.

—Entonces, ¿por qué te sientes culpable?

—Porque siempre he sido una usuaria fiel de la biblioteca del señor Wallis, y esto parece una traición.

—Entonces, quizá deberías decírselo ahora, antes de que se publique la guía —le recomendó Sarah—. Explícale que lo hiciste para ayudar al señor Marsh e impulsar tu propia carrera como escritora, pero que no ha habido mala voluntad.

—¿Y si la guía acaba siendo un rotundo fracaso? ¿De verdad querríais que mi nombre se asociara con ella?

—Querida, —repuso su madre, un poco sorprendida—, con el talento que tienes, ¿por qué iba a ser un fracaso?

—No lo sé. La idea de que la gente lea y critique lo que he escrito, aunque solo sean descripciones de la antigüedad de la iglesia, de las comodidades de cada hotel o de los proveedores locales de sillas de

ruedas modelo Bath…[42] Solo de pensarlo ya me causa malestar.

Su madre volvió a fruncir el ceño.

—¿Qué tiene que ver todo esto con el señor Thomson?

—Él sabe lo de la guía: mientras tenía la mano vendada me estuvo ayudando a escribirla. Y se ha ofrecido a acompañarnos. Incluso nos ha conseguido uno de los carruajes reales para la excursión. La guía del señor Butcher describe los pueblos e iglesias de los alrededores, para quienes deseen hacer excursiones de un día, supongo. El señor Marsh me ha pedido que haga lo mismo.

—Bueno, mientras tu hermana vaya contigo, no veo ningún inconveniente. —Su madre miró a Sarah y le preguntó—: ¿Tú qué opinas?

—No veo nada malo —o al menos nada inmoral— en escribir una guía para la competencia. En cuanto a tu lealtad al señor Wallis y la culpa que sientes… eso queda entre tú y tu conciencia. ¿Has buscado orientación en la oración antes de aceptar?

Emily agachó la cabeza.

—No, simplemente me lancé sin más, como siempre —suspiró—. Espero no tener que arrepentirme.

jjj

A primera hora de la tarde, un coche de caballos con capota subió traqueteando por el camino hacia Sea View. En el pescante iba sentado un joven mozo de caballerizas abrigado con un gabán y una bufanda, y una manta de piel cubriéndole las piernas.

Emily, Georgiana y el señor Thomson subieron al carruaje. Una vez se hubieron acomodado, el señor Thomson golpeó la ventanilla delantera, y el vehículo se puso en marcha.

Cuando llegaron al principio de Glen Lane, el coche giró hacia el oeste por la carretera de la colina de Peak. Los caballos tiraron del carruaje por la empinada cuesta mucho más deprisa de lo que habrían podido avanzar en burro o a pie. El resuello de los animales fue la única prueba que tuvieron de su esfuerzo.

Llegaron enseguida a la cima, y Emily vislumbró el canal de la Mancha en la distancia, más al sur. Tierra adentro, al norte, se extendía un mosaico de campos helados y de rodales de árboles plateados en letargo invernal. Georgiana se mantuvo pegada a la ventanilla, fascinada, mientras que Emily miraba de vez en cuando al señor Thomson de reojo, preguntándose en qué estaría pensando.

Tras descender por la ladera occidental de la colina de Peak, enseguida llegaron a Otterton, una larga calle de casitas de campo antiguas, pulcramente encaladas y con el tejado de paja. A lo largo de esa calle discurría un arroyo, que, junto a un grupo de abetos en el centro del pueblo, confería al lugar un aspecto rústico.

Se apearon y se dedicaron a contemplar lo que los rodeaba durante un rato. Al abrigo de las colinas que los protegían por el este y por el oeste, la temperatura en el valle de Otter era bastante suave, y las colinas y los campos circundantes resultaban un placer para la vista, incluso en invierno.

Subieron a pie por un camino empinado hasta la iglesia de San Miguel. El santuario se alzaba sobre una elevación del terreno y poseía un alto campanario. Daba la impresión de que habían derribado parte del deteriorado edificio, como si hubiera caído en un triste estado de abandono, pero lo hubieran reparado recientemente. Ahora parecía que lo habían construido de manera improvisada empleando piezas de diferentes estilos.

El interior era más agradable. Tenía numerosos arcos góticos, pilares de piedra y una amplia nave central que conducía a un hermoso altar.

Emily hizo una pausa para hacer algunas anotaciones al respecto en su cuaderno.

—¿Qué estás escribiendo? —le preguntó Georgie—. ¿Tu novela?

Emily vaciló y luego negó con la cabeza.

—Tomo notas para… un futuro libro.

Regresaron al carruaje y prosiguieron su camino cruzando un pintoresco puente de piedra sobre el río Otter.

Al poco de salir de Otterton, llegaron a una pequeña señal que indicaba el camino hacia «Budleigh».

—¿No vamos a ir hasta allí? —preguntó el señor Thomson.

—No lo había planeado, pero podemos hacerlo si lo desea, claro. ¿Lo conoce?

—He leído que *sir* Walter Raleigh[43] nació en una granja cerca de aquí.

—¿En serio? Es usted una fuente de conocimiento.

—Leo mucha historia —respondió, encogiéndose de hombros.

Sorprendida e impresionada, Emily hizo otra anotación en su cuaderno.

—Y yo, por mi parte, estoy sacándole partido.

Después de golpear la ventanilla para llamar la atención del cochero, dieron un rodeo para ver aquella casa en la parte oriental de Budleigh, que hacía tiempo que había cambiado de manos y pertenecía ahora a otra familia de agricultores. Luego se detuvieron en el cementerio de la iglesia de Todos los Santos, donde estaban enterrados los padres de sir Walter Raleigh. Juntos visitaron la iglesia del siglo XIV hasta que dieron con el escudo de armas de los Raleigh en uno de los extremos de los bancos.

Georgiana, mientras tanto, estaba más interesada en hacerse amiga de un gato del pueblo que los había seguido hasta el cementerio.

Poco después, volvieron a subir al carruaje y se pusieron de nuevo en marcha. Prosiguieron su viaje hacia el norte por una estrecha callejuela bordeada por muros de piedra y una vegetación silvestre exuberante.

—¿Y ahora dónde vamos? —preguntó él.

—A Bicton. Hay una iglesia allí que me gustaría ver.

Se acercaron a la iglesia de Santa María, una modesta construcción de planta cruciforme rodeada de grandes árboles altos y maduros. El paso del tiempo había hecho que la torre y los muros de piedra se agrisaran, pero seguían en buen estado. Había algo reverencial y armonioso en aquella iglesia, que se erguía allí sola, aislada, elevándose majestuosamente entre los árboles circundantes y la melancólica atmósfera invernal.

Dedicaron un tiempo a recorrer el silencioso y sombrío cementerio, lleno de lápidas antiguas, cruces celtas y otros monumentos.

Los famosos versos de Thomas Gray empezaron a resonar en la mente de Emily y decidió recitar algunos de ellos en voz alta.

Mirad cómo la sagrada calma que se respira alrededor,
cesa toda pasión tumultuosa y feroz;
con pequeños y suaves acentos, susurrando desde la tierra,
un grato anticipo de la paz eterna.

James asintió como aprobando que hubiera recitado el poema y lo identificó.

—«Elegía sobre un cementerio rural». Muy apropiado.

Ella lo observó asombrada y gratamente complacida.

—Señor Thomson, es usted increíble.

Emily estaba disfrutando de lo lindo y podría haber pasado allí horas. Georgiana, sin embargo, se estaba aburriendo soberanamente. Las iglesias grises y frías no eran precisamente lo que ella consideraba una aventura. Era hora de emprender el camino de vuelta.

—¿Puedo montar en el pescante? —preguntó Georgie con voz lastimera—. ¿Y probar a ver qué tal se me da llevar las riendas?

El caballerizo miró a James. Él, a su vez, miró a Georgiana y luego de nuevo al joven.

—¿Le importaría, Ralph?

—Claro que no, señor.

A continuación, James se volvió hacia Emily.

—¿Le parece bien? Ralph es prudente y digno de confianza, se lo aseguro.

—De acuerdo. Esto le alegrará el año a Georgiana, así que por qué no. Aunque, Ralph, le advierto que debe estar atento y preparado para

tomar las riendas. Mi hermana no le tiene miedo a nada y puede que se le ocurra batir algún récord de velocidad.

Georgie hizo una mueca.

—No en mi primer intento.

El señor Thomson ayudó a la joven a subir al pescante y luego le tendió la mano a Emily para ayudarla a entrar al carruaje. Él se montó tras ella, cerró la portezuela y se quedaron los dos solos.

Emily fue consciente del cambio al instante. De las posibles implicaciones de estar a solas con él. Se agarró las manos en el regazo e intentó hacer como si nada.

Supo que era Georgie quien llevaba las riendas en cuanto el carruaje se puso en marcha y las cortinas de terciopelo, que se balanceaban salvajemente con cada tumbo, se corrieron hasta tapar casi por completo la ventanilla. Emily fingió no darse cuenta.

Miró de reojo al señor Thomson y vio cómo la prominente nuez que tenía le subía y le bajaba.

—Si no está cómoda… —arrancó él.

—Estoy muy cómoda —afirmó ella bruscamente, aunque no fuera del todo cierto.

Reinó un denso silencio. La tensión entre ellos era palpable. ¿Se sentiría él presionado para sacar provecho de alguna manera de este inusitado momento de intimidad? ¿Para decir algo? ¿Para… hacer algo?

Cuando Georgie hizo virar a los caballos para tomar la carretera que subía por la colina de Peak, el vehículo dio un violento bandazo y arrojó al señor Thomson contra la pared del carruaje. Emily salió disparada hacia la ventanilla y perdió el sombrero por el camino.

El señor Thomson consiguió atraparla justo a tiempo para detener la caída, y Emily acabó en sus brazos y con la cabeza apoyada en su pecho.

—¡Oh! —exclamó, quedándose sin aliento.

Parpadeó, sorprendida, al verse recostada contra él, con la cabeza a escasos centímetros del cristal de la ventanilla. Girando la cabeza ligeramente, dejó de mirar al cristal para volver a mirarlo a él.

Le vinieron algunas frases a la mente. Palabras vacías como «por qué poco» o «gracias por agarrarme». No llegó a decirlas, aunque tampoco estaba segura de que fuera salirle la voz de intentarlo. Le parecía que era desperdiciar el momento.

Debería incorporarse. Hacerse a un lado. Disculparse por haber caído sobre él.

No obstante, en lugar de eso, lo miró muy seria a la cara mientras él la observaba. Sus ojos oscuros brillaban. Con un brillo de… ¿de qué?

Él la rodeaba con sus brazos. Uno la sujetaba desde abajo, el otro

descansaba sobre el vientre de ella.

Entonces él apretó los labios, bajó la mirada hacia los de Emily y volvió a desviarla.

Fue el primero en hablar:

—¿Está…? ¿Está bien? —preguntó con la voz entrecortada.

Nerviosa, ella se humedeció los labios.

—Cre-creo que sí.

Él movió el brazo con el que la cubría y Emily echó de menos de inmediato su peso y su calor. James llevó lentamente la mano hacia el rostro de ella para apartarle un mechón que le había caído sobre la frente.

—¿Está herida? —le preguntó, pasándole los dedos por la sien. Luego volvió a bajar la mano, enmarcándole un lado de la cara. Entonces comenzó a acariciarle la mejilla con el pulgar.

—Cre-creo que no —repuso. Casi deseaba que así fuera, para que él tuviera un motivo para seguir acariciándola.

Él bajó de nuevo la mirada hasta posarla en sus labios.

Le bastaba con inclinarse unos centímetros para besarla.

¿Deseaba que lo hiciera?

Sí, se dio cuenta de que era justo lo que quería.

Él acercó lentamente su rostro al de ella, mirándola a los ojos para calibrar su reacción, su deseo.

«¿Y Charles?». De repente, el rostro de Charles irrumpió en su mente. Sus ojos clavados en los de ella, su rostro acercándose lentamente al suyo… el beso que casi se habían dado en el porche durante aquella desafortunada fiesta. Intentó deshacerse de la inoportuna imagen con un rápido parpadeo.

Puede que el señor Thomson viera la incomodidad en el rostro de Emily, porque la cara le cambió y se echó hacia atrás.

En ese preciso instante, el carruaje se detuvo tambaleándose y se oyeron voces airadas fuera.

Ya completamente alerta, James utilizó el brazo que tenía bajo ella para incorporarla sin ningún esfuerzo.

Emily se enderezó en el asiento y miró preocupada por la ventanilla.

—¿Qué pasa? ¿Por qué nos hemos parado?

—No lo sé.

Él apartó la cortina y desde su posición más alta oteó por la ventanilla delantera, por encima de la espalda de Georgiana, y vio que el mozo de caballerizas se bajaba del pescante.

—¿Qué está pasando? —preguntó Emily.

—Ralph ha bajado de un salto. Quizá para poner unas cuñas tras las ruedas y evitar que rodemos hacia atrás. Hay alguien en la carretera.

Emily pegó la cara a la ventanilla para echar un vistazo afuera y reconoció a uno de los hombres.

—Ese es el señor Mutter, el que nos reparte leña y esa clase de cosas.

—¿Y el otro hombre?

—No lo sé.

El segundo hombre era corpulento y ancho de espaldas. Debía de rondar los cuarenta y tenía una impresionante mata de pelo y una marcada línea de expresión en el entrecejo, sobre su prominente nariz.

—No me gusta su aspecto —murmuró el señor Thomson.

—A mí tampoco. Ojalá Georgie estuviera aquí dentro con nosotros. ¿Están bloqueando la carretera?

James contrajo los músculos de la mandíbula.

—Eso parece. Saldré a ver.

Emily salió tras él, contenta de que no tratara de impedírselo. A lo lejos se extendía el páramo de Mutter, un brezal cortado por senderos tortuosos y árboles torcidos por el viento.

El desconocido frunció el ceño cuando los vio salir del carruaje.

—¿Quiénes sois y qué queréis?

—Volvemos a Sidmouth —respondió el caballerizo.

—¿*Pa* qué?

—Vivimos allí —le explicó el señor Thomson.

—¿Es *usté* de aduanas?

El señor Thomson frunció el ceño.

—¿Se lo parezco?

—*Pué* ser.

Emily dejó a un lado el miedo.

—Vivimos en Sea View —dijo—. El señor Mutter nos trae leña.

El hombre corpulento se volvió hacia su compañero.

—¿Los reconoces, Abe?

—A la señorita, sí.

El hombretón reflexionó.

—Muy bien. *Pos p'alante*. *Tábamos* teniendo una reunioncita. Una reunioncita privada.

El señor Thomson se apresuró a ayudar a Georgiana a bajar del pescante y la condujo al interior del carruaje. Emily sintió las miradas de aquellos hombres clavadas en su espalda. Cuando Georgie se hubo sentado, el señor Thomson le tendió la mano para ayudarla a entrar también a ella.

Sus miradas se encontraron, y compartieron en silencio su preocupación y su pesar.

jjj

Cuando llegaron a Sea View, el señor Thomson ayudó a bajar a las

damas y luego volvió a subir, informándolas de que se acercaría hasta Woolbrook para saber si el estado de salud del duque había experimentado algún cambio.

Sarah recibió a sus hermanas en el vestíbulo y les preguntó cómo les había ido la excursión. Georgie le contó, entusiasmada, que había llevado las riendas y que el caballerizo había calificado de «excelente» su uso del látigo. Entonces la muchacha salió corriendo hacia la habitación de su madre para relatarle su aventura. Emily, en cambio, se quedó donde estaba.

Sarah examinó su rostro con preocupación.

— Tú no pareces tan contenta.

—Empezó bien. El señor Thomson es un compañero servicial y perspicaz. Pero, luego, en el camino de vuelta, nos hemos encontrado con dos hombres en la carretera. Se han mostrado casi amenazantes y prácticamente han acusado al señor Thomson de ser un agente de aduanas.

—¿Quiénes eran? ¿Has podido reconocerlos?

—Uno de ellos era el señor Mutter, el que nos trae la leña. Al otro no lo conocía. Era un hombre corpulento y arisco. No me gustó su aspecto.

Sarah meneó lentamente la cabeza, con gesto de preocupación.

—Es la segunda vez que me previenen de las malas compañías del señor Mutter. Si quien lo acompañaba era el hombre acerca del que me advirtió el señor Cordey, ojalá no volvamos a verlo.

—¡Cielos!

—Sí. —Sarah se enderezó—. En cualquier caso, me alegro de que hayáis vuelto sanas y salvas. Ahora será mejor que vaya a ver cómo va la cena. ¡Ah! Casi se me olvida. Charles ha venido por aquí mientras estabas fuera.

Emily se mordió el labio.

—¿En serio? ¿Te dijo qué quería?

Sarah la miró con sorna.

—¿De verdad me lo preguntas?

—¡Sí! Más que nada porque me dijo que hoy iría a visitar a un amigo de su padre y que no vendría por aquí hasta el viernes.

—Pues por lo visto ha habido un cambio de planes.

Emily tragó saliva.

—¿Le contaste adónde había ido?

—Le dije que habías ido a un pueblo vecino de visita. Me preguntó si habías ido sola. Yo le aseguré que Georgiana te había acompañado, y él me respondió: «Y supongo que el señor Thomson también, ¿no?». —Emily gimió—. No me gusta mentir, así que le dije: «Pues sí. Quería conocer mejor los alrededores». A lo que Charles respondió secamente: «Sí, claro…».

A Emily aquella información le cayó como un jarro de agua fría.

—Oh, no.

—¿Vas a reprocharle que se haya disgustado? Ha venido aquí para disculparse y reconciliarse con nosotras, bueno, más bien contigo. Y tú pasando el tiempo con otro.

—Charles no tiene nada que temer. El señor Thomson ha dejado muy claro que no está en condiciones de casarse. Se irá cuando se vaya la comitiva real. Quizá de vuelta a Alemania.

—Entonces tal vez deberías decirle eso a Charles para que se tranquilizara. Asegúrale que el señor Thomson no pretende nada contigo y que tú y él solo sois amigos. —Sarah ladeó la cabeza para estudiar el rostro de su hermana—. Porque solo sois amigos, ¿verdad?

Emily suspiró.

—No lo sé, Sarah. Un caso perdido, eso es lo que somos.

—Bueno, sea como fuere, será mejor que te des prisa y te cambies para la cena. Estará lista enseguida, aunque tú no lo estés.

jjj

Sarah se alejó, sumida en la preocupación por su hermana. ¿Las relaciones entre hombres y mujeres tenían que ser siempre tan difíciles? Echó a andar hacia la cocina. Mientras bajaba las escaleras, pensó en el señor Bernardi. Desde su negativa a ayudar a preparar una comida para el asilo para pobres —y la airada reacción de ella—, había persistido entre los dos un incómodo malestar. Se habían cruzado, saludándose con educadas inclinaciones de cabeza, habían compartido comidas civilizadamente y habían asistido al mismo baile, pero su antigua camaradería había desaparecido.

Cuando entró en la cocina, se sintió aliviada al ver a Jessie afanada en moler café para la sobremesa y a la señora Besley removiendo una olla de sopa al fuego.

—¿Cómo va la cena? —preguntó.

—Nada mal. La sopa estará lista enseguida, y Jessie se ha puesto con el café antes de sacar el áspic del molde.

—¿Ayudo con algo?

—¿Le importaría traer nata de la despensa? Necesito añadir medio litro dentro de unos minutos, justo antes de subirla.

—Claro, ahora se lo traigo.

Chown, el cocinero de Westmount, irrumpió en la cocina, sin aliento.

—¿Podría prestarme un poco de mantequilla, señora B.? Oh, disculpe, señorita.

—No pasa nada —lo tranquilizó Sarah—. Justo iba camino de la despensa. —Y, dirigiéndose a la señora Besley, añadió—: Traeré también un poco de mantequilla.

Sarah entró en el cuarto de trabajo que el señor Bernardi y ella habían compartido a menudo. La invadió de nuevo una punzada de arrepentimiento, pero también un aroma inusual.

Se dirigió a la despensa en busca de la nata y la mantequilla. En un estante, vio un plato tapado y una tarjetita al lado que ponía «Señorita Sarah». Supuso que sería cosa del señor Bernardi. Movida por la curiosidad, se acercó y destapó el plato. Era la ensalada de achicoria roja que él había prometido prepararle cuando pasearon juntos por el mercado. Había picado los pequeños cogollos morados, los había asado y luego había espolvoreado por encima queso blanco rallado y había aliñado todo con algún tipo de aderezo.

Después de llevarle a la señora Besley la nata y la mantequilla, Sarah regresó a la despensa y se llevó el plato a la mesa de trabajo. Se acercó para aspirar el tentador aroma y fue a por un tenedor.

Se llevó un bocado a la boca. Mmm. Tal y como había dicho el señor Bernardi, asar la verdura le daba un sabor ligeramente dulce y ahumado que combinaba muy bien con el del queso y el del sabroso aliño. El amargor de la verdura había desaparecido.

El chef entró en la estancia y, al verla, se detuvo en el umbral de la puerta, con expresión dubitativa.

Ella le sonrió.

—Tenía razón. Está delicioso. Aunque imagino que no es un plato para todos los paladares.

Él asintió lentamente.

—Es algo a lo que hay que acostumbrarse. —Agachó la cabeza con un gesto de disculpa—. Como a mí.

—Gracias por preparármelo.

—Me alegro de que le haya gustado. —La miró con ojos de cordero degollado—. ¿En paz?

—En paz.

Entonces la señora Besley anunció desde la cocina:

—¡La sopa está lista, señorita Sarah!

Sarah se levantó a por la pesada sopera de loza esmaltada con su tapa y su fuente, pero el señor Bernardi le cortó el paso.

—Por favor. Deje que yo se la lleve.

---

41 N. de la Trad.: Jack Rattenbury, «el Rob Roy del Oeste» (1778, Devon–1844), fue un conocido contrabandista inglés que publicó sus memorias en 1837 (*Memoirs of a Smuggler: Compiled from Diary and Journal*).

42 N. de la Trad.: Este modelo de silla de ruedas, diseñado en Bath, iba montado sobre tres o cuatro ruedas, tenía una capota plegable y podía ir tirada por un caballo o empujada por otra persona.

43 N. de la Trad.: Sir Walter Raleigh (1552 o 1554, East Budleigh–1618 Londres) fue un marino, escritor y político inglés, conocido por su exploración de las Américas, por concebir su colonización y por popularizar el tabaco y las patatas en Reino


Unido.

Capítulo 21

«¡Apartad de mí vuestros ensueños de endebles romances, esos harapos de falsedad urdidos por la sinrazón! Dadme la mirada tierna de un alma viva o la dicha que habita en el primer beso de amor».

LORD BYRON,
The First Kiss of Love

A la mañana siguiente, una vez hubo terminado sus tareas domésticas, Emily aprovechó para escribir en la soledad de su dormitorio, satisfecha de que su mano por fin respondiera. Había disfrutado de la ayuda y la compañía del señor Thomson durante el viaje que había hecho para documentarse el día anterior, pero después de su desafortunado vis a vis en el carruaje, decidió que se distraería menos y sería más productiva si trabajaba en un lugar donde no pudiera oír su voz ni tuviera la tentación de buscarlo.

Apoyándose en las notas que había tomado, completó una sección titulada «Los alrededores de Sidmouth» con descripciones de Otterton y de otros pueblos e iglesias que habían visitado.

A pesar de la tranquila atmósfera de la habitación y de sus esfuerzos por concentrarse, sus pensamientos volvían una y otra vez al día anterior. ¿James Thomson había querido besarla en el carruaje? Eso había pensado entonces, pero ya se había equivocado otras veces.

En su momento también había creído que Charles Parker quería besarla, pero de eso hacía más de un año y medio y no había pasado nada.

¿Y cómo hubiera sido si lo hubiera hecho? ¿Indeciso? ¿Incómodo? Desde luego, ella no tenía ni idea de qué hacer. ¿O habría sido perfecto, como en todas las novelas y poemas románticos que había

leído?

Tal y como tenía el ánimo, Emily se sintió tentada a valorar con cierto cinismo el poder de un beso. ¿Tan maravilloso era que dos bocas se encontraran? Pudiera ser. Al fin y al cabo, con las bocas se sonríe y se bebe una taza de chocolate caliente. Aunque, por otra parte, esas mismas bocas también comen cebollas y babean.

¿Llegaría a descubrirlo alguna vez?

Exhaló un largo suspiro e introdujo la mano en el cajón de su mesita auxiliar para extraer de nuevo el cuaderno que guardaba para inspirarse, el que había llenado con pasajes de besos literarios que había leído. Hojeó las páginas y se detuvo en algunos fragmentos de Byron.

¿Estaría él en lo cierto? Leyó algunas de las líneas que había copiado.

Cuando el corazón, el alma y el sentido se mueven en concierto,
y la sangre es lava y el pulso una llamarada,
cada beso es un terremoto del corazón […]
Como si las almas y los labios de ambos se estuvieran saludando
y, al unirse, como enjambres de abejas se aferraran […]

—Oh, cielos —suspiró Emily, a la vez intrigada e incómoda ante esa imagen.

Con todo, Byron debía de saber de lo que estaba hablando, pues se le consideraba uno de los poetas románticos más importantes de la literatura inglesa. Por otra parte, había escandalizado a la sociedad con sus numerosos y sonados *affaires*.

A continuación, Emily pasó a leer unos versos del poeta escocés Robert Burns. Tal vez fuera él quien estuviera en lo cierto cuando escribió de forma soñadora lo siguiente:

Sello meloso de tiernos afectos,
la más dulce promesa de felicidad futura,
el más cariñoso de los jóvenes vínculos.
El primer galanteo del amor, la dicha más pura.

Este sonaba mucho más dulce. Más puro.

De qué maneras tan diferentes habían descrito un beso.

Emily gimió exasperada. Tal vez debiera preguntarle a Viola, su única hermana casada, cómo era besar a alguien.

—¿Labios que se unen «como enjambres de abejas»? —repitió Viola, alzando las cejas—. Eso suena doloroso y potencialmente peligroso. —La hermana melliza de Emily la observaba desde una butaca, junto al fuego crepitante del salón de Westmount, con media sonrisa y los ojos haciéndole chiribitas—. Creo que alguien ha estado leyendo demasiado a Byron otra vez.

—Vi, que te lo pregunto en serio. Quiero saber cómo es.

Viola dejó la taza de té.

—Tiene razón en una cosa: va más allá de lo físico. Sí que entran en juego el corazón, el alma y los sentidos cuando besas a quien amas. Aunque yo no puedo compararlo con nada, ya que solo he besado a mi marido, que igual es así como debería ser.

Emily suspiró.

—¡Entonces lo más probable es que nunca sepa lo que se siente!

—Oh, Em. No digas eso. Estoy convencida de que te casarás algún día.

—Pues eres la única… De todas formas, hasta entonces, ¿cómo voy a escribir una novela que retrate de forma convincente a dos personas que se enamoran y se besan si nunca lo he experimentado en carne propia?

—Échale imaginación.

—Al menos dime cuál de los dos poetas lleva razón. ¿Un beso es «la más dulce promesa» o se parece más a un apasionado «terremoto del corazón»?

—Es ambas cosas, en momentos diferentes. A veces es una tierna expresión de afecto, de nuestra promesa de amarnos y honrarnos mutuamente. Y otras veces lo que hay es una pasión ardiente y dos corazones desbocados. Pero, por favor, no me pidas que te dé más detalles o me moriré de vergüenza.

—No, por favor —replicó Emily y prosiguió con ironía—: Te echaría mucho de menos, y el mayor también podría echarte un poquito en falta.

Su hermana se rio entre dientes.

—He de confesarte que no esperamos a casarnos —admitió—. Nos besamos una o dos veces antes de que él me lo propusiera, y «varias» veces después. —Viola trató infructuosamente de contener una sonrisa pícara—. Pero es el único hombre al que he amado o al que he deseado besar.

—Me alegro mucho por ti, Vi.

Viola asintió lentamente, rebosante de alegría.

—Yo también.

Al ver la expresión soñadora y la mirada cándida de su melliza,

Emily sintió una punzada de anhelo. Ojalá algún día ella también amara a un hombre que la correspondiera.

jjj

Cuando Emily regresó a Sea View, le hizo a Sarah una pregunta similar:

—¿Puedo preguntarte una cosa? ¿Alguna vez te han besado? Quiero decir, en su momento estuviste prometida… —Su hermana bajó la vista y Emily se arrepintió al instante de habérselo preguntado. ¿Habría hecho algo más que avergonzar a su hermana? ¿La habría apesadumbrado también quizá? Añadió rápidamente—: Lo siento. No hace falta que contestes si es un tema doloroso.

Sarah levantó la vista. Se había ruborizado y contraía los labios en una mueca de desconcierto.

—¿Por qué me lo preguntas? —inquirió, suspicaz—. Aunque después de tu excursión de ayer, no sé si quiero saberlo.

—Solo quiero saber si tienen razón los poetas y los novelistas, eso es todo. Si es una experiencia tremenda que se apodera de ti o si todo es una exageración y he estado anhelando algo que no es real.

—¿Tú nunca…? —Emily negó con la cabeza mientras se le encendían las mejillas. Al ver la reacción de su hermana, Sarah hizo una pausa. Luego prosiguió, vacilante—: Después de que Peter me pidiera matrimonio, sellamos nuestro acuerdo con un beso. Un beso casto e incómodo, la verdad. Los dos estábamos nerviosos.

—¿Y solo os besasteis esa vez?

—¡Cielos, Sarah! ¡Haces muchas preguntas! No, me besó una segunda vez, justo antes de zarpar.

—¿Y…?

—Y… digamos que ese beso fue más largo y más… apasionado. —Sarah se sonrojó todavía más.

—¿Te arrepientes de haberlo hecho? Me refiero a después de que las cosas salieran como salieron y de que al final no pudieras casarte con él.

—No, no me arrepiento. Ni por un instante.

—Me alegro. ¿Y el señor Henshall? ¿Llegó a…?

—¡Pues claro que no! —A Sarah le relampaguearon los ojos por un instante, pero enseguida suavizó el tono—. Bueno, para serte sincera, eso no es del todo cierto. Sí que me besó la mano antes de marcharse. Y descubrí que un beso en la mano puede turbarte mucho más de lo que jamás hubiera imaginado.

jjj

Esa misma tarde, Emily se echó a los hombros su pelliza más gruesa,

se puso medias de lana y botas, y se caló un gorro de punto; eran prendas que abrigaban mucho pero nada elegantes. Luego fue a por una de las mantas del sofá del salón y se la llevó consigo al porche, que estaba desierto. Sacudió la nieve de una de las sillas y se sentó, envolviéndose en la manta. Quería estar sola, en silencio, contemplar el mar y sumirse en sus pensamientos.

A lo lejos, el grisáceo mar invernal se encrespaba, formando olas tremendas y mucha espuma. Emily esperaba que nadie fuera tan necio como para meterse en el agua en un día como ese. Se acordó de la vez que Viola y ella lo habían intentado el verano anterior. Aquel día el mar también estaba picado, aunque nada parecido a esto. Una ola rebelde y solitaria había derribado la máquina de baño —y a ellas dos también—. Emily había salido a la superficie primero y, durante los segundos que pasaron hasta que apareció su melliza, mientras se temía lo peor, rezó como nunca lo había hecho.

Emily se preguntó cómo funcionarían las oraciones. Por qué algunas plegarias eran escuchadas y otras no. Había rezado para que su padre se recuperara, para que Claire volviera con ellos, para que su madre recobrara las fuerzas y para que Charles retomara sus atenciones. Algunas de estas peticiones habían sido respondidas con un rotundo no. Afortunadamente, su madre parecía mucho más fuerte que el año pasado. Y Charles… finalmente había venido a Sidmouth. La había visitado, se había disculpado e incluso había bailado con ella. ¿Llevaría todo aquello a algo más? ¿Serían por fin escuchados sus ruegos?

Pero ¿de verdad era eso lo que quería?

Emily exhaló un largo suspiro, que se convirtió en un chorro de vaho blanco en el aire frío, y dejó vagar sus pensamientos. Su indómita memoria regresó a la última velada que los Parker habían organizado en honor del amigo de Charles que estaba de visita, lord Bertram.

jjj

Charles y Emily habían bailado juntos varias veces aquella noche. Él la había estrechado entre sus brazos durante el vals, sonriéndole con cariño, y ella había creído que la amaba de verdad.

A Emily le había parecido que, de repente, en la habitación hacía mucho calor y había demasiada gente.

Habían salido a un porche muy parecido a este para tomar el aire y recuperar el aliento. Un silencio extraño flotaba entre los dos, una tensión nueva, como una cuerda de arpa que reverbera. Emily solía lanzarse a hablar cuando estaba nerviosa, pero en ese momento estaba inusualmente callada, con un nudo en la garganta y el corazón latiéndole con fuerza en el pecho.

¿Estaba él a punto de declararse? Emily recordó las insinuaciones de su madre y las esperanzas que tenía puestas en los dos, así como las suyas propias.

Juntos se asomaron al porche y contemplaron el jardín. Emily se agarró con fuerza a la barandilla; no alcanzaba a ver mucho, ya que todos sus sentidos estaban centrados en el hombre que estaba a su lado.

Él se volvió hacia ella y ella hacia él, lentamente, mirándole a los brillantes ojos de color marrón dorado que tenía.

—Emily, yo…

—¿Sí, Charles?

Tras una fugaz mirada de reojo a las puertas francesas, de donde procedía un haz de luz que los iluminaba, le señaló un banco a un lado.

—Debe de estar cansada de bailar. Por favor, siéntese.

—Yo… sí. Gracias.

Ella hizo lo que le pedía y, después de una ligera vacilación, él se sentó a su lado.

—Supongo que no deberíamos quedarnos aquí solos —empezó él—, pero quería… —Hizo una pausa y se volvió hacia ella, rozándole la rodilla con la suya. Sus rostros estaban muy cerca.

Ella sabía que él era consciente del decoro, pero a ella no le preocupaba. Los Parker eran viejos amigos. Sus padres confiaban en él. La familia y los amigos de Charles estaban dentro, junto con su hermana Claire.

Charles bajó la mirada hacia los labios de Emily. ¿Iba a besarla? Ella lo deseaba, eso seguro. Pero ¿era eso lo que él quería? Para un caballero como Charles, ¿un beso no equivaldría a una oferta de matrimonio?

Ella se inclinó ligeramente hacia él, con la esperanza de animarle sin ser demasiado atrevida.

Él también se inclinó, con la mirada fija en su boca. Emily cerró los ojos con expectación.

Las puertas francesas se abrieron de repente y Charles se separó de ella, poniéndose en pie de un salto.

¡Qué amarga decepción! Emily alzó la vista para ver quién los había interrumpido, guardándole resentimiento ya en su corazón.

Lord Bertram.

—Ah. Aquí está, Charles. Veo que pensamos igual. La señorita Summers y yo nos preguntábamos qué había sido de usted y de su hermana. —Se volvió, revelando la presencia de Claire, que se encontraba tras él—. Aquí están, sanos y salvos.

Claire y Emily habían sido las dos únicas Summers que habían acudido a aquella velada. Viola, como de costumbre, se había negado

a asistir y Sarah seguía de luto por su prometido, a pesar de que ya llevaba muerto más de un año.

Bertram le sonrió a Claire.

—Tal vez sea mejor que acompañemos a la pareja. Parecían estar bastante acaramelados.

Charles tensó la mandíbula y Emily sintió que le subían los colores ante aquella insinuación. ¡No había pasado nada!

Emily se preparó para recibir una suave reprimenda de Claire, pero esta se limitó a sonreír vagamente en su dirección antes de dirigir de nuevo su mirada soñadora hacia el hombre de cuyo brazo había entrado.

jjj

Emily había estado tan absorta en sus propios anhelos que no había prestado demasiada atención ni había reparado en el comportamiento atípico de su hermana con un hombre al que conocía desde hacía menos de dos semanas.

Qué diferente le parecía ahora aquella escena al revisarla en retrospectiva.

Allí, en el porche de Sea View, Emily cerró los ojos e intentó volver a la parte más agradable de aquel recuerdo. A cuando Charles la miraba con admiración y puede que con deseo. A su rostro, sus labios acercándose a los de ella…

Con los codos apoyados en los reposabrazos, Emily juntó las palmas de las manos y se acercó los dedos a la boca, tratando de imaginar el roce de los labios de Charles sobre los suyos.

La puerta de la sala de estar se abrió y Emily se incorporó de repente, sobresaltada y avergonzada de que la hubieran sorprendido besándose las manos. Esperó que no resultara evidente y agradeció que sus pensamientos no fueran visibles.

Charles Parker estaba allí, dubitativo, en el umbral.

—¿Interrumpo? —preguntó—. He pasado un cuarto de hora sentado con Georgiana, anhelando que usted se uniera a nosotros. Me ha dicho que había venido aquí, aunque me pregunto por qué. Hace un frío terrible.

—Solo estaba pensando. Me gusta sentarme aquí y mirar el mar.

—¿Puedo acompañarla?

—Claro… —Y le señaló una silla junto a ella. Él volvió a dudar, después cerró la puerta, se sentó y se subió el cuello del abrigo para protegerse del frío—. Va a helarse aquí fuera. Tome. —Impulsivamente, ella extendió la mitad de la amplia manta sobre él—.

Solo después de hacerlo, al notar lo rígido que se había puesto, se dio cuenta de que quizá ese acto no era muy apropiado.

—No estoy seguro de que debamos…

Enfadada sin que fuera lógico, ella volvió el rostro hacia otro lado.

—Quítesela si quiere, pero no me culpe si se congela.

Por el rabillo del ojo, Emily lo vio mirarla sorprendido y luego dirigir la vista hacia el mar, como si quisiera descubrir qué era lo que ella le veía de fascinante. Sin embargo, no se quitó la manta.

Al cabo de unos instantes, volvió a mirarlo de reojo. ¿Estaría pensando en la última vez que estuvieron juntos en un porche, sentados uno al lado del otro, como lo estaban ahora? Se preguntó si él se acordaría siquiera.

—Supongo que no recuerda la última vez que nos sentamos juntos en un porche.

Él le dirigió una mirada cargada de significado.

—La verdad es que sí. ¿Acaso sabe leer la mente? Justo estaba pensando en eso. Aunque he de decir que el tiempo era mucho mejor entonces.

—Cierto. Y nos interrumpió lord Bertram. Si hubiera sabido entonces lo que sé ahora, podría haber ayudado a Claire. Advertirla.

—Sí —murmuró—. Eso mismo pensaba yo. —Charles contrajo sus apuestos rasgos en una mueca—.

—Pienso a menudo en aquella fiesta —prosiguió ella—. El regocijo y la ilusión que sentí durante aquellos días, antes del amargo pesar que vendría después.

Él asintió.

—Yo también. Fui a esa última velada con tanta expectación… Con tantas ganas de verla, de bailar con usted. Tal vez recuerde que bailamos juntos varias veces, aun sabiendo que hacerlo dejaría claro cuánto me importaba. Me daba igual.

Emily asintió.

—Lo recuerdo. —Tal vez fuera descarado, pero después de pasarse más de un año preguntándoselo, estaba deseando saberlo—. Creí que esa noche me besaría.

Él volvió a mirarla.

—Yo también. Estuve muy tentado. —Suspiró y se pasó una mano por el rostro—. No sabe cómo me he torturado. Preguntándome lo diferentes que habrían sido las cosas si hubiera previsto lo que Bertram pretendía y hubiera conseguido evitarlo de alguna manera. Nunca les conté a mis padres lo que había pasado. Tenían sus sospechas, pero lo oculté lo mejor que pude. Ya sabe lo exigentes y estrictos que pueden llegar a ser.

—Sí, usted incluido.

—No se lo niego. Afortunadamente, sus sospechas fueron disminuyendo durante los meses posteriores al no correrse la voz de la deshonra de su hermana y lord Bertram. Una vez me preguntaron por qué no lo invitaba de nuevo. Consideré hacerlo para disipar cualquier

sospecha que pudieran albergar sobre él y Claire, pero, al final, no pude soportar la mera idea de tenerlo de nuevo bajo nuestro techo. —Se volvió hacia Emily, buscó su mano bajo la manta y se la estrechó—. Emily, quiero que sepa lo mucho que lo siento. Soy consciente de que en parte es culpa mía. Nunca imaginé que él haría algo así, que invitarlo a nuestra casa podría tener estas consecuencias.

Emily tragó saliva. Sentía un doloroso nudo en la garganta.

—Usted rompió lazos con todas nosotras. Por algo que no tenía nada que ver conmigo. Algo que escapaba por completo a mi control.

Él agachó la cabeza.

—Lo sé. No estuvo bien, pero por favor no me juzgue con dureza. Tenía que pensar en mi propia hermana. Debía proteger su futuro.

—¿Y ahora no? ¿A qué ha venido? ¿A mitigar la culpa?

—En parte. He venido a disculparme, sí. No sabe cuánto he lamentado no haber tomado cartas en el asunto. Haberla dejado marchar así. Ojalá pudiera volver atrás y hacer las cosas de otra manera. La he echado tanto de menos. —Con su mano bajo la manta la atrajo hacia él—. Y sigo deseando… —comenzó, inclinándose hacia ella.

La puerta de la sala de estar se abrió de nuevo. Charles se separó de mala gana. Ella volvió la vista y vio a James Thomson, parado en el umbral, con la boca abierta. Los miraba consternado. A Emily se le encogió el corazón. ¿Qué pensaría de ella?

—Señor Thomson —dijo, forzándose a hablarle con una ligereza que no sentía—, solo estábamos… eh… hablando de los viejos tiempos. Puede unirse, si quiere.

James los miró primero a ella y luego a Charles, amusgando los ojos y apretando los labios.

—Me parece que no.

—Señor Thomson, no estábamos…

Pero él se fue sin mediar palabra, cerrando la puerta tras de sí, y por alguna razón a Emily se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Deje que se vaya —instó Charles—. Intento decirle cuánto siento haberme distanciado de usted y de su familia, y más aún con su pobre padre desconsolado sufriendo como sufrió.

Charles meneó la cabeza y Emily descubrió que él también tenía los ojos húmedos.

Ella apartó la mirada y se sumió en sus propios pensamientos.

—Yo lo recuerdo más enfadado que desconsolado.

—¿Y cómo iba a estar después de saber lo que Claire y Bertram habían hecho?

—Lo que Bertram había hecho.

—Claire accedió de buena gana —le recordó con voz suave—. No puede retratarla como una víctima completamente inocente de lo que

pasó.

—¿Y eso yo cómo lo sé? —preguntó Emily—. Nunca se me ha permitido preguntarle. Escuchar su versión. Le he escrito, pero solo he recibido una respuesta breve y forzada. Sabe cuánto la admiraba, cuánto la quería. ¿Sabe lo que fue para mí volver a casa después de pasar un tiempo fuera y descubrir que Claire se había ido? ¿Sabe lo que fue no tener la oportunidad de despedirme?

—Lo siento mucho, Emily. Sin embargo, puede que fuera lo mejor. Puede que la separación haya impedido que los rumores empañaran su reputación, Emily, la suya y la de sus hermanas. Fue para bien, ¿no le parece?

Emily reflexionó y asintió a regañadientes.

—Supongo que sí, pero perder a Claire no me pareció que fuera para nuestro bien.

—Venga. —Charles se puso de pie y le tendió la mano—. Entremos antes de que uno de los dos se resfríe.

Emily le dio la mano y le permitió que la ayudara a incorporarse. Durante un momento se quedaron así, agarrándose la mano, cara a cara. Luego Charles abrió la puerta y la hizo pasar.

jjj

Charles cenó con ellos esa noche. James Thomson, no.

Cuando Charles se marchó de Sea View, Emily fue a buscar al señor Thomson. No lo encontró en ninguna de las salas. Y cuando llamó a la puerta de su dormitorio, no obtuvo respuesta. Georgiana se acercó por el pasillo y Emily le preguntó si lo había visto.

Georgie asintió:

—Ha salido.

—¿A Woolbrook?

—No lo sé.

Regresó una hora más tarde. Se quitó la ropa de abrigo y se limpió los zapatos. Emily lo esperaba cerca de las escaleras, con las manos entrelazadas.

—Buenas noches, señor Thomson.

—Señorita Summers —la saludó él, secamente, aunque con tono cortés.

—¿Dónde ha estado? —preguntó ella—. Si no es demasiada indiscreción.

—Fui a Fortfield Terrace a hablar con el capitán. A ver si tienen alguna habitación para mí.

Emily sintió una punzada de remordimiento en el vientre. Se llevó las manos a ese punto y preguntó entre susurros:

—¿Tan insoportable ha sido su estancia aquí?

—Solo en un aspecto. —Ella lo miró, esperando a que se explayara

en su respuesta. Él exhaló un suspiro—: Por favor, compréndalo. No tengo ningún interés en interponerme entre Charles Parker y usted. Ya he interpretado antes el papel del infortunado rival y no me apetece lo más mínimo repetirlo. Es evidente que usted y él tienen una larga historia, un vínculo, con el que no puedo competir. Me engañé a mí mismo durante un tiempo, pero está claro que todavía siente algo por él.

—Yo… bueno, sí. No puedo negar que no tengamos una historia, pero eso no significa que usted y yo no podamos ser….

—¿No podamos ser qué?

—¿Amigos?

—Ya tengo suficientes amistades, gracias —replicó. Luego volvió a suspirar y se pasó una mano por el cabello—. Mire, no quiero ser grosero ni mezquino, pero dígame… ¿Van a…? ¿Han llegado a un entendimiento?

—No.

—Pero ¿usted quiere…?

—Antes no quería otra cosa. Ahora… bueno… —dejó la frase ahí, sin terminar.

—Si decide casarse con él, está en su derecho —dijo él. Le centelleaban los ojos oscuros—. Teniendo la vida que tengo, no hay nada que pueda decir o hacer para impedírselo, pero no quiero quedarme a verlo.

—¿Se marcha? —A Emily se le quebró la voz.

Él apretó los labios.

—Por lo visto, no puedo. Hay una habitación libre, pero no por mucho tiempo. Han enviado un mensajero a Londres pidiendo que venga de inmediato un médico real con mayor experiencia. La duquesa espera que sir David Dundas[44] llegue el lunes, así que, de momento, parece que tendrá que quedarse conmigo.

—Pues me alegra mucho oír eso —suspiró, aliviada.

---

44 N. de la Trad.: Sir David Dundas (1735–1820) fue un general escocés que dirigió de 1804 a 1820 el Hospital Real de Chelsea, una residencia para veteranos que sigue en activo hoy en día.

Capítulo 22

«TOME dos pollos y faénelos con esmero».

MRS. GLASSE,
The Art of Cookery Made Plain and Easy

Cuando a Sarah volvió a tocarle encargarse de la comida para el asilo para pobres, estaba decidida a preparar esta vez algo mejor que embutido, independientemente de que contara o no con la ayuda del señor Bernardi.

Decidió probar con un único plato caliente, algo sencillo como arroz con pollo. El día anterior, ojeando un libro de cocina, se había planteado preparar una receta llamada «pollo a la escocesa», en gran parte porque la última línea decía: «A los caballeros escoceses les gusta mucho». Luego se recordó a sí misma que ya había tenido su oportunidad con un apuesto caballero escocés y no la había aprovechado.

Desechó ese pensamiento y miró los dos pollos que yacían inertes sobre la mesa de trabajo. Los había comprado a primera hora en el mercado por un buen precio. Tal vez debería haber pagado unos peniques más para que se los dieran ya desplumados y limpios. Había pensado que Lowen podría hacerlo por ella, o Jessie, pero el reúma había vuelto a encamar al primero y la segunda estaba desbordada echándole una mano a la señora Besley además de encargarse de la limpieza de la casa.

Sarah asió un cuchillo y estudió detenidamente las aves, preguntándose por dónde empezar. Se percató de que alguien la observaba y volvió la vista. El señor Bernardi estaba apoyado en el marco de la puerta. Ella no había vuelto a pedirle ayuda, pero no le sorprendió demasiado verlo allí, ya que acostumbraba a tomarse la libertad de utilizar la cocina o el propio taller.

El hombre miraba a las aves de corral con el ceño fruncido.

—¿No vienen desplumados y sin vísceras?

—Estos eran más baratos —dijo ella—. Lowen suele limpiarlos, pero hoy no se encuentra bien.

—A ver si acierto. Usted nunca ha desplumado un pollo.

Ella respondió negativamente con la cabeza.

—Imagino que usted tampoco tiene que hacerlo.

—Ahora no, pero de niño… ¡Ah, cuántos habré desplumado para mi madre…! —Se enderezó y entró—. Venga, déjeme. Me apiadaré de usted.

Él le tendió la mano y ella le pasó el cuchillo.

—Pensaba que no quería ayudar a preparar la comida para el asilo para pobres.

Él se encogió de hombros.

—He cambiado de opinión. Además, el duque sigue enfermo y la duquesa no se separa de su lecho. Tendré que cocinar para alguien.

Con movimientos rápidos y certeros, hizo una incisión, sacó las entrañas y cortó la cabeza. Luego desplumó al ave, chamuscó las plumas más finas en el fuego, cortó las patas y las alas, enjuagó la cavidad interior y secó toda la pieza.

—Y bien, ¿los atamos para hervirlos o los asamos al espeto?

Sarah dudó.

—¿Qué sugiere?

—¿Nuestros comensales tienen dientes?

—¡Vaya pregunta! Sí… O eso creo… Al menos no he notado que les faltaran.

—¿Cómo planeaba prepararlos?

—Había pensado en un sencillo plato de arroz con pollo, con verduras y panecillos, tal vez. —Ella lo miró con recelo, anticipando algún bufido de desaprobación.

Sin embargo, él asintió.

—Buena idea. Sencillo pero muy sabroso, si se hace bien. Supongo que tendrá arroz, ¿no?

Ella fue a buscarlo. Trabajaron codo con codo, él daba las órdenes y ella lo ayudaba e iba acercándole los ingredientes. Hirvieron el arroz en un fondo de pollo que él había preparado previamente y había dejado reservado. Vertió unas cuantas tazas de caldo en una cacerola, añadió una zanahoria rallada, cebolla, clavo, corteza de nuez moscada, una hoja de laurel y un ramillete de perejil, cebolletas y tomillo, bien atado.

—Ahora lo ponemos a hervir. Debemos prestar mucha atención para evitar que se queme. —Le pasó a Emily una espumadera de cobre de mango largo—. Luego espumamos bien, lo apartamos un poco del fuego y dejamos que se termine de cocinar lentamente.

Ella se ocupó de la salsa mientras él bridaba los pollos y los colocaba en una cazuela ovalada junto con una cebolla con clavos

incrustados. Luego vertió más caldo, que había reservado para cubrir la carne, y tapó la cazuela.

—A esto le llevará más o menos una hora a fuego lento.

—¿Qué haremos mientras tanto?

Él levantó las palmas.

—¡Lo demás!

El cocinero puso a Sarah a trabajar limpiando y cortando las verduras mientras él preparaba otra salsa para ellas. Luego le preguntó: —¿Y de postre?

—Había pensado en unas natillas, pero… —Al señor Bernardi se le demudó el rostro—. Pero eso fue cuando creía que lo tendría que cocinar todo yo sola. O que lo intentaría, al menos. Puede preparar lo que usted quiera.

Eso animó al chef pastelero, que se puso manos a la obra.

Enseguida escaldó unas almendras y luego las machacó con su preciado mortero. Mezcló todo con azúcar molido, *amaretti* triturados,[45] yemas de huevo, mantequilla y sal. Luego montó la nata moviendo tan rápido el batidor que las varillas se convirtieron en un borrón.

Entonces añadió la nata a los demás ingredientes. A continuación, extendió la masa de hojaldre, formando un círculo casi perfecto. Luego preparó otro ligeramente menor. Colocó el más pequeño en una bandeja de horno y amontonó el relleno de almendra y nata en el centro. Entonces cubrió todo con el círculo más grande y presionó bien los bordes. Después pintó la superficie con huevo, tomó un cuchillo afilado y trazó un intrincado dibujo en la parte superior: una estrella con rayos curvados.

—Con cuidado de no atravesarla —se dijo mientras hacía muescas alrededor del borde y cortes horizontales en la masa.

—¿Para qué hace eso?

—Ayuda a que crezcan los bordes.

Ella miró el postre. Estaba a medio camino entre una tarta y un pastel.

—¿Qué es?

—*Gâteau Pithiviers.*[46]

Lo metió en el horno.

—Estará listo en media hora. O un poco más, tal vez.

Mientras esperaban, el señor Bernardi tostó granos de café moka sobre el fuego, removiéndolos con una cuchara de madera hasta que adquirieron un ligero color tostado. Luego sopló para eliminar las partículas quemadas antes de moler los granos en su molinillo personal. Al café molido le añadió agua hirviendo y lo dejó reposar cerca del fuego antes de clarificarlo con colapez.[47]

—Esto me recuerda a mis padres —decía mientras trabajaba—.

Cocinan juntos a menudo y mi padre suele robarle a mi madre una cucharadita para probar —sonrió— o un beso.

Sarah no fue capaz de imaginarse a sus padres haciendo eso, ni cocinando juntos ni robándose besos.

—Tiene suerte de tener unos padres que se quieren tan abiertamente.

Él sirvió café colado en dos tazas y les puso un poco de nata.

—Estoy de acuerdo. Fue amor a primera vista para los dos. Mientras que mi primer amor es la pastelería. ¿Y el suyo?

Ella vaciló y luego dijo en voz baja:

—Se llamaba Peter. Íbamos a casarnos. Por desgracia, murió antes de que pudiéramos hacerlo.

Él adoptó una expresión sombría.

—Lamento oír eso.

—Gracias. Fue hace años, pero siempre será mi primer amor. —A Sarah se le pasó por la cabeza lo que solía decir, que ya había tenido un gran amor y que no esperaba tener otro. No había dicho esas palabras desde el verano pasado.

—Entiendo —respondió el señor Bernardi—, aunque… ¿puedo tentarla a descubrir un nuevo amor?

Ella lo miró perpleja hasta que él le tendió una taza de café con otra sonrisa pícara.

Sarah se llevó la taza a los labios y dio un sorbo cerrando los ojos para degustarlo. Esa bebida de agradable sabor intenso no era como el café de la señora Besley.

—Delicioso —declaró.

Cuando el pastel adquirió un color dorado, el señor Bernardi lo sacó, tamizó azúcar finamente granulado por encima y lo volvió a meter en el horno durante cinco minutos más.

Sarah inspiró hondo:

—Mmm. Huele divinamente.

—Ese, mi querida *mademoiselle*, es el olor de la pastelería francesa: la pastelería de Carême.

Cuando la carne estuvo lista, escurrió los pollos, les quitó las cuerdas y los sirvió en una fuente. Al arroz hervido le añadió bechamel, yemas de huevo, pimienta, un poco de nuez moscada rallada y una nuez de mantequilla. Le dio forma de huevos a la mezcla y los colocó alrededor de las aves.

—Serviremos esto con una bechamel cremosa.

Sarah meneó la cabeza, impresionada y divertida a la vez.

—No es exactamente el sencillo plato de arroz con pollo que tenía en mente.

—¿No está contenta?

Ella alzó una mano.

—No me malinterprete. Estoy más que satisfecha. —Luego añadió—: Aunque me siento mal por la señora Novak. Tendrá que trabajar duro para igualar esto cuando regrese.

jjj

La noticia de que estaban preparando la comida para el asilo se extendió por la casa y el señor Thomson no tardó en ofrecerse a ayudar. Se apresuró a ir a Woolbrook a pedir prestado un carruaje y caballos para transportar las fuentes cubiertas y a quienes servirían la comida.

Como sabía que el señor Hornbeam visitaba a menudo a su amiga la señorita Reed en el asilo para pobres, Sarah le invitó a comer con ellos, a lo que él accedió de buen grado.

Entonces la mayor de las hermanas fue a la habitación del señor During para preguntarle si quería poner la mesa para ellos. Su puerta estaba abierta, y lo encontró sentado junto a una mesita, con una carta extendida ante él y la cabeza entre las manos. Cuando ella llamó al marco de la puerta, él levantó la cabeza y volvió a doblar rápidamente la carta.

—¿Sí? ¿Qué ocurre?

Ella le explicó el motivo de su visita. A él se le iluminó la mirada por un instante, pero luego bajó la vista hacia la mesa.

—Sería un placer, pero me temo que tendré que declinar la invitación, aunque gracias por proponérmelo.

Ella siguió su mirada.

—¿Ha recibido otra carta?

—Sí —reconoció él, torciendo el gesto. No obstante, no dio más detalles.

Su reacción y su negativa sorprendieron a Sarah, ya que siempre parecía encantado de poder mostrar sus habilidades. Aun así, decidió no presionarlo.

Pronto llegó el carruaje de Woolbrook. El señor Thomson y el señor Gwilt subieron las guarniciones y las salseras de la cocina mientras el señor Bernardi les insistía en que tuvieran cuidado y no derramaran nada. Los hombres depositaron sus cargas en el carruaje que los esperaba y volvieron a por más. El señor Gwilt se encargó de subir todo lo necesario para preparar el té y el señor Bernardi cargó con la pesada fuente de pollo y arroz. A Sarah le confió el preciado *gâteau*.

Ella lo sostuvo con cuidado y lanzó un último vistazo al cuarto de trabajo. Vio que todavía quedaba una cosa.

—Señor Thomson, ¿podría llevar esa cesta de utensilios?

—Por descontado.

Una vez que él la hubo levantado, Sarah miró a su alrededor para ver si se habían olvidado de algo más y solo entonces se dio cuenta de

que Emily seguía de pie junto a la puerta, con las manos vacías.

—Oh. No me había dado cuenta de que querías echarnos una mano. —Su mirada recorrió la superficie de trabajo ahora vacía—. Tal vez podrías… poner la mesa cuando lleguemos.

Sin variar ni un ápice la expresión de su rostro ni mediar palabra, el señor Thomson sacó un cucharón de la cesta y se lo tendió a Emily.

Ella lo aceptó con desgana, sin su alegría habitual. Sarah se preguntó si se habrían peleado.

Cuando llegaron al asilo para pobres, Emily puso la mesa. Habían traído manteles de Sea View, pero habían decidido utilizar la modesta vajilla del asilo. Emily no era el señor During, pero se esforzó al máximo: alisó el mantel sobre la mesa áspera y mellada, colocó los platos, los tenedores, los cuchillos y las cucharas en su sitio y dobló las servilletas en sencillos rectángulos.

El asilo para pobres no tenía una cocina completamente equipada, sino una simple estancia con una bomba de agua y un fregadero, alacenas con los utensilios más esenciales y una pequeña estufa para calentar agua u ollas de sopa.

Sarah ayudó al señor Bernardi en el pequeño cuarto de trabajo mientras él refunfuñaba porque el espacio era insuficiente, la estufa era insuficiente y los utensilios eran insuficientes.

—Por eso hemos traído lo que necesitábamos de Sea View. Deje de protestar. Los residentes podrían oírle, y se supone que esta es una ocasión agradable.

Él refunfuñó algo más que ella no entendió. Alguna grosería en francés o italiano, tal vez.

Un poco antes de la hora de la comida, los residentes salieron tímidamente de sus habitaciones, asombrados y perplejos.

—Vengan todos. Siéntense —los animó Sarah con una sonrisa amistosa—. Ya casi estamos listos.

La señorita Reed, la señora Denby, el señor Banks y otros dos ancianos a los que Sarah aún no conocía se sentaron. La señora Denby los presentó como los señores Satterly y Pring, pescadores jubilados. Este último sonrió y Sarah vio que, efectivamente, le faltaban varios dientes. Confió en que el pollo estuviera lo bastante tierno.

Al descubrir que el señor Hornbeam los acompañaría, la señorita Reed no se esforzó en ocultar su satisfacción.

—Sea lo que sea, huele delicioso —comentó la señora Denby.

El señor Bernardi trajo la gran fuente de pollo con los «huevos» de arroz. La puso sobre la mesa ante un coro de «ohs» y «ahs» que los comensales exclamaron, encantados. Sarah lo siguió con dos cuencos de verduras, mientras el señor Thomson traía los panecillos y Emily, la mantequilla.

—Cielos —exclamó la señora Denby—. Deberíamos dar gracias por

semejante festín. Señor Pring, ¿nos haría el favor?

—*Pué usté* contar con ello. —El señor Pring agachó la cabeza y los demás hicieron lo mismo—. Gracias, señor, por semejante pesca y por quienes la han *cocinao*. *Tamos agradecíos*.

—Así se habla —dijo el señor Hornbeam.

La señora Denby asintió:

—Amén.

Dieron comienzo a la comida.

El señor Banks, sentado en el centro, fue el encargado de servir las raciones de pollo y arroz mientras otros pasaban las verduras y los panecillos.

El señor Pring prescindió del tenedor, llenó la cuchara de un montón de arroz cubierto de salsa y lo miró con curiosidad.

—¿Qué es esto?

—¿Nunca ha comido arroz, señor Pring? —preguntó la señorita Reed.

—¡Solo en arroz con leche! —exclamó, riéndose. Luego dio cuenta de un bocado, mascando ruidosamente y proclamó—: ¡Sea lo que sea, *ta* increíble! ¡*Ta* tan bueno que dan ganas de comer más! —Y enseguida llenó de nuevo la cuchara.

Los demás se rieron entre dientes.

—Este pollo está sorprendentemente tierno y sabroso —dijo la señorita Reed, después de masticar un bocado con más delicadeza que el señor Pring. Miró a los voluntarios que revoloteaban por allí e insistió—: Vengan. Ustedes también tienen que probarlo. Traigan más platos. Hay de sobra para todos.

Los voluntarios no se hicieron de rogar —la verdad es que olía delicioso— y el señor Thomson, el señor Bernardi, Emily y Sarah enseguida disfrutaron de un plato de comida. Las damas, sentadas en las sillas que habían quedado libres, y los hombres, de pie, apoyados en el aparador.

—Está mal que yo lo diga, pero me ha quedado bastante bien —reconoció el señor Bernardi.

—¡Vaya! Conjuga usted talento y modestia, ¿eh? —bromeó Sarah.

Al cabo de unos minutos, el señor Bernardi inclinó la cabeza hacia Sarah y le susurró que se quedara donde estaba y que disfrutara: Thomson y él se encargarían del té y del postre. Los dos hombres se excusaron antes de alejarse.

Oyeron que la puerta de la entrada se abría. Un momento más tarde, una pareja de mediana edad entró en el comedor. El señor y la señora Robins. Él era el tesorero de la Sociedad de Amigos de los Pobres, como su esposa no cesaba de recordarles. ¿Qué hacían allí?

Las risas en torno a la mesa se apagaron y las sonrisas se desvanecieron. Hasta el señor Hornbeam pareció darse cuenta del

repentino cambio en la atmósfera de la sala y dejó el tenedor en el plato, sin llevárselo a la boca.

La señora Robins, que sostenía un pedazo de pan y una cuña de queso, se quedó anonadada al ver las fuentes y los platos rebosantes de comida.

—Por todo los cielos, ¿qué está pasando aquí? —preguntó, tras recuperarse del desconcierto inicial.

—«Por todos los cielos»… ¡Qué acertado, porque está divino! —exclamó la señora Denby—. ¿No le parece magnífico? Espero que haya venido a comer con nosotros.

—Nada de eso. Habíamos oído que la señora Novak no podía desempeñar sus funciones, pero nunca me hubiera imaginado esto. Semejante exceso. Semejante… extravagancia.

Su marido asintió para mostrar que estaba de acuerdo.

—Parece que comen mejor que nosotros.

Su bajita esposa levantó la barbilla.

—A menudo describimos la pobreza y el lamentable estado en el que se encuentran los residentes… —comenzó la señora Robins. Sarah se dio cuenta de que Emily fruncía el ceño y estaba a punto de abrir la boca para replicar, así que se apresuró a poner una mano sobre la de su hermana. Mientras, la mujer del tesorero proseguía— … para animar a quienes están planteándose hacer una donación, pero esto… —La mujer señaló la mesa—. Esto nos convierte en unos mentirosos. Menos mal que hoy no hemos traído a ningún donante en potencia. ¡Cualquiera se hubiera escandalizado tanto como nosotros!

Sarah inspiró hondo y trató de aplacar a la mujer:

—Vamos, vamos, señora Robins. Esta cena no ha sido financiada por la sociedad, sino por mi familia y la generosidad del señor Bernardi, chef pastelero del duque de Kent.

El señor Bernardi salió de la cocina, limpiándose las manos con un trapo. Tal vez hubiera oído mencionar su nombre. Tras él venía el señor Thomson, con una tetera en las manos.

La mujer abrió los ojos de par en par.

—¡Señor Thomson! ¿Esto es cosa suya? —preguntó, perpleja.

Él negó con la cabeza.

—Solo he venido a ayudar, señora. Y lo hago con mucho gusto.

La mujer, que guardaba cierta similitud con un pájaro, bufó ofendida, se dio media vuelta y se marchó, llevándose consigo el pan y el queso.

—Vamos, señor Robins. Parece que no necesitan ni desean lo que tenemos que ofrecer.

—Qué disparate —exclamó la señora Denby—. Nos lo comeremos mañana con gusto.

Sin embargo, la pareja se marchó igualmente dando un portazo.

Después de un instante en silencio, la señorita Reed miró a los demás.

—Bueno, ¿por dónde íbamos? —preguntó, con su buen humor intacto—. Ah, sí, estábamos disfrutando de un delicioso festín.

Cuando todos terminaron de comer, el señor Thomson comenzó a servir el té mientras Emily y Sarah recogían los platos vacíos.

El señor Bernardi sacó el *gâteau* bellamente decorado y lo exhibió ante los comensales, lo que suscitó más exclamaciones de deleite. Luego lo llevó al aparador para cortarlo en varias porciones.

Cuando todos estuvieron servidos, el señor Hornbeam probó un bocado y levantó la vista, asombrado. En sus años de juventud, él, un hombre educado y exitoso, había viajado mucho y probablemente había degustado numerosos platos exquisitos.

—¡Esto es increíble! —exclamó, entusiasmado—. Tiene que ser el famoso *gâteau Pithiviers* de Carême.

Su vecino, el señor Pring, lo miró con el rostro inexpresivo, claramente poco impresionado.

—*Pos* claro. ¿Qué otra cosa iba ser?

Sarah tuvo que contener una carcajada. Luego probó un pedazo y cerró los ojos para disfrutar del maridaje de sabores tan deliciosos. Cuando volvió a abrirlos, vio que Antoine Bernardi la observaba con interés.

—Oh, vaya… —suspiró ella.

—¿Le gusta?

—Mucho.

Minutos después, irrumpió en el comedor otro visitante, más inesperado que los anteriores.

El capitán Conroy.

Sarah tragó saliva. «Santo cielo».

—¿Está aquí During? —inquirió mientras inspeccionaba la habitación.

—No, señor —respondió Sarah.

—He ido a Sea View y su madre me ha dicho que todos los huéspedes habían salido.

—El señor During estaba allí hace una hora más o menos. —Sarah se dio cuenta de que estaba frunciendo el ceño—. Ha debido de salir a hacer algún recado después de que nos marcháramos.

La expresión siempre severa del hombre se ensombreció todavía más. Luego miró la mesa y a continuación dirigió la vista hacia Bernardi y Thomson.

—No se habrá pagado esta comida con los fondos del duque, ¿no?

—¿Con los del duque? —Al señor Thomson se le abrieron los ojos de par en par y se le escapó una carcajada de incredulidad—. Eh… no. Ha prestado su nombre y su patrocinio a la organización benéfica,

pero esta comida la han preparado nuestras generosas anfitrionas de Sea View.

—¿Usted y Bernardi son cómplices de esto?

—¿«Cómplices»? —repitió el señor Thomson con otra risita—. ¿De preparar una comida? Pues sí. Culpables de todos los cargos.

Conroy dirigió su mirada furiosa a Bernardi.

—No le pagamos para que cocine para otras personas.

—En realidad, hace tiempo que nadie me paga —replicó el chef—, pero no le busquemos tres pies al gato. No había nada que hacer, así que tenía tiempo libre.

Emily tomó la palabra.

—¿Y qué mejor manera de usar el tiempo que ayudando a los demás y sirviendo a la comunidad que tan cariñosamente les ha recibido a todos ustedes?

El capitán se volvió hacia ella, con los ojos centelleantes.

—Ah, señorita Summers, otra vez defendiendo a muchachos descarriados, por lo que veo.

Emily levantó la barbilla.

—Sí, supongo que sí.

—Mmm… —La miró con el ceño fruncido antes de volverse hacia sus subordinados—. Si ven a During, díganle que se presente ante el general Wetherall inmediatamente. ¿Está claro? Como administrador, el general quiere inventariar el baúl de la vajilla para verificar que todos los objetos están recogidos correctamente en el testamento del príncipe Edward.

Emily tomó aire, inquieta.

—¿Por qué? No creo que haga falta llegar a eso. Su Alteza Real no tiene más que un resfriado.

Conroy abrió la boca, pero pareció pensarse mejor lo que sea que hubiera estado a punto de decir: —Por si acaso —murmuró. Entonces giró sobre el talón de una de sus botas y se marchó.

Tras un momento de silencio, Sarah dijo tímidamente:

—En ese caso, tal vez sea mejor que recojamos nuestras cosas y volvamos a casa.

Intercambiaron efusivos agradecimientos y todos ayudaron a recoger la cocina mientras el señor Hornbeam tomaba un trapo y secaba los platos.

En medio del ajetreo, Sarah vio que el señor Thomson se acercaba a Emily, con gesto más serio que seductor.

—Ha sido muy valiente por su parte, enfrentarse así a Conroy.

Emily le respondió con una cita de una de sus novelas favoritas:

—«Mi valor aumenta cuando tratan de intimidarme».

Él alzó el mentón en señal de reconocimiento.

—¿*Orgullo y prejuicio*?

Ella lo miró, claramente asombrada.

—Usted, James Thomson, es el hombre más leído que conozco.

jjj

Cuando Sarah regresó a Sea View, ayudó a guardar la vajilla que habían usado para servir la comida y luego se ocupó de algunas tareas. Estaba barriendo el polvo y las telarañas del pasillo de arriba cuando Selwyn During subió a trompicones por la escalera trasera.

—Ah, señor During, aquí está. Confío en que haya recibido el mensaje del capitán Conroy.

Él alzó la vista, confundido.

—¿Qué mensaje?

—Lo estaba buscando hace una o dos horas. El general Wetherall quiere inventariar el baúl de la vajilla.

El señor During abrió los ojos de par en par.

—¿Ah, sí? ¿Por qué? ¿Tiene alguna razón para pensar que no está todo como debería?

—No, no es nada de eso. Al parecer, quiere asegurarse de que está todo correcto en el testamento del duque.

—¿Y por qué iban a preocuparles unas cuantas medallas y un par de cosas?

—Seguro que no es tan extraño. Al fin y al cabo, usted mismo ha mencionado que algunos de los objetos tienen bastante valor, como los candelabros de plata y la caja de oro con la distinción de cuando al duque le entregaron las llaves de la ciudad.

—Ya… eso dije, ¿no?

Sarah asintió, escrutando su pálido rostro con preocupación.

—¿Hay… algún problema?

Él tragó saliva.

—No, no, claro que no. Solo me ha sorprendido. Y no podría ser en mejor momento, la verdad. Me pondré con ello ahora mismo.

—Bien —repuso Sarah.

Él prosiguió hacia su habitación y Sarah volvió a sus tareas. Sin embargo, persistía en ella una sensación de intranquilidad, como una telaraña fuera de su alcance.

jjj

Emily regresó a Sea View sintiéndose a la vez satisfecha y un poco decaída. Le había resultado agradable y gratificante ayudar en el asilo para pobres, compartir una sabrosa comida y una buena conversación con gente a la que le había tocado una vida difícil y solitaria.

Había temido que el señor Thomson se mostrara frío con ella después de la escena del porche la tarde anterior y de sus intentos por

abandonar Sea View. Sin embargo, se había mostrado cortés, aunque había mantenido las distancias; se había centrado en las tareas que tenía entre manos y había hablado principalmente con el señor Bernardi y los residentes, lo cual, se dijo a sí misma, era lo normal. Aun así, le costaría acostumbrarse a ese cambio en su relación.

Esa noche, Emily estaba sentada escribiendo a la luz de las velas en el despacho cuando Sarah hizo pasar a Charles Parker.

—Aquí la tiene —le anunció.

Emily levantó la vista, sobresaltada. Estaba tan concentrada que ni siquiera había oído la puerta.

—Buenas noches, Charles.

—Emily, he estado antes por aquí, pero su madre me dijo que estaba ayudando a servir una comida en el asilo para pobres…

—Así es. Fue obra de Sarah principalmente, aunque me lo he pasado bien echándoles una mano.

—Y el señor Thomson también estaba…

—Sí. El duque se ha convertido recientemente en el patrocinador de la organización, así que es normal que el señor Thomson muestre interés, sobre todo porque él mismo es bastante caritativo.

—Admirable.

Emily recordó el consejo que le había dado Sarah para apaciguar a Charles y añadió:

—Es consciente de que el señor Thomson se irá de aquí cuando lo haga la comitiva real, ¿verdad? Habían planeado quedarse todo el invierno, pero, dada la mala salud del duque, quién sabe si se quedarán siquiera tanto tiempo. Creo que el señor Thomson quiere ayudar todo lo posible durante el breve tiempo que esté aquí.

Charles la miró a los ojos un buen rato, y finalmente entre los dos pareció producirse un entendimiento. Luego él bajó la vista hacia el escritorio.

—¿En qué está ocupada?

Emily dudó. No sabía si decírselo.

—Estoy escribiendo —le confesó, tras armarse de valor.

—¿Cartas?

—Un libro, en realidad. —Tal vez solo se tratara de una pequeña guía, pero era un libro al fin y al cabo.

Él asintió.

—Cierto. Siempre ha querido ser escritora.

Ella levantó la barbilla.

—«Soy» escritora —insistió, marcando sus palabras.

—No pretendía insinuar lo contrario. —Señaló una butaca cercana —. ¿Puedo?

—Claro.

Charles se sentó en una de las butacas junto al fuego. Ella se

levantó del escritorio y fue a sentarse junto a él. Tomó aire para prepararse y le comentó la situación: —De hecho —le explicó—, lo estoy escribiendo para un editor del pueblo.

—¿En serio? ¿Qué clase de libro es?

¿Había una nota de desaprobación en su voz o ya se estaba poniendo en lo peor?

—Una guía. Quiere publicarla lo antes posible.

—¿Y aparecerá su nombre en esta obra?

Le hubiera gustado poder responder: «Sí, en negrita», pero le dijo la verdad:

—No.

—Probablemente sea lo más prudente.

—¿Por qué? —Emily tenía sus propias razones para desear permanecer en el anonimato, pero quería oír las de él—.

Él reflexionó unos instantes y luego concluyó, con diplomacia:

—No todo el mundo piensa que las mujeres deban escribir libros.

—¿Y usted, Charles? ¿Qué es lo que piensa usted?

—Yo la admiro tal y como es. Y el hecho de que publiquen sus escritos no cambiará eso. También creo que una mujer debe andar con cuidado, proteger su reputación.

—Sí, eso lo ha dejado muy claro. He estado pensando en lo que ha dicho, en lo de que fue para nuestro bien que nos separaran de Claire.

—Solo en lo que respecta al hecho de que impidió que ensuciaran su buen nombre y el de sus hermanas al relacionarlo con el de ella.

—Parece muy dispuesto a culpar a Claire. ¿Ha hablado con ella en todo este tiempo? ¿Ha oído su versión de la historia?

—No, pero hablé con Bertram poco después.

Ella lo miró sorprendida.

—¿Volvió a May Park?

—Solo para recoger el resto de sus pertenencias y a su lacayo.

Emily se acercó a él.

—Cuéntemelo todo, desde el principio.

Charles suspiró.

—Nunca puedo pensar en ello sin sentir una punzada de arrepentimiento. Vi a Bertram coqueteando con Claire durante la fiesta. Bailando con ella con mucha frecuencia y acercándola demasiado hacia sí. Debería haber dicho algo, pero en ese momento todos mis pensamientos estaban puestos en usted. En nosotros. Aun así, nunca pensé que haría algo tan deshonroso.

»La mañana después de la fiesta, supe que Bertram se había marchado por la noche; se había llevado su tílburi y una maleta, pero había dejado su baúl y a su lacayo. Entonces recordé que me había preguntado por la dote de Claire y me alarmé al instante.

»Su padre vino a May Park poco después, visiblemente inquieto. Me

dijo que Claire se había ido y exigió que le dijéramos cuál era el paradero de lord Bertram. Hablé con él en privado y le dije lo que yo sabía o suponía. Furioso, su padre salió tras ellos, para tratar de alcanzarlos y de asegurarse de que se casaran. Me ofrecí a acompañarle, pero dijo que daría menos que hablar si me quedaba en casa y fingía que no pasaba nada. Que Bertram hubiera venido porque yo lo había invitado me dejó lleno de remordimientos. Con todo, pensé que al menos se casaría con ella y que podríamos encubrir de alguna manera la forma en la que habían contraído matrimonio.

»Cuando Bertram volvió solo a May Park, supe que la situación era todavía peor de lo que me había temido. No había desposado a Claire. En lugar de eso, la había abandonado en una posada camino de Escocia. Me puse hecho una furia; insistí en que su deber era casarse con ella, para reparar su reputación y evitar que su familia cayera en desgracia. Él se limitó a burlarse de mis palabras.

—¿Nunca tuvo intención de casarse con ella?

—Dijo que esa había sido su idea inicial, pero que había cambiado de opinión. —Charles hizo una mueca—. De hecho, me culpó a mí. Dijo que le había hecho creer que la dote de Claire era mayor de lo que en realidad era. Bertram acumula deudas por el juego y necesita casarse con una heredera. Pensaba que a ella le correspondían quince mil libras.

—¡¿Quince?! Esa es la cantidad establecida para nosotras cinco.

—Lo sé. Lo entendió mal o yo no se lo expliqué bien, no tengo ni idea. Puede que fuera yo quien le dejó creer que todas ustedes tenían dotes mayores para que así aprobara mi interés por usted. Si de verdad fui yo, que exageré, era a usted a quien tenía en mente, no a Claire. No pretendía motivar el interés de Bertram por ninguna de sus hermanas. Solo pensaba en usted.

Oír eso debería haberla llenado de alegría, pero Emily estaba demasiado indignada para disfrutarlo.

—¿Y por eso la abandonó? ¿Después de arruinar su reputación? Usted sabe que Claire nunca habría aceptado huir con él si no fuera pensando en el matrimonio.

Charles asintió.

—Lo sé. Aunque no debería haberlo hecho en ninguna circunstancia.

—Todos cometemos errores —la defendió ella, levantando la barbilla.

—No de esa magnitud. —Él la miró, apenado, implorante—. Le guste o no, el comportamiento de su hermana deja en mal lugar a toda su familia. Puede que me juzgue con dureza, pero si cree que soy el único caballero que aborrecería semejante escándalo, se equivoca y comete una injusticia conmigo. Muchos ni siquiera contemplarían la

posibilidad de relacionarse con una familia deshonrada de esa manera. O que lo acabaría estando, si la verdad llegara a hacerse pública.

Emily cayó en la cuenta de que era justo lo que Sarah le había dicho el verano pasado, cuando había presionado a su hermana mayor para que le contara la verdad.

«La quiero», había dicho Sarah. «Y, sin embargo, no puedo negar lo mucho que perjudica a nuestra reputación su traspiés».

En aquel momento, Emily había gemido al enterarse de la situación. Ahora se sentía a la defensiva en nombre de Claire. En nombre de toda su familia. Todo le parecía tan injusto.

—Lo vi el verano pasado, como ya sabe —dijo Emily—. Lord Bertram vino a Sidmouth con unos amigos. El señor Craven y sus hermanas. —La expresión de Charles se endureció. Emily prosiguió—: El señor Craven coqueteó conmigo descaradamente. Me tocaba más de la cuenta y no dejaba de insinuarse. Yo no entendía su comportamiento. Me hizo sentir muy incómoda.

—Yo sí puedo explicarlo. Es un vil libertino.

Charles sacudió la cabeza, asqueado.

—Lord Bertram fue más cortés —continuó Emily—. Me preguntó si mis hermanas gozaban de buena salud. Sus preguntas artificiosas y sus miradas veladas me sorprendieron. Recordé que él se había mostrado atento con Claire durante la fiesta en su casa y que ella, obviamente, se había quedado prendada de él, pero, que yo supiera, todo aquello había quedado en agua de borrajas. Evidentemente, en aquel momento no sabía nada de lo acontecido. Es probable que no lo recuerde, Charles, pero inmediatamente después de la fiesta en su casa, me fui con la señorita Smith, que me había invitado a pasar dos semanas con ella en Cheltenham.

—Sí que me acuerdo. Me dio pena verla marcharse.

Emily se aferró a ese pequeño consuelo.

—Para cuando regresé a Finderlay, Claire ya se había marchado. Me dijeron que se había trasladado a Escocia para hacerle compañía a la tía enferma de mi padre. Me quedé atónita. Y ese no era el único cambio a peor que me esperaba. —Lo miró fijamente a los ojos—. Fue usted tan atento conmigo en el baile. Las dulces palabras que me dedicó… Los numerosos bailes que compartimos… Tonta de mí, pensé que estaba a punto de declararse. —Se rio con amargura—. Ya está, ya lo he dicho. Es muy humillante, lo sé, pero es lo que pensé. Y no era la única que lo creía. Su comportamiento llevó a toda mi familia a pensarlo. A esperar…

—Pretendía declararme a su regreso.

Emily se quedó sin aliento.

—¿En serio? —Un nudo de esperanza y arrepentimiento le subió por la garganta. Tenía un sabor agridulce. Tragó saliva con fuerza y

continuó—: Y, sin embargo, se alejó y rompió todo contacto; apenas me miraba a los ojos. ¿Recuerda lo que me dijo antes de irnos de May Hill? «Si en algún momento le he hecho creer que mis intenciones iban más allá, le pido disculpas. Somos amigos, eso es todo».

Él fijó la vista en el suelo.

—Ya…

Emily retomó la palabra con esfuerzo, con el nudo en la garganta.

—Cuando empezó a tratarnos con fría formalidad, me vi obligada a buscar respuestas. Me avergüenza reconocer que pensaba que había roto toda relación conmigo por causa de Viola. Que una cosa había sido entablar una amistad, pero que había decidido que no quería casarse con alguien cuya melliza había nacido con un defecto.

Él la miró a los ojos, claramente estupefacto.

—No.

—Era eso o nuestra complicada situación económica. ¿Qué otra cosa podía pensar?

—No podía explicárselo, no sin contarle lo de Bertram y Claire, algo que sabía que sus padres deseaban mantener en secreto. —Charles inspiró hondo y luego dijo—: Cuando me di cuenta de que no había nada que yo pudiera hacer, que el daño ya estaba hecho, le dije a Bertram que lo mínimo era que no hablara de lo ocurrido y ordenara a sus criados que también guardaran silencio. Él accedió y yo, más que creer en su palabra, deseé que la cumpliera. Después de todo, ya había demostrado que no era un hombre de honor.

—No fue tan discreto como lo ha sido usted —comentó Emily, recordando la insinuación del amigo de Bertram—. Al menos a Craven se lo ha contado.

—Evidentemente. —Charles hizo una mueca—. Nunca dije una palabra a nadie, pero la noticia de que Claire se iba a Escocia, después de la abrupta marcha de Bertram… Sabía que mis padres sospechaban, sobre todo mi madre. Ella fue quien me sugirió que me fuera un tiempo a Londres y, quizá fue cobarde por mi parte, pero acepté.

»En aquel momento, llegué a la conclusión de que lo mejor que podía hacer por mi familia era romper relaciones con usted. Al menos hasta que se tranquilizaran las aguas. Amanda estaba a punto de comprometerse. No quería que nada pusiera en peligro la futura felicidad de mi hermana.

»En Londres, la acompañé a fiestas y a bailes, e intenté seguir el consejo de mi madre de encontrar otra joven a la que amar, pero no iba a encontrarla allí porque se había mudado a Sidmouth. —Charles se inclinó hacia ella—. Nunca dejé de pensar en usted ni de echarla de menos. Mi madre ha puesto a innumerables mujeres en mi camino, pero no he podido considerar seriamente a ninguna porque mi

corazón ya le pertenece a usted. —Charles la tomó de la mano—. Sé que le he hecho daño, Emily, pero confío en que podrá perdonarme. ¿Lo hará? ¿Me dará otra oportunidad?

Emily oyó que alguien abría la puerta del porche en la habitación de al lado y que luego la cerraba, pero no se movió.

Tenía el corazón inflamado. Se había pasado más de un año rezando para que Charles admitiera que se había equivocado, se diera cuenta de que la quería y le propusiera matrimonio. Ahora que parecía dispuesto a hacerlo, a ella le asaltaban las dudas y no tenía claro qué responder. ¿Qué le pasaba?

Charles le tomó ambas manos.

—Emily, ¿quiere casarse conmigo? La amaba entonces y todavía la amo. Olvidemos el pasado y empecemos de nuevo.

Emily intentó sonreír, pero parecía que tuviera los labios paralizados. De pronto, se sintió mareada e indispuesta.

Esas eran las palabras que tanto había anhelado escuchar. Ahí estaba Charles, tomándola de las manos, con su apuesto rostro a escasos centímetros del suyo, mirándola con toda la admiración y el afecto de antaño. ¿Por qué no se sentía exultante, radiante de felicidad?

A través de la ventana, vio al señor Gwilt en el porche. Estaba sacudiendo las migas de un mantel y, mientras lo hacía, tarareaba.

Charles permanecía callado frente a ella, a la espera de una respuesta.

Algunas de las cosas que él le había dicho no lo dejaban en muy buen lugar, ni a él ni a su familia. Aun así él le había contado la verdad, le había confiado lo bueno y lo malo. Debería estarle agradecida. Su proposición no era la romántica escena con la que había soñado. No había oído música de violines ni le habían flaqueado las rodillas. Tal vez todas esas cosas no fueran más que ridículas fantasías. Tal vez el amor verdadero no fuera así.

Y, sin embargo, ella quería que sí lo fuera.

Del salón les llegaron las voces de Georgie y Hannah riéndose mientras jugaban.

Emily volvió a tragar saliva.

—¿Puedo pensármelo?

La decepción empañó los ojos de Charles, que abrió la boca para poner una objeción.

Georgie apareció en el umbral de la puerta.

—Emily, necesitamos a alguien más para jugar. ¡Oh! Lo siento, Charles. No sabía que estaba aquí.

Su reunión privada se había vuelto demasiado ruidosa y pública.

Él se levantó.

—¿Por qué no regreso cuando las cosas estén… más tranquilas?

¿Qué tal mañana? —sugirió. Acto seguido, frunció el ceño—. Ah, no, ya le he dicho a mi madre que la llevaría a visitar a una amiga después de ir a la iglesia. ¿Qué le parece el lunes por la tarde?

Ella asintió con la cabeza.

—Cuando vuelva, hablaré primero con su madre —la informó—. Quizá sea lo más apropiado dadas las circunstancias.

De repente, a Emily también la embargó una necesidad acuciante de hablar con su madre, de pedirle consejo, de rogarle que le explicara por qué se sentía así. ¿Por qué, ahora que se le ofrecía lo que más deseaba, no se aferraba a ello con ambas manos y sin dudar?

---

45 N. de la Trad.: Los *amaretti* son unas galletas, típicas de Italia, elaboradas con una pasta de almendra, azúcar, clara de huevo y huesos de albaricoque.

46 N. de la Trad.: Este pastel a base de almendras con un diseño en espiral recibe el nombre de la ciudad francesa de la que es típico.

47 N. de la Trad.: La cola de pescado, colapez o colapiscis es una sustancia rica en colágeno, obtenida de la vejiga natatoria de ciertos peces, como los esturiones, que se empleaba para clarificar bebidas alcohólicas o para dar más consistencia a los caldos o a las gelatinas.

Capítulo 23

«Marinar dos o tres días con tomillo».

Antonin Carême,
Receta de liebre preparada al estilo real

Cuando Charles se marchó, su madre ya se había retirado a su dormitorio porque se le había levantado dolor de cabeza, así que Emily decidió esperar al día siguiente para pedirle consejo. Esa noche, en la cama, estuvo rumiando la conversación que había tenido con él hasta altas horas de la madrugada, dando vueltas de un lado a otro como pollo sin cabeza.

También estuvo dándole vueltas a las palabras de Charles durante la misa del domingo, al menos hasta que el sacristán leyó un versículo de las Escrituras que le llamó la atención.

—«Si alguno de vosotros carece de sabiduría, que se la pida a Dios, que da a todos…».[48]

Aferrándose a esta esperanza, Emily rogó: «Sí, Dios, por favor, dame sabiduría. Ayúdame a decidir qué hacer».

James Thomson no las acompañó a la iglesia esa mañana. Le había dicho a Sarah que estaba interesado en asistir a un servicio religioso disidente mientras estaba en Devonshire y que pensaba unirse a los congregacionalistas[49] en la capilla de Marsh, junto al río.

A ella no se lo había dicho.

Emily era tan consciente de su ausencia en su banco como de que Charles estaba sentado al otro lado del pasillo y la miraba de vez en cuando.

Había una cosa que Charles le había dicho que volvía una y otra vez a su mente. En su momento había intentado no darle mucha importancia porque sabía que él siempre había sido particularmente escrupuloso, pero ahora le daba que pensar. Le había dicho: «Puede que me juzgue con dureza, pero si cree que soy el único caballero que aborrecería semejante escándalo, se equivoca […]. Muchos ni siquiera

contemplarían la posibilidad de relacionarse con una familia deshonrada de esa manera».

¿Sería James Thomson uno de esos caballeros? ¿Le causaría rechazo haberse enterado de la caída en desgracia de su hermana mayor? Él no parecía tan exigente y estricto como Charles. Aunque, por otra parte, James ostentaba un cargo real, puede que incluso ambicionara una carrera política. Un escándalo no facilitaría tales aspiraciones.

Se preguntó qué más le daba a ella la opinión del señor Thomson. Él ya le había dejado claro que no tenían futuro juntos. Muy pronto se marcharía de Sidmouth y se mudaría lejos.

Emily ya sentía la distancia entre ellos.

jjj

Esa tarde, se encontró a su madre sola en su habitación, sentada al escritorio.

Llamó a la puerta abierta.

—¿Tienes unos minutos?

—Por supuesto, querida. —La señora Summers se volvió en la silla para mirarla y le indicó que tomara asiento en una butaca cercana.

Emily cerró la puerta tras de sí antes de sentarse.

—Me gustaría hablar de algo contigo.

—Por favor, dime que esto no tiene nada que ver con… Escocia —le dijo su madre después de escrutar el semblante visiblemente preocupado de su hija.

Emily la miró, sorprendida.

—No.

—Bien.

Sí quería hablar de Escocia o, al menos, de su hermana exiliada allí, pero decidió que no era el momento.

—Antes de que te lo cuente, por favor, no te emociones. No he dicho que sí.

—¿Sí a qué?

Emily inspiró hondo y anunció lo que una vez había temido no poder llegar nunca a decir.

—Charles me ha pedido que me case con él.

Su madre abrió los ojos de par en par.

—¿Después de todo este tiempo? He de decir que estoy muy sorprendida.

—Yo también.

Su madre analizó de nuevo el rostro de su hija.

—No pareces muy contenta. Pensaba que cuando te lo pidiera te pondrías a bailotear por toda la casa, anunciándoselo a voz en grito a todo el mundo, no aquí callada con ese aspecto tan serio.

—Ya… —Emily se miró las manos entrelazadas. ¿Llegaría algún día a ver un anillo en su dedo anular?

—¿Cuál es el problema? —quiso saber su madre con dulzura—. ¿Qué es lo que te angustia?

Ella vaciló. No lograba poner en orden sus pensamientos para formular un motivo coherente.

—¿Te está resultando difícil perdonarle? —aventuró su madre—. Todos pensábamos que se declararía antes… antes de que empezaran nuestros problemas familiares. Sé que te dejó destrozada que rompiera toda relación.

—Yo creo que sí puedo perdonarlo. Se ve que se arrepiente de verdad de haber invitado a lord Bertram a May Hill…

—Ni lo nombres.

—…Y de haberse ido a Londres cuando papá estaba malito. Me dijo que pensaba que lo mejor era poner distancia, especialmente por el bien de su hermana. Al menos hasta que se calmaran las aguas. Creo que él pensaba que la noticia correría como la pólvora y que sería un escándalo.

La señora Summers asintió.

—Todos nos lo temíamos.

—Y él no quería que se le relacionara con nosotras si eso ocurría —añadió Emily. Le produjo cierto desagrado decir esas palabras.

Su madre suspiró.

—Es natural. Sabes que lo han educado para hacerlo todo como corresponde y para esperar que los demás hagan lo mismo. Es parte de quien es, así que supongo que no debemos juzgarlo con demasiada dureza. Mucha gente sería bastante más cruel: nos condenaría al ostracismo para siempre y hablaría de nuestra desgracia a nuestras espaldas sin ningún pudor. Desde luego, otros no vendrían a disculparse. Nos guste o no, la sociedad puede ser despiadada con una mujer a la que sorprenden haciendo algo inapropiado —o a la que parece que lo está haciendo, aunque no sea así—.

—Eso estoy descubriendo.

El dulce rostro de la señora Summers se contrajo en una expresión de profundo pesar.

—Me esforcé tanto por inculcaros precaución y modestia a todas… Está claro que he fracasado.

—No, mamá. No has fracasado. Nada de esto es culpa tuya.

—Bueno… No vamos a entrar en eso, ya que no has venido aquí para hablar de las decisiones que tomé en el pasado, sino de la que tienes que tomar tú con cierta urgencia. ¿Cómo puedo ayudarte?

—¡Dime qué debo hacer! —gimió Emily.

—Cariño, eso no puedo hacerlo —repuso su madre, con dulzura. Luego añadió—: Como mujer que tiene varias hijas que aún no se han

casado, a una parte de mí le encantaría verte bien situada. Charles es un caballero, puede ofrecerte seguridad económica, y todas lo conocemos bien. Siempre me ha parecido un muchacho de buen corazón, aunque no se me ocurriría decir que lo conozco bien como hombre. Nuestras familias estuvieron muy unidas en un tiempo y es muy probable que vuelvan a estarlo. Puede que Louise no sea la suegra perfecta, pero eso no sería un problema si Charles y tú os amáis de verdad y pensáis que podéis ser felices juntos.

Emily desvió la mirada.

—Ya…

Se dio cuenta de que su madre la estaba observando.

—¿Hay alguien más?

Emily visualizó el rostro de James Thomson, luego parpadeó y la imagen desapareció. Sí, le gustaba James. Le parecía atractivo y disfrutaba de su compañía, pero se iba a marchar. Y ella apenas lo conocía, al menos no si lo comparaba con la larga relación, y la historia, que tenía con Charles.

—Reconozco que admiro al señor Thomson, pero no debería tomar una decisión vital como esta pensando si tengo otro pretendiente a la espera. Aunque no es así en cualquier caso, ya que él ha dejado claro que no está en condiciones de casarse.

La señora Summers se toqueteó el labio, pensativa.

—Aun así, ¿crees que tendrías las mismas dudas a la hora de aceptar la propuesta de Charles si el señor Thomson nunca hubiera venido aquí?

—¡Vaya pregunta! —exclamó Emily, aunque enseguida se dio cuenta de que era curiosamente tranquilizadora y a la vez le daba que pensar—. La verdad es que no estoy segura. Muy perspicaz, mamá, aunque desde luego, es una pregunta incómoda. En cualquier caso, será mejor que me decida pronto, pues Charles planea volver para que le dé mi respuesta el lunes por la tarde.

—No te sientas presionada a tomar una decisión hasta que estés preparada.

—Los Parker se marcharán dentro de unos días.

—Pueden esperar. Esta es una decisión que afecta al resto de tu vida, Emily. No te precipites, no vayas a equivocarte por unos días.

Emily asintió, pensativa.

—Además —dijo su madre con un tono más ligero—, ¿estás de veras preparada para marcharte de Sidmouth? Creí que ya te habías encariñado con este lugar.

—¿Marcharme de Sidmouth? Pero ¿por qué iba a… ? —Emily se interrumpió bruscamente y se sonrojó—. Es decir, claro que tendría que irme cuando… si… si nos casáramos, pero todavía podría vivir aquí durante nuestro compromiso, ¿no? ¡Qué prisa hay!

—Por supuesto. Sin embargo, algo me dice que, después de toda esta espera, Charles no va a querer alargar el compromiso.

—Ya, supongo que tienes razón. —Emily se puso de pie—. Gracias, mamá.

—Siento no haber podido ser de más ayuda.

—Nada de eso. Me has dado mucho en qué pensar. —Al llegar a la puerta, Emily se volvió—. Por cierto, Charles piensa hablar primero contigo cuando venga.

—¿Conmigo? —Una sombra de pánico cruzó el semblante de la señora Summers.

—Sí, en vez de con papá.

—Santo cielo. ¿Qué debo decirle?

—¿Cómo voy a saberlo si ni yo misma sé qué decir? —Emily le lanzó un beso a su madre y salió de la habitación.

Recorrió el pasillo y atravesó el vestíbulo. Se detuvo una vez más ante el gran cuadro de Finderlay, su antiguo hogar.

Cómo le había dolido a Emily tener que separarse de todo lo que conocía, de la casa que amaba, del pueblo en el que había crecido y de todos sus vecinos y amigos, sobre todo de Charles Parker. Durante meses, solo había deseado volver a casa. Y sabía que solo lo conseguiría si Charles se daba cuenta de su error y venía a Sidmouth a rescatarla. A casarse con ella y llevarla de vuelta a May Hill.

La casa la habían perdido para siempre, pues había pasado a pertenecer al heredero de su padre, pero volver al pueblo habría sido suficiente.

Si se casaba con Charles, probablemente vivirían en May Park, la propiedad de su familia, que él heredaría algún día. Podría asomarse a sus ventanas y contemplar la hermosa colina coronada de árboles que había dado nombre al pueblo. Podría visitar a viejos amigos y vecinos. Sentarse en el palco familiar de los Parker en la iglesia parroquial. Compartir la vida y la cama de Charles. Tener a sus hijos. Todo lo que siempre había querido. Todo excepto seguir en contacto estrecho con su madre y sus hermanas, lo cual iba a ser difícil desde tan lejos, aunque no imposible. A fin de cuentas, se le daba muy bien escribir cartas.

«Oh, señor», rogó de nuevo. «Por favor, dame sabiduría».

jjj

Emily decidió que necesitaba hablar con alguien que la conociera mejor que nadie en el mundo. Alguien que la quisiera a pesar de sus muchos defectos y que le dijera las cosas tal y como son.

Se puso un manto con capucha y se apresuró a ir a Westmount para hablar con Viola.

En cuanto ambas estuvieron sentadas junto al fuego, Emily le

confió su dilema.

—En primer lugar, estoy asombrada y sinceramente impresionada de que no le hayas dicho que sí de inmediato, después de tantos años perdidamente enamorada de él. Eso demuestra una nueva madurez. Espero que no suene como una crítica, ya que, a fin de cuentas, todavía somos jóvenes.

—¿No te gusta Charles? —preguntó Emily—. Sé sincera, por favor.

—Nunca he dicho que no me guste. Sí que me gusta. Tampoco he dicho que no fuera un buen partido. Seguramente lo sea… para otra persona. Emily, te conozco. No te gustaría esa necesidad que tiene de guardar siempre el decoro, ni tampoco la de su madre.

—Nunca me dijiste nada de esto.

—¡No me habrías escuchado! No parecías tener duda alguna, nunca lo dijiste. Creo que este tiempo separados nos ha proporcionado a todos una nueva perspectiva.

Emily asintió.

—Han cambiado muchas cosas.

—Y, en mi opinión, muchos de esos cambios han sido para mejor. ¿Aún deseas abandonar Sidmouth y volver a casa?

Emily suspiró.

—No estoy segura. ¿Sigue siendo May Hill nuestro hogar?

Viola le sostuvo la mirada.

—Para mí, no.

—A ver, yo he de reconocer que ya no tengo tantas ganas de irme de aquí como antes. En cuanto a lo de casarme con Charles Parker… En otro tiempo habría hecho cualquier cosa para que así fuera… ¡No me puedo creer que esté dudando!

—¿Crees que te apoyará para que sigas escribiendo?

La pregunta la tomó por sorpresa.

—Mmm… Imagino que no le entusiasmaría la idea de que publicara con mi nombre, pero no me lo prohibiría.

—Tampoco te animaría a hacerlo, ¿verdad?

—No lo sé.

—Ahí va otra cuestión que deberías plantearte. ¿Qué pasaría si Claire regresara algún día y volviera a formar parte de nuestra familia, como ambas esperamos de todo corazón? ¿Cómo reaccionaría Charles?

A Emily se le cayó el alma a los pies.

—No lo sé. ¿Tú le dijiste a Jack lo de Claire antes de casaros?

Su hermana asintió.

—Se lo conté todo y no le supuso ningún problema. Claro que a Jack no le importa lo que opine la gente. A Charles, en cambio,…

Emily se inclinó hacia adelante y apoyó la cabeza entre las manos, angustiada.

—Lo siento —se disculpó Vi—. ¿Me he pasado?

—No —gimió Emily—. He venido a verte porque sabía que me dirías las cosas tal y como son. Ojalá oírlas no doliera tanto.

Unos minutos más tarde, Emily volvió a entrar en Sea View y se retiró a su dormitorio, aliviada al encontrarlo vacío. Al echar los guantes al arcón del rincón, divisó su antiguo diario. Lo sacó y se sentó en la cama con él entre las manos. Lo abrió, extrajo el pañuelo de Charles y leyó por encima las palabras de desamor que había escrito cuando no tenía más que diecisiete años. «¡Amaré a Charles Parker hasta el día en que me muera! […] Porque un día me casaré con él, aunque sea la última cosa que haga».

Cerró el diario y recorrió con el dedo las iniciales bordadas en el pañuelo de lino fino mientras reflexionaba, recordaba y volvía a reflexionar un poco más. Luego, con la decisión ya tomada, se guardó el pañuelo en el bolsillo.

jjj

El señor Thomson no regresó a Sea View hasta bien avanzada la tarde. Emily estaba sentada a solas en el salón, enfrascada en un libro, cuando él entró en la estancia con el rostro demudado por la preocupación.

Emily le sirvió una taza de té y se la tendió sin que él se la hubiera pedido. Era evidente que le sentaría bien tomársela.

—¿Qué ocurre? —le preguntó, inquieta.

Él torció el gesto, bebió té y luego dijo:

—Estoy preocupado por Su Alteza Real. La fiebre lo tiene al borde del delirio, le duele el pecho y además ha empezado a vomitar. El doctor Wilson lo ha vuelto a sangrar, lo que se supone que reduce la fiebre, pero el duque parece que solo empeora. Wilson también ha empleado parches de cantáridas[50] y hoy tiene pensado intentarlo con las ventosas húmedas.

Emily se estremeció al pensar en el doloroso procedimiento. Consistía en hacer cortes en la piel y extraer la sangre mediante el vacío que se generaba al colocar sobre ellos ventosas de cristal previamente calentadas. Una vez se las habían aplicado a su padre antes de su muerte, sin resultado.

—Pobre hombre —suspiró Emily—. Y su pobre esposa… cómo debe de estar sufriendo con él.

—Así es —respondió él—, pero no desfallece y ahí sigue al pie de su cama, cuidándolo. El doctor Wilson la insta a que descanse, pero ella solo se separa de él para pasar unos minutos con su hija. Le administra al duque cada dosis de medicamento personalmente.

—Eso es amor.

Él asintió.

—Amor y miedo. —El señor Thomson se pasó una mano cansada por el rostro—. He estado rezando por él, pero por lo demás me siento condenadamente inútil.

Emily sintió sobre ella el peso de la culpa. No había estado rezando por él tanto como debería, y prometió para sus adentros que empezaría a hacerlo.

—Estoy segura de que aprecian sus oraciones —dijo, con un hilo de voz. Entonces recordó lo que había meditado acerca de cómo funcionaban las plegarias y deseó preguntarle su opinión. Parecía la clase de hombre que hubiera reflexionado mucho sobre el asunto. Tal vez aquel no fuera el mejor momento para una discusión teológica, pero Emily se descubrió diciendo—: Últimamente me he estado preguntando por qué algunas plegarias son escuchadas y otras no.

Él asintió de nuevo.

—Yo también me lo he estado preguntando.

—¿Y qué opina?

Él se tomó su tiempo para meditar la respuesta.

—No soy ningún experto, pero diría que hay varias razones por las que Dios decide no satisfacer nuestras peticiones o al menos no hacerlo inmediatamente. Quizá nuestros motivos sean egoístas, o pidamos cosas que no serían buenas para nosotros o que van contra la voluntad de Dios.

Emily arrugó la nariz.

—¿O sea que solo puedo rezar por lo que ya sepa que es voluntad de Dios?

—No siempre podemos saberlo. Sabemos que Dios quiere que lo busquemos en la oración y por medio de las Escrituras, así que creo que está bien rezar por lo que nos dicte el corazón y luego dejar que Él lo resuelva como mejor disponga. —Hizo una pausa y añadió—: También creo que hay plegarias a las que sabemos que Él responderá. Promesas bíblicas como que si confesamos nuestros pecados, Dios, que es fiel y justo, nos los perdonará. O que si le pedimos sabiduría Él nos la dará generosamente.

Emily clavó en él la mirada, sorprendida.

—Esta mañana he oído algo así en la iglesia. De hecho, he estado rezando para que me conceda sabiduría.

Casi esperaba que él le preguntara para qué necesitaba sabiduría, pero no lo hizo.

Los dos siguieron allí sentados durante unos instantes. Solo el constante tictac del reloj de la chimenea rompía el silencio que los envolvía. Entonces ella le preguntó: —¿Ha comido? Puedo traerle algo, si quiere.

—Gracias, pero no tengo hambre. Aunque sí que le agradezco el té.

Transcurrieron un par de minutos más y Emily volvió a hablar.

—¿Puedo preguntarle algo más… en confianza?

—¿Más proyectos secretos de escritura?

Ella sacudió la cabeza.

—Esta vez no se trata de eso, sino de un secreto más importante. Puede que hasta lo escandalice.

Él dejó la taza de té y se agarró a los brazos de la butaca, armándose de valor.

—De acuerdo. Dígame.

Ella bajó la mirada y pensó en la mejor manera de proceder.

—¿Usted se negaría a relacionarse con una mujer y su familia —por ejemplo, una familia como la mía— si supiera que una hermana hubiera cometido un error —un error como haber confiado en el hombre equivocado— y ahora viviera con el temor de que ese escándalo se hiciera público?

A Thomson se le ensancharon las fosas nasales.

—Si Parker ha hecho cualquier cosa que haya puesto en duda su honor o…

—¡No! Charles no. No se trata de mí. De verdad. —Ella tragó saliva —. Pero se trata de… de otra de mis hermanas.

—¿La que vive en Escocia?

Emily supuso que resultaba obvio y, como él ya lo había adivinado, se limitó a asentir.

—Por favor, no lo cuente.

—No lo haré. Tiene mi palabra.

—No conozco la versión de Claire —le contó—pero se fugó con un lord creyendo que se casaría con ella. Y puede que en realidad él tuviera la intención de hacerlo, hasta que se enteró de que su dote era mucho menor de lo que creía. Cada una de nosotras dispone de tres mil libras nada más.

Ella escrutó su rostro en busca de cualquier rastro de decepción.

El hombre mantuvo el rictus serio. Inescrutable.

—Continúe.

—No lo juzgaré si esto le resulta demasiado chocante. Yo me quedé consternada cuando me enteré. Al parecer, él la abandonó en algún punto de camino a Gretna Green. En lugar de volver a casa deshonrada, buscó refugio con nuestra tía abuela en Edimburgo, de la que todos dicen que es una especie de ogro, así que quizá no sea para nada un refugio. De esto hace ya más de año y medio, y Claire sigue allí con ella, como dama de compañía. Y eso era lo único que repetían mis padres: que la solícita Claire se había marchado para asistir a esa pariente anciana y enferma. En casa, sin embargo, apenas se habla de ella: mi madre y Sarah, menos que nadie. Mi padre se lo prohibió. Afirmó que para él estaba muerta.

—Qué horrible debe de haber sido para todas ustedes.

—Sí que lo fue… Lo es.

Él asintió lentamente.

—No puedo fingir que no me entristece. Y entiendo qué movió a su padre para tratar de protegerlas a ustedes y que el escándalo no las perjudicara a todas. Imagino que pensó que cuanto menos se hablara de ella, menos posibilidades habría de que la verdad saliera a la luz, y mejor para todas ustedes.

—No sé si sus motivos eran tan nobles, aunque tampoco sé si no lo eran. Sin duda estaba enfadado y frustrado, eso estaba claro, aunque en aquel momento no entendía por qué, ya que nos ocultaron la verdad a mí, a Viola y a Georgie. Solo Sarah y mi madre lo sabían. Entonces mi padre sufrió la primera apoplejía. Después de eso, le costaba hablar y era difícil entenderlo cuando lo intentaba. Murió dos meses después.

»Mi madre es la que más pena me da. Seguro que echa mucho de menos a Claire, pero se aferra al mandato de papá de no hablar de su hija mayor ni de escribirle siquiera.

—¿Y usted la recibiría con los brazos abiertos si quisiera volver?

—Sin dudarlo.

Él asintió de nuevo.

—No me sorprende.

Ella ladeó la cabeza para poder analizar su rostro en detalle.

—Y usted, ¿aceptaría que le presentaran a una mujer deshonrada, si viniera aquí?

Thomson suavizó su expresión y la miró con ternura con sus ojos castaños.

—Mi querida señorita Emily. ¿Acaso no hemos sido todos indignos alguna vez?

—Muy noble, pero no se lo estoy preguntando a James Thomson, hombre de piadosa devoción y caridad cristiana. Se lo pregunto a James Thomson, *esquire* y secretario privado del duque de Kent, que igual debería ser más cuidadoso con quién se relaciona. Un hombre con un futuro que planear y proteger.

Él soltó una risita irónica.

—¿Sabe que el hombre para el que trabajo vivió con su amante durante casi treinta años y que probablemente seguiría viviendo con ella sin pasar por el altar si la muerte de la princesa Charlotte no lo hubiera impelido a casarse y a concebir un heredero legítimo al trono? Y no me haga hablar del comportamiento del príncipe regente. No, señorita Summers, no estoy escandalizado. Ni tampoco temo que dichas relaciones puedan perjudicar mi carrera. Por supuesto que no me gusta la inmoralidad, pero tampoco juzgo a su hermana, quien, he de decir, parece haber sido víctima de un canalla.

—Estoy de acuerdo, pero ambos sabemos que la sociedad establece

para las señoritas unos estándares mucho mayores que para los hombres.

—Lo sé. Y sé que es injusto. —Bajó la vista y se puso a juguetear con los puños de la camisa—. He de reconocer que me afligiría profundamente si algo así le hubiera sucedido a usted. No obstante, no le reprocharía los errores de su hermana, como espero que usted no me reproche los de mi hermano, aunque puedo ver el dolor que le produce la complicada situación de su hermana y su ausencia. —Ella asintió, y los ojos se le empañaron al oír las compasivas palabras de él—. Lo siento. Rezo para que algún día se reúna pronto con usted.

Permanecieron sentados en silencio unos instantes más. Entonces él se levantó dándose una palmada en los muslos.

—Si me disculpa, creo que iré a mi habitación a tomarme un pequeño descanso dominical.

Ella asintió con un gesto de cabeza y lo siguió con la mirada hasta que abandonó el salón, mientras le daba vueltas a la respuesta que él le había dado.

jjj

Sarah se sentó en el silencioso cuarto de trabajo con una taza de té, mientras hojeaba algunos libros de cocina y sacaba ideas para nuevos menús que luego debatir con su madre y la señora Besley.

Antoine Bernardi se la encontró allí y le dijo:

—Ayer cociné para los pobres. Esta noche me gustaría cocinar para usted. ¿Se acuerda de que prometí hacerlo cuando visitamos el mercado?

—Sí que me acuerdo.

—¿Qué le apetece? ¿Perca *à la hollandaise*, como se servía en el Pabellón Real? ¿O quizá lo que le sirvieron al zar Alejandro cuando vino a París: ostras, consomé *à l’allemande* y asado de ternera servido con alcachofas *à la lyonnaise*?

—Todo eso suena magnífico —respondió Sarah—, pero si le soy sincera, preferiría probar uno de los platos de su madre que me ha mencionado. Tal vez algo —¿cómo lo había descrito?— sencillo, fresco y con ingredientes de la mejor calidad… Tal vez algo con ajo…

A él le brillaron esos ojos de color avellana que tenía.

—Será un placer.

Los domingos por la noche no servían comida a los huéspedes, por lo que Sarah no tenía que preocuparse de que Antoine Bernardi se interpusiera en el camino de la señora Besley… o viceversa. Lo dejó allí y subió. Bernardi tenía vía libre para preparar una de las recetas favoritas de su madre. Con un poco de suerte, no llevaría ancas de rana. Y con un poco más de suerte el olor a ajo no subiría hasta el piso de arriba.

Sí que subió.

Un poco más tarde, Sarah bajó las escaleras siguiendo los tentadores y sabrosos olores. Cuando llegó al cuarto de trabajo, se detuvo en el umbral y murmuró: —Pero ¿qué…?

Cuando el señor Bernardi se había ofrecido a prepararle una cena magnífica, Sarah había pensado que exageraba. Ella había sugerido uno de los «sencillos» platos de su madre, imaginándose que eso implicaría una sola olla hirviendo a fuego lento y que él le serviría un plato antes de llevarse el resto a Woolbrook o a Fortfield Terrace.

Sin embargo, la escena que se extendía ante sus ojos la dejó atónita. Recorrió el cuarto con la mirada, asimilándolo todo. La desgastada mesa de trabajo estaba cubierta con un mantel de lino blanco y había una silla arrimada a un extremo. Un candelabro, adornado con un ramillete de flores de seda, iluminaba la estancia. La vajilla de porcelana, la cubertería de plata y la cristalería estaban dispuestas con la elegancia del comedor de un lord. ¿Había hecho todo esto él solo o lo habría ayudado el señor During?

—Oh, cielos —musitó.

El chef, que estaba de pie junto a los fogones, removiendo algo en un cazo, levantó la vista.

—Ah, señorita Summers. Llega justo a tiempo.

El señor During salió de la despensa y puso un cisne hecho de mantequilla sobre la mesa, junto a un bollo de pan de pueblo. Miró al señor Bernardi y luego a Sarah con una media sonrisa y alzó ambas manos.

—Ya me voy, ya me voy. —Y se apresuró, muy satisfecho. Qué gusto daba verle sonreír.

Sarah se hizo a un lado para dejarlo pasar.

—Venga, pruebe esto. —El señor Bernardi le hacía señas para que se aproximara—. Es la famosa salsa de mi madre. He tenido que sustituir las especias frescas por secas, pero, aun así, huele como en casa.

Ella fue hasta la estufa. Él levantó la cuchara de madera, puso la otra mano debajo y se la acercó.

Sarah se inclinó hacia delante, vacilante, y aproximó los labios a la cuchara para probar un poco. Se sintió cohibida. Le pareció que aquel simple acto tenía un no sé qué de sensual.

El sabor estalló en su boca. Ricos tomates, sabrosas especias —albahaca, tomillo, mejorana y el prometido ajo—, así como otros ingredientes que no podía identificar. Cerró los ojos para degustarlo mejor.

Cuando volvió a abrirlos, él estaba probando la salsa de la misma cuchara. Ver sus labios donde antes ella había tenido los suyos hizo que la invadiera una extraña sensación de cariño y la recorriera un

cosquilleo de desasosiego.

—Caray. —A él se le iluminó el rostro de pura satisfacción. Luego se volvió y le retiró caballerosamente la única silla que había junto a la mesa—. Por favor, tome asiento. Todavía le hacen falta unos minutos.

Ella hizo lo que le indicaba, deseando de pronto haberse tomado el tiempo de cambiarse el vestido o de arreglarse el cabello.

Él colocó ante ella un platito de aceite y lo salpimentó.

—Aceite de oliva, para mojar el pan. O ahí tiene el cisne de mantequilla de Selwyn, si lo prefiere.

—¿No me acompaña?

—Esta noche voy a servirla, como suele hacer usted con los demás —repuso él. Sarah hizo todo lo posible por ocultar su timidez con un bocado de pan caliente empapado en el aceite de oliva sazonado. «Qué delicia». Bernardi prosiguió—: Obviamente, me he visto obligado a hacer algunos cambios en el menú para adecuarme a los ingredientes disponibles y al número de invitados. —Le guiñó un ojo y le trajo un plato de sopa—. Sopa de sémola *à la Palermo*.

Sarah probó una sopa de fideos a base de un rico caldo. Luego dio cuenta de otra cucharada. Sencilla pero deliciosa.

A la sopa le siguió un plato de pescado.

—Filete de bacalao *à l'italienne*. Prefiero el rodaballo, pero por desgracia no había ninguno a la venta. Está servido en salsa marrón,[51] con anchoas y alcaparras.

—Cielos.

—*Buon appetito.*

Sarah no estaba segura de que le gustaran las anchoas y ni siquiera sabía lo que era una alcaparra, pero probó el plato de todas maneras. Concluyó que ambas cosas le gustaban mucho.

—Esto está riquísimo. Gracias.

Él esbozó una sonrisa.

—Aún no hemos terminado.

—Por favor —dijo ella—, siéntese y coma algo, se lo ruego.

—La acompañaré en el postre.

Ella quiso insistir, pero la fascinación que ejercía la deliciosa comida que tenía ante ella le impidió perder el tiempo discutiendo.

Entre bocado y bocado, Sarah le preguntaba por su familia, por su infancia y por su época de estudiante con el célebre chef francés Antonin Carême.

—Tengo su libro *Le Pâtissier Royal Parisien.*[52] Algún día escribiré el mío.

—Debería hacerlo.

—¿Sabe qué? Sus padres lo abandonaron en la calle cuando solo tenía… eh… ocho o nueve años.

—Oh, vaya, qué lástima. ¿Sabe por qué?

—Estaban sumidos en la más absoluta pobreza y tenían muchos más hijos que alimentar. Para sobrevivir, empezó como pinche de cocina, luego trabajó para una pastelería de moda *et voilà*. Después de años de duro trabajo, ahora cocina para reyes y zares.

—Usted acabará haciéndolo algún día, si es lo que quiere.

—Ya veremos.

A continuación le puso delante una generosa ración de pollo.

—Pollo *à la milanaise* —anunció.

Junto al plato, puso también dos fuentes con verduras.

—¿Todavía hay más? —se rio entre dientes, incrédula.

—Oh, sí. Alcachofas con la salsa de mi madre y champiñones gratinados.

Sarah probó primero un tierno pedacito de pollo y luego las alcachofas en su sabrosa salsa.

—Mmm. Esto también está maravilloso. Mis felicitaciones a usted y a su madre.

Él agachó la cabeza y luego le lanzó una mirada insinuante.

—Quizá la conozca algún día.

—Oh. Eh… Sería… mmm… estupendo.

Entre ellos se produjo un momento incómodo y Sarah volvió a sentirse cohibida. De repente, le parecía que había demasiado silencio en el cuarto de trabajo y que la cena privada era demasiado íntima. Empezó a apoderarse de ella la sensación de que cenar a solas con un hombre, incluso en su propia casa, era sumamente inapropiado.

Se obligó a comer un poco más, con la esperanza de que así se disipara la tensión. Él siguió allí de pie, mirándola, observando cómo masticaba, con una expresión de satisfacción en el rostro.

Sarah oyó que alguien se acercaba a paso rápido y se volvió justo a tiempo para ver entrar a Georgiana con un revuelo de faldas de algodón estampado y con el pelo tan despeinado como de costumbre.

—¿De dónde sale este olor celestial? —preguntó, dirigiéndose a la estufa—. Tenía que acercarme a investigar. No se parece a nada que haya cocinado la señora Besley, eso seguro. —Su mirada pasó de las cacerolas en los fogones a la mesa decorada con elegancia y a Sarah sentada a la luz de las velas, con el cocinero allí al lado.

—Oh, lo siento. ¿Molesto?

—Ni mucho menos —se apresuró a asegurarle Sarah, aliviada por la interrupción—. Llegas justo a tiempo para ayudarme a dar cuenta de este festín. El señor Bernardi estaba enseñándome algunos de los sabores de su infancia.

Georgie vaciló, dirigiéndole una mirada dubitativa al chef.

Este se esforzó por esbozar una sonrisa y colocó un plato más mientras Georgie acercaba hasta allí otra silla. Aun así, a Bernardi

enseguida se le pasó el disgusto conforme Georgiana elogiaba cada plato con más efusividad incluso que la que había mostrado Sarah.

Cuando llegó el momento del postre, les retiró los platos y los cubiertos, y colocó otros tenedores. Luego les puso delante una esponjosa tarta de nata y cerezas.

—*Genoise à la maraschino,*[53] una de las favoritas del príncipe regente. En italiano diríamos *genovese*. Y esta es la *crème milanaise*, una especie de flan que no es tan dulce como cabría esperar.

—Recuerde que ha dicho que en el postre me acompañaría.

Él asintió, vertió un poco de su café intenso en tres tacitas y acercó un taburete.

—Prueben primero el flan.

Así lo hicieron. Como ya les había dicho, no era dulce, pero tenía mucho sabor y una textura mantecosa. Casi como si fuera de queso. A Sarah le recordó a un pudin de Yorkshire denso y jugoso, aunque se guardó ese pensamiento para sí.

—Delicioso —se limitó a decir.

Entonces probó un pedazo del pastel dulce y cremoso, que se deshizo en su boca en un néctar celestial con sabor a cereza.

—Esto está increíble —declaró Georgiana—. No me extraña que al príncipe regente le guste. A mí también.

Cuando terminaron de comer, Sarah y Georgiana insistieron en ayudar a fregar los platos.

—Gracias por dejarme que los acompañara —comentó Georgie.

—Sí, gracias, señor Bernardi —repitió Sarah—. Puede que nunca visite Francia o Italia, pero ahora casi tengo la sensación de haberlo hecho.

Él detuvo la mirada en su rostro durante un instante y despegó los labios como si quisiera decir algo, pero volvió la vista hacia Georgiana, guardó silencio y se conformó con responderles con una inclinación.

---

48 N. de la Trad.: Fragmento bíblico de la carta de Santiago, capítulo 1, versículo 5.

49 N. de la Trad.: Movimiento que surgió de las iglesias protestantes inglesas desde finales del siglo XVI hasta principios del XVII como una extensión del puritanismo.

50 N. de la Trad.: Las cantáridas (*Lytta vesicatoria*) son unos pequeños insectos verdes que, triturados, resultan cáusticos y producen ampollas y llagas en la piel. Los médicos de la época empleaban parches de esta sustancia vesicante porque creían que en estas vesículas se absorbían mejor los medicamentos o que podían producir una «contrairritación» del órgano «irritado».

51 N. de la Trad.: Salsa hecha a base de espinacas, aceite de oliva, cebolla, zumo de limón, albahaca, frutos secos y especias.

52 N. de la Trad.: *Le Pâtissier Royal Parisien ou Traité élémentaire et pratique de la pâtisserie ancienne et moderne*, de Carême, es una obra de referencia de la alta cocina publicada en dos tomos en 1815.

53 N. de la Trad. Bizcocho genovés al marrasquino, un licor de cerezas típico de Zadar, en la región croata de Dalmacia, y de Torreglia, un pueblo italiano cerca de Padua.

Capítulo 24

«Al duque lo sometían a sangrías y a tratamientos con ventosas día tras día».

CHRISTOPHER HIBBERT,
Queen Victoria, A Personal History

El lunes, las hermanas Summers se arremolinaron junto a la ventana este del despacho cuando se acercaba por Glen Lane un coche de caballos de aspecto oficial escoltado por varios jinetes. Luego se apresuraron a cruzar el vestíbulo para entrar al salón y asomarse a la ventana norte justo a tiempo para ver desaparecer a los recién llegados por el camino de Woolbrook.

—¿Quién creéis que es? —preguntó Georgie.

—El señor Thomson me ha dicho que la duquesa ha enviado un mensajero solicitando que un médico real atienda al duque —repuso Emily.

El señor Hornbeam, sentado en un sofá cercano, preguntó:

—¿Y le ha mencionado algún nombre?

—No lo recuerdo.

—¿Sería sir David Dundas?

—¡Sí, justo! ¿Cómo lo ha adivinado?

—Su fama como médico competente y experimentado lo precede, y es uno de los galenos que tratan al rey Jorge. Creo que Dundas conoce al príncipe Eduardo desde que no era más que un niño.

—Bien. Seguro que sabrá qué hacer —dijo Emily y rezó por el duque como se había comprometido a hacer.

Un poco más tarde, el señor Thomson regresó de Woolbrook y se reunió con ellos en el salón. Volvía a tener aspecto de llevar una pesada carga sobre sus anchos hombros.

—¿Qué ha dicho el médico real? —preguntó Emily.

Él se dejó caer en el sofá junto al señor Hornbeam.

—Ha venido un médico de Londres, pero no el que queríamos. La

duquesa está muy disgustada. Al parecer, el rey Jorge se está muriendo, así que sir David no podía marcharse de su lado. En vez de a él, han mandado a William Maton, el que trató a la reina Charlotte antes de su muerte.

—¿Y su Alteza Real, la duquesa, no lo tiene en alta estima?

James se encogió de hombros.

—El señor Maton habla muy mal alemán y francés. La duquesa está confundida y angustiada porque el médico planea volver a sangrar a su marido una vez más, pero a ella le cuesta mucho comunicarse con él. Ha dicho: «No puede ser bueno para el paciente perder tanta sangre cuando ya está tan débil». Traduje sus palabras lo mejor que pude, pero Maton insiste en que no han sangrado al duque lo suficiente.

Emily se compadeció de la pobre mujer.

—Esperemos que el nuevo médico tenga razón y pueda ayudarlo.

—Si hasta este momento el sangrado no ha ayudado al duque, no sé por qué iba a hacerlo ahora. La duquesa tampoco lo entiende, pero ¿qué podemos hacer? No sé qué otra cosa sugerir y, aunque lo supiera, nadie me escucharía. Me siento tan condenadamente impotente.

El señor Hornbeam alargó la mano hasta dar con el hombro de James y se lo apretó para tratar de reconfortarlo.

—Has hecho lo que has podido, hijo. Ahora todo queda en manos de Dios.

James negó lentamente con la cabeza.

—No son las manos de Dios las que me preocupan.

jjj

Más tarde, Emily se afanaba en las tareas de la casa, limpiando el polvo, recogiendo y poniendo en orden sus pensamientos. De vez en cuando volvía a meter la mano en el bolsillo del delantal para asegurarse de que seguía allí el pañuelo doblado.

Cuando llegó Charles, el valor la abandonó.

—Oh, mmm, Charles. No lo esperaba tan pronto. No estoy… todavía no estoy… preparada.

—Entonces hablaré primero con su madre —propuso él—. Así tendrá tiempo para recomponerse.

Eso solo consiguió ponerla más nerviosa.

—No creo que necesite hablar con ella primero, a menos que lo desee expresamente. La he informado de su… de lo que hemos hablado, y ha dejado las cosas en mis manos.

—Entiendo. ¿Seguro que no se sentirá menospreciada?

—Seguro.

Armándose de un valor que flaqueaba, lo condujo a la biblioteca reconvertida en despacho, una estancia un poco más íntima que el

salón.

Ella tomó asiento primero y él se sentó junto a ella.

Él le sonrió, pero, al mirarla a la cara y ver su expresión, se le descompuso la sonrisa.

—¿Ya se ha decidido?

Emily tragó saliva.

—Tengo que hacerle unas preguntas —comenzó, sin mostrar emoción alguna.

—Claro. Pregúnteme lo que quiera.

—En primer lugar, en cuanto a Claire… —preguntó ella con la voz trémula.

—Ya hemos hablado de esto —dijo él—. Pronto habrán pasado dos años. Ya pocos lo recuerdan o, por lo menos, casi nadie habla de ello, salvo hombres como Craven, a quien nadie presta atención. No tiene por qué pesar sobre su familia para siempre. Claire vive lejos de aquí, y deduzco que su madre no tiene intención de invitarla a que vuelva. Ya ha pasado todo.

Emily negó con la cabeza. La invadía una pena infinita.

—Oh, Charles… Si de verdad cree que quiero que Claire siga escondiéndose en Escocia, está muy equivocado. Yo la quiero, a pesar de todo lo sucedido, y con gusto la recibiría en casa.

Él pareció dudar.

—¿Aunque su regreso desatara rumores que pudieran arruinar las perspectivas de contraer matrimonio de todas ustedes?

Emily levantó la barbilla.

—Yo no me preocuparía por eso. Le recuerdo que Viola se ha casado recientemente con un hombre excelente. Y a Sarah ha estado pretendiéndola más de un caballero durante el último año.

—¿Y qué hay de usted?

—A mí esto ya me las arruinó en su momento.

Él la tomó de la mano.

—Eso fue hace tiempo. ¿No puede perdonarme? ¿No podemos empezar de cero?

—¿Y si Claire volviera mañana? ¿Qué pasaría entonces? Si el regreso de mi hermana le va a hacer cambiar de opinión sobre renovar nuestra relación, entonces debería dar media vuelta y marcharse sin demora.

Él la miró fijamente, sin pestañear.

—¿Acaso va a volver?

—Por el momento tenemos pocos motivos para albergar esperanzas y apenas hemos tenido contacto con ella, pero, si alguna vez existe la más mínima oportunidad de volver a verla, la aprovecharé, lo apruebe usted o no.

—Emily, por favor. Está claro que sigue enfadada conmigo.

Supongo que piensa que soy un desalmado por preocuparme por la reputación de la familia de la que pasaré a formar parte. ¿Qué hay de su señor Thomson, que claramente se ha encariñado con usted? ¿Está él al corriente de la deshonra de su hermana? ¿Cree que él se lo tomaría a la ligera como si no tuviera importancia?

—No estamos hablando del señor Thomson. Estamos hablando de usted. —Sin darle tiempo a responder, le planteó otra cuestión—: Su madre ha dejado claro que espera que se case con un buen partido, como hizo Amanda. Que se case con alguien «de carácter y familia intachables». Puede que yo le parezca agradable, pero no me aprueba.

—No voy a fingir que está encantada con la idea de que nos casemos. Sin embargo, ella es la primera en admitir que usted tiene un gran potencial y que podría convertirse en una dama distinguida con un poco de ayuda.

Emily sabía que distaba mucho de ser perfecta. Aun así, le indignaba la idea de que fuera la señora Parker la que se suponía que iba a ayudarla.

—Y creo que, si Claire se queda en Escocia —prosiguió él—, mis padres dejarán de lado sus recelos y darán su bendición al matrimonio.

Ella lo miró fijamente, mientras sentía la puñalada a traición en sus entrañas.

—A ver si me queda claro. ¿Me está diciendo que, para que usted y yo podamos ser felices, Claire debe seguir lejos, cuando todo lo que deseo es volverla a ver, que se reconcilie con nuestra familia y que regrese a casa? —Ella negó lentamente con la cabeza—. No puedo aceptar su visión de la felicidad, Charles, porque nunca le elegiría a usted antes que a Claire. Ni por todas las propuestas de matrimonio del mundo.

Él bajó la vista y se miró las manos durante varios tictacs del reloj de la chimenea. Cuando levantó la cabeza, tenía los ojos de color marrón dorado llenos de lágrimas.

Verlo así casi hizo que cambiara de idea. Sintió lástima por él. Verdadera lástima. Sí, una parte de ella lo amaba —el muchacho de la casa de al lado, su príncipe azul— y siempre lo amaría, pero no podía casarse con él.

Pese a todo, no quería hacerle daño.

—Siento decepcionarle. De verdad.

—¿Esa es toda su respuesta? —preguntó él con un hilo de voz, asombrado.

Ella apartó la mirada de sus ojos llenos de lágrimas y le tendió el pañuelo.

—Lo he guardado todo este tiempo, pero debería devolvérselo.

Él lo aceptó sin dirigirle más que una ojeada y volvió a clavar su

mirada atónita en el rostro de ella.

—¿O sea que esto es una despedida?

Emily se mordió el labio. ¿Estaría cometiendo un error? ¿Se arrepentiría de eso el resto de su vida? «Dios, por favor, muéstrame qué debo hacer».

Le vino a la mente una imagen de su hermana mayor, a la que tanto quería y echaba de menos.

Inspiró hondo y dijo con serena determinación:

—De nuevo, lo siento, pero no olvidaré a Claire. De hecho, voy a escribirle esta misma noche.

Charles se estremeció y luego asintió. Se levantó, recuperó su sombrero y se dio la vuelta para marcharse. Al llegar a la puerta, se volvió.

—Por favor, dígale cuánto lo siento… por todo.

jjj

Después de que Charles se marchara, Emily empezó a temblar y se sumió en un estado de estupor.

Un poco más tarde, llamaron a la puerta. Supuso que era su madre, que venía a ver si Charles todavía deseaba hablar con ella. No estaba preparada para esa conversación. No estaba preparada para hablar con nadie, excepto quizá…

—¿Emily? —La puerta se abrió con un chirrido y Viola se asomó por detrás—. ¿Puedo pasar?

—Oh, Vi. —A Emily se le llenaron los ojos de lágrimas—. ¿Cómo lo has sabido?

—Me temo que te he espiado. He estado observando desde nuestra casa hasta que vi marcharse a Charles, y he venido enseguida.

—Me alegro de que lo hicieras. —Emily dio unas palmaditas en el asiento que tenía al lado, el que Charles acababa de dejar.

En cuanto Viola se sentó, Emily se lo contó todo y luego se lanzó a sus brazos, llorando.

—¿Me he equivocado al decirle que no?

Viola la abrazó y le acarició el pelo.

—Oh, Em. Odio verte tan disgustada. Espero no haberte aconsejado mal. Si crees que te has equivocado al rechazarle, podrías decirle que has cambiado de opinión.

Emily negó con la cabeza y trató de hablar pese al nudo que le ardía en la garganta.

—Es demasiado tarde. Oh, Vi. Ha sido mucho más duro de lo que esperaba. He sacado a Charles de mi vida y he renunciado a mi ansiado sueño de futuro. Era parte de mí, casi como un tercer mellizo. —Emily se incorporó y se llevó una mano al pecho—. Es tan doloroso. Y odio haberle hecho daño a él también.

—¿De verdad no cedió? Cuando le dijiste que no te casarías con él si eso significaba no volver a ver a Claire, ¿no sugirió llegar a un arreglo? ¿Tal vez algo como aceptar que la visitaras en alguna otra parte, pero no invitarla a May Park?

Emily la miró sorprendida. Esa idea nunca se le había pasado por la cabeza.

—No.

—Entonces, no creo que te hayas equivocado, cielo.

Emily se enjugó las lágrimas con el talón de las manos.

—Ojalá tengas razón, pero cabe la posibilidad de que Claire nunca vuelva, y en ese caso los habré perdido a los dos… para siempre.

jjj

Una vez que Viola se hubo marchado, Emily fue a la habitación de su madre, decidida a mantener la calma. La vio a través de la puerta abierta. Iba muy bien vestida y estaba sentada ante su escritorio. Cuando se volvió hacia ella, vio que también parecía nerviosa.

La señora Summers miró a algún punto detrás de Emily.

—¿Aún no ha llegado Charles?

—Ha llegado y se ha ido. Le dije que no necesitaba hablar contigo antes. Espero que no te importe.

—No me importa, ni mucho menos, pero…

—Oh, mamá… —A pesar de lo que se había propuesto, le tembló la barbilla y se le inundaron los ojos de lágrimas.

—¡Oh, cariño! —Su madre se levantó rápidamente y la abrazó—. ¿Qué ha pasado?

—Le dije que no podía casarme con él. ¿Estás muy decepcionada conmigo?

—No, claro que no. —Su madre le tendió un pañuelo, y las dos se sentaron una al lado de la otra—. ¿Por qué estás tan disgustada? ¿Te ha pedido que le dieras algún motivo? ¿O acaso pedía una dote mayor…?

Emily sacudió la cabeza.

—Lo cierto es que le di un motivo. Varios, de hecho.

Su madre se puso rígida y la miró recelosa.

—¿Qué motivos son esos?

Emily se enjugó las lágrimas e inspiró hondo.

—Es por… Claire. Sé que no te gusta que se hable de ella, pero es uno de los motivos. No puedo soportar que Charles la culpe a ella y que rompiera lazos con toda nuestra familia mientras… ese hombre… sigue con su vida tan campante. —La inundó una ola de indignación, que superó por un instante la tristeza que sentía.

—Emily, por favor. —La señora Summers se llevó una mano a la sien, con el rostro contraído en una mueca de dolor—. Tu padre me

hizo prometer en su lecho de muerte…

—No es justo.

—Estoy de acuerdo, pero como os he dicho una y otra vez, la sociedad establece unos estándares más altos para las señoritas. Puede que no nos guste, pero si decidimos no hacer caso de ese hecho será bajo nuestra propia cuenta y riesgo. Muchas vidas y familias enteras se han echado a perder por menos, como ya hemos podido intuir.

—¿Y qué hay de la vida de Claire? Charles dijo que sus padres solo nos darían su bendición si ella se quedaba en Escocia.

Su madre amusgó los ojos.

—Charles me dijo que no les había dicho a sus padres nada de lo ocurrido.

—Aun así, parece que albergan sospechas.

La señora Summers cerró los ojos y gimió. Luego miró a su hija fijamente.

—Emily, espero que entiendas que no tengo intención de pedirle a nadie que vuelva —le aseguró con voz plana—. Dime que esa no es la única razón por la que lo has rechazado.

—No lo es. Su madre no aprueba nuestra unión. Nunca me ha aceptado en realidad, ni siquiera antes de que todo eso pasara. Le dijo a Charles que yo podría llegar a ser una dama distinguida con un poquito de ayuda. Ayuda que me proporcionaría ella….

A la señora Summers le centellearon los ojos.

—Louise siempre ha tenido una opinión demasiado elevada de sí misma.

Emily señaló otro motivo, aunque de menor importancia.

—A Charles tampoco le apasiona la idea de que yo escriba libros o, al menos, de que los publique y me paguen por ello, y desde luego que no le entusiasma que lleven mi nombre.

—No me sorprende. Escribir novelas es otra de las cosas que la sociedad desaprueba y a los Parker siempre les ha importado mucho la opinión de los demás.

Emily asintió.

—Sin embargo, Charles se arrepiente de verdad. Lo siente mucho. Por todo. Y lloró, mamá, cuando le dije que no. —A Emily se le quebró la voz—. Me siento fatal. Puede que no me guste el Charles en el que se ha convertido —tan determinado a no salirse de la línea, a cumplir con las exigencias de la sociedad y de sus padres—, pero Charles, el muchacho de May Park… —A Emily se le volvieron a llenar los ojos de lágrimas—. Supongo que siempre lo amaré.

Su madre se acercó a ella y le dio la mano.

—Aunque no te casarás con él, ¿no es así?

Emily cerró los ojos durante un buen rato y luego volvió a abrirlos.

—No, no lo haré.

—En ese caso, lo siento por vosotros dos, cielo. No obstante, si tenías tantas dudas, es probable que hayas hecho bien al decirle que no, aunque te duela.

—Gracias, mamá. —Emily le sostuvo la mirada y luego dijo suavemente—: Una cosa más. Espero que entiendas que yo no le he hecho ninguna promesa a papá. He renunciado a Charles y renunciaría a escribir novelas, pero no renunciaré a Claire.

jjj

Emily llevaba varias horas sin ver al señor Thomson, lo cual era un alivio, teniendo en cuenta los tumultuosos acontecimientos del día. Durante la cena, el señor Bernardi mencionó que Thomson había ido a pasar la velada con el general Wetherall en Fortfield Terrace.

Esa noche, Emily se sentó a escribirle a Claire, pero no encontró las palabras y no redactó más que el saludo. Exhausta, física y mentalmente, lo único que ansiaba era lanzarse a los brazos de Morfeo.

Emily estaba atravesando el vestíbulo, con la intención de acostarse temprano, cuando el señor Thomson regresó. Se estaba quitando el sombrero cuando la vio y se le tensó el cuerpo entero. Inspiró hondo y la miró como si se preparara para encajar un golpe.

—Señorita Emily. Buenas noches. Antes me he cruzado con Charles, que venía a verla. Me ha dado… las buenas noticias. —James tragó saliva—. ¿Me permite ser de los primeros en desearle lo mejor?

—No sé por qué habría de hacer eso.

Él frunció el ceño, confuso.

—Me dijo que se había declarado y…

—No he aceptado.

—¡Ah! —Parpadeó rápidamente—. ¿Puedo preguntarle por qué?

—Por varias razones, pero no quiero volver a pasar por todo eso. Ahora no.

—Comprendo. ¿Y está… está usted bien?

—No tengo ni idea. —Él extendió las manos hacia ella como si fuera a consolarla, pero las retiró a toda prisa y se las llevó a la espalda. Emily corrigió su respuesta—: Más que nada estoy cansada. —Y señaló las escaleras—. Iba a acostarme.

—Discúlpeme. No la entretengo más. —Él se hizo a un lado—. Pero, por favor, avíseme si puedo hacer algo por usted.

Capítulo 25

«Los emprendedores que abrían bibliotecas circulantes a pie de playa competían entre sí. En Sidmouth, el señor John Wallis y el señor John Marsh publicaron sendas guías en las que ponían por las nubes su propio negocio».

IAN MAXTED,
Etched on Devon's Memory

Durante los días siguientes, Emily pasó mucho tiempo en el despacho ultimando el borrador de la nueva guía de Sidmouth para el señor Marsh. Esperaba conseguir que Charles desapareciera de su mente y superar la pena y las dudas que todavía la asaltaban.

La señorita Stirling vino a tomar el té y Emily se preguntó si las visitaría con mucha menos frecuencia cuando se casara. Los compromisos no solían celebrarse y, sin embargo, la señora Summers le entregó un regalo envuelto en papel de seda, con las siguientes palabras: «Con nuestro más sincero agradecimiento por todo el apoyo y la amistad a lo largo de los años».

La señorita Stirling retiró el papel y dejó a la vista una hermosa cofia de encaje de la tienda de la señora Nicholls.

—Necesitará una gorra nueva, ahora que va a ser una mujer casada —explicó la señora Summers.

Fran negó con la cabeza.

—Es demasiado bonita para ponérmela.

—Bobadas. Es tan bonita como usted.

—Gracias. Gracias a todas.

La señora Summers seguía mostrándose comprensiva con la decisión de Emily de no casarse con Charles. Sarah también la

apoyaba. De hecho, cuando ella le confió que había rechazado su propuesta, Sarah admitió que hacía tiempo que tenía sus reservas respecto de alguien que había sido capaz de abandonar a una mujer a la que supuestamente amaba en un momento de dificultad para su familia.

—Quería otorgarle el beneficio de la duda. Y si hubiera venido a disculparse antes, habría creído en su honestidad, pero nos mudamos hace más de un año y ¿ha esperado hasta ahora para venir aquí y reconocer que pudo haberse equivocado? ¿Para tratar de retomar las cosas donde las habíais dejado? En fin, todo esto para decir que creo que has tomado la decisión correcta.

La única en expresar su decepción fue Georgie. A ella le hubiera gustado tener a Charles como cuñado, pues era el hermano mayor que nunca había tenido.

—No te entiendo, Emily. Desde que nos mudamos, no has hecho más que vagar por ahí suspirando por Charles. ¿Y ahora lo rechazas? Si eso es lo que pasa por leer tantas novelas, me dedicaré a otra cosa.

Emily hizo lo que pudo por consolarla y siguió trabajando en la guía.

Cada vez que el señor Thomson regresaba de Woolbrook, ella se asomaba al vestíbulo para escuchar el último parte. Las noticias que traía eran cada día más preocupantes.

Al parecer, el recién llegado doctor Maton seguía aplicándole al príncipe Eduardo los dolorosos tratamientos con ventosas y parches de cantáridas. No obstante, a pesar de todo ese tormento, o tal vez exacerbado por él, la fiebre, el dolor de cabeza y el de pecho persistían.

El jueves, el señor Thomson regresó con los hombros hundidos, los ojos cansados y cara de desolación.

Al verlo en ese estado, Emily le puso una mano en la espalda y lo condujo al salón hasta una cómoda butaca cerca de la chimenea.

—Siéntese —le indicó y regresó instantes más tarde con una humeante taza de té con leche y azúcar. Un buen remedio para la conmoción—. Beba.

Él obedeció.

Ella acercó otra butaca a la suya hasta ponerse frente a él.

—Ahora cuénteme.

—No debería. Ha sido horrible.

—Sea lo que fuere, está claro que le está causando un hondo pesar. Desahóguese conmigo.

Él asintió lentamente, bajando la mirada a su taza.

—Después de lo de ayer, al duque no le quedaban muchas zonas sin cortes, ni siquiera se salvaba la cabeza. Me quedé con la duquesa para hacer de intérprete entre ella y el doctor Maton, pero casi no podía ni

mirar.

»Sir Thomas Acland y su esposa vinieron hasta Woolbrook, pero el duque no estaba para recibir visitas. Me pidieron que hablara con ellos en nombre de la familia y debo decir que para mí fue un alivio salir de esa habitación.

»Y hoy el doctor Maton anunció que era necesario seguir sangrándolo. El duque se echó a llorar. A llorar… Oh, Emily. Ver a un hombre tan fuerte en sus horas más bajas… Y a su esposa, desesperada… No deja de lamentarse: «Mi pobre Eduardo», y no puedo hacer nada por ninguno de los dos.

Se le pusieron los ojos vidriosos, y a Emily se le empañaron también al compadecerse de él.

—Ha sido un detalle que intentara ayudar —le dijo ella dándole la mano.

—La poca ayuda que puedo ofrecer… —Se pasó la mano libre por los ojos—. Teniendo en cuenta la gravedad de la situación, hemos considerado prudente mandar aviso al hermano de la duquesa, el príncipe Leopoldo, y al príncipe regente para informarles de la gravedad de la enfermedad del duque. Al menos redactar cartas es algo que sí puedo hacer.

—Y estoy segura de que ella se lo ha agradecido.

Él hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—Pues sí. Ojalá pudiera hacer algo más.

A Emily se le ocurrió una idea extraña, y se la sugirió: —¿Y si…? ¿Le parece que… recemos juntos?

Él le estrechó la mano.

—Buena idea.

Rezaron brevemente, con las rodillas casi rozándose, y luego se quedaron sentados en silencio durante unos instantes. Emily alzó la vista y descubrió que el señor Thomson la estaba mirando.

Él empezó a parpadear y se puso de pie muy tenso.

—Creo que debería ir a acostarme. Mañana me espera otro largo día.

jjj

Al día siguiente por la tarde, Emily se puso ropa de abrigo y recorrió el paseo marítimo en dirección a la biblioteca y salas públicas de Marsh, con la carpeta que contenía el manuscrito completo de la guía bajo el brazo.

Al verla entrar, John Marsh dejó lo que estaba haciendo, se levantó del escritorio y cruzó rápidamente la estancia, con la mirada clavada en la carpeta.

—¿Está ahí? —inquirió él, casi arrebatándosela.

Ella asintió.

—Es solo un borrador. Sé que no es perfecto, pero es un buen comienzo, o eso espero.

—Y en un tiempo récord.

—Me dijo que lo quería lo antes posible.

—Y así es. Bien hecho. Estoy deseando ponerme manos a la obra. Confío en que entienda que haré las modificaciones que considere pertinentes.

—Por supuesto. Usted es el revisor y el editor.

—Bien, bien. Solo quería dejarlo claro para que no haya malentendidos.

Volvió a su escritorio, abrió la cubierta y empezó a leer. Emily fue tras él.

—¿Cuándo le viene bien que le traiga el manuscrito del señor Gwilt? —se obligó a preguntar.

—¿Mmm? —murmuró él, concentrado en lo que estaba leyendo.

—La historieta para niños. Me dijo que cuando hubiera terminado la guía, leería el cuento y entonces valoraría la posibilidad de publicarlo.

Él alzó la vista, confundido, y luego cayó en la cuenta.

—Ah, el cuento de su tío. Es verdad. Déjeme primero leer y editar el borrador de la guía. Estoy deseando mandarlo a la imprenta.

—Oh, entiendo —dijo Emily, aunque la duda la carcomía—. Estaré encantada de hacer las revisiones o añadidos que quiera, o de corregir las páginas de prueba cuando llegue el momento.

—No hace falta. Yo me ocuparé de ello. —Hizo un ademán con la mano, declinando la oferta y despachándola a ella.

Emily volvió a contemplar el manuscrito en el que tanto esmero había puesto y le resultó particularmente difícil alejarse de él. Volver a casa dejándolo allí era como dejar a un hijo o a una mascota a merced de un extraño. ¿Lo cuidaría bien? ¿Le prestaría toda la atención que requería?

—Muy bien. —Desairada, Emily obligó a las piernas, que le pesaban como el plomo, a darse la vuelta y a retirarse hacia la puerta.

Al salir del establecimiento de Marsh, vio al señor Wallis saliendo del Hotel York. El corazón le dio un vuelco.

El hombre se acercó hacia ella, visiblemente sorprendido y herido.

—Señorita Summers —la saludó él, con una inclinación de cabeza—. Hace tiempo que no tenemos el placer de que nos haga una visita. —Miró hacia el edificio del que ella acababa de salir—. Y ahora creo que ya entiendo por qué.

—Señor Wallis, yo… Me alegro de verle. Hemos estado muy ocupadas con, bueno, con nuestros huéspedes, con los sucesos de Woolbrook y demás. —Sintió una punzada de culpa en el estómago. Agravar aquella deslealtad con el engaño tal vez estaba haciendo que

ambos se sintieran peor. Terminó con una excusa lamentable—: Por desgracia, últimamente no he tenido mucho tiempo para leer por placer.

Él la miró, con una cara que lo decía todo.

—Por desgracia.

Emily se alejó con el rostro encendido. Subió por la calle Fore para evitar prolongar el incómodo encuentro volviendo en la misma dirección que el señor Wallis.

Decidió pasarse por la oficina de correos antes de regresar a casa.

Mientras cruzaba el mercado de camino hacia allí, dirigió la mirada hacia la pensión Broadbridge, pensando en la señorita Stirling. Justo en ese momento se abrió la puerta principal y salió un hombre. El señor Bernardi. Se alejó silbando, a paso rápido, en dirección contraria, mientras Fran lo despedía con la mano levantada desde la puerta.

«Qué curioso», pensó Emily, preguntándose qué asunto habría llevado a uno de sus huéspedes a otro establecimiento de hospedaje.

Al ver a Emily, Fran empezó a saludarla. Ella se apresuró a acercarse, picada por la curiosidad.

—¿Qué quería?

Fran esperó a que estuviera más cerca para responderle.

—Ha oído que me estaba planteando vender y ha venido a preguntar.

—¿Ah, sí? Vaya, eso sí que no me lo esperaba.

Fran asintió.

—Y es la segunda persona que pregunta en dos días.

—¿En serio? Espero que eso signifique que va a conseguir un buen precio. ¡Un poco de competencia no hace daño a nadie!

Emily sonrió cuando dijo esto último. Luego, al pensar de nuevo en el señor Wallis, la sonrisa se le desvaneció rápidamente.

jjj

El sábado por la noche, James regresó a Sea View más tranquilo y sereno.

—¿Ha llegado el hermano de la duquesa? —preguntó Emily.

—Sí, y la verdad es que me siento aliviado. El príncipe Leopoldo habla un inglés excelente y, claro, él y su hermana comparten la misma lengua materna. Ahora la duquesa ya tiene a alguien de confianza que la apoye y hable en su nombre.

—Bien. Seguro que será un consuelo para ella.

James asintió con solemnidad.

—Y me temo que pronto necesitará mucho consuelo, porque el final está cerca.

—Oh, no.

—Sí. El general Wetherall estaba muy ansioso por que se firmara el nuevo testamento del duque, en el que se lo lega todo a su esposa y le encomienda el cuidado de su hija. Con algún esfuerzo, consiguieron despertar a Su Alteza Real para que escuchara la lectura del nuevo testamento. Luego logró firmarlo de forma legible antes de caer de nuevo exhausto sobre los almohadones.

—¡Santo cielo! —susurró Emily. Se quedó pensativa unos instantes y luego dijo—: Esperemos que hubiera suficientes testigos de su firma para que no se cuestione la legalidad del testamento.

—Había varias personas presentes —le aseguró él—. Su esposa, por supuesto. El príncipe Leopoldo. Los médicos. El general Wetherall. Yo mismo estaba allí, en una esquina, por si me necesitaban.

—Y el capitán Conroy, supongo.

Thomson frunció el ceño.

—En realidad, ahora que lo dice, no estaba allí. —James inspiró hondo—. En cualquier caso, después el duque volvió a despertarse y dijo: «Que el Todopoderoso proteja a mi mujer y a mi hija y perdone todos los pecados que he cometido». Luego le suplicó a su esposa: «No me olvides». —Impulsivamente, Emily tomó a su interlocutor de la mano. Él respondió estrechándosela—. Hasta ese momento, no me había dado cuenta de lo unido que me sentía a él. De lo agradecido que le estoy por haberme aceptado cuando otros, como Conroy, le desaconsejaban hacerlo. Digan lo que digan los demás del príncipe Eduardo, él siempre me ha tratado bien, y ha sido un marido y un padre cariñoso con su mujer y su hija. Se me parte el alma solo de pensar en ellas dos. —Y añadió con un nudo en la garganta—: Cuando pienso que esa niña va a tener que crecer sin su cariñoso padre…

—Oh, James. Cuánto lo siento… —se lamentó Emily. Sin saber qué más hacer, se inclinó hacia él y apoyó la cabeza en su hombro.

Capítulo 26

«Estoy irremediablemente perdida sin mi querido Eduardo, que siempre me ha protegido. Era mi adorado compañero de vida. ¿Qué haré sin su gran apoyo?».

La Duquesa de Kent,
Carta traducida

A la mañana siguiente, James Thomson no fue a la iglesia con ellas, sino que regresó a Woolbrook para unirse a quienes velaban al duque.

Más tarde, cuando la familia regresó a Sea View después del servicio, encontraron al señor Thomson allí, esperando en el vestíbulo. Estaba de pie, todavía con el abrigo puesto, el sombrero en la mano y el semblante pálido.

Emily supo lo que había ocurrido en cuanto le vio el rostro.

—¿Está…? ¿Ha fallecido?

Él asintió con la cabeza.

—Justo cuando los relojes daban las diez. La duquesa estaba arrodillada junto a la cama, tomándole la mano.

—Oh, no.

Él volvió a asentir.

—Se quedó a su lado hasta el final. No ha dormido prácticamente nada los últimos días.

—Pobre mujer —murmuró la señora Summers, con lágrimas en los ojos, tal vez recordando los días que ella había pasado al pie de la cama del señor Summers antes de que falleciera.

Emily meneó la cabeza, no se lo podía creer.

—Un hombre fuerte como él, que en su vida había estado enfermo, ¿cómo puede haber muerto por un resfriado? —se preguntó.

Sarah asintió.

—¡Es horrible! Su hija es demasiado pequeña para darse cuenta de nada, pero cómo debe de estar sufriendo su mujer.

—Sí. Ella lo amaba profundamente —dijo el señor Thomson—. Cualquier hombre se sentiría dichoso de que lo amaran así.

Emily intuyó el anhelo en su rostro y, al verlo, se le encogió el corazón.

jjj

Al día siguiente de la muerte del duque, en Glen Lane, en donde habitualmente había poco tránsito, había más ajetreo que nunca, con un continuo flujo de personas y carruajes, que iban y venían por asuntos importantes y morbosos: cirujanos, embalsamadores, enterradores y funcionarios reales. Había que llevar a cabo una autopsia, tomar medidas para un buen ataúd que acomodara a un hombre tan corpulento y hacer todos los preparativos para la capilla ardiente.

La duquesa estaba ansiosa por terminar los preparativos. Al parecer, su hermano, el príncipe Leopoldo, la instaba a abandonar cuanto antes este lugar en el que había sufrido tanto.

Sarah observó toda la actividad con melancólico interés y se ofreció a coser brazaletes negros para los tres miembros del personal que se alojaban con ellas.

El señor Thomson pasó mucho tiempo en Woolbrook durante los días siguientes, redactando notas necrológicas, respondiendo a preguntas y saludando a los funcionarios a medida que llegaban. Al señor Bernardi lo asignaron a Fortfield Terrace para preparar la comida para el personal y los visitantes en lugar de hacerlo en la casa que estaba de duelo. Sarah no vio mucho al señor During durante ese tiempo, por lo que no sabía dónde estaba… ni a qué andaba.

Cuando pasó otro día sin ver apenas al señor During, la curiosidad y la preocupación se apoderaron de ella, y llamó a su puerta. Quería hablar con él para asegurarse de que no le pasara algo malo. Había transcurrido más de una semana desde que el general Wetherall había solicitado el inventario del baúl de la vajilla. Desde entonces, el señor During había estado muy ausente y particularmente callado.

Volvió a llamar.

No hubo respuesta.

Sarah dudó un segundo y luego sacó la llave. No era la primera vez que entraba en la habitación de un huésped en su ausencia, aunque normalmente era para ordenar o recoger la basura. Esta vez, en cambio, tuvo la sensación de ser una fisgona al abrir la puerta.

Una vez dentro de la habitación, miró rápidamente a su alrededor, con el pulso acelerado. El baúl de la vajilla estaba cerrado en el suelo, como otras veces, mientras que la maleta del señor During yacía

abierta sobre la cómoda. Se acercó a ella y echó un vistazo: estaba parcialmente llena de camisas arrugadas, medias y corbatas. ¿Ya estaba haciendo las maletas para marcharse?

Sobre la cama vio un revoltijo de cosas: servilletas de lino, servilleteros con forma de anillo, flores artificiales, tarjetas en blanco y varios croquis a tinta de mesas en los que se indicaba dónde se colocaría cada plato y cada adorno, e incluso la regla que usaba para alinear la vajilla y la cubertería y de la que nunca se separaba. Sus útiles de trabajo estaban todos amontonados de forma desordenada, como si hubiera vaciado el gran maletín sobre la colcha. Sin embargo, no vio el maletín. Se agachó para mirar debajo de la cama. No había nada. Faltaba el maletín de cuero. ¿Por qué?

¿Habría ido a poner la mesa para una cena en Fortfield Terrace? Tal vez, aunque de ser así, ¿no se habría llevado también el resto de las cosas?

Sarah se volvió hacia el baúl de la vajilla con un mal presentimiento. Desde aquella posición, vio que el candado estaba en el suelo, al lado del baúl. «Oh, no». Debe de haberse olvidado de cerrarlo.

Con los nervios a flor de piel, se arrodilló frente al baúl, el valioso baúl que solo el señor During podía abrir.

Se quedó quieta durante unos instantes, aguzando el oído por si oía pasos que se acercaban. No obstante, reinaba el silencio.

Buscó el cierre con dedos temblorosos y lo levantó. La tapa se abrió con facilidad. Miró dentro y se sintió aliviada al instante al comprobar que no estaba vacío. Allí se encontraba la caja de oro decorativa que el señor During había mencionado, junto con unas cuantas medallas y los altos candelabros de plata.

Entonces se dio cuenta. Solo había dos. Echó un vistazo por encima del hombro, pero en la habitación no había rastro de ninguno más. ¿Dónde estaban los demás candelabros? During había dicho que había cuatro y ella los había visto en la mesa del banquete durante la velada que había organizado el duque.

Se oyeron pasos en el pasillo y a Sarah casi se le salió el corazón del pecho. Cerró la tapa de inmediato y se puso en pie de un salto justo cuando alguien llamaba a la puerta.

Se quedó allí plantada, con la mano contra el pecho. El corazón no dejaba de palpitarle.

La puerta crujió al abrirse…

Sarah se devanó los sesos buscando una explicación o una excusa, pero no se le ocurrió ninguna.

La habían pillado.

La puerta se abrió un poco más. Sarah tomó aire, nerviosa, y se volvió hacia allí, esperando ver a Selwyn During.

Sin embargo, fue su hermana la que apareció en el umbral, con los ojos muy abiertos y cara de preocupación.

—¡Emily! —exclamó Sarah—. ¡Qué susto me has dado!

—Y tú a mí. He visto la puerta entreabierta y he oído a alguien revolviendo dentro. ¿Qué estabas haciendo?

—Pues la verdad es que estaba fisgando. Sé que no debería, pero es que algo no va bien. Por lo visto, el señor During está haciendo las maletas. —Señaló el equipaje a medio hacer.

—Bueno, igual no es tan sorprendente si tenemos en cuenta que su jefe ha muerto —repuso Emily—. ¿Te ha dicho algo sobre dejar el trabajo?

—No, pero no solo es eso. Mira, ha dejado ahí tirados todos sus útiles. Y lo que es peor, el baúl no tenía puesto el candado. He mirado dentro. A menos que me equivoque, falta un par de candelabros de plata. Solo hay dos.

—Oh, no. Espero que no nos culpen a nosotras por los que faltan.

—Uf. Ojalá que no.

—Puede que los haya llevado a Woolbrook —sugirió Emily—. Los usaron allí la noche de la fiesta, ¿recuerdas?

—Sí, puede que tengas razón. No debería sacar conclusiones precipitadas.

De improviso, Sarah recordó lo que le había dicho el señor Cordey. El señor During había estado preguntándole a conocidos contrabandistas cómo vender algo «a las calladas». Rezó para que sus sospechas fueran erróneas.

Las dos hermanas salieron juntas de la habitación. Sarah se detuvo para cerrar la puerta con llave y luego bajó tras Emily por las escaleras traseras.

Al llegar abajo, oyeron a alguien golpear con fuerza la aldaba de la puerta principal y ambas se sobresaltaron.

Momentos más tarde, Jessie, agobiada, se encontró con ellas en el pasillo trasero y, al verlas, se le iluminaron los ojos de alivio.

—Ah, aquí está, señorita. El capitán Conroy está en la puerta e insiste en ver al señor During, pero él no está. Lo he visto marcharse.

—¿Ha dicho adónde iba?

—No, señorita. Yo solo vi que se marchaba en esa dirección —respondió Jessie, señalando hacia el sur, hacia el mar.

—¿Llevaba algo?

Jessie se encogió de hombros.

—No estoy segura. Puede que sí, pero, por favor, venga a hablar con este hombre. Me da un poco de miedo.

—A mí también —murmuró Sarah.

Emily y ella cruzaron una mirada y luego atravesaron el pasillo hasta llegar al vestíbulo.

El capitán Conroy estaba de pie junto a la puerta. Llevaba los guantes en una mano y con la otra se daba palmaditas impacientes en la pierna, aunque tenía pinta de querer dárselas a alguien en la cara. Se volvió hacia ellas en cuanto se acercaron. Las miraba con el ceño tan fruncido que en la frente se le dibujaba una arruga muy profunda. Tenía bigote y unas patillas muy pobladas, además de una expresión belicosa que a Sarah le hizo pensar en un *bulldog* con cara de malas pulgas.

—Capitán Conroy —empezó Sarah—. ¿En qué podemos ayudarle?

—He venido a buscar al señor During y no me ha hecho ninguna gracia que se me haya dicho que no puede atenderme. ¿Se niega a verme?

—No. Ha salido. Estoy segura de que volverá pronto.

Sarah no estaba segura de que fuera a volver, pero el hecho de que su maleta, parcialmente hecha, siguiera allí parecía justificar sus palabras.

—¿Sabe adónde ha ido? ¿O en qué dirección? —preguntó el capitán—. Podría mandar a alguien a buscarlo.

—No sé dónde está —respondió Sarah, haciendo caso omiso a la mirada mordaz de Emily—. Pero, entretanto, ¿podemos ayudarlo de alguna manera?

—He venido a buscar algunos objetos del baúl de la vajilla.

A Sarah le dio un vuelco el estómago.

—¿Oh?

—Sí. Su Alteza Real la duquesa desea que la habitación esté decorada de negro e iluminada con velas para la capilla ardiente. El baúl contiene unos candelabros altos de plata muy apropiados para esta situación y ella los ha pedido expresamente.

Sarah se devanó los sesos tratando de encontrar alguna manera de frustrar sus planes.

—Creo que el señor During siempre lleva consigo la llave. ¿Usted… tiene otra?

Él se encogió de hombros.

—Seguro que el duque tiene alguna de repuesto por alguna parte, pero todo está un poco manga por hombro en Woolbrook en este momento con todos los preparativos.

—Lógico. Le diré al señor During que vaya a Woolbrook con los candelabros lo antes posible.

Él frunció las cejas, negras, amenazador.

—¿Y hacer esperar a la duquesa? —preguntó, sacudiendo la cabeza—. Lléveme a su habitación. ¡De inmediato!

—¿Co-con qué propósito? Si el baúl solo lo puede abrir el señor During…

—Eso ya lo veremos.

Entonces él se lanzó escaleras arriba. Sarah y Emily intercambiaron miradas de preocupación, y luego Sarah se apresuró a ir tras él, deseando haber pensado en poner el candado antes de salir de la habitación del señor During. Emily fue tras ellos, pero no tan deprisa.

En cuanto Sarah abrió la puerta, el capitán la empujó para pasar antes que ella. Se abalanzó sobre el baúl como un águila ratonera sobre su presa.

—¡No está cerrado con llave! Voy a estrangular a esa sabandija. —El capitán abrió la tapa de golpe y Sarah contuvo la respiración. En lugar de la lluvia de improperios que esperaba, lo que sucedió fue que Conroy sacó dos grandes candelabros de plata, con el rostro radiante de satisfacción—. Se los llevaré directamente a la duquesa. Dígale a During que venga a verme inmediatamente por lo de dejar el baúl abierto. Ese descuido tendrá consecuencias.

—Eh… De acuerdo —balbuceó Sarah, confundida. ¿El capitán no sabía que debería haber dos candelabros más? Al parecer, no. A pesar de que During había salido airoso en esta ocasión, Sarah sabía que no pasaría mucho tiempo hasta que se descubriera que faltaban los otros dos, y que todo lo apuntaría a él.

Cuando el capitán se marchó, Sarah exhaló un suspiro de alivio. Si la situación era tan desesperada como se temía, al menos disponían de un poco de tiempo para enderezarla, siempre que el señor During estuviera por la labor. Primero tenía que encontrarlo.

Se dio cuenta de que Emily la observaba fijamente.

—Jessie nos ha dicho en qué dirección se había ido el señor During —arrancó—. ¿Por qué no lo has mencionado? ¿Y por qué no has dicho nada de los candelabros desaparecidos?

Sarah decidió no repetir lo que le había dicho el señor Cordey: que el señor During había estado preguntando por ahí cómo vender algo discretamente.

—No quiero decir nada hasta que sepa más. No me gustaría sembrar dudas sobre el señor During sin una razón justificada.

—Seguro que puedes decirme qué sospechas. ¿Crees que los ha robado, que pretende venderlos? —quiso saber Emily.

—Quizá, pero ojalá me equivoque. ¿Alguna vez te ha hablado de las cartas que recibió? Parecían disgustarlo mucho.

—No, solo me dijo que había recibido noticias de casa.

Sarah negó con la cabeza.

—Algo ha provocado que esté desesperado y no piense con claridad.

—¿De verdad crees que es un ladrón? No me cae especialmente bien, pero en el fondo parece un hombre decente. Y está claro que se preocupa por su familia.

—Pienso lo mismo.

—Y alguien que quiere a sus hermanas no puede ser mala persona del todo —añadió Emily, en un intento de hacer sonreír a Sarah.

Ella no respondió.

—Creo que bajaré a preguntar si alguien ha hablado con el señor During antes de que se fuera —repuso, después de unos instantes con la mirada perdida—. Quizá me acerque también al paseo marítimo. A ver si lo veo. ¿Puedo dejarte un rato a cargo de todo en el despacho?

—Por supuesto. ¿Vas a estar fuera mucho tiempo?

—No. Volveré pronto.

jjj

Emily entró en el despacho y buscó cosas que hacer. Había una carta de un posible huésped por contestar y también estaba su languideciente novela, que no se escribiría sola. Se preguntó si el señor Marsh se plantearía de veras publicar su manuscrito con lo poco entusiasmado que parecía con el del señor Gwilt. En cualquier caso, se debía a sí misma terminar el borrador.

Tomó su pluma y se puso manos a la obra.

Cuando volvió a levantar la vista, era casi la hora de almorzar. Había dado por sentado que Sarah ya habría regresado a esas alturas. Tal vez hubiera entrado por la puerta trasera y estuviera ocupada en otra parte de la casa, ayudando a preparar la comida u ordenando alguna de las salas comunes. Emily guardó la pluma y se levantó para ir a buscar a su hermana.

Pasó primero por la sala de estar, que estaba vacía, y entró en el comedor, donde Georgiana y su madre acababan de sentarse.

—Ah, Emily. Aquí estás. Estaba a punto de decirle a Georgiana que fuera a buscarte. Sé que pierdes la noción del tiempo cuando escribes. ¿Dónde está Sarah? No es propio de ella llegar tarde.

—Yo también me lo estaba preguntando. ¿No la habéis visto?

—Desde el desayuno, no.

Emily frunció el ceño.

—Ha salido en busca del señor During. Ha dicho que igual se acercaba hasta el paseo marítimo a ver si lo veía. Creía que a estas horas ya habría vuelto.

—Bueno, seguro que tiene explicación —dijo su madre—. Ven, siéntate antes de que se enfríe la sopa.

—¿Os importa si no os acompaño hoy? No tengo hambre.

Una nube de preocupación ensombreció el rostro de la señora Summers.

—¿Te encuentras bien?

—Sí, sí. Seguid comiendo.

Emily prosiguió su camino hasta el salón y encontró al señor Thomson sentado a la mesa, escribiendo una carta.

—Disculpe, ¿ha visto a Sarah?

El señor Thomson levantó la vista del papel.

—No. —Se levantó de la silla, estudió su rostro y frunció el ceño—. ¿Por qué? ¿Algo va mal?

—Seguramente no. Es solo que pensaba que ya habría vuelto. Ha salido a buscar al señor During.

Emily deseó haberle insistido a Sarah para que le diera más detalles sobre dónde pensaba buscarlo.

El señor Gwilt entró con una bandeja de té para los huéspedes.

—Buenas tardes, señorita Emily. Señor Thomson.

—Señor Gwilt, ¿ha visto a Sarah?

—Sí, aunque hace ya un buen rato. Me preguntó si había visto al señor During. Cuando le dije que no, dijo que seguiría buscando. Parece que lo necesitan en Woolbrook.

—¿Ha dicho adónde pensaba ir?

—A mí no, pero Bibi estaba aquí terminando sus tareas y la señorita Sarah le preguntó si su padre había salido a pescar o si estaba en casa. Bibi no lo sabía, pero supuso que al menos uno de sus hermanos estaría allí, ocupándose de las redes.

Emily asintió. Puede que Sarah estuviera todavía hablando con los Cordey y fuera a regresar en cualquier momento. ¿Dónde estaría si no?

El señor Bernardi entró y dejó una bandeja de pastelitos glaseados en la mesa del té.

—No sabrá dónde está Selwyn ni qué podría haber hecho, ¿verdad, Antoine? —preguntó el señor Thomson.

El chef alzó la vista y miró a su compañero a los ojos.

—¿Selwyn? Con ese nunca se sabe…

Capítulo 27

«Después de armarme con un cuchillo, afirmé
que mataría a cualquier hombre que se me acercara y que no me sacarían vivo de allí».

John Rattenbury,
Memoirs of a Smuggler

Arrebujada en su manto con capucha, Sarah avanzó hacia el este por el paseo marítimo, pero no vio ni rastro del señor During. Luego se dirigió a la playa. El sol brillaba y soplaba un viento leve; el día era mucho más suave que los que habían tenido en las últimas semanas.

Llegando a la cabaña de los Cordey, vio a Punch Cordey apoyado en la puerta, charlando y galanteando con una bonita joven a la que Sarah no conocía.

—Disculpe, Punch —empezó Sarah, saludándolo con la mano—. Estoy buscando a uno de nuestros huéspedes. El señor During. ¿Ha visto pasar a algún hombre por aquí?

—¿Un forastero?

—Sí.

Él torció el gesto.

—¿Un tipo flaco con pinta de espantapájaros y pelo pajizo?

—Mmm… sí. —Sarah no lo hubiera descrito así, pero supuso que era un retrato bastante acertado.

Punch asintió.

—Pasó por aquí cargando con algo. Pidió indicaciones.

—¿Indicaciones para llegar a dónde?

—Dijo que *taba* buscando la cueva cerca de Lade Foot. Le dije que siguiera la playa. —Punch señaló hacia el oeste, donde la playa desaparecía al pie de un promontorio que se adentraba en el mar.

La última esperanza de Sarah de encontrar alguna otra explicación

razonable para la conducta del señor During se desvanecía rápidamente.

—¿Cómo sabré que estoy en el lugar indicado? —preguntó.

—Hay una roca mar adentro que tiene la forma de una bota. No tiene pérdida.

—¿Y solo tengo que seguir el camino? ¿No desaparece ni en la base de los acantilados?

—Sí, el camino solo desaparece cuando sube la marea. Nosotros vamos a pescar a la ensenada de Lade Foot en barca, pero si va ahora *pue* llegar a pie.

—Gracias.

Él la miró, con el ceño ligeramente fruncido.

—Señorita… —Parecía que iba a decir algo más hasta que la joven que tenía al lado le dio un codazo en el brazo y le susurró algo al oído. Punch le sonrió, olvidándose por completo de la presencia de Sarah.

Ella se encaminó hacia el oeste por la orilla de cantos rodados, contenta de haber tenido el acierto de ponerse unas robustas botas de media caña.

Recorrió la playa hasta que esta se redujo a una estrecha franja de arena húmeda que la bajamar había dejado al descubierto, pero que probablemente el agua cubriría dentro unas horas. Rodeó el promontorio, caminando a la sombra del horno de cal del acantilado.

Al llegar a la playa de poniente, siguió avanzando, aliviada al ver que no había ningún hombre bañándose allí o, al menos, que no había ninguno bañándose a pecho descubierto, como solían hacer en este tramo más apartado.

Mientras avanzaba hacia el oeste, no perdía de vista el mar; esperaba poder ir y volver antes de que subiera la marea. ¿Encontraría al señor During en la cueva? ¿Estaría solo? Rezó por encontrarlo antes de que se produjera cualquier posible encuentro con un comprador.

jjj

Mientras hablaba con el señor Thomson y el señor Bernardi en el salón, Emily empezó a preocuparse en serio.

Se puso de pie y anunció:

—Voy a buscar a Sarah.

El señor Thomson asintió.

—Iré con usted.

—¿Qué ocurre? —preguntó el señor Bernardi, amusgando los ojos.

Emily le explicó la situación: el comportamiento sospechoso que tenía Selwyn During, los candelabros que habían desaparecido, la posibilidad de que planease vendérselos a alguien, y Sarah que había salido en su busca, con la esperanza de evitar la catástrofe.

—Nunca debí dejar que se fuera ella sola —se lamentó Emily—.

Debería haber insistido en ir con ella.

—Ahora iremos juntos —dijo el señor Thomson.

El señor Bernardi asintió.

—Y yo iré con ustedes, pero antes… necesito ir a por algo a la cocina. —Le lanzó a James una mirada cargada de significado—. Alguien que compra objetos robados, quienquiera que sea, quizá sea peligroso, así que este podría ser un buen momento para llevar consigo una de esas espadas suyas. Y no me refiero a un florete de práctica.

Al cabo de unos minutos, los tres se pusieron los abrigos y salieron juntos de la casa: el señor Thomson, espada en ristre, el señor Bernardi, empuñando su mortero favorito, y Emily, armada con su ingenio y su conocimiento de la zona.

Cuando llegaron a la playa, Emily vio a Punch Cordey sentado frente a la cabaña familiar dando caladas a una pipa de arcilla blanca y luego doblándose en dos en un ataque de tos.

—¿Desde cuándo fuma? —le preguntó.

—Desde hace unos cinco minutos.

—Pues yo diría que ya es hora de dejarlo.

Bibi, que los había visto por la ventana, salió a saludarlos envuelta en un chal de lana.

—¿Ha visto a Sarah? —le preguntó Emily a Punch—. ¿Ha pasado por aquí?

—Ah, sí. *Taba* buscando a ese flacucho que se aloja en Sea View.

—Sí, el señor During. ¿También pasó por aquí?

Punch asintió.

—Preguntó cómo llegar a Lade Foot.

—Y también le dijo a Sarah cómo llegar, ¿no es cierto?

—Así es.

Bibi contrajo el rostro en una mueca de preocupación.

—Si van *p'*allí, que sepan que *d'*allí no *pue* salir nada bueno.

—¿A qué se refiere? —preguntó Emily.

—*Pos* que hay una cueva cerca de Lade Foot, a medio camino entre aquí y la bahía de Ladram, donde los contrabandistas esconden la mercancía. —Bibi miró a su hermano con el ceño fruncido y le dio un manotazo en el brazo—. ¡No me puedo creer que le dijeras cómo llegar allí sin avisarla!

—*Taba*… mmm… pensando en… otras cosas.

—En Molly Tucker, sin duda.

Él agachó la cabeza, abochornado.

—¿El señor During había *quedao pa* ver a alguien? —le preguntó Bibi a su hermano—. ¿Te dijo algo?

—No, pero no he visto a nadie más pasar por aquí.

—Algo es algo, supongo —comentó Emily—. Vayamos a buscarlos

antes de que llegue quienquiera que sea con quien haya quedado.

Punch les dio indicaciones y luego preguntó:

—¿Quieren que los acompañe?

—No hace falta. Estoy segura de que estaremos bien. —En realidad, Emily no estaba tan segura. Aun así, la preocupación por Sarah la empujó a seguir su camino hacia el oeste por la playa mientras el señor Thomson y el señor Bernardi la seguían.

—¡Vayan con cuidado! —les gritó Bibi.

Las olas golpeaban la orilla cerca de sus pies, pero Emily resistió el impulso de dar la vuelta. Por segunda vez en su vida, la preocupación por una de sus hermanas era más fuerte que su miedo al mar.

jjj

Después de recorrer la playa de arena y guijarros de poniente, Sarah continuó por otro estrecho tramo que bordeaba la base de un acantilado. Mientras avanzaba por el camino rocoso, patinó en el verdín de unas algas muy resbaladizas. Estiró los brazos para mantener el equilibrio y trató de evitar la caída, pero terminó metiendo un pie en un charco de agua de mar. Sacó la bota empapada dejando escapar un suspiro y siguió adelante.

Al rodear el afloramiento rocoso, tuvo que esquivar algunos peñascos que se habían desprendido y levantó la vista. A lo lejos, vio una formación rocosa en el agua que consideró que podía ser Lade Rock. Siguió avanzando, pendiente de cuánto subía la marea.

A su derecha, se alzaba ante ella un acantilado de arenisca roja con la parte inferior cubierta de algas verdes, todavía húmedas por la última pleamar. Una cascada en miniatura caía formando un torrente espumoso por la pared.

Al contemplar lo que se extendía más adelante, Sarah no vio señales de vida. Lo único que se oía era el chillido de una gaviota a lo lejos. ¿Se habría equivocado de camino? ¿O habría cambiado de idea el señor During? Si así fuera, puede que hubiera tomado el camino del acantilado desde la playa de poniente hasta el horno de cal y que, una vez allí, hubiera regresado a Sea View. Quizá solo era una quimera. En cualquier caso, quería cerciorarse.

Continuó acercándose a Lade Foot. Al hacerlo, descubrió una estrecha hendidura en la pared del acantilado. Se aproximó con cautela, manteniéndose en el margen de arena húmeda; prefería poner en peligro sus botines que pisar sobre los guijarros y hacerlos crujir, cosa que anunciaría su presencia antes de que estuviera preparada para hacerlo.

Aunque no le entusiasmaba la idea de la confrontación que se avecinaba, no temía al señor During. Lo que sí temía era interrumpir una transacción con el contrabandista que había salido airoso de un

enfrentamiento con soldados armados empuñando solo un cuchillo.

¿Sería ese hombre el posible comprador? ¿Estaría su barco fondeado en la ensenada de Lade Foot, oculto tras las rocas? Estiró el cuello para echar un vistazo, pero no vio rastro de ninguna embarcación ni de ningún cabo que la amarrara a la orilla.

O peor aún, ¿habría estado allí el comprador y ya se habría ido? ¿Tal vez abandonando a Selwyn During dándolo por muerto? «No seas dramática», se reprendió a sí misma, haciendo de repente gala de una imaginación tan vívida como la de Emily.

Demasiado vívida.

Quizá debería haber traído consigo a su hermana. O incluso a Punch Cordey. Pero Sarah todavía albergaba la esperanza de poder convencer en privado al señor During para que devolviera los candelabros. Necesitara el dinero para lo que lo necesitase, no merecía la pena que pusiera en peligro su carrera por ello y mucho menos su vida.

Se acercó a la boca de la cueva y se asomó con cautela por el borde con cara de miedo, temiendo lo que pudiera encontrarse. La gruta tenía forma de cuña y se hacía más angosta hacia el fondo. Solo tenía unos metros de profundidad, pero era lo bastante grande y sombría como para esconder una pila de barriles de brandi o a unos cuantos hombres.

No obstante, allí solo había uno de pie. Era Selwyn During, que había dejado su maletín de cuero sobre una roca cercana.

Sarah soltó un suspiro de alivio y se apresuró a avanzar, sin preocuparse ya por el ruido que pudieran hacer sus botas.

—Señor During. Menos mal que he dado con usted a tiempo. Por favor, no lo haga. No vale la pena. Tiene que haber otra manera.

—Señorita Summers, no debería estar aquí. —Miró por encima de ella, con cara tensa—. Váyase lo antes posible. No puedo garantizar su seguridad.

—¡Y aun así arriesga la suya por un par de candelabros!

Él enarcó sus cejas claras.

—¿Lo sabe?

Ella asintió.

Él agachó la cabeza y gimió.

—Usted no lo entiende…

—Entonces, explíquemelo.

—No tengo más remedio. Han enviado a mi querida madre y a mis hermanas a la prisión de deudores. A Marshalsea. A ese agujero de alimañas, delincuentes y enfermedades.

A Sarah se le encogió el estómago al oír eso.

—Oh, no. —Era peor de lo que ella se había imaginado.

Él asintió con la cabeza.

—Es culpa de mi padre. Le gusta más la bebida y el juego que su mujer y sus hijas. Yo soy el único que puede ayudarlas. Les habría enviado más dinero, pero hace tiempo que no nos pagan. Aun así, no sabía que las cosas se habían puesto tan feas hasta que recibí las cartas de mi madre: cada una que llegaba era peor que la anterior. Mi madre no es fuerte. Y mi hermana pequeña nunca ha gozado de buena salud: siempre era la primera en caer enferma con cualquier fiebre que nos rondara. No se hace una idea de cómo son esos lugares. Debo sacarlas de ahí a toda costa.

—¿Incluso a costa de robar? ¿Cree que su madre querría eso? Tiene que haber otra manera.

—¿Cuál? Aunque pudiera arrancar los salarios que se me deben de las garras de Conroy no sería suficiente.

—Ya se nos ocurrirá algo. Yo lo ayudaré. —Ella le tendió la mano.

—Es demasiado tarde. Si usted ya se ha dado cuenta de lo que he hecho, pronto lo sabrán otros también.

—Eso no tiene por qué ser así. El capitán Conroy vino a por los candelabros, pero se marchó satisfecho solo con dos.

—¿Ah, sí?

Sarah asintió.

—Por lo visto no sabe que debería haber más.

Un leve destello de esperanza brilló en los ojos redondos y aniñados de During, pero enseguida se desvaneció.

—La duquesa sí que lo sabe. Y el general también.

—Entonces, devuélvalos rápidamente. Todavía estamos a tiempo de remediarlo. —Él vaciló. Parecía estar a punto de tomar una decisión. Ella le tendió de nuevo la mano, esperando que le diera la suya o el maletín.

Mientras Sarah permanecía allí de pie, suplicándole en silencio, el agua le pasó por encima de los pies. Inspiró hondo. ¿Sería solo una ola o estaría subiendo la marea?

Él estudió su rostro durante un momento más, tal vez en busca de cualquier indicio de engaño. Al no encontrar nada, levantó el maletín con una mano y buscó la suya con la otra.

—Vaya, vaya, vaya —dijo una voz—. ¡Qué momento más tierno! Realmente conmovedor.

Ambos se volvieron. El rugido del mar había tapado los pasos de las botas que se acercaban. El hombre que se alzaba ante ellos, de unos cuarenta años, era corpulento, ancho de espaldas, tenía una espesa mata de pelo, una profunda arruga entre las pobladas cejas que fruncía al mirarlos y una nariz prominente. Empuñaba un cuchillo con una de sus fornidas manos.

Debía de ser el hombre para el que trabajaba el señor Mutter, pensó Sarah, y un gran temor se apoderó de ella.

—Me sorprendió oír voces, ya que habíamos *quedao* en que vendría solo. Varé mi bote playa adentro, por si era una trampa. Pensé: «este ha *sío* tan estúpido como *pa* traer a uno de aduanas». Me dije: «tiene que ser joven porque aún no le ha cambiado la voz». —Apuntó a Sarah con el cuchillo—. ¿Quién es? ¿Una novieta?

—No. Ella…

—Ha venido solo, como se le ordenó—se apresuró a decir Sarah—. Estaba preocupada por él, así que salí en su busca. —Pensando rápidamente, añadió—: Los hombres del duque de Kent también lo están buscando y no creo que usted quiera estar aquí cuando lleguen. El capitán Conroy estará armado.

—Como yo. —El hombre levantó su cuchillo y chasqueó la lengua —. Vaya, vaya, así que con amenazas… Y yo que pensaba que íbamos a cerrar el trato de forma tranquila y civilizada, señor *Dearing*.

—Así era, pero… he cambiado de opinión.

—¿Después de hacerme venir hasta aquí? No pienso irme con las manos vacías. Veamos qué *m'*ha *traío*.

El señor During vaciló y buscó a Sarah con la mirada, inquieto.

—Por desgracia, debemos marcharnos enseguida. Necesitan los candelabros en Woolbrook Cottage. El duque de Kent ha muerto y pronto será velado en una capilla ardiente. Todo el pueblo está invitado a presentar sus respetos.

Él se rio.

—*Pos* no van a verme allí. No soy un sentimental ni le debo *na* a la realeza. Prefiero recordarlo con lo que hay en ese maletín.

Avanzó hacia ellos haciendo crujir las piedras con cada pisada, mientras otra ola golpeaba la orilla y el agua le salpicaba la caña de las botas.

El hombretón entrecerró los ojos con expresión amenazadora.

—A ver qué has traído.

El señor During tragó saliva, volvió a dejar el pesado maletín sobre la roca y se inclinó. Abrió el cierre y extrajo los dos grandes candelabros.

Un rayo de sol atravesó el sombrío interior de la cueva y refulgió en la reluciente plata. Al contrabandista le brillaron los ojos.

—Vaya, vaya, vaya. ¡Qué dos hermosuras! Y les *via* sacar un buen precio. Aunque igual tengo que navegar hasta Normandía *pa* venderlas de forma segura. —Extendió una mano hacia él con un ademán de exigencia. Con la otra mano seguía empuñando el cuchillo—. Vamos, dámelos.

Sarah tragó saliva, asustada.

—Como ya le ha dicho, ha cambiado de opinión respecto a la venta.

—Demasiado tarde, señorita. Ahora ya *toy* aquí y tendré lo que he

venío a buscar. —Le sonrió con satisfacción—. O podría matarlo, llevarme la bolsa y de paso a *usté*.

Sarah sintió que el color abandonaba su rostro.

—A-aún no-no nos ha enseñado el dinero —señaló, titubeante, el señor During, tratando claramente de ganar tiempo.

—¡Mira qué bonito! No *via* pagar por adelantado algo que no es *d'usté* y que *pué* llevar mucho tiempo y esfuerzo vender. El trabajo lo hago yo, así que el dinero es *pa* mí. Claro que, si me prometen semejantes recompensas, quizá me convenzan *pa* llegar a un acuerdo.

—Ya llegué a un acuerdo con su socio, el señor Mutter. Dijo que usted me daría un precio justo.

—Oh, Mutter es mucho más generoso que yo. Siempre lo ha *sío*.

El hombretón arrebató los candelabros de las impotentes manos de During, los metió en el maletín, se dio la vuelta y se alejó con su botín.

¿Qué debían hacer? ¿Qué podían hacer?

During agachó la cabeza.

—Estaba dispuesto a aceptar la horca con tal de salvar a mi familia. Después de esto también me colgarán, pero todo habrá sido en vano. Mi pobre madre…

—¡Espere! —Sarah le gritó al hombre que se alejaba, desesperada por retenerlo allí, pero sin saber muy bien qué decir—. Si se los lleva, no tendremos más remedio que denunciarlo a las autoridades. No tardarán mucho en localizarlo. —El hombre se detuvo y volvió ligeramente la cabeza hacia ellos como si estuviera sopesando sus palabras. Envalentonada, Sarah añadió—: Pero si se marcha sin ellos, no le diremos a nadie que ha estado aquí.

Él se dio la vuelta para mirarlos. Luego avanzó hacia ellos.

El alivio momentáneo que Sarah había sentido se fue desvaneciendo conforme aquel hombre se acercaba y conforme ella percibía mejor la mirada que les dirigía. Una mirada asesina.

—Qué bien que haya *pensao* en mí —dijo, con los labios curvados en una sonrisa—. Y *tie* razón; no puedo dejarles que les vayan con el cuento a las autoridades. No hasta que tenga la oportunidad de descargar estas preciosidades.

Se aproximó todavía más y dejó el maletín en el suelo.

Antes de que Sarah pudiera adivinar lo que pretendía, él la agarró de la muñeca y le retorció el brazo por detrás de la espalda.

El señor During se abalanzó sobre ellos para liberarla, pero el hombretón lo detuvo de un rugido:

—¡Atrás o la rajo!

Sarah sintió el frío acero contra su cuello.

El señor During levantó ambas manos en señal de rendición y dio un paso atrás.

—Bien. Es *usté* más listo de lo que parece. —Entonces el contrabandista le retorció la otra mano a Sarah por detrás de la espalda y empezó a atárselas con una cuerda fina y basta—. Como ni se me pasó por la cabeza que pudiera haber una dama presente, solo he traído suficiente *pa* uno. Menos mal que aquí hay un gancho clavado en la piedra, ¿ven? Es muy práctico *pa* amarrar un bote en las descargas, *pa* asegurar una ristra de barriles sumergidos o *pa* atar a una mujer que no sabe cerrar la boca. —Mientras terminaba de hacer el nudo, le dijo a During—: No me gusta matar mujeres si puedo evitarlo, pero si se queda aquí el tiempo suficiente, la marea lo hará por mí.

El terror se apoderó de Sarah:

—¡Corra, Selwyn! —gritó—. Vaya a buscar ayuda.

Él parpadeó, angustiado. Luego su pálido rostro adoptó una expresión resuelta.

—No la dejaré sola con él.

—Pero, bueno… ¿Ahora resulta que tenemos a un valiente? —se burló el contrabandista—. *Pos* me da a mí que ella no se va a librar y *usté* tampoco. —Levantó el cuchillo y se detuvo—. Primero vamos a apartar este bonito maletín *pa* no mancharlo de sangre. —Se agachó, lo agarró por el asa y lo llevó hasta la entrada de la cueva.

Luego se volvió con el cuchillo en ristre.

Sarah sintió el regusto amargo de la bilis en la garganta. «Señor, ten piedad». Este era el fin, a menos que Dios decidiera intervenir. Su familia lloraría su pérdida, pero se las arreglarían sin ella, a pesar de la importancia que se había atribuido a sí misma y que había llevado como una medalla al valor desde la muerte de su padre. «Perdóname, Dios. Por favor, acepta mi alma por Jesucristo nuestro Señor»…

Vio el miedo y la resignación en el semblante del señor During y cerró los ojos para no ser testigo de la espantosa expresión de dolor que estaba a punto de sustituirla.

De repente, se produjo un tumulto. Pasos apresurados, un empellón y un gruñido.

Sarah abrió los ojos de golpe y se quedó atónita al ver cómo se materializaba ante ella una silueta. Antes de que pudiera comprender cómo lo había hecho, James Thomson había apartado al contrabandista de un empujón, aprovechando que este había salido de la cueva para entrar de un salto y situarse entre ellos y el hombre. Ahora estaba frente al atacante, con la espada desenvainada.

El señor Thomson tenía el rostro perlado de sudor y su expresión era firme y decidida. Aun así, Sarah vislumbró miedo en sus ojos. ¿Y quién no lo tendría?

Sarah se atrevió a mirar al contrabandista, esperando encontrárselo lanzando maldiciones o cargando como un guerrero contra su nuevo

adversario. Sin embargo, el hombretón aullaba de risa.

—Vaya, esta sí que es buena… ¡Caramba! A ver si adivino… Su «alteza dandiana» era campeón de esgrima en su presuntuoso club de caballeros…

—Lo cierto es que quedé en segundo lugar.

En un ataque rápido como un relámpago, el señor Thomson se lanzó hacia delante con su espada, que siseó en el aire, y golpeó el cuchillo que empuñaba el contrabandista haciendo que se le cayera al suelo.

—¡Maldito sea! —maldijo—. *M'*ha *cortao* la mano. —Metió la mano en el bolsillo y sacó una pistola. El señor Thomson palideció—. ¡Ajá! Esto no se lo esperaba, ¿eh? —El hombre contrajo los labios en una mueca de satisfacción—. Si se pone ahí delante de *Dearing*, con una bala me basta *pa* acabar con los dos.

Entonces amartilló el arma.

A Sarah le pareció intuir un movimiento detrás del contrabandista. Otro hombre se acercaba sigilosamente a la entrada de la cueva. ¿Sería amigo o enemigo? El recién llegado alzó el brazo y descargó sobre la cabeza del contrabandista un golpe seco con un arma que llevaba.

El hombretón se desplomó en el acto.

Ahora que nada le obstaculizaba la vista, Sarah descubrió que el inesperado agresor no era otro que Antoine Bernardi.

El señor Thomson lo miró aliviado.

—Justo a tiempo.

El chef levantó el gran mortero en forma de porra que tenía en la mano.

—Y me decía que un utensilio de cocina no serviría para nada…

—Me equivocaba. Gracias, Antoine.

—Sí, gracias a los dos —dijo Selwyn, con voz temblorosa. Sin embargo, no miró a ninguno de ellos a los ojos. En vez de eso, bajó la vista a sus zapatos mojados, con las mejillas encendidas.

Bernardi recogió el cuchillo que se le había caído al contrabandista y cortó las ligaduras que maniataban a Sarah con la misma facilidad con que cortaba las bridas de un pollo en la cocina.

—Gra-gracias —susurró Sarah y se frotó la piel dolorida de las muñecas hasta que algo llamó su atención.

Otro hombre apareció por el lado opuesto de la cueva y Sarah se puso rígida. Ojalá no fuera el señor Mutter o algún otro cómplice.

Se le escapó un suspiro de alivio en cuanto vio que se trataba del señor Cordey. El recién llegado inspeccionó rápidamente el interior de la cueva, mirando frenéticamente de un lado a otro, de ella a los hombres y de ellos al contrabandista que yacía inerte en la arena. Aparentemente convencido de que no había ninguna amenaza

inminente, se dobló en dos, con las manos sobre las rodillas, respirando agitadamente.

—¿*To* bien, señorita? —preguntó entre jadeos.

Sarah despegó los labios para contestarle, pero le resultó difícil hablar con los dientes castañeándole. El resto del cuerpo también le había empezado a temblar. El señor Bernardi la sostuvo por el codo.

—S-sí.

El señor Thomson le preguntó:

—¿Ha venido corriendo desde Sidmouth?

Él negó con la cabeza.

—He *venío* en barco en cuanto Bibi me dijo *ande* habían ido. Esperaba llegar antes, pero se levantó viento y nos retrasó.

Punch y Tom Cordey aparecieron también por el lado oeste, con el rostro colorado, caras tensas y empuñando cuchillos de cortar pescado. «Cielos». Estaba claro que estaban al tanto de la reputación del contrabandista.

El señor Cordey saludó con la cabeza a Thomson y Bernardi.

—Por lo que veo, lo han *pillao* por sorpresa. Bien hecho. —El señor Cordey se arrodilló junto al hombre y le tomó el pulso en el cuello—. Vivirá. —Luego se volvió hacia sus hijos—. Ayudadme a llevarlo a su bote antes de que vuelva en sí.

Entonces Emily se asomó vacilante a la entrada de la cueva, observando la escena del interior con una mirada asustada. Al ver al hombre en el suelo, abrió los ojos de par en par. Luego entró corriendo y tomó a su hermana de las manos.

—¡Oh, Sarah! Estaba tan preocupada. ¿Estás bien?

—¿Qué haces aquí?

—Estamos aquí gracias a la señorita Emily —explicó el señor Thomson—. Ella fue quien nos dijo lo que estaba pasando y quien decidió que deberíamos salir en su busca.

—¿Ah, sí? —Sarah la abrazó—. No deberías haberte puesto en peligro.

—El señor Thomson insistió en que esperara en la playa, fuera de peligro. Si las cosas se torcían, tenía que regresar al pueblo a buscar ayuda.

—Pues las cosas se torcieron —murmuró el señor During.

—Podrían haberse torcido mucho más —le recordó Sarah.

—Cierto.

Sarah se volvió hacia el señor Cordey mientras sus hijos maniataban al contrabandista por si se despertaba y se resistía. Por suerte, los pescadores eran expertos en hacer nudos.

—¿Qué va a hacer con él, señor Cordey?

—No se preocupe, señorita. No acabaré con él. Tiene una señora y pequeños. Lo dejaré a la deriva sin remos ni velas. La corriente lo

devolverá a la orilla, pero hasta entonces tendrá tiempo *pa* pensar en lo que ha hecho y *pa* arrepentirse. Al menos, eso espero.

—¿No es mejor llevarlo ante las autoridades?

—Ni en sueños, señorita. Estos tres se marcharán pronto —dijo, señalando con la cabeza a los visitantes—, pero nosotros vivimos aquí. Este bandido tiene amigos poderosos y muchos cómplices. Si hiciéramos que lo arrestaran, encontraría la manera de salir libre y podría volver buscando venganza. Entiéndame, no quiero poner a su familia ni a la mía en esa clase de peligro.

A Sarah la mera idea le ponía un nudo en la garganta.

—Comprendo. Gracias por venir en nuestra ayuda. Sé que ha asumido un riesgo.

Él asintió y luego dijo:

—No podía dejar que le pasara nada a mi mejor cliente, ¿no? —bromeó. No obstante, su fingida bravuconería no consiguió borrar del todo la expresión de inquietud de su rostro.

Cuando los Cordey se marcharon, Sarah se volvió hacia los demás.

—Tomemos el maletín y vayámonos.

Después de recuperarlo, el grupo se alejó a toda prisa. Emily iba del brazo de Sarah, infundiéndole fuerza para el camino de regreso.

Capítulo 28

«La habitación estaba bastante oscura, salvo por las velas colocadas en unos candelabros muy altos… En el centro había dos ataúdes: uno de ellos contenía el cuerpo y el otro, EL CORAZÓN».

CHARLOTTE CORNISH,
Carta desde Sidmouth

Cuando regresaron a Sea View, los cinco —Emily, los tres hombres y Sarah, esta última con un aspecto deplorable— se reunieron en el despacho con la puerta cerrada para debatir cómo proceder a continuación.

—¿Qué debería hacer? —preguntó el señor During, caminando de un lado a otro por la habitación.

Emily le lanzó a Sarah una mirada interrogativa. Suponía que debían aconsejarle que confesara, del mismo modo que ella y Georgiana habían instado a Billy Hook a confesar después de que disparara a la ventana de Woolbrook. En este caso, sin embargo, la vida del señor During corría realmente peligro. Si se descubría que había tenido intención de robar bienes reales, podrían ahorcarlo o, como mínimo, deportarlo y ¿qué sería entonces de su madre y sus hermanas?

Él se cubrió el rostro con las manos.

—Me merezco todo lo que me pase.

—Pero decidió no seguir adelante, ¿recuerda? —apuntó Sarah.

—Solo porque usted me convenció de que no lo hiciera.

—Y usted se dejó convencer. Creo que ya se había dado cuenta de que era un error y que estaba dispuesto a devolver los candelabros.

Él suspiró.

—Lo estaba.

Ella miró a los demás y luego volvió la vista sobre Selwyn.

—¿Puedo decirles por qué lo hizo?

Él asintió y la vergüenza volvió a teñir su rostro y su cuello. Sarah se volvió hacia Emily y los demás hombres.

—El señor During se enteró de que a su madre y a sus hermanas menores las han enviado a la prisión de deudores. No podía enviarles su salario desde hacía algún tiempo y estaba desesperado por ayudarlas de alguna manera.

—Ah. —El señor Thomson asintió, mostrándose comprensivo.

—Lo siento, Selwyn —se compadeció Bernardi—. Es terrible.

Sarah puso una mano en el brazo del señor During.

—Dije que le ayudaría y puede estar seguro de que lo intentaré. Pensaremos en una explicación plausible.

Él negó con la cabeza.

—Yo no sirvo para andarme inventando cosas. Si alguien va a urdir un embuste no seré yo.

El señor Thomson se volvió hacia Emily.

—Este es un reto para nuestra escritora residente.

Emily lo miró a los ojos.

—Muy bien. Para mí está bastante claro. El señor During había sacado los candelabros con el fin de darles brillo y dejarlos listos para el uso solemne que se les iba a dar. Un delincuente del pueblo se coló en la casa, amenazó al señor During con una pistola —o con un cuchillo, lo que más le guste— y se los llevó. Sus compañeros acudieron en su ayuda y juntos persiguieron al hombre. Ustedes dos lo alcanzaron en una cueva junto al mar, lo vencieron con una espada…

—Con un mortero, en realidad.

—No vamos a mencionar ese detalle. Le resta credibilidad.

—¿Y dónde está ahora ese delincuente, supuestamente? —preguntó el señor During.

—Escapó en su bote, por supuesto. Como nunca llegamos a conocer su nombre, las autoridades no podrán encontrarlo ni interrogarlo. Una lástima, sin duda, pero al menos el tesoro real está a salvo.

—Esto se le da muy bien —señaló el señor Thomson, mirándola con admiración.

—No creo que sea necesario complicarlo tanto —opinó Sarah—. El capitán Conroy está enfadado por haberse encontrado el baúl abierto, pero puede que aún no sepa lo de los candelabros desaparecidos. Solo tenemos que explicar de forma plausible por qué no estaban. —Miró los pies de Selwyn—. Y quizá también por qué se han estropeado sus zapatos.

—Bien visto. —Emily tamborileó con los dedos en la barbilla—. Algo más próximo a la verdad, pues. Estaba… dándoles brillo a un par

de candelabros en nuestro cuarto de trabajo cuando llegó una carta para usted. Al enterarse de la grave situación de su familia, se quedó consternado y muy angustiado. Dejó allí los candelabros y se fue a dar un paseo por la playa para despejarse y pensar en la mejor manera de ayudarles.

Bernardi asintió.

—Puede que entonces le pague los salarios atrasados.

During negó con la cabeza.

—El capitán seguirá furioso conmigo por haber dejado el baúl sin cerrar.

—Podría confesar que se le nubló el juicio. Y quizá sea buen momento para renunciar al cargo —apuntó Sarah con dulzura—, para evitar caer en la tentación en el futuro.

—Tiene razón, por supuesto.

—Iremos con usted a plantar cara a Conroy y al general, y a exigir que le paguen sus salarios atrasados —se ofreció el señor Thomson—. En cuanto les explique la situación de su familia y todos nos pronunciemos, hay muchas posibilidades de que lo hagan.

—¿«Y todos» se pronuncien? ¿Eso significa que el señor Bernardi también nos acompañará? —Selwyn miró esperanzado al cocinero.

Antoine Bernardi se encogió de hombros.

—¿Por qué no? De perdidos al río.

—¿Vendrán ustedes también, señoritas? Podría ayudarnos contar con uno o dos testigos.

Emily miró a su hermana. Sarah llevaba el recogido desecho, con mechones sueltos aquí y allá, tenía el dobladillo de la falda empapado y manchado de verde por las algas, y su postura, normalmente erguida, transmitía ahora un profundo cansancio.

—Creo que Sarah ya se ha enfrentado a bastantes hombres aterradores por hoy, pero puedo ir yo con ustedes, si creen que puede servir de algo.

Personalmente, Emily no tenía ningún interés en enfrentarse de nuevo a un capitán Conroy enfadado, pero al menos lo haría con James Thomson a su lado.

jjj

Cuando poco después llegaron a Woolbrook Cottage, James los hizo entrar sin hacer ruido, mientras sujetaba la puerta para que pasara el señor During, que llevaba el baúl de la vajilla.

Al entrar en el vestíbulo, retumbó la voz furibunda del capitán Conroy.

—¡No sé dónde está, pero encuéntrenlo!

—Sí, señor.

De la sala matinal salió un hombre uniformado —un oficial que

Emily no conocía—. Tras él, apareció el capitán Conroy.

Al verlos allí, ambos hombres se detuvieron bruscamente.

—Hablando del rey de Roma… —Conroy entrecerró los ojos—. Su Alteza Real, la duquesa, me ha dicho que debería haber cuatro candelabros de plata. Estaba a punto de enviar una partida en su busca.

—No será necesario, señor. —Con gran esfuerzo, During levantó más alto el baúl—. Están aquí mismo.

Conroy despidió al oficial y les indicó que entraran.

Un momento más tarde, Emily se encontraba de nuevo en la sala matinal de Woolbrook Cottage, que estaba claro que el capitán Conroy utilizaba como despacho personal. Una vez más, se sintió como si le estuvieran pidiendo explicaciones, aunque se recordó a sí misma que ella no había hecho nada malo. El capitán la fulminó con la mirada, tal vez por la arrogancia de estar allí siquiera, y luego se volvió hacia el señor During.

—Bueno, ¿qué tiene que decir en su defensa?

—Siento haber dejado el baúl abierto y dos objetos fuera de su sitio cuando usted fue a buscarme a Sea View. Lamento profundamente haber faltado a mi deber.

El capitán señaló el baúl con el que During cargaba.

—¿Los otros dos candelabros están ahí?

—Sí, señor. La señorita Summers me ha dicho que la duquesa los había pedido. Los encontrará recién limpiados y en excelentes condiciones.

—Eso espero. Veámoslos.

Selwyn During dejó el baúl sobre el escritorio, abrió la cerradura y luego la tapa. Con las manos enguantadas sacó los relucientes candelabros y los colocó casi con reverencia sobre el escritorio.

Conroy se levantó y se inclinó para inspeccionarlos.

—¿Es arena esto que hay en la base?

—¿Arena? ¿Dónde? —During se apresuró a acercarse, sacando la gamuza de abrillantar la plata del bolsillo de su abrigo.

—Seguramente no serán más que restos del producto que emplea para sacarle brillo a la plata —improvisó el señor Bernardi—. Supongo, vamos.

—Mmm. Bueno, ¿y dónde estaba? —Conroy se enderezó—. Confío en que tendrá una buena razón para haber dejado el baúl abierto y desatendido —le dijo, clavando en él sus ojos negros.

Selwyn se acobardó.

—Yo… eh… —Tragó saliva y miró a los demás.

Emily tomó la palabra.

—Como puede ver, sigue conmocionado. La verdad es que el señor During ha recibido noticias alarmantes sobre su familia. ¿No es cierto?

—S-sí. Yo… —During titubeó, luego se aclaró la garganta y comenzó de nuevo con decisión—. Me avergüenza decir que mi madre y mis hermanas han sido enviadas a la prisión de deudores. Las había estado ayudando económicamente, enviándoles lo que podía de mi sueldo, pero como usted sabe hace tiempo que no se nos paga.

—Cuando se enteró de lo sucedido, se quedó consternado… y tenía razones para estarlo —añadió Emily—. Dejó los candelabros a los que había estado sacando brillo y bajó a la playa, tratando de dilucidar qué hacer.

—Un momento de enajenación, eso es lo que fue —dijo el señor During—. Estaba realmente desesperado y no pensaba con claridad. Me sentí muy aliviado cuando mis dos compañeros y la señorita Summers vinieron a buscarme y me rescataron… de mi insensatez.

Conroy clavó su mirada en Bernardi y Thomson.

—¿Es cierto lo que dice?

Tras una leve vacilación, James asintió.

—Sí que estaba profundamente alterado. Seguro que lo comprende, dadas las circunstancias.

—No, no lo comprendo. Jamás abandonaría mi puesto ni descuidaría mi deber por ningún motivo.

—¿Incluso si su mujer y sus hijos estuvieran en peligro?

El hombre endureció la mirada.

—Incluso entonces.

—Estoy seguro de que el señor During no volverá a hacer nada parecido —medió Bernardi—. ¿Verdad que no, Selwyn?

—No. No, no lo haré —aseguró el señor During. Conroy resopló, mostrándose claramente escéptico—. De hecho, señor, presento mi dimisión del cargo de guardián de la vajilla. Debo regresar a Londres lo antes posible y ayudar a mi familia.

El capitán Conroy frunció el ceño.

—No acepto su dimisión. Al menos no todavía. Quédese unos días más. Vamos a recibir a muchos oficiales de alto rango y a otros tantos visitantes y necesitaremos toda la ayuda posible.

El señor During parpadeó, sorprendido.

—Yo… me quedaré unos días, si me necesitan, pero después debo regresar a Londres.

—En tal caso, capitán —reclamó el señor Thomson—, con todos mis respetos, insisto en que se le pague al señor During todos los salarios que se le deben, ya que ese retraso en el pago ha contribuido a la ruina financiera de su familia.

—Conque «insiste»…

El señor Thomson levantó la cabeza y le sostuvo la mirada a su superior.

—Sí, señor.

Conroy meneó la cabeza.

—¿Se ponen a hablar de dinero ahora? ¿Ahora que su patrón yace muerto en la habitación de al lado y su viuda está tan afligida que solo encuentra consuelo en su hijita?

—Sí. Precisamente ahora —respondió el señor Thomson— porque la señora During también está afligida y justificadamente preocupada por el futuro de sus hijas, y todos somos iguales a los ojos de Dios.

—¿Ah, sí? ¿De verdad lo somos? Ese es el tipo de pensamiento radical que ha desencadenado la Revolución Francesa.

—No persigo la revolución, capitán. Solo que During reciba el salario que le corresponde para que pueda ayudar a su familia.

Conroy volvió a resoplar y barrió los rostros de los allí presentes con una mirada suspicaz.

—Algo me huele a chamusquina. Aquí hay gato encerrado. —Se volvió hacia Emily—. ¿Y usted qué hace aquí, señorita Summers? Otra vez se presenta ante mí para defender la causa de otro muchacho con mala conducta. El último era culpable, pero usted consiguió que saliera impune apelando a la compasión del duque. ¿Cree que sus tretas van a funcionar conmigo?

El señor Thomson dio un paso adelante y se encaró directamente con el capitán, con los ojos centelleando de rabia contenida.

—Capitán, permítame recordarle que la señorita Summers es una dama y que no ha hecho nada para merecer su hiriente sarcasmo. Si desea humillar a alguien, que sea a uno de nosotros. La señorita Summers no está bajo su mando para que la trate usted de forma tan poco caballerosa.

—Creo que se está usted equivocando, Thomson.

James apretó los dientes.

—No soy yo el que se está equivocando, señor.

Emily pensó rápidamente, deseosa de aliviar la tensión.

—Vamos, vamos. Este es un momento triste y difícil, y las emociones están a flor de piel. No discutamos. Como usted nos ha recordado, capitán, la duquesa está esperando estos candelabros, seguramente ansiosa por ver completados los preparativos para velar a su marido.

Conroy la miró con el ceño fruncido y siguió fulminándolos con sus ojos negros durante unos instantes. Entonces se abrió la puerta y apareció la duquesa en persona, con los ojos enrojecidos por el llanto y su hija de ocho meses en brazos.

—¿Capitán…?

Los hombres se inclinaron y Emily hizo inmediatamente una reverencia, pero los ojos enrojecidos de Su Alteza Real se clavaron en los relucientes candelabros.

—Ah, *gut*.

En cuanto desvió la mirada hacia la duquesa, la rabia en la mirada amenazadora de Conroy se disipó, y se volvió servil, casi… cariñoso.

—Sí, aquí están. Ahora podemos terminar de preparar la habitación.

Agarró un candelabro alto en cada mano y salió tras la duquesa.

Los demás aprovecharon la interrupción para retirarse a toda prisa.

jjj

Los planes para el traslado del duque desde Sidmouth y su funeral se vieron alterados por una noticia todavía más grave. Su padre, el rey Jorge III, falleció con menos de una semana de diferencia. Al ser prioritaria la muerte y el funeral de Su Majestad, se pospusieron las exequias del príncipe Eduardo.

Era un momento extraño y sombrío. El rey Jorge había estado enfermo durante lustros. Tenía ochenta y un años. Su muerte no debería haber causado conmoción ni sorpresa.

Y, sin embargo, lo hizo.

Había reinado durante casi sesenta años. La mayoría de la gente no había conocido a otro monarca. Aunque su hijo mayor había gobernado como príncipe regente desde que a su padre lo habían declarado mentalmente incapacitado para hacerlo, el rey seguía estando presente en el corazón de la gente.

«Dios salve al rey».

Conocido cariñosamente como «Jorge el granjero» por sus gustos sencillos y su interés en la agricultura, el rey había sido durante mucho tiempo su líder ausente, su abuelo bondadoso, su consuelo y su faro en tiempos oscuros. Y ahora se había ido.

Por supuesto, hubo algunos que se mofaron —en su mayoría jóvenes— y que dijeron entre dientes: «¡Tanta paz lleve, como descanso deja!» o «¡Abajo la monarquía!», pero la mayoría de la gente se mostró pesarosa, nostálgica y respetuosa. Consideraban al rey un hombre de sincera fe cristiana y moral piadosa que se tomó el título de «Defensor de la Fe»[54] mucho más en serio de lo que probablemente lo haría nunca el príncipe regente.

Recordando la profecía de la adivina de que ese año morirían dos miembros de la familia real, Emily sintió que había recibido un golpe aún más personal, al reconsiderar las palabras de la mujer: «Y tú acabarás con el corazón roto y perderás la cabeza… completamente».

Habían muerto dos miembros de la familia real y ella había acabado con el corazón roto a causa de su primer amor, al que había perdido de una vez para siempre, aunque hubiera sido por decisión propia.

La asaltó otro pensamiento. ¿Estaba destinada a acabar con el corazón roto otra vez cuando James Thomson se marchara? La muerte

del duque aceleraría la partida de su esposa y de todo su séquito, y ya no se quedarían el resto del invierno como estaba inicialmente previsto. ¿Y quién sabía cuál sería el próximo destino de James?

«Dios lo sabe», susurró una vocecita en su mente.

Aquellas sencillas palabras la animaron y le recordaron que su vida no estaba en manos de aquella anciana, sino en las de Dios.

«Oh, Padre celestial, tú eres el único que conoce mi futuro. Ayúdame a confiártelo».

jjj

El último día de enero, se abrió en Woolbrook Cottage la capilla ardiente del príncipe Eduardo, duque de Kent. Todo el mundo podía acercarse a presentar sus respetos. Se esperaba la asistencia de la mayoría de los habitantes de Sidmouth y sus alrededores.

Esa mañana, a lo largo de Glen Lane se formó una fila larga y sombría de personas que esperaban para pasar junto al ataúd.

Las familias Summers y Hutton se pusieron trajes o brazaletes negros y se unieron a la hilera. Emily se emocionó al ver que el amigo indio del comandante, Armaan Sagar, también hacía cola para presentar sus respetos. Fran Stirling estaba allí, del brazo del señor Farrant, así como muchos otros amigos y vecinos.

Emily también vio al señor Marsh, que se acercó a ella y le dijo:

—Buenas noticias, señorita Summers. Un proyecto muy querido para los dos está en la imprenta. Justo a tiempo.

Ella miró a su alrededor para ver si alguien los había oído y contestó en voz baja:

—Me alegro. Espero que eso signifique que no ha necesitado más que unos ligeros retoques.

Emily advirtió un extraño destello en los ojos del señor Marsh.

—Sí, sí. Muy ligeros. Solo me pareció que algunas secciones se quedaban un poco escasas, pero nada que unos trazos de tinta azul no pudieran solucionar.

—Oh, no. Lamento que le haya encontrado carencias.

—No lo sienta. Su trabajo ha superado mis expectativas, pero ya sabe… ¡Tenía que añadirle mis propias florituras!

Él le sonrió y se puso a la cola.

Mientras esperaban, todos apiñados para hacer frente al aire gélido, Emily recordó el rostro redondo y alegre del príncipe Eduardo, lo amable que había sido con ella y la devoción con la que trataba a su hijita, y sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas calientes que luego le rodaban por las mejillas frías.

La fila avanzaba lentamente y, al final, arrastrando los pies, Emily y su familia consiguieron llegar a la puerta. Entrar supuso un cambio de temperatura muy bien recibido. James Thomson estaba al otro lado

del vestíbulo hablando en voz baja con un guardia uniformado. Al darse cuenta de su presencia, se excusó con su interlocutor y fue al encuentro de las señora y las señoritas Summers, sumándose a ellas en su recorrido por la casa.

La habitación en la que yacía el duque estaba bastante oscura. Habían colgado tupidas telas negras que ocultaban la luz del día y la habían iluminado con cirios en los candelabros de plata de la familia.

En el centro de la habitación, elevado sobre caballetes, había un ataúd de más de dos metros de largo y casi uno de ancho, cubierto con un paño mortuorio de terciopelo carmesí. A cada lado, unas placas de latón llevaban grabados el nombre y los títulos del duque. Un espléndido penacho de plumas de avestruz adornaba la parte superior de la caja, mientras que tres penachos más pequeños adornaban cada lateral.

Cuando los ojos de Emily se adaptaron a la penumbra, se percató de que había un segundo ataúd, que asumió que contenía el corazón del duque. Entre la realeza y la aristocracia no era raro que se enterrara el corazón por separado. Incluso algunos poetas pedían a veces que enterraran sus corazones en un lugar que hubieran disfrutado en vida. Aun así, ver dos ataúdes resultaba particularmente inquietante. Se preguntó si enviarían su corazón adonde viviera su antigua amante o si lo mandarían a la amada Coburgo de su esposa.

Fuera como fuese, eso la hizo reflexionar. No es que ella fuera a pedir algo así, pero en el supuesto de que lo hiciera, ¿dónde querría que enterraran su corazón?

No hace mucho, habría sabido qué responder a esa pregunta: en May Hill. Pero ¿ahora? Roto o no, ya no sentía que su corazón perteneciera a aquel lugar. Aún no estaba segura de cuál era su sitio.

Cuando Emily pasó junto al ataúd, no hizo ningún esfuerzo por contener las lágrimas.

—Le echaremos de menos —susurró con un nudo en la garganta.

A su lado, en la oscuridad, James Thomson buscó su mano y se la apretó.

---

54 N. de la Trad.: Título que ostentan los reyes británicos (*Fidei defensor* en latín) y que refleja la posición del soberano como Gobernador Supremo de la Iglesia de Inglaterra.

Capítulo 29

«Póngalo sobre el fuego, pero tenga cuidado de que no rompa a hervir. Cuando note que sube, hay que apartarlo inmediatamente».

JOSEPH BELL,
A Treatise On Confectionary

Al día siguiente, Sarah estaba en la cocina ayudando a Jessie y a la señora Besley a recoger el desayuno cuando entró el señor Bernardi.

—Señorita Summers, ¿podemos hablar en privado?

Al levantar la vista y verle la cara, Sarah se puso nerviosa. «Oh, vaya». Se dio cuenta de que Jessie y la señora Besley intercambiaban miradas cómplices.

Sarah no se fiaba de su voz, así que asintió con la cabeza. Él le hizo un gesto para que entrara en el cuarto de trabajo y entró tras ella.

Una vez allí, el chef se llevó las manos a la espalda y miró a su alrededor.

—Usted y yo hemos pasado mucho tiempo juntos en esta habitación, ¿no le parece? En gran parte debido al amor que compartimos por la pastelería.

Sarah volvió a asentir. Le llamó la atención lo bien rasurado que estaba. Y tenía las patillas y las cejas inusualmente bien peinadas. Incluso se había recortado los pelos de las orejas y la nariz.

Él la miró fijamente y se aclaró la garganta.

—¿Quizá recuerde que le dije que a veces soñaba con abrir un establecimiento propio, con asentarme en algún lugar?

—Sí…

—Hablamos de ello en el mercado, cerca de Broadbridge.

—Sí, lo recuerdo.

—Y ahora su amiga ha decidido casarse y poner a la venta la pensión. ¿No le parece sorprendente que suceda justo ahora? Parece

incluso… cosa del… destino, ¿no cree?

—Me dará mucha pena verla marchar.

—Sí, sí, pero no se va lejos. Ha mencionado que su prometido vive a menos de media legua.

Sarah asintió débilmente, consciente de que su respuesta había sido poco más que una evasiva. El corazón le latía con tanta fuerza en los oídos que parecía que él le hablara desde muy lejos. Le sudaban las palmas de las manos y el pavor —sí, era pavor— le revolvía en el estómago. ¿Por qué había dejado que las cosas llegaran a ese punto? ¿Le había dado motivos para creer que él le interesaba de esa manera?

—He estado pensando —continuó—. Y quiero proponerle algo. He pensado que podría comprar el local y convertirme en *chef de maison* de mi propio establecimiento. Sin embargo, no podría hacerlo solo. Puedo cocinar para un elevado número de comensales, pero no tengo experiencia en cuestiones de alojamiento. Usted sí. Juntos formaríamos un equipo excelente, ¿no cree?

Sarah parpadeó, perpleja. Se le arremolinaron los pensamientos y luego, de pronto, todo cesó. O sea que no se trataba de una propuesta de matrimonio, sino de un acuerdo comercial.

Tragó saliva.

—Ya tengo bastante con Sea View. Mi madre y mis hermanas me ayudan, por supuesto, pero sigo ocupándome de gran parte del día a día.

—Sí, ya lo sé. Y, sin embargo, también encuentra tiempo para cocinar, para ir al mercado y para otras tareas que yo podría realizar. Y no estaría muy lejos, en caso de que su madre y sus hermanas la necesitaran por alguna razón. Al cabo de un año o dos, podríamos aprovechar los beneficios para irnos a algún sitio más de moda, como Bath o Brighton, y abrir un local más grande.

Sarah lo miró fijamente.

—¿Qué me está proponiendo exactamente? ¿Me está pidiendo que sea su socia?

—Pues… sí. Y algo más que eso, si usted está dispuesta. Sé que no hace mucho que nos conocemos, así que no pretendo que… bueno, eso… todavía. Yo la admiro, como creo que ya sabe. Tiene usted muchas cualidades excelentes y pienso que… o al menos espero que usted también me tenga cierto afecto.

Sarah inspiró hondo, nerviosa.

—Gracias, señor Bernardi. Soy consciente del cumplido que me hace, pero no puedo aceptar su oferta. Para empezar porque, como ha dicho, no hace mucho que nos conocemos, y aunque nos… nos tengamos cierto afecto, eso no es suficiente.

—Con el tiempo, yo…

Ella levantó una mano para evitar que continuara.

—Además, está el hecho de que por ahora van a necesitarme aquí. La muerte del duque de Kent podría proyectar una sombra sobre Sidmouth y podría bajar la afluencia de visitantes. Puede que mi familia necesite mi ayuda más que nunca.

Él agachó la cabeza y la miró por entre su flequillo oscuro.

—Esa no es la verdadera razón por la que se opone.

—Bueno, yo…

—¿Considera que un pastelero está por debajo de su posición social? No lo había pensado, dado que aloja huéspedes en su propia casa e incluso trabaja en la cocina.

Sarah se planteó poner más excusas o pedirle tiempo para pensárselo. Al fin y al cabo, la propuesta la había pillado por sorpresa, pero eso —ella lo sabía— sería un acto de cobardía y solo pospondría una respuesta difícil de dar en cualquier momento. Retrasarlo solo serviría para darle esperanzas, lo cual sería cruel o, al menos, injusto.

Por un momento, levantó la vista y se obligó a sostenerle la mirada. Vio un indicio de nerviosismo en su expresión y, tal vez, la anticipación del rechazo, pero le pareció que no había rastro de emociones más profundas. Ni siquiera fingía amarla, así que supuso que se recuperaría rápidamente de la decepción.

—Nunca he aspirado a llevar la vida de quien regenta una pensión. Solo nos hemos limitado a hacer todo lo necesario para mantener unida a nuestra familia. Tampoco voy a negarle que mi madre se sentiría algo decepcionada con esta unión. Sin embargo, esa no es la razón por la que no puedo aceptar su oferta. Como ya le he dicho, una vez estuve prometida y ahora estaría casada si mi pretendiente no hubiera muerto. No digo que la nuestra fuera una pasión desbordante, pero nuestro amor era indudable. Le tengo mucho aprecio, señor Bernardi. Admiro sus dotes culinarias y su lealtad hacia sus amigos y su familia, pero si alguna vez me caso, será por amor.

Él torció el gesto.

—Si hubiera dicho que estaba enamorado de usted… Si lo hubiera afirmado, en lugar de ser más sincero, ¿habría aceptado?

Sarah logró esbozar una sonrisa trémula.

—No tiene tan buenas dotes para la interpretación.

Él esquivó su mirada con una mueca de dolor.

—Me alegro de que haya sido sincero conmigo, ya que me ha facilitado ser sincera en mi respuesta. No se ha enamorado aquí en Sidmouth, pero hay muchas posibilidades de que lo haga en su próximo destino, pues hay muchas más mujeres pragmáticas y trabajadoras en el mundo y muchos más establecimientos en venta. Tal vez algún día encuentre uno más cerca de sus padres.

Él le lanzó una mirada.

—Me está diciendo que no compre Broadbridge.

—Jamás me atrevería a decirle lo que tiene que hacer, pero —y se lo digo con toda sinceridad— me cuesta imaginármelo siendo feliz allí. Estaría desperdiciando su talento para la alta cocina y para levantar obras de arte con la pasta de azúcar. No lo veo contentándose con escalfar arenques y freír huevos, ni siquiera durante un año o dos, ni aceptar que el plato fuerte de la semana sea el asado de los domingos con patatas hervidas y, con suerte, un humilde arroz con leche de postre, que es lo que esperarían los clientes de Broadbridge.

Él frunció el ceño y se estremeció con lo que había oído.

—¿Está intentando mitigar el escozor de su rechazo?

—Sí, pero permita que le diga dónde sí lo veo. Me lo imagino en ese hotelito que me comentó, tal vez en el barrio de Mayfair, en Londres, con un restaurante de moda en el que sirva platos de buena cocina francesa e italiana.

Él miró hacia algún punto en el infinito, y esta vez le brillaron los ojos.

—Sí, yo también lo veo —asintió él lentamente.

jjj

Como se había pospuesto el traslado del cuerpo del duque desde Sidmouth, los miembros del personal alojado en Sea View disponían de tiempo libre. Para distraerse de la aflicción y de la ociosidad, James le dio a Georgiana otra lección de esgrima. Emily subió a la habitación infantil a mirar y a animar a su hermana, que mejoraba a pasos agigantados. Aun así, a Emily se le iban todo el tiempo los ojos hacia el señor Thomson, cuyo magistral manejo del florete le recordaba una vez más su heroico rescate en la cueva.

Cuando terminó el combate de práctica, Georgiana soltó una sonora exhalación y anunció: —Voy a bajar a por el vaso de limonada más grande que pueda encontrar. ¿Alguien más quiere uno?

—Ve —dijo Emily—, te lo has ganado. —Cuando su hermana se hubo ido, ella volvió la vista hacia el señor Thomson—. Me hubiera gustado decírselo antes, pero con todo lo que está pasando, no he encontrado el momento. Eso que hizo, enfrentarse a ese hombre peligroso y rescatar a Sarah y al señor During, fue muy valiente.

James se encogió de hombros.

—Lo cierto es que lo hice por usted. Sabía que si le pasaba algo a una de sus hermanas usted se quedaría destrozada.

A Emily la invadió una sensación de cariño.

—Es verdad y por eso le estoy profundamente agradecida.

—Si le soy sincero, yo también estaba aterrorizado —añadió—, pero, gracias a Dios, en aquel momento prevalecieron el instinto y el entrenamiento.

—Estuvo increíble. Para protegernos, le hizo frente a un contrabandista que blandía un cuchillo.

—Puede que me falte algo de práctica con la espada, pero creí que bien podía defenderme de un hombre que solo iba armado con un cuchillo. Sin embargo, cuando sacó la pistola… —James resopló, hinchando las mejillas—. Nunca me he sentido tan aliviado como cuando Bernardi lo golpeó por la espalda. En realidad, fue él quien nos salvó a todos.

Emily negó con la cabeza.

—Nunca habría conseguido acercarse lo suficiente si usted no se hubiera enfrentado primero al contrabandista. Sarah me dijo que usted lo desarmó de un golpe.

—Incluso a mí me sorprendió que funcionara.

—Es usted demasiado modesto, James Thomson.

—Supongo que eso es lo que pasa cuando uno es el hijo me…

—¡Chist! —lo interrumpió Emily, con la palma levantada—. Debe dejar de limitarse y condicionarlo todo al orden de nacimiento. Es usted mucho más que el hijo menor. Es un hombre fuerte y humilde dispuesto a arriesgar su propia comodidad y seguridad para ayudar a los demás. Esas son cualidades muy valiosas y muy poco frecuentes. ¿Acaso no se da cuenta?

—Empiezo a hacerlo —dijo a media voz—, cuando usted me lo dice.

Ella lo miró y esbozó una sonrisa.

—Entonces seguiré diciéndoselo hasta que se lo acabe creyendo.

Él le devolvió la sonrisa, con una expresión de deleite. Mirándola a los ojos, se acercó un poco más a ella y bajó la vista hacia sus labios.

Emily sintió que se quedaba sin aliento y que la cabeza empezaba a darle vueltas.

—Emily —susurró él, mirándola fijamente.

Sintió un cosquilleo al oír que la llamaba por su nombre de pila.

—¿S-sí?

Él redujo aún más la distancia entre ambos. Tenía la frente muy cerca de la suya y ambos casi se rozaban la nariz. Ella sintió la tentación de inclinar la cabeza.

—Cómo me gustaría… —susurró él, con la voz ronca.

Al ver que él no terminaba la frase, ella le preguntó en voz baja: —¿Sí…?

Él se acercó todavía más, paseando la mirada de sus labios a sus ojos y de nuevo a sus labios. Entonces inspiró de forma entrecortada y retrocedió un paso.

—Cómo me gustaría que fuéramos libres.

—Yo lo soy —respondió Emily de inmediato.

Él la miró sorprendido.

—¿Ah, sí? ¿De verdad ha superado lo de Charles?

Emily asintió.

—Y soy la primera sorprendida. Lo amé durante años, pero ahora me doy cuenta de que era un amor adolescente. Y ni siquiera estoy segura de que él me amara en realidad. Lo cierto es que no me aprobaba, incluso antes de lo que pasó con Claire. Me reía demasiado alto, expresaba mis opiniones con demasiada libertad… Y tampoco es que le importaran lo más mínimo mis ambiciones ni mis habilidades, aunque no sean extraordinarias.

Ella esbozó una pequeña sonrisa, pero él seguía mirándola muy serio.

—Quizá debería haber dicho: «Cómo me gustaría que los dos fuéramos libres».

Ella parpadeó, atónita.

—¿Usted no lo es? —A Emily se le hizo un nudo en el estómago—. ¿Sigue pensando en la señorita Moulton? ¿O es que acaso hay otra mujer?

Él apretó los labios y dijo secamente:

—Solo hay otra mujer: la duquesa de Kent, que confía en mí, aunque en menor medida desde que ha llegado su hermano. De todas formas, no soy libre. Estoy obligado a ganarme la vida. Se espera que pronto nos marchemos de aquí y que yo vaya adonde vaya la duquesa… o adonde me lleve mi próximo cargo.

—Eso ya lo sabía, pero pensaba que… bueno, que quizá las cosas habían cambiado ahora que el duque ya no está.

Él negó con la cabeza.

—Tal vez si hubiera sido el primogénito… —Ella abrió la boca para protestar de nuevo, pero él la detuvo posándole un dedo en los labios —. Solo lo digo porque entonces tendría la libertad para casarme y los medios para mantener a una esposa. No me debería a ningún patrón. Ni estaría obligado a mudarme lejos de aquí, lejos de usted.

A Emily se le llenaron los ojos de lágrimas y tuvo que tragar saliva, que le supo a amarga autocompasión. No podía casarse con Charles y no podía casarse con James. ¿Estaba destinada a estar sola?

Algo que le dijo el príncipe Eduardo resonó en su mente. «Descubrirá que en esta vida tiene más de una oportunidad en el amor».

Emily deseaba con todas sus fuerzas que tuviera razón.

Capítulo 30

> «La Sociedad de Amigos de los Pobres ha sufrido una pérdida irreparable con el fallecimiento de Su Alteza Real el duque de Kent, que con gran alegría se había afiliado y había aceptado convertirse en su patrón».
>
> *The Beauties of Sidmouth Displayed*

Durante los días siguientes, Sarah y sus hermanas vieron cómo un impresionante contingente de tropas se reunía en Sidmouth, preparándose para llevar al duque a su lugar de reposo eterno.

Ante la inminente partida de la comitiva real, Sarah comenzó a preocuparse seriamente. Aún no les habían pagado la estancia de los hombres en Sea View, una estancia de mes y medio. Su familia había acumulado facturas que no podían liquidar por toda la carne y los demás alimentos que habían adquirido para las comidas, los gastos adicionales de combustible y otros desembolsos.

Comentó el problema con su madre, que le aconsejó abordar el asunto con delicadeza con el señor Thomson. Sarah así lo hizo, pero se sintió incómoda en todo momento.

—Odio tener que hablarle del asunto del dinero en un momento como este —dijo— y soy consciente de que todo el mundo se está preparando para marcharse, pero no me gustaría que pasaran por alto nuestra factura con tanto ajetreo.

—A mí tampoco —convino el señor Thomson—. Hablaré con el general Wetherall antes de que se marche. Por desgracia, el capitán Conroy insiste en que la duquesa necesitará todos los fondos que le quedan a su marido. Dice que enviaremos los pagos más adelante, pero me temo que «más adelante» podría significar «nunca» debido a las actuales dificultades financieras.

—Nuestra situación económica también es complicada —confesó

Sarah, con las mejillas encendidas.

Él asintió con gravedad.

—Comprendo. Haré lo que pueda.

A diferencia del resto de la comitiva del duque, al señor Thomson le habían pedido que se quedara unos días más para que se ocupara de los visitantes que todavía seguían allí o de la correspondencia que llegara con retraso, y para que luego se asegurara de cerrar bien Woolbrook y le devolviera las llaves al agente de la propiedad.

Emily se sintió claramente aliviada al saberlo y, sin duda, deseó que él pudiera aplazar su marcha por mucho más tiempo. Consciente del vínculo que se había desarrollado entre ambos, Sarah no podía culparla.

El señor Bernardi, sin embargo, se marcharía con los demás miembros del personal. Había empezado a recoger sus utensilios de la cocina y del cuarto de trabajo, y Sarah entró para preguntarle si le podía ayudar en algo y para asegurarse subrepticiamente de que no se llevara nada por error que perteneciera a Sea View, como el azúcar que les quedaba.

—¿Necesita ayuda? —se ofreció.

Mientras guardaba el mortero de madera, lo levantó y simuló dar otro golpe.

Sarah se apartó, asustada.

—Lo siento. ¿Demasiado pronto? Supongo que no debería bromear con algo así. —Guardó unos cuantos utensilios en su bolsa y volvió a mirarla—. He estado pensando. Cocinar para esos ancianos del asilo para pobres… Eso sí que fue gratificante.

—Me alegra oírle decir eso.

—¿Qué tal un último festín antes de que nos marchemos? Todavía quedan muchos ingredientes.

—¿En serio? —La propuesta la sorprendió—. Es una idea estupenda.

—¿Me ayudará? ¿Por última vez?

Ella sonrió con indulgencia, complacida de que se lo pidiera después de haber rechazado su otra propuesta.

—Por supuesto. Será un placer.

—Excelente.

El señor Bernardi dejó lo que estaba haciendo y se puso a planificar un menú que fuera delicioso y que a la vez aprovechara las reservas que quedaban en Fortfield Terrace y Woolbrook Cottage. No tenía sentido desperdiciar toda esa comida.

Sarah le ayudó en lo que pudo, trayéndole utensilios y ollas. También fue a la tienda de comestibles que había en la parte este del pueblo a por algunos ingredientes que no tenían a mano, aunque eso supuso otro cargo en su cuenta.

De regreso, hizo un alto en la casa de la señora Novak para invitar a la cocinera convaleciente a la comida que estaban organizando.

La señora Novak aceptó de inmediato y dijo que ella también contribuiría con algo. A Sarah le preocupaba que el señor Bernardi hiciera algún comentario sobre la aportación de la mujer, que con toda probabilidad sería más bien humilde.

—Es muy amable por su parte, pero no es necesario. El señor Bernardi se está encargando de todo.

—Insisto. Llevaré mi famosa sopa.

—¿Seguro que está usted para tanto picar y remover?

—Le diré a mi nieta que me eche una mano. Ella puede estar de pie ante la estufa por mí. Solo me duele el tobillo, las manos funcionan bastante bien. De hecho, espero volver pronto a cocinar para esos benditos. Entretanto, puedo hacerles un poco de sopa, al menos.

Sarah no insistió.

—Muy bien. Estoy segura de que todos la disfrutaremos.

Más tarde, Sarah comunicó a su familia que celebrarían un último festín en el asilo para pobres. Insistió en que su madre los acompañara e invitó también al mayor y a Viola.

El señor During estaba haciendo las maletas para marcharse a Londres cuando ella se acercó a su habitación.

—Señor During, ¿le gustaría poner una mesa más antes de irse?

Él consultó su reloj.

—Desgraciadamente, debo declinar su oferta. He de terminar mi equipaje y luego le prometí al capitán que sacaría brillo a toda la plata que usamos en Woolbrook para asegurarnos de que dejamos todo en tan prístinas condiciones como lo encontramos. Podría llevarme varias horas y mi carruaje sale a primera hora de la mañana, pero si me da unos minutos, creo que aún podría contribuir a la causa.

El señor During dobló varias servilletas de lino para darles la forma de una rosa y le entregó un centro de mesa a base de flores de tela que había hecho a costa de su tiempo y dinero.

—Gracias, señor During. Se las devolveré antes de que se vaya.

—Ah, y siga mi consejo y lleve más velas. Nada como la luz de las velas para dar un aire festivo.

—Lo haré. ¿Se despedirá de nosotras antes de irse mañana?

—Si están levantadas tan temprano…

—Creo que todo Sidmouth madrugará para presenciar el cortejo.

Más tarde, en el asilo para pobres, juntaron una segunda mesa para hacer sitio a los invitados de última hora y extendieron un largo mantel sobre ambas.

Emily puso la mesa con la ayuda de Georgiana. Luego colocaron algunas velas más, las servilletas dobladas en forma de rosa que les había dado el señor During y el centro de mesa con flores de tela.

Cuando llegaron los residentes, volvieron a exclamar su entusiasmo con la decoración de la mesa.

—¡Qué bonita!

Viola entró empujando una silla Bath en la que venía sentada la señora Novak. La habían alquilado para que no apoyara el pie con el tobillo lesionado. Con ellas venía el mayor, que cargaba con una olla de la famosa sopa de la cocinera.

El señor Bernardi miró el recipiente con desconfianza.

—Sea amable —le advirtió Sarah en voz baja.

Sarah le indicó al mayor que pusiera la olla en la estufa para conservarla caliente. La señora Novak le pidió a Viola que la llevara también a ella a la cocina.

Esperándose lo peor, el señor Bernardi levantó la tapa y analizó la sopa con cautela. El caldo era de un color rojo intenso, parecido al clarete. Se inclinó, acercando la nariz a la olla, e inspiró hondo.

—¿Esto qué es?

—Yo lo llamo sopa, pero para usted tal vez sea sopa polaca o *borsch*.

—¿Qué le da este color tan peculiar? ¿El carmín de cochinilla?

—La remolacha, por supuesto. El zumo fermentado de remolacha y la remolacha rallada.

Él hizo una mueca.

—Me temo que no me gusta el sabor de la remolacha.

Ella le dedicó una sonrisa pícara.

—¡Eso es porque no ha probado la que preparo yo!

Se acercó a él y le tendió una cuchara, arqueando, desafiante, una de sus encrespadas cejas grises. Él aceptó la cuchara y el reto, llenó un poco y se la llevó a los labios, sorbiendo con cautela. Abrió los ojos de par en par.

—Pero esto… esto está… rico. Tiene tantos sabores. ¿A qué sabe… a clavo, tomillo y albahaca?

—Además de tocino, pollo y salchichas de cerdo.

Esta vez, Bernardi se sirvió una cucharada más generosa, con trozos de cebolla y de apio.

—Pero las verduras… Tienen algo más…

—Las salteo con mantequilla antes de añadirlas a la olla.

—Ah. Delicioso. Tiene que darme la receta.

—Se la acabo de decir. No está escrita, si se refiere a eso.

—Lástima —se lamentó el señor Bernardi mientras se servía un plato de sopa.

La señora Novak lo miró satisfecha.

—Está todavía más sabrosa si se sirve con huevos y rábano picante rebozados en pan rallado y fritos.

Después de tomar otra cucharada, el señor Bernardi cerró los ojos

para saborearla.
—Señora, usted debería cocinar para reyes y reinas —afirmó.
Con una sonrisa en los labios, ella le señaló a través de la puerta la mesa a la que se sentaban los residentes del asilo.
—Ya lo hago. Y hoy, también lo hace usted.
Juntos disfrutaron del banquete. Los residentes alababan la comida y todos hablaban y reían y seguían comiendo.
Sarah se dio cuenta de que Viola observaba a los allí reunidos con deleite, alimentando la conversación, preguntándoles a todos si tenían todo lo que necesitaban y, de vez en cuando, intercambiando sonrisas de satisfacción con su marido. Se parecía mucho a su madre en ese momento, reinando con gracia en aquella mesa como una anfitriona consumada.

jjj

A primera hora de la mañana siguiente, mientras el resto de Sidmouth se preparaba para ver el cortejo fúnebre real, en Sea View se preparaban para otra sombría despedida.
La familia Summers y sus huéspedes formaron una fila en el vestíbulo para despedir a Selwyn During.
Él se inclinó primero ante Sarah.
—Una vez más, señorita Summers, estoy profundamente avergonzado. Jamás de los jamases fue mi intención ponerla en peligro.
—Lo sé, señor During.
—¿«Ponerte en peligro»? ¿Cuándo has estado en peligro? —preguntó Georgiana, atónita.
—No te preocupes ahora por eso. Te lo explicaré más tarde —prometió, aunque no sabía cómo lo haría.
Sarah le entregó a During un envoltorio de papel.
—Aquí tiene algo que le he preparado para el viaje. No es nada tan elaborado como lo que haría el señor Bernardi, pero…
—Vamos, no diga eso —la interrumpió—. Se lo agradezco.
Había supuesto que él no querría gastar el dinero que su familia necesitaba tan desesperadamente en comprar comida en las ventas del camino.
A cambio, él le entregó el centro floral que les había prestado el día anterior, el que había hecho con su propio dinero.
—Esto es para ustedes.
Sarah lo miró sorprendida.
—¿No preferiría darle las flores a su madre?
—Me gustaría que las tuvieran ustedes. Un detalle en señal de mi gratitud.
—Muy bien. Muchas gracias. Les daremos buen uso.

Selwyn During siguió avanzando hasta la siguiente persona en la línea.

—Buena suerte, señor During —le deseó la señora Summers—. Rezaré por su familia. Que el señor los proteja hasta que usted pueda hacerlo.

—Gracias, señora. Para mí eso significa más de lo que se imagina.

Emily le dio un librito de poemas.

—Para entretenerse en el viaje.

—Gracias, señorita Emily.

El señor Thomson le estrechó la mano y luego le tendió un sobre.

—He conseguido que el capitán me diera mi paga atrasada, además de la suya.

—James, yo… no puedo aceptarlo.

—Claro que sí. Si mi familia estuviera en apuros, sé que usted haría lo mismo por mí. Y una cosa más. —Thomson le dio una carta plegada —. Me he tomado la libertad de escribirle una carta de recomendación. Imagino que entenderá que no haya mencionado su época como responsable de la vajilla, pero no me gustaría que su excelente desempeño a la hora de poner las mesas de la familia real pasara desapercibido.

—Lo entiendo perfectamente. Y se lo agradezco.

El siguiente era el señor Bernardi, que dio un paso adelante. ¿También le habría preparado algo de comer a su compañero, como había hecho Sarah? No, lo que le entregó fue un surtido de billetes y monedas.

—Tenga también lo que queda de mi sueldo después de restar lo que le debo a la señorita Summers por el azúcar. Espero que sirva para ayudarle a poner en libertad a su familia.

—Cielos. No sé qué decir —repuso Selwyn During con la voz entrecortada y los ojos húmedos—. Me siento abrumado, indigno y sumamente agradecido.

Sarah notó que a ella también se le empañaban los ojos.

La escena le recordó la asombrosa compasión de Dios. En su inconmensurable misericordia, Él no solo perdonaba a sus hijos, sino que los bendecía más allá de lo que estos podían imaginarse o empezar a merecer.

Con la mano en el corazón, el señor During se despidió de ellos con una última inclinación. Luego salió a toda prisa para no perder el coche de caballos.

jjj

Poco después, el señor Bernardi recogía su bolso y su maleta, listo para unirse al resto del personal que se marchaba ese día de Sidmouth.

Al salir, se detuvo y tomó la mano de Sarah.

—Adiós, señorita Summers. Aunque lamento despedirme de usted, también le estoy agradecido. Mi breve estancia aquí me ha hecho mejor persona. Si termino abriendo ese restaurante de comida francesa e italiana, usted será la primera persona a la que invite.

—Sería un gran honor —respondió Sarah—. Le deseo lo mejor, señor Bernardi. Que Dios le bendiga.

Cuando él se marchó, Sarah se reunió con Emily, Georgiana y el señor Thomson junto a las ventanas del vestíbulo para observar a la multitudinaria comitiva.

A medida que las tropas con sus diversos uniformes iban ocupando sus puestos, el señor Thomson las iba identificando para ellas.

Había cuarenta dragones de Exeter, cincuenta soldados de la caballería de Yeomanry y cincuenta de las tropas del rey. Llevaban bufandas negras y sus gorras estaban forradas con crepé negro.

A continuación, se reunió la banda del pueblo, un grupo de músicos *amateurs* de la zona. La carroza fúnebre y el coche de acompañamiento se posicionaron detrás de ellos, seguidos de otras carrozas de duelo que transportaban a la familia del duque y a sus asistentes.

Entonces toda la casa de Sea View, incluidos el señor Hornbeam, el señor Gwilt y los demás criados, se pusieron los abrigos y recorrieron el camino hasta Glen Lane para contemplar desde allí la comitiva real.

jjj

Emily permaneció junto al señor Thomson, deseosa de pasar a su lado cada momento del que dispusiera.

Hacia las nueve de aquella húmeda mañana de febrero, la comitiva comenzó a moverse: primero, los soldados de la caballería de Yeomanry, de dos en dos; luego pasaron cuatro jinetes vestidos de negro, con sus caballos también de negro; detrás, vino la banda del pueblo tocando la «Marcha fúnebre» con cornetas y trompetas, que sonaba muy bien. A continuación, fue el turno del coche de acompañamiento, que llevaba el ataúd con el corazón, e, inmediatamente después, la carroza fúnebre, con el escudo de armas del duque de Kent blasonadas en oro en el lateral. La carroza iba tirada por ocho caballos cubiertos de terciopelo negro con penachos negros en la cabeza.

Entonces vieron pasar un trío de carrozas de duelo en las que viajaba la familia. El primero transportaba a la niñera y a la princesa, que miraba a la multitud con semblante alegre, ajena a lo que estaba ocurriendo, con la manita pegada al cristal. La duquesa de Kent y el príncipe Leopoldo iban en el segundo carruaje, seguidos por John Conroy y algunos otros, en el tercero.

Los seguían otras dos carrozas de duelo tiradas por seis caballos cada una, que llevaban a los asistentes del duque. Una hilera de soldados marchaba a su lado y los oficiales cerraban la retaguardia.

El cortejo se detuvo bruscamente no muy lejos de Sea View. Un grupo de hombres se había alineado para formar un cordón que atravesaba Glen Lane, impidiendo que la comitiva avanzara.

—¿Qué están haciendo? —exclamó Georgiana.

—Ya advertí a Conroy de que podría ocurrir algo así —murmuró el señor Thomson—. Él dijo que no se atreverían.

—¿Qué está pasando? —preguntó el señor Hornbeam, alzando las cejas tras sus gafas oscuras.

—Unos hombres están bloqueando la carretera —le explicó Emily.

—Reconozco a la mayoría —dijo Sarah—. Están el barbero, el señor Turner; el pollero, el carnicero y el verdulero; e incluso el señor Farrant.

El señor Thomson asintió.

—Son comerciantes y tenderos que abastecieron al duque y a su séquito, y no han cobrado ni un penique.

El capitán Conroy se apeó de un salto del tercer carruaje, con la pistola en la mano.

—¡No!

James saltó hacia delante y corrió por el camino, hasta situarse entre el capitán y la hilera de personas que solo exigía que se les pagara lo que se les debía.

—James, no… —protestó Emily, llevándose las manos a la boca. Ni siquiera iba armado.

—¡Apártese, Thomson! —gruñó el capitán.

Los soldados que estaban junto a ellos se cuadraron.

En ese momento, el general Wetherall, el administrador del duque, se bajó de la carroza de duelo en la que viajaban los asistentes. Gritó el nombre de Conroy y levantó una mano para indicarle que se tranquilizara. Entonces, con humilde disposición, se disculpó con los comerciantes y les agradeció su paciencia. Luego le entregó a James un libro de cuentas y una bolsa de cuero, y aseguró a los allí presentes que el señor Thomson les pagaría lo que se les debía.

Georgiana le relató en voz baja los acontecimientos al señor Hornbeam mientras quienes veían con sus propios ojos, especialmente Emily, exhalaban un suspiro de alivio colectivo.

James esperó a que el capitán regresara a su carruaje y entonces procedió a saldar las cuentas con los comerciantes. Los soldados, los caballos y los carruajes volvieron a ponerse en marcha.

Poco después, James se reunió con los demás y le tendió un sobre a Sarah.

—Lo que debemos a Sea View.

—Gracias.

El cortejo continuó hacia la playa y luego atravesó el pueblo, cuyas calles estaban llenas de gente afligida que los esperaba de pie y en silencio para presenciar la lúgubre procesión.

Después de dejar atrás Sidmouth y hacer tres noches en el camino, el cortejo continuaría hasta la capilla de San Jorge, en Windsor, en donde el príncipe Eduardo recibiría sepelio.

jjj

Cuando la comitiva desapareció de su vista, todos regresaron a la casa. Hannah, la amiga de Georgiana, se unió a ellos, y las dos niñas subieron a la habitación de Georgie. La señora Summers se retiró a su dormitorio; el señor Hornbeam, al suyo; y Sarah bajó con los criados a preparar un desayuno tardío.

—Qué mal genio tiene el capitán Conroy —comentó Emily cuando se quedó a solas con el señor Thomson en el salón.

—Sí, aunque también tiene un gran sentido de la responsabilidad. Está siendo muy atento con la duquesa. Y lo cierto es que el duque no le ha dejado a su esposa mucho más que las deudas. A la pobre mujer aún no le han confirmado que puede regresar al palacio de Kensington. Va a necesitar mucha ayuda y, a pesar de todos sus defectos, Conroy es un buen administrador.

—Hoy ha sido muy valiente al enfrentarse a él de nuevo.

—Lo he aprendido de usted.

—Ja, ja. No, lo digo en serio. Ha estado bien por su parte. Y cuando pienso en que le ha dado su sueldo al señor During…

Él se encogió de hombros.

—Bernardi también lo ha hecho.

—Sí, y me han impresionado los dos, pero sobre todo usted, la verdad sea dicha. Como ya le he dicho otras veces, usted, James Thomson, *esquire*, es un caballero en el mejor sentido de la palabra. Es fuerte y honrado, gentil y valiente. Yo no pido más.

A él le brillaron los ojos y se acercó a ella.

—¿De verdad? —le preguntó casi en un susurro.

Ella asintió, con el corazón desbocado.

—Sí, y encima resulta que es muy leído.

A James se le curvaron los labios en una sonrisa mientras con la mirada recorría el rostro de Emily: sus ojos, sus mejillas, su boca. La admiración que le profesaba era evidente en sus profundos ojos marrones, aunque su expresión seguía siendo seria. Se inclinó lentamente hacia adelante, acercando su rostro al de ella. Volvió a mirarla a los ojos para calibrar su reacción, y lo que vio en ellos lo animó a aproximarse todavía más, hasta casi rozarle los labios.

—También podría añadir que es guapo —bromeó ella, con un

susurro ronco—, pero no quiero que se vuelva vanidoso.

Él se rio entre dientes, se acercó un poco más y la besó. A Emily se le quitaron todas las ganas de bromear. Esa dulce presión despertó en ella un deseo que la hizo devolverle el beso. Él le rodeó la cintura, atrayéndola hacia sí, y aquello hizo que el cariño y el placer inundaran cada centímetro de su cuerpo.

Su primer beso.

Había leído muchas novelas y poemas en los que se describía a una heroína a la que el beso del héroe dejaba sin aliento y con las rodillas temblorosas, y se había mostrado escéptica. Ahora sabía que esas descripciones no habían exagerado lo más mínimo.

Finalmente, James se separó un poco, lo suficiente como para poder apoyar la frente en la de ella.

—Emily, no te imaginas cuánto…

—Sí que me lo imagino.

—No debería haberte besado. Solo estaré aquí unos días más y luego tendré que irme con los demás. No quiero ser otro hombre que alimenta tus esperanzas y luego te decepciona.

Emily tampoco quería eso. Le dolía el pecho solo de pensarlo. Ya notaba que su atribulado corazón empezaba a resquebrajarse.

Capítulo 31

«Debió de ser motivo de gran satisfacción para Wallis que Marsh se declarara en bancarrota».

IAN MAXTED
Six Centuries of the Provincial Book Trade in Britain

Emily entró en la biblioteca y salas públicas de Marsh con el manuscrito del señor Gwilt en una carpeta de papel normal. El señor Marsh no le había dicho que estuviera listo para leerlo, pero Emily no quería que olvidara su promesa ahora que había terminado de editar la nueva guía de Sidmouth.

Cuando entró, enseguida se percató de que reinaba el silencio. Supuso que después de las recientes muertes de miembros de la realeza, poca gente estaría interesada en las nuevas novelas. Aunque cualquiera habría dicho que su selección de periódicos nacionales estaría muy solicitada en esos momentos.

Al entrar, vio al señor Marsh en su escritorio, con la mirada perdida y una expresión extraña.

—Buenos días, señor Marsh.

Él se sobresaltó al oírla.

¿Estaba tan concentrado que no la había oído entrar? Sobre el escritorio tenía una pila de hojas impresas, plegadas.

—No será la nueva guía, ¿no? —preguntó ella.

—Es una primera prueba. Acabo de darle el visto bueno.

—¿Ya? —Ella había pensado que él le permitiría revisar primero la galerada—. Qué rápido.

Él asintió.

—Le he pagado algo más a Denner para que lo hiciera lo más rápido posible. Tengo prisa por empezar a vender ejemplares.

Emily miró con avidez las páginas de prueba, ansiosa por ver sus palabras tipografiadas.

—¿Puedo verlas?

—¿Eh? Ah, por qué no. —Se las pasó por encima del escritorio—. Lléveselas.

—Gracias. Por cierto, he traído la historia del señor Gwilt. Ahora que ha terminado con la guía, esperaba que tuviera tiempo para echarle un ojo.

Él suspiró.

—¿No puede esperar? Tengo muchas cosas en la cabeza ahora mismo. ¿Por qué no lo dejamos para cuando la guía esté impresa y a la venta? Ser propietario único es agotador a muchos niveles.

—Ah, ya… Si necesita algo más de tiempo, por supuesto. Me llevaré estas páginas de prueba a casa para leerlas y dejaré que vuelva al trabajo. ¿Cuándo necesita que se las devuelva?

—No hay prisa —dijo, restándole importancia con la mano.

Emily sintió que regresaba volando a casa, sin apenas tocar el suelo del paseo marítimo. Sí, era decepcionante no haber podido revisar las páginas, pero seguía deseando ver sus palabras tipografiadas. Se preguntó cuánto habría avanzado el señor Denner en la impresión de la versión final. Tal vez si encontraba algún error flagrante, podría correr a la imprenta y pedir una corrección antes de que fuera demasiado tarde.

Al llegar a Sea View, se dirigió a toda prisa a la biblioteca reconvertida en despacho y se sentó al escritorio mientras se desanudaba la capa y la dejaba caer de cualquier manera sobre el respaldo de la silla.

Volteó la cubierta y empezó a leer.

Allí estaba el largo y enrevesado título que el señor Marsh había insistido en ponerle, ahora todavía más extenso después de que le hubiera añadido algunas frases adicionales:

LA GUÍA DE SIDMOUTH
Y una panorámica del lugar,
con una descripción detallada de la situación,
los pintorescos encantos y el clima saludable
de ese lugar de baños tan admirado
y de sus alrededores en un radio de quince millas.

Y ahí estaba la atribución:

Impreso para John Marsh en su biblioteca y salas públicas.

Emily ya sabía que su nombre no figuraría, pero aun así se sintió un poco desilusionada cuando vio la versión definitiva de la portada. Volvió la hoja y vio que el señor Marsh había añadido una

dedicatoria:

A la nobleza y la alta burguesía,
cuya residencia temporal o permanente en Sidmouth
ha contribuido en gran medida a sus atractivos y mejoras.
Esta obra está respeutosamente dedicada
por su ferviente servidor John Marsh.

Había escrito mal «respeutosamente», o tal vez había sido un fallo del impresor. En cualquier caso, ojalá él le hubiera permitido revisarlo.

Y, con todo, al seguir leyendo, se dio cuenta, con el corazón encogido, de que ese no era el cambio o añadido más chirriante que había hecho.

jjj

Después de leer toda la galerada, a Emily le entró un remordimiento enfermizo, que la atormentó durante horas. Al señor Wallis no le haría ninguna gracia.

Emily se acordó de cuando les habló a Sarah y a su madre del proyecto y les explicó que su nombre no aparecería publicado, por lo que esperaba que el señor Wallis no descubriera su participación. Sarah le había respondido que en un pueblo como Sidmouth casi todo acababa por saberse.

Ahora, más que nunca, Emily temía que Sarah tuviera razón.

Trató de convencerse de que no había hecho nada malo, de que no sabía que el señor Marsh haría esos cambios, pero no conseguía aplacar su conciencia.

Dejó escapar un fuerte suspiro y decidió que debía avisar al señor Wallis e intentar explicárselo ella misma antes de que se enterara por otra persona o leyendo la guía por su cuenta.

Emily fue hasta la biblioteca del señor Wallis y entró tímidamente en el establecimiento por primera vez desde hacía bastante más de un mes. El empleado del señor Wallis se encontraba atendiendo a dos caballeros en un extremo de la biblioteca, mientras que el dueño del establecimiento estaba en la otra punta inclinado sobre el escritorio, trabajando, como de costumbre.

Con el pulso disparado, Emily se dirigió hasta allí.

Él levantó la vista cuando ella se acercó. No había rastro de su habitual sonrisa de bienvenida.

—Señorita Summers. Justo estaba pensando en usted.

«Eso podía ser bueno o malo», pensó ella.

—¿Ah, sí? —respondió, mirándolo expectante.

Como él no le explicó nada, Emily bajó la vista a las páginas de su escritorio, confiando en poder aplazar un poco más su confesión.

—¿E-en qué está trabajando?

—Estoy leyendo la primera versión de un nuevo libro. Aún no se ha publicado oficialmente.

A Emily el corazón le dio un vuelco al reconocer el título en las páginas sin encuadernar. «Oh, no».

—¿Cómo lo ha conseguido?

—El impresor es amigo mío. Le envío mucho trabajo. Más que… mis competidores.

—Señor Wallis, yo había venido a contarle algo. Esperaba poder decírselo antes de que lo leyera, pero parece que he llegado tarde. —Se humedeció los labios. Tenía la boca seca—. Lo siento, he ayudado al señor Marsh a escribirlo.

Él la miró fijamente durante un momento, con expresión inescrutable, mientras ella contenía el aliento. Luego asintió secamente.

—Ya lo sabía, pero gracias por decírmelo.

Ella echó la cabeza hacia atrás, sorprendida.

—¿Cómo lo ha sabido? ¿Se lo ha revelado el señor Marsh?

—No. Ha sido usted.

La sorpresa la invadió una vez más.

—¿Yo?

Él asintió.

—O, mejor dicho, sus palabras. —Pasó unas páginas y leyó—: «La iglesia de Bicton tiene un aspecto armonioso y solemne. Al espectador le vendrá inmediatamente a la cabeza la elegía de Gray al contemplar su solitario y sombrío cementerio, sumido en la penumbra incluso a mediodía debido a las frondas que obstaculizan el paso de los rayos del sol». Y a esto le siguen los versos del poema de Gray. —Él la miró a los ojos—. No esperaría que me creyera que alguien poco inteligente e inculto como Marsh había escrito eso.

Emily agachó la cabeza, avergonzada, reprendida y halagada a partes iguales.

—Hay una cosa que me intriga —quiso saber él—. ¿Por qué citó esta estrofa en concreto, cuando el propio Thomas Gray la eliminó de ediciones posteriores?

Emily se encogió de hombros.

—No quería que se perdiera.

El señor Wallis asintió lentamente con la cabeza, con un atisbo de sonrisa en los labios. Esta se desvaneció rápidamente.

La miró por encima de sus pequeñas lentes.

—Confieso que me han gustado mucho menos las comparaciones entre la biblioteca de Marsh y la mía. Creía que le gustaba mi humilde establecimiento.

—Y me gustaba. ¡Me gusta!

—Pues aquí tengo pruebas de lo contrario. —Pasó unas cuantas

páginas más y leyó en voz alta—: «Las vistas desde la biblioteca del señor Wallis son buenas, pero nada equiparables a las que ofrece la biblioteca del señor Marsh. El establecimiento de Wallis dispone de algunos libros y periódicos, pero adolece de la falta de espacio y de comodidades. Esto fue lo que impulsó al señor John Marsh a construir un nuevo y hermoso edificio, que combina las ventajas de unas vistas directas e ininterrumpidas del mar con una extensa biblioteca, provista de todo lo indispensable para satisfacer las necesidades y asegurar el disfrute de los clientes».

A Emily se le hizo un nudo en el estómago.

—Yo no he escrito eso. A ver, algunas de esas palabras son mías, pero otras han sido cambiadas. Yo describí las fantásticas localizaciones y las maravillosas vistas de cada biblioteca, así como lo que cada una tenía que ofrecer, pero el señor Marsh editó el manuscrito y ha hecho cambios para alabarse a sí mismo. Leer esas secciones modificadas me ha sorprendido y disgustado tanto como sin duda le habrá sucedido a usted.

Él estudió su rostro como si buscara pruebas de su sinceridad y asintió una vez más.

—Es lo que me merezco por instar al señor Butcher a que elogiara hasta tal punto mi biblioteca en su libro. Supongo que es normal y esperable que Marsh hiciera lo mismo. Me ha pagado con la misma moneda. Debo decir que me alivia saber que la intención de la autora no era difamarme, —hizo una pausa y aventuró—: sino, tal vez, vengarse por no haberla ayudado con sus aspiraciones editoriales…

Emily negó con la cabeza.

—Ni se me había ocurrido lo de la venganza, se lo aseguro, aunque reconozco que nunca había entrado en el establecimiento del señor Marsh antes de que usted rechazara la historia del señor Gwilt. Había estado tratando de reunir el valor para preguntarle si podría revisar o corregir para usted, pero no tenía intención de pedirle que leyera mi novela, que ni siquiera está terminada todavía. Cuando usted me dejó claro que no estaba interesado en mi trabajo, perdí el valor, así que acudí al señor Marsh.

Él enarcó las cejas, sorprendido.

—Si lo que quería era trabajar como correctora o ganar experiencia editando obras, ojalá me lo hubiera pedido. Estoy harto de encontrar errores en mis publicaciones.

—¿En serio? He visto algunos, pero no tenía claro si querría que se los señalara.

Él contrajo la comisura de los labios en una media sonrisa.

—Preferiría que los detectara antes de imprimir mil ejemplares en lugar de después, cuando ya poco puedo hacer al respecto. —Vaciló unos instantes, como si estuviera sopesando qué decir a continuación

y luego empezó—: Por cierto, yo no contaría con que en el futuro John Marsh le fuera a pasar mucho trabajo o una propuesta de publicación. Sé de buena tinta que está al borde de la bancarrota.

Emily se quedó boquiabierta.

—¿Qué? Oh, no.

—Oh, sí —insistió él con un brillo de satisfacción en la mirada.

jjj

Emily se dirigió a toda prisa al establecimiento del señor Marsh, inquieta y muy preocupada por él. A pesar de las libertades que él se había tomado con la guía, lamentaba de veras oír que su negocio estaba en una situación tan precaria.

Lo encontró en su biblioteca y salas públicas, solo. El lugar estaba todavía más vacío y había más eco que antes.

—¡Oh, señor Marsh! Acabo de enterarme.

—Las malas noticias viajan rápido, ¿eh?

—¿Por eso le urgía tanto imprimir la guía?

Él asintió.

—Para lo que me va a servir ahora…

—¿Las ventas no lo ayudarán?

—No lo suficiente. Será demasiado poco y demasiado tarde.

—Oh, no. ¿Qué va a hacer? —quiso saber ella.

Él se encogió de hombros.

—Lo siento mucho —comentó Emily—. Por usted y por el pueblo.

Él le lanzó una mirada.

—¿Y por usted no?

—Sí, por mí también. Y por el señor Gwilt.

Él hizo una mueca.

—En cuanto a eso, le dije que la ayudaría y, pese a todo, soy un hombre de palabra. —Metió la mano en un cajón del escritorio y sacó una tarjeta de visita—. Aquí tiene la tarjeta de un conocido mío. Le he escrito sobre el libro de su tío. Creo que será de su interés. La avisaré en cuanto me responda.

Ella aceptó la tarjeta.

—Gracias, señor Marsh. Se lo haré saber al señor Gwilt.

Sus ojos, otrora chispeantes, estaban ahora fijos en ella, con una mirada apagada.

—Soy consciente de que la he decepcionado, pero tengo contactos. También haré todo lo que esté en mi mano para ayudarle a encontrar un editor para su novela.

—Es usted muy amable.

Ahora solo tenía que conseguir terminarla de una vez.

—No espere demasiado —le aconsejó él, como si pudiera leer las dudas que la asolaban—. Recuerde: quien no arriesga, no gana. —

Exhaló un profundo suspiro y lanzó una mirada sombría a su preciada biblioteca—. O no pierde.

Capítulo 32

«¿Quién no adivina lo que siguió?»

JANE AUSTEN,
Persuasión

Emily se dejó caer en uno de los sillones de la biblioteca reconvertida en despacho exhalando un suspiro de cansancio. «Tanto esfuerzo para nada». Ahora que el señor Marsh se enfrentaba a la bancarrota, Emily temía que sus aspiraciones editoriales hubieran llegado a un callejón sin salida. Desde luego, habían sufrido un duro revés. El señor Wallis se había mostrado dispuesto a aceptar la idea de que ella editara o corrigiera para él, pero seguía sin estar interesado en publicar el libro del señor Gwilt o el suyo propio.

Sin embargo, esa desilusión no era nada comparable con lo abatida que se encontraba por el hecho de que James Thomson debía marcharse al día siguiente. Lo había visto muy poco en los últimos días e imaginaba que estaría ocupado encargándose de cerrar Woolbrook. Esperaba que al menos se despidiera de ella antes de marcharse.

Emily se llevó una mano al pecho, tratando de masajearse el corazón a través de todas las capas de carne y hueso. Le dolía. De improviso, las palabras de la adivina volvieron a resonar en su mente: «Y tú acabarás con el corazón roto y perderás la cabeza… completamente».

En aquel momento, Emily había pensado que las palabras se referían a sus sentimientos hacia Charles. Ahora sabía que se había equivocado, porque era por James Thomson por quien había perdido la cabeza… completamente. Y también por quien se le partía el corazón.

Se recordó a sí misma que no creía en esas cosas y desechó las palabras de su memoria. La profecía de aquella mujer no era real, aunque sin duda sí lo era el dolor que sentía en el pecho.

En ese momento entró en la estancia el propio James, con una extraña expresión en el rostro.

Emily se levantó y se armó de valor.

—¿Has venido a despedirte?

Él negó lentamente con la cabeza.

—No me voy.

A ella se le aceleró el pulso.

—¿Ah, no? Pero ¿no tenías que volver al palacio de Kensington y esperar a que te asignaran un nuevo destino?

—Sí, pero voy a dimitir.

—¿Y…y tu carrera? —titubeó ella—. ¿Y la duquesa?

—Se las arreglará perfectamente con su hermano y su dama de compañía alemana.

James atravesó la habitación para situarse frente a ella.

—Si algo he aprendido de la duquesa y de su marido es que cuando encuentras al amor de tu vida, no debes desaprovechar ni un instante.

Entonces hincó una rodilla ante ella.

A Emily se le desbocó el corazón, y se llevó una mano al pecho.

—Oh, cielos…

Él le tomó la otra entre las suyas.

—Emily Summers, ¿quieres casarte conmigo?

Emily tragó saliva.

—Yo… Nada me gustaría más, pero decías que no estabas en posición de casarte.

—Y así era, pero eso ya ha cambiado desde entonces.

—¿Ah, sí? Cuéntamelo todo, pero, antes, ten piedad de tu rodilla. —Le tiró de la mano y lo ayudó a levantarse.

Una vez de pie, él le preguntó:

—¿Conoces a sir Thomas Acland?

—Vagamente. Recuerdo que hablaste con él en la fiesta de Sus Altezas Reales.

—Sí, y volví a hacerlo cuando él y su esposa visitaron Woolbrook mientras el príncipe Eduardo estaba enfermo. Sir Thomas ha sido diputado por Devonshire durante seis años y piensa presentarse a la reelección. También es un generoso filántropo. Cuando nos conocimos, me insinuó que podría tener un puesto de trabajo para mí. En aquel momento, no estaba seguro de que lo dijera en serio ni de si yo estaba dispuesto a abandonar al duque por una carrera política. Pero ¿ahora? He ido a ver a sir Thomas esta mañana, le he preguntado si aún tenía un puesto disponible y, cuando me ha dicho que sí, he aceptado.

—¿Tendrías que trabajar en Londres?

James negó con la cabeza.

—Ya le he dejado ver que no me interesa vivir en Londres. Su finca,

Killerton House, está a unos veinte kilómetros de aquí. Una distancia razonable para viajar desde Sea View. Residiría aquí.

—¿Así que tu… esposa no tendría que marcharse de Sidmouth?

—No, a menos que ella quisiera.

—¿Y podría seguir escribiendo?

—Pues claro. Tiene mucho talento. Pienso animarla todo lo que pueda. Quién sabe, tal vez algún día podamos fundar nuestra propia editorial.

—¡Oh! Me gusta cómo piensas.

—Y a mí me encanta todo de ti.

Le tomó el rostro entre las manos y, mirándola a los ojos, se inclinó hacia ella y la besó.

«Ah… qué delicia». Le rozó los labios con los suyos, con caricias suaves, lentas y prolongadas. Fue un beso emocionante, dulce y lleno de promesas.

Él se separó un poco y la miró una vez más a los ojos.

—No me has dado una respuesta —le susurró con su voz grave.

Emily deslizó sus manos por la parte posterior del cuello de James, atrajo su cabeza hacia ella y selló sus labios con un beso.

Él respondió ladeando la cabeza para besarla con más intensidad.

Finalmente, fue James quien volvió a separarse, sin aliento.

—¿Debo tomarlo como un sí?

—Sí, por favor. Ahora, shhh, calla y bésame otra vez. Llevo mucho tiempo esperando esto.

Él sonrió y la complació cariñosamente.

Y en ese momento Emily concluyó que besar al hombre que amabas no era como decían los poetas.

Era mejor.

jjj

Poco después, Emily y James fueron a darle la noticia a la señora Summers. La encontraron leyendo un libro en su habitación.

—¡Oh, mamá! No imaginas lo que ha pasado. El señor Thomson se queda. Ha dejado su puesto para trabajar con sir Thomas Acland y, además, pronto dejará de ser soltero para tomar una esposa.

Su madre frunció el ceño, claramente perpleja por el inesperado desarrollo de los acontecimientos. Entonces vio las manos unidas de ambos, y se le endulzó la expresión.

—Le ruego que me perdone, señora Summers —se disculpó James —. Debería haberle pedido antes su bendición.

La señora Summers se puso de pie.

—No te preocupes. Os la doy de todo corazón.

—Eso significa mucho para mí, señora, sobre todo porque le he tomado mucho cariño a usted y a toda su familia durante mi estancia

aquí.

—El sentimiento es mutuo. —Ella extendió la mano hacia él y le apretó primero la suya y luego la de Emily.

—En eso me llevas ventaja —comentó Emily—. Pues yo todavía tengo que conocer a tu familia.

—Vendrán a la boda, espero —quiso saber la señora Summers.

James se puso tenso.

—Bueno, sé que mi madre hará todo lo posible por estar. En cuanto a mi padre y a mis hermanos, ya no lo tengo tan claro.

Emily sabía que James anhelaba mejorar su relación con ellos y se propuso ayudarlo desde ese mismo momento.

Cuando salieron de la habitación de su madre, Emily le tomó ambas manos entre las suyas.

—Hagamos todo lo que podamos para arreglar las cosas con tu familia, James.

—Podemos intentarlo, pero no te hagas demasiadas ilusiones.

Entraron juntos en el despacho, donde él se sentó a escribir una carta conciliadora en la que anunciaba su compromiso e invitaba a sus padres a Sidmouth para que conocieran a su futura esposa. James le pidió a Emily que leyera el borrador. Ella lo hizo y le propuso algunos cambios, ayudándolo como tantas veces la había ayudado él a ella.

—Ahora toca esperar —dijo James después de sellar la carta.

Ella le puso una mano en el hombro.

—Y rezar.

—Voy a llevar esto al correo —le anunció él, poniéndose de pie—. Seguro que estás deseando darles la noticia a tus hermanas.

Emily le sonrió, radiante de felicidad.

—Me has leído el pensamiento.

En cuanto James se marchó, Emily fue en busca de Sarah, pero enseguida recordó que había ido al mercado. Georgiana también había salido. Ya se lo contaría más tarde a ellas.

Estaba a punto de ponerse la capa y salir a toda prisa hacia Westmount cuando Viola se presentó en Sea View.

—¡Oh! Me alegro tanto de verte —exclamó Emily—. Tengo que darte una gran noticia.

—Dime.

Emily la tomó de la mano y tiró de ella arrastrándola hacia el despacho. Allí, se volvió hacia su hermana y le anunció: —El señor Thomson me ha pedido que me case con él, y le he dicho que sí.

—¡Qué maravilla! —exclamó Viola. Luego las dudas se materializaron en su rostro—. Salvo por… Dime que no te mudas a Londres.

Emily sacudió la cabeza. Empezaba a notar leves molestias en las mejillas de tanto sonreír. Le contó a su hermana lo del puesto que sir

Thomas Acland le había ofrecido a James y añadió: —Así que podríamos quedarnos aquí durante un tiempo, si nuestra casa de huéspedes puede prescindir de una habitación. De lo contrario, supongo que encontraríamos algún lugar para vivir entre Sidmouth y Killerton, tal vez en Exeter.

—Oh, no, quédate aquí —le instó Viola—. Cuando me casé, me mudé solo a unos cuantos metros de distancia. No podría soportar que te fueras más lejos.

—Tendremos que ver qué opinan Sarah y mamá.

—¿Te casarás en Sidmouth o en su lugar de nacimiento?

—Aquí, si mamá se sale con la suya, aunque esperamos que su familia pueda hacer el viaje.

Viola asintió y luego dijo:

—Hablando de bodas, a que no sabes qué. Mi querido marido por fin se ha ofrecido a llevarme de viaje de novios.

—¡Oh, qué bien! Me alegro mucho por ti. ¿Cuándo os marcharéis?

—Probablemente a finales de primavera o a principios de verano.

—¿Y adónde iréis? ¿A Europa? ¿O a algún sitio más cerca?

Viola miró hacia la puerta como para asegurarse de que no había nadie cerca y luego dijo: —En realidad, estaba pensando en Escocia.

Emily se la quedó mirando, invadida por la sorpresa y la emoción.

—¿Irás a ver a Claire?

—Bueno, no estaría bien viajar hasta Edimburgo y no hacerles una visita a nuestros parientes, ¿no crees? La tía Mercer no podrá decir nada.

—Oh, verás como sí… —Emily esbozó una media sonrisa y luego bajó la voz—: ¿Y mamá? ¿Qué dirá? A ver, realmente no puede prohibíroslo. Eres una mujer hecha y derecha, de viaje de novios con su marido.

—No, la verdad es que no puede. Aun así, no quería herir sus sentimientos.

—¿Entonces, ¿qué vas a hacer?

—Creo que te refieres a qué «vamos» a hacer. Tú, Sarah y yo, y puede que también Georgie, tendremos que ponernos de acuerdo. El mayor y yo no viajaremos hasta dentro de unos meses. Tenemos hasta entonces para convencerla de que cambie de opinión.

Capítulo 33

«¡Me estrechó entre sus brazos y nos besamos una y otra vez! ¡Qué atractivo, qué dulzura y qué amabilidad, nunca podré estar lo suficientemente agradecida de tener un marido así! ¡Oh! ¡Fue el día más feliz de mi vida!».

LA REINA VICTORIA,
Diario

La señora Thomson no tardó en responder aceptando la invitación, diciendo que esperaba que su marido la acompañara, pero que, en cualquier caso, ella estaría encantada de hacerles una visita. Además, comentó que estaba deseando conocer a la prometida de su hijo.

Una semana más tarde, llegaron a Sea View el señor y la señora Thomson. Cuando se apearon de su carruaje, Emily y James los esperaban de pie en el vestíbulo, uno al lado del otro, listos para recibirlos. Emily le dio la mano a James, consciente de lo nervioso que estaría por volver a ver a su padre.

La señora Thomson entró primero y los abrazó a cada uno con cariño y amabilidad. El señor Thomson se mostró más distante. Saludó a Emily con una inclinación y, bastante tenso, estrechó la mano de su hijo.

Después de que el señor Gwilt se quedara con sus capas, Emily le presentó a la pareja a su familia y enseguida se sentaron todos juntos a comer. Al cabo de un par de horas, Emily ya había estrechado lazos con la madre de James.

La señora Thomson también hizo migas con la madre y las hermanas de Emily, con las que estuvo charlando alegremente sobre el

té y los planes de boda.

Emily disfrutó de la visita, aunque seguía siendo consciente de la tensión que existía entre James y su padre, y deseaba poder hacer algo al respecto.

La noche antes de que se marcharan, el señor Thomson padre le hizo un gesto a James para que lo acompañara a la biblioteca. James le lanzó a Emily una mirada incierta antes de desaparecer, y la puerta se cerró tras ellos.

Ella intentó no preocuparse, pero no pudo evitarlo. ¿Estaría el señor Thomson padre expresándole su desaprobación hacia su persona o su familia? ¿O hacia la nueva carrera de James? ¿O habría decidido Edward, su hermano mayor, culpar a James de otra de sus fechorías?

Mientras los dos hombres estaban ausentes, la señora Thomson prometió volver para la boda, aunque admitió tímidamente que no podía hablar en nombre de los demás miembros de su familia.

Cuando James y su padre salieron unos veinte minutos más tarde, Emily contuvo el aliento. Se sintió aliviada al ver que los dos hombres conversaban educadamente; el señor Thomson padre todavía se mostraba reservado, pero la postura de su hijo parecía menos tensa.

Un poco más tarde, esa misma noche, James la llevó a un aparte y le confió la conversación que habían tenido.

—Casi no me lo creo. Mi padre se ha disculpado conmigo. Por culparme por el accidente de Arthur y por otras cosas. Siempre se ponía de parte de Edward, creía más en su palabra que en la mía. Evidentemente, cuando no estuve allí para servir de chivo expiatorio estos últimos años, empezó a darse cuenta de cómo se las gastaba mi hermano. Lo siento por él, de verdad, pero también es un inmenso alivio que me hayan exonerado por fin, que pueda tener la esperanza de que nuestra relación vaya a mejorar al fin.

—Me alegro mucho por vosotros dos. Por todos nosotros, en realidad.

Emily le dio la mano y se la apretó. Solo consiguió vencer el impulso de lanzarse a sus brazos y besarlo porque sus familias estaban cerca. Pronto tendrían todo el tiempo del mundo para perderse en los labios del otro.

jjj

En una clara mañana de primavera, la señorita Emily Summers y James Thomson, *esquire*, entraron en la iglesia parroquial de Sidmouth, con gran expectación por su boda.

Los bancos estaban repletos de amigos del pueblo y de May Hill, aunque los Parker habían enviado sus disculpas. Estaban allí el mayor Hutton, su padre, su hermano y su amigo Armaan, familiares políticos de los Summers. Otros invitados eran el señor Hornbeam y la señorita

Reed, la señora Denby, el señor Wallis, Fran y su marido, y muchos otros, incluido el señor Marsh.

A Emily le habría encantado que Claire también estuviera allí, pero nunca había recibido contestación a la invitación que le había enviado.

Aún no había rastro de la familia de James. Emily esperaba que simplemente se hubieran retrasado y fueran a venir de todos modos, sobre todo ahora que las tensiones entre James y su padre habían disminuido.

Como todavía faltaban algunos minutos para que se celebrara la ceremonia, Emily aprovechó para rezar en la capilla de la Virgen.

Le vinieron a la mente las tres cosas que una vez había deseado: regresar a May Hill y casarse con Charles, reencontrarse con Claire y ver publicada su novela. No se habían cumplido ninguna de las tres, pero Emily ya no estaba desanimada. Al contrario, se sentía muy agradecida y miraba con ilusión a un futuro que se le antojaba feliz.

James enseguida se unió a ella en la capilla lateral. Desde donde estaba, recorrió los rostros de los allí congregados, sin duda buscando a su familia. Emily se compadeció de él.

Unos minutos antes de la hora, el sacristán cerró las puertas dobles. La boda pronto comenzaría sin ellos. Emily le dio la mano a James y se la estrechó para hacerle saber que lo sentía.

Entonces las puertas se volvieron a abrir y entraron los padres de James, aunque ninguno de sus hermanos. Solo les dio tiempo a saludarse con un gesto de cabeza a través de la nave antes de que resonaran los primeros acordes del órgano.

Emily apretó a James de la mano con fuerza y susurró:

—Al menos tus padres están aquí.

James asintió y suspiró, aliviado.

Entonces Viola y Fran se acercaron a Emily, le entregaron un ramo de flores, le enderezaron la crucecita de plata que llevaba al cuello y le ajustaron el velo.

Ya era la hora.

jjj

Después de la ceremonia, los recién casados volvieron a Sea View en el carruaje de los Hutton, que las hermanas Summers habían adornado con banderines de colores.

Los invitados los siguieron en sus propios coches de caballos, en sillas o a pie para asistir al desayuno de bodas.[55]

Al llegar a Sea View, Taggart detuvo los caballos y Chown se bajó de un salto para ayudarlos a apearse.

Un segundo carruaje, en el que viajaban la señora Besley, Lowen, Jessie y el señor Gwilt, llegó tras ellos. Emily había insistido en que

los criados, a los que tanto cariño tenía, asistieran a la boda antes de tener que regresar a toda prisa a Sea View para terminar de organizar el banquete.

Solo Antoine Bernardi, que había regresado para sus nupcias por invitación de James, había decidido quedarse en la casa y preparar varios platos para el desayuno de bodas.

Los nuevos señor y señora Thomson fueron los primeros en entrar en la casa y allí se detuvieron para darse un beso lento y apasionado.

Al darse cuenta de que se encontraban ante el cuadro de Finderlay, Emily llevó la vista hacia su antiguo hogar y descubrió que no sentía la menor nostalgia.

James se dio cuenta de que su mujer estaba mirando el cuadro y la miró con un destello de preocupación en los ojos.

Ella le dedicó una sonrisa tranquilizadora y le dio otro beso.

Los padres de James no tardaron en llegar. La señora Thomson se apresuró a abrazarlos y a felicitarlos, entusiasmada. El señor Thomson se acercó más despacio, pero los sorprendió a todos al darle a su hijo una palmada cariñosa en el hombro y un beso en la mejilla a Emily.

La señora Thomson se disculpó por su retraso y por la ausencia de sus hijos. Habían llegado a la conclusión, les explicó, de que el viaje sería demasiado difícil para Arthur, dada su invalidez.

—Y no tengo ni idea de dónde puede estar Edward —añadió ella, haciendo un claro esfuerzo por decirlo como si tal cosa, sin sonar preocupada—. Ya sabes cómo es.

Su marido frunció el ceño y murmuró:

—Seguro que está otra vez con el juego…

La señora Thomson no permitió que la preocupación se trasluciera en su rostro alegre.

—No nos preocupemos por eso ahora. Hoy es un día feliz. Estamos de celebración.

A su lado, su marido se limitó a gruñir.

El banquete no tardó en empezar. El comedor, el salón y la sala de estar se llenaron de sus seres queridos, de deliciosa comida, de muchos abrazos y de sinceros deseos de felicidad.

Emily lo observaba todo con satisfacción, contenta de ver a tantos amigos y familiares allí reunidos. Allí estaban Fran, muy guapa con un vestido nuevo, y el señor Farrant, que se sentía atado e incómodo con un traje muy elegante y una corbata muy ajustada. Y allí estaban Georgie y su amiga Hannah comiendo y riéndose con Colin Hutton y el señor Hutton padre. Un poco más allá, la señora Denby charlaba amistosamente con el señor Hornbeam y la señorita Reed.

El señor Gwilt revoloteaba de un lado a otro, sirviendo y sonriéndole a todos los invitados, con una sonrisa que se ensanchó cuando el señor Wallis lo detuvo para preguntarle por *Parry*. Sarah

también se mantuvo tan atareada como de costumbre, rellenando tazas y retirando platos, hasta que Viola la tomó de la mano y tiró de ella hacia el sofá para que se sentara con ella, el mayor y Armaan, insistiendo en que se relajara y disfrutara un poco.

Entonces el señor Cordey se dejó caer junto al padre de James, con un plato rebosante de comida sobre las rodillas.

—*Ta* bueno, ¿eh? Lo pesqué yo mismo esta mañana —dijo, señalando el pescado del plato del señor Thomson.

A Emily se le escapó una risita.

Y en todo momento la señora Summers presidió la celebración con orgullo y satisfacción. Hizo una pausa para tomar del brazo a la madre de James y confiarle con una sonrisa juvenil:

—Estoy tan feliz. ¡Dos hijas casadas!

Emily se preguntó cuál de sus hermanas sería la siguiente.

Más tarde, en un momento de menos bullicio, James tomó a Emily de la mano y se la llevó al vestíbulo, más tranquilo, para robarle un beso.

Al encontrarse de nuevo junto al cuadro de Finderlay, Emily recordó la pregunta que se había hecho en otro momento. ¿Cuál era su sitio? ¿Dónde estaba su corazón? Justo allí. Con su familia y su marido.

---

55 N. de la Trad.: En Reino Unido el «desayuno de bodas» hace referencia a un convite de boda, aunque no se celebre por la mañana ni consista en un desayuno. Se cree que tiene su origen en el hecho de que, antiguamente, las bodas se celebraban durante un oficio religioso, por lo que los novios estaban en ayunas para poder recibir el sacramento de la comunión. Una vez desposados, el clérigo les daba su bendición, y se repartía vino, tartaletas y dulces para que rompieran el ayuno.

Nota de la autora

¡Gracias por acompañarme una vez más a la encantadora ciudad de Sidmouth, en la costa sur de Inglaterra, con motivo del segundo libro de la saga *En las costas de Devonshire*! Espero que lo hayas disfrutado. Tengo en mente otra novela para la serie, así como una novela corta navideña.

Cuando me enteré, mientras me documentaba para esta saga, de que los duques de Kent y su hija, la futura reina Victoria, visitaron Sidmouth en el invierno de 1819 a 1820 y se alojaron en Woolbrook Cottage (en la misma calle que Westmount y la ficticia Sea View), supe que quería incluirlos en la novela. Se trasladaron con un séquito demasiado numeroso como para poder alojarlos a todos en Woolbrook, por lo que efectivamente parte del personal tuvo que hospedarse en otros lugares. Pensé que podría ser interesante que algunos de ellos se quedaran en Sea View. Mucho de lo que he descrito es cierto: el invierno extremadamente frío y nivoso, la adivina, la enfermedad y la posterior muerte del duque de Kent (probablemente causada por una infección pulmonar que se acabó complicando por una excesiva serie de sangrías), el cortejo fúnebre real a través de Sidmouth, etcétera.

No obstante, sí que he novelado algunos detalles y me he tomado ciertas libertades. Por ejemplo, la duquesa, la princesa, el príncipe Leopoldo y algunos otros más se marcharon de Sidmouth algo antes en una modesta comitiva, pero en la novela parten todos juntos para darle más ritmo a la trama. Por otra parte, el hecho de que los comerciantes bloquearan el paso del cortejo hasta que les pagara se describe en *Sidmouth's Royal Connections* como «algo que se cuenta en la zona, que puede ser cierto o no». No he podido resistirme a incluirlo.

A aquellos lectores a los que os interese saber más acerca de los hechos que tuvieron lugar durante la visita de la comitiva real, os recomiendo cualquiera de los libros sobre la vida de la reina Victoria citados al inicio de cada capítulo, especialmente *The Young Victoria*, de Deirdre Murphy, y *Sidmouth's Royal Connections*, de Nigel Hyman. Precisamente en el libro de Nigel fue donde leí el testimonio de Charlotte Cornish, vecina de Sidmouth, sobre su visita a Woolbrook Cottage mientras estuvo allí la capilla ardiente del duque, así como su

descripción del cortejo fúnebre cuando este emprendió la marcha en dirección a Windsor. Me pareció particularmente interesante leer sobre todo esto después de la muerte de la reina Isabel II y de que se hubieran celebrado todas las solemnes ceremonias que rodearon su funeral. Me conmovió encontrarme en Gran Bretaña cuando falleció.

Puede que el nombre de Nigel Hyman te resulte familiar de haberlo leído en mi anterior Nota de la autora, en la que le agradecía lo mucho que me ayudó en la investigación del primer libro cuando no pude viajar a Sidmouth en persona. Me alegra decir que ya he podido visitarlo (en agosto de 2022) y he tenido el placer de conocerlo tanto a él como a Ann Tanner, a Ann Jones y a los demás voluntarios del museo de Sidmouth que han sido, y siguen siendo, una ayuda inestimable.

En Sidmouth, mi marido y yo nos alojamos en el Royal Glen Hotel, antes conocido como Woolbrook Cottage. Dormimos en la habitación en la que se quedó el duque de Kent y vimos la ventana de la habitación infantil a la que disparó un muchacho del pueblo, ahora marcada con una hoja de vidrio de color. Disfrutamos mucho de nuestra estancia allí.

Antoine Bernardi es un personaje ficticio, pero para crearlo a él y a sus recetas me he inspirado en dos cocineros reales: Antonin Carême y Charles Francatelli.

Los editores rivales John Wallis y John Marsh son personajes históricos, al igual que Edmund Butcher, Emanuel Lousada, Abraham Mutter, Charlotte Cornish, sir John y lady Kennaway, sir Thomas Acland, el doctor Wilson, el doctor Maton, John Conroy, el general Wetherall y, por supuesto, los duques de Kent y Strathearn, pero su aparición en la novela está ficcionada. Los demás personajes no pretenden ser representaciones de personas reales.

Los fragmentos de la guía que Emily está escribiendo para el señor Marsh son extractos de la auténtica *The Sidmouth Guide* impresa para John Marsh, aunque ligeramente modificados.

Las lecciones de esgrima descritas en el libro proceden de varias fuentes, pero principalmente de un artículo del siglo XIX, «*Nellie Bly Takes a Hand at Foils and Likes the Exercise*». Cualquier error en ellas es mío.

Como siempre, me siento muy agradecida por las provechosas aportaciones de mi primera lectora, Cari Weber, así como por las de Anna Shay y las de la autora Michelle Griep. También quiero darle las gracias de corazón a mi agente, Wendy Lawton, a mis editoras, Karen Schurrer, Rochelle Gloege y Hannah Ahlfield, a la diseñadora de la portada original, Jennifer Parker, y a todo mi equipo en Bethany House Publishers.

Para terminar, gracias de nuevo por leer mis libros. ¡Me siento en

deuda con todos y cada uno de vosotros! Para más información sobre mí y sobre mis demás novelas, sígueme en Facebook o Instagram y suscríbete a mi lista de correos a través de mi página web **www.julieklassen.com**.